

TEATRO 21

EL PÚBLICO

2183

JOSÉ SANCHIS SINISTERRA

TRILOGÍA  
AMERICANA





JOSÉ SANCHIS SINISTERRA

TRILOGÍA AMERICANA:  
EL RETABLO DE ELDORADO  
LOPE DE AGUIRRE, TRAIIDOR  
y  
NAUFRAGIOS  
DE ÁLVAR NÚÑEZ

**TEATRO 21**

**EL PÚBLICO**





**MADRID, MAYO-JUNIO 1992**

Suplemento de El Público, revista bimestral del espectáculo,  
editada por el Centro de Documentación Teatral  
del Instituto Nacional de las Artes Escénicas  
y de la Música.  
Ministerio de Cultura.

*Director:*  
Moisés Pérez Coterillo.

*Portada:*  
Antonio Fernández Reboiro.

**EL PÚBLICO  
CENTRO DE DOCUMENTACIÓN TEATRAL**

Capitán Haya, 44  
28020 Madrid.

*Teléfonos:*  
Redacción y Documentación:  
(91) 572 33 11/12/13/14  
Suscripciones y Fax: (91) 570 51 99.

*Imprime:*  
EGRAF, S. A.  
C/ Luis I, 5. 28031 Madrid.  
Depósito Legal: M. 8940-1992.  
NIPO: 302-92-003-9.  
ISBN: 84-87075-26-6.

Este volumen se vende conjunta e inseparablemente con el número 90, correspondiente a los meses de mayo y junio de 1992.

**Esta edición**

© El Público/Centro de Documentación Teatral, 1992

# SUMARIO

Una pasión americana <i>Moisés Pérez Coterillo</i> .....	9
La obra teatral de José Sanchis Sinisterra .....	15
El retablo de Eldorado .....	19
Lope de Aguirre, traidor .....	115
Nafragios de Álvar Núñez .....	167



# **UNA PASIÓN AMERICANA**

**MOISÉS PÉREZ COTERILLO**



**E**sta colección de textos teatrales que ahora rebasa los veinte títulos se inició en enero de 1989 con *¡Ay, Carmela!*, seguramente la obra de nuestra dramaturgia contemporánea que ha conocido mejor fortuna en estos últimos años. Traducida y representada en numerosos países, a punto de estrenarse en el Teatro de la Colina de París, programada recientemente en el Berliner Ensemble, por citar sólo un par de ejemplos de todo un tropel de producciones que se suceden desde Europa hasta América. Vertida tras su éxito teatral a un relato cinematográfico, ha conocido el éxito, viajado con pasaporte internacional y cosechado premios en los grandes festivales...

La tardía revelación de su autor a los ojos del mercado y del llamado gran público, era un secreto a voces de puertas adentro de la profesión, a la que José Sanchis Sinisterra ha entregado tres décadas fecundas como investigador, director de escena, profesor y dramaturgo. Y con ellas, una extensa obra sumergida que suma casi cuarenta títulos, deliberadamente conducida por el extrarradio al que no ha llegado aún la contaminación del medio. Muchos de sus textos tienen tomadas las medidas del Teatro Fronterizo, la otra gran obra de Sanchis Sinisterra, ahora instalada en la Sala Beckett de Barcelona. Obra suya y a la vez compartida, porque en esta ya larga travesía el autor ha ido creando escuela, contagiando a otros compañeros de viaje esta manera periférica de entender el oficio del teatro, en las fronteras mismas del arte y de la vida. Nada ha hecho cambiar al autor el fortuito reconocimiento de los últimos años, si no es para radicalizarlo más en ese credo efímero que exige inventar todos los días la acción y el pensamiento en no se sabe muy bien qué territorio, ni en compañía de qué otros nómadas, atraídos por la misma duna móvil.

Este volumen completa el itinerario en tres tiempos de su travesía americana, iniciada en 1984 con *El retablo de Eldorado*, si no prefigurada ya en 1977 con la primera redacción de *Crímenes y locuras del traidor Lope de Aguirre*, reescrita luego, con ocasión de su estreno en 1986, y publicada ahora bajo el título condensado en cuatro palabras, *Lope de Aguirre, traidor*. Y junto a ellas, el último tramo de un viaje que no debe darse por concluido con estos *Naufragios de Álvaro Núñez*, después de comprobar en su lectura cómo el tema de América ha hecho saltar en el autor el resorte del aventurero, la inquietud del explorador; una especie en vías de extinción en estos tiempos, que abomina —hay que decirlo enseguida— de los conquistadores y de los colonos y si acude a la memoria del pasado no es sólo para enderezar los torcidos renglones de las crónicas sino, antes que nada, urgido por encontrar en aquella historia ejemplar de la conquista de América una reflexión contemporánea desde la que practicar el entendimiento del Otro.

Sorprende en una primera lectura de los textos que integran esta trilogía su evidente disparidad. No son piezas de una macro-ópera sometidas al mismo esquema, ni observables desde un ángulo semejante. Las tres son obras profundamente dispares en su construcción. Obedecen cada una a un propósito propio y les mueve un impulso creador autónomo. Su unidad, aparte de la proximidad temática, reside con su coherencia interna, en su sintonía con el núcleo de preocupaciones estéticas y morales que alimenta la extensa obra del dramaturgo y que, lejos de resumirse, se bifurcan y multiplican en todas aquellas direcciones que le señala su incansable curiosidad. Su movilidad extrema, su deambular periférico por las bifurcaciones del lenguaje, su preferencia declarada hacia los géneros espurios, su gusto por la promiscuidad y el mestizaje, sus juegos de metateatro, se revelan como las verdaderas constantes de la trilogía, como las claves profundas de su unidad.

Encontrará el lector en *El retablo de Eldorado* un hermoso homenaje a Cervantes, de quien toma el autor prestados los personajes de Chirinos y Chanfalla. Una vez más, la predilección por los cómicos de la lengua, pertenecientes a la misma familia de Ríos y Solano en *Ñaque*, o de Carmela y Paulino, los artistas de variedades de *¡Ay, Carmela!* Con ellos se propone Sanchis Sinisterra un delicado ejercicio mediante el cual el relato épico de la Conquista de América debe reflejarse en el espejo de la picaresca, practicando para ello un prodigioso ensamblaje de argumentos, estilos, lenguajes y construcciones que conservan el perfume de la mejor literatura del Siglo de Oro, en medio de una modernísima y esencial propuesta escénica.

El reto que comporta la escritura de *Lope de Aguirre, traidor* es doble: por un lado, el de la evocación en ausencia del

personaje histórico a través del monólogo febril de sus víctimas. Por otro, la articulación, a través del coro y de la progresiva complementariedad de los relatos, de la profunda unidad que preside la propuesta. La renuncia a materializar en escena un personaje del magnetismo y la eficacia dramática de Lope de Aguirre, que ha conseguido seducir, como bien se sabe, a otros muchos creadores contemporáneos, está en relación directa con el propósito de alumbrar en escena el terrorífico destino de su sueño de muerte. Las dimensiones de la crónica se crecen en medio de la evocación de un paisaje abrumador, de una naturaleza feraz que desata fuerzas telúricas, como en los grandes mitos trágicos. Y por otro lado, el expolio, la dominación, la aniquilación del Otro que comporta la conquista, se vuelve como una maldición sobre quienes la llevan a cabo, aun sabiendo que su sangre nunca conseguirá nivelar, en la balanza, la que hicieron correr en aquellas tierras usurpadas.

Y algo más. Comprobar que ese castigo sucede precisamente cuando tienen casi al alcance de sus manos el sueño de la emancipación y de la libertad. El texto es de enorme intensidad dramática y de gran aliento poético. Sanchis concede a la palabra pronunciada en el escenario una poderosa capacidad de engendrar imágenes de evidente eficacia escénica, en cuya virtud se sustenta la puesta en escena. Pero al mismo tiempo proporciona al espectador el placer de escucharlo, como si se tratase de un concierto o un oratorio.

Subyugado por la figura y el relato de los *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, la obra que cierra, al menos provisionalmente, el ciclo americano de Sanchis Sinisterra, busca el acoplamiento del tiempo presente y el de la historia evocada. No en vano la figura de Cabeza de Vaca, su extravío, el riesgo de perder su identidad, constituye ya un antecedente del transmigrado moderno, del exiliado contemporáneo que sin dejar de pertenecer completamente a una cultura, tampoco puede llegar a integrarse en la otra, permaneciendo doblemente extranjero. "Sin volverse indio, Cabeza de Vaca ya no era totalmente español", escribe Tzvetan Todorov, avanzando una teoría que es muy querida al autor y que coincide con su visión fronteriza del mundo. Nada de extraño tiene pues que los personajes de la obra atraviesen las sutiles membranas del tiempo para vivir una misma historia que va y viene del pasado al presente, renunciando a explicarse a sí misma, negándose a la tentación del relato épico, para hablar del proceso de conocimiento que conduce a la identificación con el Otro. En el fondo, la propuesta más lúcida y arriesgada, la que encierra la lección más urgente para la convivencia, en estos tiempos en que el racismo, la intolerancia y la xenofobia han dejado de ser un fan-

tasma que amenaza y se agita para convertirse en una realidad con la que convivimos todos los días: aprender a vivir la diferencia en la igualdad.

No sé muy bien si de forma intencionada o fortuita, las obras que integran esta trilogía adquieren una mayor unidad al escalonarse de acuerdo con las tres fases —descubrir, conquistar y conocer—, que permite la contemplación de aquel encontronazo de dos mundos, cuyo recuerdo ahora se evoca y de cuya reflexión se pretende sacar lecciones de convivencia. Lo que sí puede asegurarse es que la pasión que lleva a Sanchis Sinisterra a proponer esta mirada lúcida y contemporánea sobre el tema de la Conquista, encierra uno de los gestos más hermosos y de los empeños más solidarios que el teatro y la cultura de nuestro país han conseguido dirigir hacia América.

# JOSÉ SANCHIS SINISTERRA

Nació en Valencia en 1940. Vinculado al teatro desde muy joven, fundó el Aula de Teatro de la Universidad de Valencia. Asimismo, en 1977, funda El Teatro Fronterizo, colectivo con el que continúa trabajando y en el que habitualmente dirige. *La Leyenda de Gilgamesh*, bajo su dirección y dramaturgia, fue el primer trabajo del grupo. Hace también numerosas versiones. Un bloque importante de su dramaturgia se basa en el contraste entre teatralidad y narración, entre el humor y la emoción, entre lo épico y lo teatral. Gusta, igualmente, de la investigación histórica en parte de sus textos. *¡Ay, Carmela!* ha sido su gran y tardío descubrimiento.

## TEATRO

- *Tú, no importa quién* (1962). Premio Carlos Arniches de Teatro 1968. Estrenada por el Grupo Aorta, de Alicante, en noviembre de 1970. Inédita.
- *Midas* (1963). Estrenada por el Grupo de Estudios Dramáticos, de Valencia, bajo la dirección del autor, en noviembre de 1964. Inédita.
- *Demasiado frío* (1965). Sin estrenar e inédita.
- *Un hombre, un día* (1968). Adaptación del relato "La decisión", de Ricardo Doménech. Sin estrenar e inédita.
- *Algo así como Hamlet* (1970). Sin estrenar e inédita.
- *Testigo de poco* (1973). Sin estrenar e inédita.

- 
- *Tendenciosa manipulación del texto de La Celestina de Fernando de Rojas* (1974). Sin estrenar e inédita.
  - *La Edad Media va a empezar* (1976). Estrenada por la Assembla d'Actors i Directors de Barcelona, dentro del espectáculo *Crack*, en mayo de 1977. Inédita.
  - *La leyenda de Gilgamesh* (1977). Estrenada por El Teatro Fronterizo, de Barcelona, bajo la dirección del autor, en marzo de 1978. Inédita.
  - *Historias de tiempos revueltos* (1978). Dramaturgia de dos textos de Bertolt Brecht (*El círculo de tiza caucasiense* y *La excepción y la regla*.) Estrenada por El Teatro Fronterizo, bajo la dirección del autor, en abril de 1979. Inédita.
  - Escenas de *Terror y miseria en el primer franquismo* (1979). Sin estrenar. Dos de estas escenas publicadas en la revista *Andalán* (Zaragoza), número 346, diciembre de 1981. Cuatro de ellas, traducidas al catalán, publicadas por el Institut del Teatre de Barcelona.
  - *La noche de Molly Bloom* (1979). Dramaturgia del último capítulo del "Ulises" de James Joyce. Estrenada por El Teatro Fronterizo, bajo la dirección del autor, en noviembre de 1979. Inédita.
  - *Ñaque o De piojos y actores* (1980). Sobre textos del Siglo de Oro. Estrenada por El Teatro Fronterizo, bajo la dirección del autor, en octubre de 1980. Con graves errores de composición, publicada en el número 186 de la revista *Primer Acto*, octubre-noviembre de 1980. En tirada reducida, publicada en el número 2 de *Pausa*, revista de la Sala Beckett de Barcelona, enero 1990.
  - *El Gran Teatro Natural de Oklahoma* (1980-82). Dramaturgia sobre textos de Franz Kafka. Estrenada por El Teatro Fronterizo, bajo la dirección del autor, en mayo de 1982. Publicada en el número 222 de la revista *Primer Acto*, enero-febrero de 1988.
  - *Informe sobre ciegos* (1980-82). Adaptación del capítulo homónimo de la novela de Ernesto Sábato "Sobre héroes y tumbas". Estrenada por El Teatro Fronterizo, bajo la dirección del autor, en octubre de 1982. Inédita.

- Dramaturgia de *La vida es sueño* (1981), de Calderón de la Barca, en adaptación de Álvaro Custodio y José Luis Gómez. Estrenada en el Teatro Español de Madrid en diciembre de 1981, bajo la dirección de J. L. Gómez. Inédita.
- *Moby Dick* (1982-83). Dramaturgia de la novela de Herman Melville. Estrenada por El Teatro Fronterizo en colaboración con el GAT de L'Hospitalet, bajo la dirección del autor y de Enric Flores, en mayo de 1983. Inédita.
- *Bajo el signo de Cáncer* (1983). Estrenada por la Compañía Canaria de Teatro, bajo la dirección de Tony Suárez, en noviembre de 1983. Inédita.
- *Ay, Absalón* (1983). Dramaturgia de *Los cabellos de Absalón*, de Calderón de la Barca. Estrenada en el Teatro Español de Madrid, bajo la dirección de José Luis Gómez, en diciembre de 1983. Inédita.
- *Conquistador o El Retablo de Eldorado* (1984). Estrenada por El Teatro Fronterizo, bajo la dirección del autor, en febrero de 1985. Inédita.
- *Primer Amor* (1985). Dramaturgia del relato del mismo título de Samuel Beckett. Estrenada por El Teatro Fronterizo, bajo la dirección de Fernando Griffell, en abril de 1985. Inédita.
- Dramaturgia de *Cuento de invierno* (1985), de William Shakespeare. Por estrenar. Inédita.
- *Lope de Aguirre, traidor*, estrenada con el título *Crímenes y locuras del traidor Lope de Aguirre* (1977-1986) por El Teatro Fronterizo en colaboración con Teatropolitan, de Euskadi, bajo la dirección de Joan Ollé, en abril de 1986. Inédita.
- *¡Ay, Carmela!* (*Elegía de una guerra civil*) (1986). Estrenada por El Teatro de la Plaza, bajo la dirección de José Luis Gómez, en noviembre de 1987. Publicada en El Público nº 1 (1988).
- Dramaturgia de *Despojos* (1986) a partir de los relatos de Óscar Collazos "El padre" y "Disociaciones". Elaborada y escénicamente verificada en el transcurso de un taller sobre

“Textualidad y teatralidad”, en la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquía (Medellín, Colombia). Inédita.

- *Gestos para nada (Metateatro)* (1986-87). Materiales textuales derivados del Laboratorio de Dramaturgia Actoral del Teatro Fronterizo, parcialmente estrenados por El Teatro Fronterizo, bajo la dirección de Sergi Belbel, en abril de 1988, con el título de *Pervertimento*. Publicada con el título de *Pervertimento y otros Gestos para nada* por Coop d’Idees, Barcelona, 1991.
- *Traskalampaykán (Comedia interminable para niños y viejos)* (1986). Sin estrenar. A editar por la Conselleria de Cultura de la Generalitat de Valencia.
- *Carta de la Maga a bebé Rocamadour* (1986-87). Dramaturgia de “Rayuela”, de Julio Cortázar. Sin estrenar. Publicada en la revista Monteagudo, de la Universidad de Murcia, segunda época nº 10, febrero 1992.
- *El canto de la rana* (1983-87). Sin estrenar e inédita.
- *Los figurantes* (1986-88). Estrenada en el Teatro Rialto (Valencia) bajo la dirección de Carme Portaceli, en febrero de 1989. Inédita.
- *La estirpe de Edipo* (1989). Dramaturgia de *Edipo rey*, de Sófocles. Sin estrenar e inédita.
- *Bartleby, el escribiente* (1989). Dramaturgia del relato de Herman Melville. Estrenada por El Teatro Fronterizo, bajo la dirección del autor, en noviembre de 1989. Inédita.
- *Perdida en los Apalaches*. Estrenada por El Teatro Fronterizo, bajo la dirección de Ramón Simó, en noviembre dd 1990. Publicada por el Centro Nacional de Nuevas Tendencias Escénicas, colección: Nuevo Teatro Español, nº 10, Madrid, 1991.
- *Nafragios de Álvaro Núñez* (1991). Sin estrenar e inédita.

(Se excluyen de esta relación los textos escritos entre 1957 y 1961).

# **EL RETABLO DE ELDORADO**

**TRAGIENTREMÉS EN DOS PARTES**



## PERSONAJES

CHIRINOS  
CHANFALLA  
DON RODRIGO  
DOÑA SOMBRA

## LUGAR

Del texto se deduce que la acción podría transcurrir en una lonja abandonada, a las afueras de un pueblo tal vez andaluz... Pero también podría emerger de las tinieblas de un escenario.

## TIEMPO

Algunos de los personajes creen existir en los últimos años del siglo XVI... Pero también hay quienes sospechan —como el público— que el único tiempo real es el *ahora* de la representación.

## AGRADECIMIENTOS

Los diálogos en náhuatl han sido traducidos del castellano por  
Lothar Gartner

y revisados por el maestro  
Librado Silva.

Como testigos y/o relatores de la conquista, han suministrado  
materiales textuales, en mayor o menor medida,

Gaspar de Carvajal  
Bartolomé de las Casas  
Juan de Castellanos  
Hernando Cortés  
Bernal Díaz del Castillo  
Alonso de Ercilla  
Gonzalo Fernández de Oviedo  
Antonio de Herrera  
Francisco López de Gómara

y otros cronistas o poetas de menor significación.

Algunos giros expresivos y vocablos peculiares proceden de

Mateo Alemán  
Alonso de Contreras  
Juan Hidalgo  
Juan de Luna

y varios anónimos entremesistas y copleros populares.

Pero la más generosa e impagable donación, así en personajes y estilo  
como en talante y espíritu, viene de la mano única y fecunda de

Miguel de Cervantes Saavedra

a quien el autor de este texto quiere ofrecer, desde sus páginas,  
humilde y rendido homenaje.

J.S.S.

## PRIMER ACTO

*Lugar indeterminado, cercado por las sombras. En un lateral del escenario, al sesgo, una carreta exóticamente engalanada y cerrada por todas partes. Aquí y allá, toscos tenderetes de mercado. Entra Chirinos desde el fondo, arrastrando un saco. Al pasar junto a la carreta, se detiene, la mira, se acerca, escucha su interior, comprueba que no hay nadie por los alrededores y trata de fisgar por alguna rendija. Sale de escena decidida y vuelve con una escalerilla de mano. La arrima a la carreta, sube y otea en su interior desde arriba, todo con mucho sigilo. Desciende y sale rápidamente, para volver a entrar provista de un largo gancho, con el que va a intentar "pescar" algo que hay dentro de la carreta. Es interrumpida —y sobresaltada— por la súbita entrada de Chanfalla, evidentemente furioso, cargado con un haz de toscas perchas de pie y soportes diversos.*

CHANFALLA. No te fatigues más, Chirinos, que es trabajo perdido. (*Chirinos le indica por señas que calle.*) Bien te decía yo que en mala hora llegamos a esta villa. Toda está revuelta y alterada. (*Arroja al suelo su carga.*)

CHIRINOS. (*En un susurro.*) Calla.

CHANFALLA. (*Sin bajar la voz.*) ¿Callar? Que se entere, que se enteren todos. (*Gritando hacia el lateral.*) ¡Aquí no hay más que runfla de tomajones! (\*)

CHIRINOS. (*Igual.*) ¡Que calles, te digo!

CHANFALLA. ¿Por qué?

CHIRINOS. Porque está dormido... y solo.

(\*) Ver, al final, Glosario de voces infrecuentes (pág. 111).

CHANFALLA. ¿Dormido? Pues hora es de que despierte. Y tú también, Chirinos. Despierta de una vez. No sacaremos nada de esta traza. Ni aquí ni en ningún sitio. Ya nadie se encandila con prodigios lejanos.

CHIRINOS. Y tiene la bolsa junto a sí.

CHANFALLA. *(Sin oírlo.)* Anda toda la gente como loca con el Auto de Fe... *(De pronto.)* ¿La bolsa? ¿La bolsa, dijiste?

CHIRINOS. La bolsa dije.

CHANFALLA. ¿Y junto a sí la tiene? ¿No enterrada en lo hondo de la camisa?

CHIRINOS. A flor de tierra está. Calla. *(Prosigue su intento.)*

CHANFALLA. Cata que esté dormido realmente, que a lo peor sólo ha puesto a descansar el ojo sano...

CHIRINOS. Cata no le despiertes tú con tus mugidos.

CHANFALLA. *(Baja la voz.)* Repara, Chirinos, que pones a riesgo todo este negocio. No que espere yo mucho de él, pese a mi suerte, y menos en lugar y ocasión como estos. Pero bueno sería que, despertándose ahora y hallándote con las manos en la masa, nos motejara de ladrones y deshiciera nuestro concierto. Que muchos días y noches y sudores y aun ducados hemos gastado ya en aderezarlo.

CHIRINOS. *(Abandona su intento.)* Dices bien, pero no peco de ladrona, sino de curiosa. ¿Por tan desalmada me tienes? ¿Iba yo a despojar de su fortuna a este pobre viejo? *(Lleva el saco a primer término y otea la sala.)*

CHANFALLA. ¡Miren a Marta la Piadosa! ¿Pobre viejo le llamas? ¿Y achaques de virtud te dan ahora? ¿Desde cuándo, Chirinos, te remilgas de honrada?... Pocas serán las bolsas que has murciado, y pocos "pobres viejos" habrás tú rastrillado... *(Distribuye las perchas y soportes por los laterales de escena.)*

CHIRINOS. No te digo que no, Chanfalla ilustre, aunque ni de lejos te alcance en tales menesteres... Pero de muchas hebras está compuesto un paño.

CHANFALLA. El tuyo es segoviano, a lo que infiero... pero del Azoguejo.

CHIRINOS. *(Va sacando del saco diversos recipientes.)* Y más, que no sé qué me da de este buen hombre y su quimera...

CHANFALLA. Muy más vana es la nuestra: pensar que habremos de medrar con tal Retablo...

CHIRINOS. Cierto que antes confío yo en mi mercadillo que en tu retablazo... Pero, ¿acaso era más lucido aquel de las Maravillas? Y buen provecho nos dio... *(Va colocando en tenderetes y perchas las mercancías del saco.)*

CHANFALLA. No son todos los tiempos unos.

CHIRINOS. Y en lo tocante a la bolsa, no es mi intento despojarle de ella, sino saber qué guarda.

CHANFALLA. Muy segura estás tú de que son perlas o esmeraldas o zafiros o pepitas de oro...

CHIRINOS. ¿Tú no? Pues, ¿por qué tanto celo y afán en ocultarla? Dime.

CHANFALLA. Antes dime tú a mí: si tal tesoro hubiera, ¿cómo y por qué vivir en tantas estrechuras? ¿Fuérale menester andar hecho estafermo, con gentecilla tal como nosotros? ¿Armar todo este ratimago para embelear simples y bobazos? No, Chirinos: no se mete en negocios tan dudosos quien los tiene seguros.

CHIRINOS. *(Parece intrigada por la oscuridad de la sala.)* Muy remiso te veo, y aun contrario, con nuestro artificio. ¿No fuiste tú su padre y principal ahijador? ¿No era ayer cuando te brincaban los dedos al pensar en el provecho que mostrándolo habríamos?

CHANFALLA. Y sé que no ha de faltarnos un día u otro. Sino que una mala estrella nos ha traído a estas tierras. Pensamos hallar feria y, ¿con qué nos topamos?

CHIRINOS. Con el Santo Oficio de la Inquisición.

CHANFALLA. Mira si es feria alegre y dispendiosa un Auto de Fe.

CHIRINOS. Pues gente no ha de faltar.

CHANFALLA. ¿Gente, dices? Multitudes concurren de toda la comarca, y aun de todo el reino... Pero, ¿con qué ánimo, con qué disposición, con qué ganas?

CHIRINOS. Con las ganas de ver chamuscar a cuatro herejes.

CHANFALLA. No cuatro, sino cuarenta o más, si no me engaño. Si bien es cierto que la mayor parte sólo será penitenciada y reconciliada.

CHIRINOS. Así, ¿no habrá fogatas?

CHANFALLA. No más de diez relajados, decían que sacaban, y algunos en estatua.

CHIRINOS. Será la fiesta breve, en ese caso.

CHANFALLA. ¿Hay tal simpleza en el mundo? Entre procesiones, sermones, y el leer las sentencias, que suelen ser abultadísimas, y el cumplirlas, que ninguna baja de doscientos azotes, y todas las demás devociones, cuenta no menos de cinco días.

CHIRINOS. ¿Y no eran esos los que dijiste nos faltaban para poner el Retablo a punto?

CHANFALLA. Así es verdad, y lo sostengo: pero ya escuchaste de cuál parecer es nuestro invicto gallofero.

CHIRINOS. ¿Sobre el ensayar?

CHANFALLA. Sobre el no ensayar más, dirás mejor: que si no es él farandulero, que si no es comedia lo que hacemos...

CHIRINOS. Pues como no hilvanemos el Retablo, así que lo queramos mostrar a cualquier público, todo serán andrajos y costuras. (*Mira la sala.*)

CHANFALLA. Pero no es eso lo peor, sino sus otras condiciones...

CHIRINOS. (*Alborozada.*) ¡Dame albricias! Que estoy urdiendo yo una industria con que él las verá, o creerá ver, cumplidas, y nosotros tendremos ocasión de ensayar y ajustar el embeleco.

CHANFALLA. ¿Cómo así?

CHIRINOS. De este modo. Primo: dice el menguado que hoy ha de ser la muestra del Retablo. ¿Cierto?

CHANFALLA. Cierto.

CHIRINOS. Y diz también, secundo, que ha de representarse ante los principales y señores de la villa. ¿Miento?

CHANFALLA. No mientes, por mis pecados. Que así están los señores y principales tan dispuestos para venir aquí a entretenerse con bernardinas, como nosotros para andar en procesiones.

CHIRINOS. No te lo niego. Pero ahora estáme atento: cierra un ojo y enturbia el otro.

CHANFALLA. ¿Cerrar un ojo, dices? ¿Para qué?

CHIRINOS. No me repliques y haz como te digo. (*Chanfalla cierra un ojo.*) Así. Ahora mira para allá. (*Señala hacia el público.*)

CHANFALLA. Ya lo hago.

CHIRINOS. ¿Tienes entrecerrado el ojo abierto?

CHANFALLA. Lo tengo.

CHIRINOS. ¿Y qué es lo que ves?

CHANFALLA. Poca cosa... y ella algo añublada.

CHIRINOS. ¿Serías tú capaz, si allí te los pusieran, de distinguir a diez alcaldes de diez gomarreros, o a veinte señoronas de veinte rabizas?

CHANFALLA. Ni allí ni en una plaza los distinguiera... Pero, con tales columbres, milagro sería si alcanzase a avizorar siquiera al gigante Golías con una recua de elefantes...

CHIRINOS. Pues no mucho más alcanza nuestro don Rodrigo con todas sus potencias.

CHANFALLA. ¿Qué quieres decir?

CHIRINOS. ¿Aún no lo adivinas?

CHANFALLA. No, por mi fe.

CHIRINOS. Pues abre los ojos y aguza los oídos: por unos pocos reales podemos hacer que acudan a este corrincho no menos de cincuenta ganapanes y pencurrias, que aposentados ahí en lo oscuro y vistos desde aquí por ese viejo...

CHANFALLA. No prosigas, Chirinos, que ya toda tu industria se me aclara. Y vive Dios que es tan buena como si fuera mía... Pero, ¿tan cierta estás de que no ha de advertir el trueque?

CHIRINOS. Tú mismo has comprobado de qué manera es fácil solaparlo.

CHANFALLA. (*Repitiendo la prueba del ojo.*) No te digo que no, pero...

CHIRINOS. Pero, pero, pero, dijo don Pero. ¿No te basta la muestra?

CHANFALLA. No sé qué me diga, Chirinos. No es lo mismo una oscuridad estando vacía que cuando llena... Tú bien me conoces y sabes cuán meticoloso soy en mis embelecocos.

CHIRINOS. Medrosico y prolijo, diría yo.

CHANFALLA. Todo el secreto de un buen embuste yace en aquel esmerarse y atar corto las minucias. De ahí, de las nonadas, procede la apariencia de ser algo verdadero, que no en fingirlo a bulto y sin medida.

CHIRINOS. No me quieras instruir ahora, Chanfalla, que no es tiempo de doctrina. Mejor decide presto si te vale mi

industria y, cuando no, aviva en armar otra que más te satisfaga.

CHANFALLA. Antes quiero probar por menudo la tuya, que no me descontenta.

CHIRINOS. ¿De qué modo?

CHANFALLA. Discurriendo tú por esas sombras donde aposentaremos la bahurria, mientras yo, desde aquí, compruebo los vislumbres del indiano.

CHIRINOS. ¿No es más de esto?

CHANFALLA. No más.

CHIRINOS. Pues sea en buena hora. *(Baja a la sala.)* Y quiera Dios que no me rompa la crisma por satisfacer tus aprensiones.

*Chanfalla deambula por la escena tapándose un ojo y mirando con el otro la sala; mientras, Chirinos se desplaza por ésta.*

CHANFALLA. No es menester que te alejes diez leguas...

CHIRINOS. ¿Quién se aleja? Aquí mismo estoy.

CHANFALLA. ¿Y no te escondes?

CHIRINOS. No me escondo.

CHANFALLA. Pues, por mi vida, que así te veo yo como si te hubiera tragado la tierra...

CHIRINOS. ¿Tanto así?

CHANFALLA. *(Abre el ojo.)* Y aún más, que ni con los dos ojos bien abiertos alcanzo a ver de ti siquiera...

CHIRINOS. *(Alarmada.)* ¡Chanfalla!

CHANFALLA. ¿Qué?

CHIRINOS. ¿Eres tú?

CHANFALLA. ¿Quién?

CHIRINOS. Ese que está ahí y que me habla.

CHANFALLA. ¿Con qué me sales ahora?

CHIRINOS. Por tu vida, Chanfalla: di que eres Chanfalla.

CHANFALLA. ¿Qué nueva burla es ésta? ¡Y no te escondas más!

CHIRINOS. Te digo que no me escondo, que ante ti mismo me tienes... Y también te digo que espiritado debe de ser este lugar...

CHANFALLA. ¿Por qué?

CHIRINOS. Porque te veo y te oigo, y se me figura que no eres tú, sino un remedo tuyo.

CHANFALLA. ¿Qué remedo ni qué...?

CHIRINOS. Por Dios te lo juro, Chanfalla, que pareces pintura o fantasma de ti mismo. ¿Por seguro tienes que no eres Chanfalla postizo?

CHANFALLA. *(Ya inquieto.)* Algo de encantamientos debe haber, porque tu voz me llega de muy cerca, pero ante mí no hay más que negruras y vacío.

CHIRINOS. *(Sube a escena muy asustada.)* ¡Chanfalla!

CHANFALLA. ¡Chirinos! *(La recibe en sus brazos.)*

CHIRINOS. Ya eres otra vez tú, de cabo a rabo.

CHANFALLA. Y ya la voz te sale de ti misma.

CHIRINOS. ¿Qué lugar es este?

*Miran inquietos la sala y la escena.*

CHANFALLA. Por mis pecados, que ayer cuando llegamos no era sino alhóndiga desmantelada...

CHIRINOS. O lonja vieja, sí... (*Explora los laterales del escenario.*) Y eso parece ser... Sólo que desde ahí... (*Señala al público.*) se ve muy otra cosa.

CHANFALLA. (*Va a bajar a la sala.*) ¿Cuál otra cosa?

CHIRINOS. (*Deteniéndole con el gesto.*) ¡Tente, Chanfalla, por tu ánima! ¡No quieras mesarle las barbas al diablo! (*Chanfalla baja a la sala.*) ¡Aguarda! ¿No será aquí donde el Malo hace sus cirimonias con esas brujas que va a quemar el Santo Oficio?

CHANFALLA. No son brujas, sino herejes y falsos confesos... ¿Y a qué bueno viene ahora mentar al diablo?

CHIRINOS. (*Mirando la sala, sin ver a Chanfalla.*) ¡Por tu vida, Chanfalla! ¿Dónde estás?

CHANFALLA. (*Mirando a Chirinos.*) ¡Cuerpo de tal, Chirinos! ¿Cómo tan presto te has mudado?

CHIRINOS. ¿Mudarme yo? Para pascuas está ahora la hija de mi madre... (*Le busca con la vista.*) ¡Chanfalla!

CHANFALLA. No de Pascuas, mas de Carnestolendas propiamente te me figuras...

CHIRINOS. Vuelve ya, Chanfalla, no tientes al demonio. ¿Acaso no sientes como un olor de azufre?

CHANFALLA. (*Olisquea.*) De algarrobas secas, diría yo mejor...

CHIRINOS. Pues yo te sé decir que unos reflujos de espeluzo me están dando... ¿Y acá nos habremos de quedar Dios sabe cuánto? Antes parirá mi difunta abuela. Vámonos presto, Chanfalla. Mudémonos sin más tardar de esta zahúrda...

CHANFALLA. ¿Mudarnos dices? ¿Estás en tu seso?

CHIRINOS. ¿No había de estar?

CHANFALLA. Ni una legión de belcebúes me fuerza a mí a desbaratar el Retablo. Quince horas nos tardamos ayer en

componerlo, ¿y ahora quieres tú echarlo abajo a toda prisa?  
(*Ha subido a escena.*)

CHIRINOS. Más me estimo acabar con el cuerpo molido que con el alma achicharrada...

CHINFALLA. Déjate ya de infiernos y demonios, que al cabo estos encantamientos no son sino cosas del ver y del oír.

CHIRINOS. ¿Qué quieres decir?

CHINFALLA. Quiero decir lo que digo.

CHIRINOS. ¿Y qué cosa es la que dices?

CHINFALLA. Yo ya me entiendo. Y si no me entiendo, tampoco lo he menester.

CHIRINOS. ¡Desdichada de mí! ¿Quién me juntó con alguien tan bozal y cervigudo? Pero, ¿es que no se te da nada de estos barruntos?

CHINFALLA. Se me dé o no se me dé, fuera gran disparate levantar el vuelo por sólo unos barruntos, cuando tanto nos va en este negocio. Y más, que la carreta, como sabes, ha quedado achacosa y para poco...Sin hablar de la mula, que está para cantarle el gori-gori.

CHIRINOS. Y a mí que me papen duelos, ¿no es así? Quiéreseme escapar el corazón del pecho, ¿y habré de echar pelillos a la mar?

CHANFALLA. Pelillos y aun pelambres has de echar, Chirinos, que no somos nosotros para asombrarnos de nada, y menos de embelesos del ojo y del oído.

CHIRINOS. ¿Embelesos llamas a estos remudes tenebrosos?

CHANFALLA. ¿Hase visto ánimo tan flaco y mujeril? En fin: llenemos cuanto antes este vacío y verás disiparse tus temores. (*Ha tomado capa y sombrero y se los pone.*) Vamos sin más demora hasta la villa, y buscar hemos en ella a cuanta coima, sopón, belitre, cachuchero, ganapán y rabiza ande allí a la galima, por ver de concertarlos para nuestro negocio.

CHIRINOS. ¿Ahora quieres ir?

CHANFALLA. ¿Cuándo mejor que ahora, que el viejo está durmiendo?

CHIRINOS. ¿Así le dejaremos?

CHANFALLA. ¿Quieres quedarte tú?

CHIRINOS. *(Poniéndose una toca.)* Ni por pienso.

CHANFALLA. Pues anda acá, zurróna mía, que a todos los vientos te mudas...

*Salen los dos, pero al punto regresa Chirinos, rápida y temerosa. Va hasta la carreta, cierra el cerrojo de la puerta y vuelve a salir volando. Queda la escena sola. A poco se escuchan ruidos dentro de la carreta. Alguien intenta abrirla desde dentro: golpes, sacudidas... Por fin, tras una pausa, una espada rasga el techo y aparece paulatinamente el casco, la cara y medio cuerpo de Rodrigo; lleva un parche en un ojo y con el otro mira escrutadoramente en torno.*

RODRIGO. Siempre hay una salida. *(Pausa.)* Solía decir mi capitán, don Diego Hernández de Palomeque. *(Pausa.)* Siempre hay una salida. Si no la encuentras por delante, búscala por tu diestra. *(Pausa.)* Si la diestra está cerrada, vuélvete hacia la siniestra. *(Pausa.)* ¿No hay salida por allí? Ábrete paso por arriba. *(Pausa.)* Si por arriba no la hubiera, ábrete paso por abajo, hasta el mismísimo infierno. *(Pausa.)* Sólo si hacia el infierno no lograras salir, puedes volverte atrás en tu camino. Pero nunca, óyeme bien, nunca te quedes encerrado. *(Pausa.)* Nunca. *(Pausa.)* Eso decía mi capitán, don Diego Hernández. *(Pausa.)* De Palomeque. *(Pausa.)* Siempre hay una salida. *(Pausa. Grita.)* ¿Por qué diablos me habéis encerrado, pareja de truhanes? *(Pausa.)* ¿Dónde estáis? *(Pausa.)* El siglo corre como el viento, los tiempos se desbocan, se despeñan los días sin remedio, y vosotros dormís a pierna suelta al borde del abismo. *(Pausa.)* Y yo me desespero en esta jaula, como animal de feria, contando los minutos que me faltan para asombrar al mundo. *(Pausa.)* ¿Señor Chanfalla y señora Chirinos! ¿Es para hoy darme la suelta? *(Pausa.)* Si dormidos no están, pues no despiertan con mis voces, a buen seguro que andarán llenándose la panza en un mesón. *(Pausa.)* Si no es que se ocupan en holgar y

retozarse en un rincón, como suelen a la hora de la siesta. *(Pausa. Grita.)* ¡Súbase ya las bragas, señora Chirinos, y deje que Chanfalla se ajuste los calzones! *(Pausa.)* Así me lleve la fortuna a Bimini y sabrán todas quién fue, quién será, quién es Rodrigo Díaz de Contreras... *(Pausa.)* ¿Aún andas revolviéndote en tales vanidades, vetusto rijoso, mediado como estás del aparejo? *(Pausa.)* Sí, aún. *(Pausa.)* ¿Dónde está mi sombra? *(Mira hacia el interior de la carreta.)* Sombra, ¿estás ahí? *(Pausa.)* ¿También tú te has marchado, sombra mía? *(Pausa.)* También. *(Pausa. Recita.)*

A dar tiento a la fortuna  
sale Díaz de su patria,  
tan falto de bienes de ella  
cuanto rico de esperanzas:  
Su valor y noble sangre  
a grandes cosas le llaman,  
y el deseo de extender  
de Cristo la fe sagrada.  
Rompe el mar, vence los vientos  
con una pequeña armada...

*(Se interrumpe. Pausa. Recita.)*

Aquí se contarán casos terribles,  
encuentros y proezas soberanas:  
muertes, riesgos, trabajos invencibles,  
más que puedan llevar fuerzas humanas...

*(Se interrumpe. Pausa. Recita.)*

¿Pensábades hallar fijos cimientos  
en medio de la aguas turbulentas?  
¿Pensábades, tratando con los vientos,  
poderos escapar de sus tormentas?  
Con estas condiciones batallamos  
los que las altas olas navegamos.

*(Pausa. Repite.)*

Con estas condiciones batallamos  
los que las alta olas navegamos.

*(Pausa. Repite.)*

Con estas condiciones batallamos  
los que las altas...

*(Se interrumpe. Grita.)* ¡Sacadme de aquí, cuerpo de tal, o a fe que destrozo con mi espada este maldito chiribitil, aunque me hunda con él y me quiebre todos los huesos! *(Comienza a golpear con la espada el techo de la carreta.)* ¡Que no está mi furia para consumirse así, sobre un caldoso, como rufián sambenitado! *(Algo se quiebra bajo sus pies y él se hunde con estrépito de chatarra. Silencio. Se escucha, desde el fondo, una voz femenina que canta una arcaica melopea en lengua ininteligible. El canto parece acompañar una actividad que produce golpes apagados con cierta regularidad rítmica. Dentro de la carreta suena algún gemido y ruidos inidentificables, se eleva una columnilla de humo y vuelve a parecer por arriba, ahora con el casco torcido, la cabeza y los hombros de Rodrigo. Fuma un tosco cigarro de considerable tamaño.)* Igual que el Ave Fénix de sus cenizas, renazca el hombre siempre de sus desdichas, solía decir mi capitán Palomeque. *(Pausa.)* Don Diego Hernández. *(Pausa.)* Y hasta lo cantaba por seguidillas. *(Canta.)*

Igual que el Ave Fénix  
de sus cenizas,  
renazca el hombre siempre  
de sus desdichas.

Bien aprendí la máxima, pues que aquí estoy aún, vivo y entero después de tantos riesgos e infortunios... *(Pausa.)* ¿Entero? No tal. Tuerto de un ojo, sordo de un oído, cojo de un pie y privado, lo que más siento, de un compañón. *(Pausa. Grita.)* ¿Qué buscabas en mi entrepierna, flecha maldita? Y tú, don indio puto, bujarrón, que te hiede el culo como un perro muerto, ¿has de apuntar, con tu codicia de varón, a la más preciada parte de mi persona? ¡Dispárame en el pecho, si herirme quieres, y no me despares los testigos, camayoa! *(Pausa. Fuma)* Tuerto de un ojo y sordo de un oído y cojo de un pie y etcétera, y arrimado a la muerte por los años. Pero vivo, cosa que no puede decir don Diego Hernández de Palomeque. *(Pausa.)* Mi capitán. *(Pausa.)* Vivo y renaciente de mis cenizas, para levantar la empresa más grande de este siglo. *(Fuma.)* Más noble. *(Pausa.)* De más provecho material y espiritual. *(Pausa.)* De más duraderos frutos. *(Pausa. Fuma.)* De más provecho material y espiritual. *(Pausa.)* Ni Roma ni Cartago. *(Pausa.)* De este siglo y de los pasados.

*(Pausa.)* Y de los futuros. *(Pausa. Fuma.)* Pues ya estamos en la tarde y fin de nuestros días y en la última edad del mundo... Y hoy es el quinto día de la quincuagésima luna del año del Jaguar. *(Pausa.)* Hoy ha de ser, sí, pese a quien pese, tras ocho días de "atamalqualiztli" que han dejado mis tripas como espartos. *(Pausa. Fuma.)* Bajo el sexto sello del segundo estado será golpeada la nueva Babilonia. *(Pausa. Saca una bolsa o faltriquera y la hace oscilar ante su ojo sano.)* Sueño florido que me abrirá el camino de Eldorado. Semillas del árbol de la vida que da sombra a la fuente de la eterna juventud. *(Pausa. Fuma.)* A la diestra mano de las Indias, muy llegada a la parte del Paraíso Terrenal... *(Se interrumpe.)* Y con cierta goma o licor que huele muy bien se unta cada mañana, y sobre aquella unción se pega el oro molido, y queda toda su persona cubierta de oro, y tan resplandeciente como...

*Entran por donde se fueron Chanfalla y Chirinos hablando entre sí y, sin ver a Rodrigo, se quitan las prendas que se pusieron para salir, mirando inquietos la sala.*

CHIRINOS. ...Cuando demasiadamente fáciles resultan. Y más, que ese Maquelo...

CHANFALLA. Macarelo. Macarelo es su nombre.

CHIRINOS. Pues Macarelo. Mucho nos prometió por tan poco.

CHANFALLA. Ya te he dicho que está en deuda conmigo, que una vez le salvé de ir por tres años a apalear sardinas.

CHIRINOS. ¿Y en un librado de galeras confías tú nuestro negocio?

CHANFALLA. Sólo en la parte de juntar la chusma y traémosla aquí. Y ya viste con qué respeto le saludaban grofas, belitres y mendigos.

CHIRINOS. Eso es verdad, que parecía segundo Monipodio...

CHANFALLA. *(Reparando en Rodrigo, que tampoco los ha visto.)* Quedo, Chirinos, que nuestro indiano está de cuerpo presente.

CHIRINOS. ¡Y de bolsa presente también!

RODRIGO. *(Que ha proseguido sin que le oigamos su monólogo.)* Perlas que la mar vierte en las orillas de la tierra prometida...

CHIRINOS. *(En voz baja, a Chanfalla.)* ¿Ha dicho perlas?

CHANFALLA. *(Ídem, a Chirinos.)* Sí, pero disimula. *(Fingen una nueva entrada. A Rodrigo, andando y hablando sonoramente.)* ¡Tarde madruga nuestro don Rodrigo! ¿Acaso halló cerrada la puerta, que se abrió vuestra merced otra por el tejado?

CHIRINOS. *(Ídem.)* ¡Pecadora de mí, que yo por descuido la cerré, temiendo que alguien viniera a merodear!

CHANFALLA. Siempre has de ser desconfiada y temerosa, Chirinos... *(Abre la puerta de la carreta y quedan a la vista unas cortinas que ocultan su interior.)*

CHIRINOS. No siempre, amigo Chanfalla, pero sí en este lugar y tiempo. *(A Rodrigo.)* ¿No lo sabe vuestra merced? Está la villa que no cabe un alma con un Auto de Fe que el Santo Oficio celebra.

RODRIGO. ¿Auto de Fe?

CHANFALLA. Figúrese cuán oportuna fue nuestra venida, pues que han venido grandes señores de todo el reino...

*La cabeza de Rodrigo desaparece al descender.*

CHIRINOS. *(En voz baja, a Chanfalla.)* Y aun mayores rufianes; que esto parece un concilio de calcatrifes.

CHANFALLA. *(Ídem, a Chirinos.)* ¿Callarás, cotarrera?

CHIRINOS. *(Ídem, a Chanfalla.)* No seas tú mandria, que él oye menos que un costal de garbanzos.

*Apartando las cortinas de la caseta, aparece Rodrigo en camisa hasta más abajo de las rodillas y con el casco torcido. Lleva el cigarro en una mano y la bolsa en la otra. Al andar, cojea del pie izquierdo.*

RODRIGO. ¿Dónde está mi sombra?

CHANFALLA. (*Mira a su alrededor.*) ¿Vuestra sombra? ¿No se os habrá quedado adentro?

RODRIGO. Adentro sólo han quedado las brasas de mi furia y las cenizas de mi paciencia... ¿Soy acaso galeote para verme así privado de mi libertad?

CHIRINOS. Mía es la culpa, mi señor don Rodrigo. Que en verle dormir como un bendito, tuve temor no entrase por aquí algún murcio y le diese a vuestra merced un maldito despertar.

RODRIGO. ¿Quién dices que había de entrar?

CHANFALLA. Un murcio, dice Chirinos, que es como decir un cisquiribaile.

RODRIGO. ¿Un qué?

CHIRINOS. Un cisquiribaile, que es tanto como farabusteador.

RODRIGO. ¿Y quién es ese farabú o farabá?

CHANFALLA. Un farabusteador es lo mismo que un turlerín, sólo que más baqueteado.

RODRIGO. ¿Turlerín? ¿Pues qué cosa es turlerín?

CHIRINOS. Quiere decir Chanfalla un rastrillero, que así llama la cherinola a quien suele garfiñar por la carcoma.

RODRIGO. ¡Cuerpo de tal! ¿Qué algarabía es esa que habláis, que no os entiendo? ¿Hanme llevado los diablos a tierra de infieles, o es que aún no he regresado de las Indias?

CHANFALLA. No se arrebate vuestra merced, que éste sólo es hablar de germanías; que algún poco se nos pegó cuando la mala estrella nos hizo andar un tiempo entre baturria... Quiero decir, entre gente baja y no muy santa.

RODRIGO. Quiera Dios que no se me pegue a mí tan ruin habla por andar con vosotros. Pues sabido es que hasta el oro

y las perlas se agusanan y pudren, si con viles elementos se mezclan. (*Guarda la bolsa en la cintura, bajo la camisa.*)

CHIRINOS. ¿Agusarse el oro, dice vuestra merced? ¿Pudrirse las perlas? Eso será si se las guarda y encierra con exceso. Que de por sí, y al aire, las cosas nobles ennoblecen.

CHANFALLA. Razón tiene Chirinos, don Rodrigo. Sabido es cuánto poder tienen las riquezas de comunicar a todo y a todos sus virtudes...

RODRIGO. ¿Sus virtudes? (*Se exalta y bracea con el cigarro en la mano.*) ¡Sus vicios comunican, su ponzoña, sus efluvios de muerte y eterna condenación!... si para bajos fines se las busca y acopia. Yo he visto con mis ojos multitudes de hombres perdidos y estragados, muy peores que fieras sin entrañas, cometer mil traiciones y maldades en aquel vastísimo y Nuevo Mundo de las Indias. Como lobos y tigres y leones cruelísimos y hambrientos, ellos cometen tiranías feroces y obras infernales por la codicia y ambición de riquezas. Por las tales riquezas se ensuciaron infinitas manos en violencias, opresiones, matanzas, robos, destrucciones, estragos y despooblaciones, que han dejado aquellas tierras perdidas y extirpadas para siempre...

CHIRINOS. (*Aparte, a Chanfalla.*) Ya se le han llenado los sesos de ese maldito humo...

CHANFALLA. (*A Rodrigo.*) ¿Así piensa vuestra merced pintar las Indias a quien venga a escucharnos esta tarde? Pues, por mi fe, que pocas ganas va a tener nadie de cruzar la mar oceánica y sufrir mil penalidades y peligros en busca de esa provincia de Eldorado, sin con tales lindezas vamos a encandilarles...

RODRIGO. (*Que se ha calmado al punto.*) No te falta razón, Chanfalla amigo. Me cumple ser prudente y callar la una mitad de la verdad. (*Tira el cigarro al suelo y Chanfalla se acerca a husmearlo.*) Que con la otra mitad basta y sobra para encender los ánimos y levantar los corazones en pos de esa jornada.

CHIRINOS. ¿De qué mitad habla vuestra merced?

(*Chanfalla recoge el cigarro y lo examina.*)

RODRIGO. De la que cuenta y canta las maravillas que el Nuevo Mundo encierra. (*Le rodea los hombros con el brazo.*) Has de saber, Chirinos, que no hay verdad sin dos caras y dos bocas, amargas las unas, dulces las otras. Y también la verdad de las Indias es como digo, pues si, por un lado, abundan allí horrores y miserias peores que la muerte y el infierno, por otro no habrá lengua capaz de cantar sus excelencias, ni manos capaces de pintar sus bellezas...

CHIRINOS. ¿Acaso quiere vuestra merced pintarlas en mis tetas? (*Y esquiva la mano de Rodrigo que, efectivamente, merodeaba por su escote.*)

RODRIGO. (*Sin darse por aludido, declama*)

Hay infinitas islas y abundancia  
de lagos dulces, campos espaciosos,  
sierras de prolijísima distancia,  
montes excelsos, bosques tenebrosos,  
tierras para labrar de gran sustancia,  
verdes florestas, prados deleitosos,  
de cristalinas aguas dulces fuentes,  
diversidad de frutos excelentes...

(*Chanfalla intenta fumar el cigarro, sin mucho éxito.*)

CHIRINOS. (*Declama, pero con intención manifiesta.*)

En riquezas se ven gentes pujantes,  
villas y poblaciones generosas,  
auríferos veneros y abundantes  
metales de virtud, piedras preciosas,  
margaritas y lúcidos pinjantes  
que sacan de las aguas espumosas...

*Mientras recita, intenta sustraer la bolsa que guarda Rodrigo bajo la camisa. Chanfalla lo advierte y, alarmado, arroja el cigarro por un lateral del escenario y acude a evitar un posible desastre.*

CHANFALLA. (*Apartando a Chirinos de un tirón.*) Aquí vendría como de molde, señor don Rodrigo que, aun en contra del parecer de vuestra merced, ensayáramos algún poco el Retablo... Siquiera porque no se nos quede abierto más de un agujero por donde se derrame la mitad importuna de la verdad.

*Chirinos le hace señas de que no importa y él le replica por señas, entablándose entre ambos un diálogo mudo.*

RODRIGO. Esa mitad, Chanfalla, presa y amordazada la llevo en las últimas dobleces del corazón. No tengas temor de que por descuido la proclame, que hartó trabajo me cuesta decírmela a mí mismo. Sino que tú y Chirinos me la arrancásteis con vuestro vano elogio de la riqueza... Y sobre el ensayar, no pases pena: remachad y pulid vosotros vuestras partes del Retablo, que yo las mías bien sé cómo... (*Repara en que Chanfalla y Chirinos no le escuchan, enfrascados como están en su disputa gestual.*) ¿Qué andáis ahí zaragateando con muecas a mis espaldas?

CHANFALLA. (*Disimulando.*) No nada, señor indiano...

CHIRINOS. (*Ídem.*) Aquí Chanfalla, que de suyo es testarrón y empecinado.

CHANFALLA. Aquí Chirinos, que, a más de hurgamandera, tiene sus puntas de rasgada.

CHIRINOS. (*Airada.*) ¿Rasgada has de ver tu cara si así me garrocheas!

RODRIGO. (*Poniendo paz.*) Quédese aquí la porfía, que a golpes de lengua acibarada ninguno ha de ganar. Y pasemos a cuestiones de mayor importancia. (*Avanza hacia el borde del escenario.*) ¿Habéis examinado si el lugar es oportuno? ¿Tiene las condiciones que merece nuestro auditorio?

CHANFALLA. (*Atajándole, para evitar que baje a la sala.*) Esas y más, don Rodrigo... Adorno y acomodo parecen dispuestos a medida de tan digna concurrencia como aquí debe aposentarse.

CHIRINOS. (*Tratando de atraer su atención hacia el fondo del escenario.*) Pues, ¿y esta espaciosidad? ¿Y este despeje y holgura? Aquí podrían mostrarse sin embarazo alguno los trabajos de Hércules, la toma de Constantinopla por los turcos y la naval batalla de Lepanto...

RODRIGO. (*Sin dejar de otear la sala.*) Pues ahí bien se vería la caída de Luzbel a los infiernos...

CHIRINOS. (*Aparte, a Chanfalla.*) ¡Jesús tres veces! ¡Y que con sólo un ojo tanto acierte...!

CHANFALLA. Ea, señor indiano, que mucha parece la sombra desde la mucha luz. Y mire cómo abunda ella en esta parte, y lo bien y rebién que nos alumbra... (*Pasea exageradamente por escena, como haciéndose ver.*)

RODRIGO. Así es verdad. Quiérollo yo mirar desde aquí abajo, por el gusto de ver cómo seremos vistos.

*Se dispone a bajar, ante el gesto impotente de Chanfalla y Chirinos. Ésta reacciona por fin vivamente, atrayendo la atención de todos hacia un lateral del fondo.*

CHIRINOS. ¡Helos, helos! ¡Aquí llegan!

RODRIGO. ¿Quién llega? (*Se detiene.*)

CHIRINOS. ¡Por el siglo de mi madre! ¡Y qué priesa que se han dado! Mía fe, que no son dados a haronear en esta villa...

RODRIGO. Pero, ¿de quién hablas?

CHANFALLA. (*Cayendo de las nubes.*) ¡Cuerpo de tal! ¿Ellos son ya?

CHIRINOS. Mismamente.

CHANFALLA. Presto acuden, don Rodrigo. (*Detiene a Rodrigo, que ya iba hacia Chirinos.*) Y mire en qué compostura está aún vuestra merced. (*Rodrigo se mira en camisa.*) Mala cosa sería que le vieran de esta guisa y tomaran mala opinión de su persona y calidad.

RODRIGO. ¿No he de saber, por Dios, quién os alborota así con su venida?

CHIRINOS. ¿No lo adivina vuestra merced? Pues no menos del alcalde y regidores del lugar que, sabedores de nuestra llegada, sin duda quieren asegurarse de cuál intento traemos.

CHANFALLA. Eso mismo me anunció un alguacil con quien estuve platicando.

CHIRINOS. Con que ya veis cómo nos toman, especialmente a vuestra merced...

CHANFALLA. (*Conduciendo a Rodrigo a la carreta.*) De prisa, don Rodrigo. Importa que os entréis por que no os vean en tan menguado porte.

CHIRINOS. Sí, de prisa, de prisa, que ya llegan...

RODRIGO. ¿Y qué haréis vosotros?

CHANFALLA. ¿Qué hemos de hacer, sino darles cuenta cabal de lo que aquí nos ha traído?

RODRIGO. ¿Sabréislo obrar debidamente?

CHANFALLA. Tan bien o mejor que vuestra merced. Y éntrese ya, por su vida, no se malogre este negocio. (*Le empuja adentro.*)

RODRIGO. (*Desapareciendo tras las cortinas.*) Hablad con altas voces, de modo que yo pueda oír lo que decís y os dicen...

CHANFALLA. Así haremos.

CHIRINOS. (*Fingiéndole que habla con alguien.*) Bienvenidos sean el señor alcalde y los señores regidores de esta noble y famosa villa. Beso a vuestras mercedes las manos. (*Cambiando la voz.*) ¿Qué os trae por estas tierras, buena gente?

CHANFALLA. (*Siguiéndole el juego.*) No otra cosa sino el gusto de serviros y el afán de mostraros algo de tanto provecho como entretenimiento.

CHIRINOS. (*Cambiando la voz.*) ¿Y qué es ello y quiénes sois y qué queréis? (*Con su propia voz.*) Sabed, señor alcalde y señores regidores, que nosotros somos Chanfalla y Chirinos, cómicos famosos donde los haya, que de muchos años a esta parte andamos por estos reinos representando toda suerte de historias...

CHANFALLA. (*En voz baja.*) Y fabricando toda suerte de embelecocos...

CHIRINOS. ...Así en forma de comedias, autos y entremeses, como de retablos...

CHANFALLA. (*Alto, con su propia voz.*) Quizá vuestras mercedes tuvieran noticia del maravilloso Retablo de las Maravillas, el cual fabricó y compuso el sabio Tontonelo, que años ha mostramos con general contentamiento y aplauso por estas tierras... (*Cambia la voz.*) Sí, por cierto: hasta acá llegó la fama de sus maravillosas virtudes.

CHIRINOS. Pues sepa, señor alcalde, que nosotros fuimos los portadores del tal Retablo. (*Cambia la voz.*) ¿Y qué nuevo artificio portáis ahora?

CHANFALLA. (*Con su propia voz.*) Ahora, señor regidor, la ventura nos ha deparado ocasión tan venturosa que podemos mostrar hoy a vuestras mercedes, y mañana a todo el reino, un nuevo y, si cabe, más maravilloso Retablo. (*Cambia la voz.*) Pésame en el alma, señores farsantes, pero así podréis mostrar hoy aquí ese retablo vuestro como los milagros de Mahoma. (*Con su propia voz.*) ¿Y cuál es la causa, si decirse puede? (*Cambia la voz.*) Habéis de saber, señores, que hoy se celebra en nuestra villa un piadosísimo Auto de Fe, en el que, con la gracia de Dios, van a ser azotadas y achicharradas tres docenas largas de luteranos y marranos. Juzgad si, entre tales devociones, caben vuestras distracciones.

CHIRINOS. (*En voz baja, airada.*) ¿Aún porfías en tu recelo? (*Cambia la voz.*) Bien es verdad, no obstante, que si vuestro retablo no fuera de cosas vanas y peregrinas, sino de graves y discretas y elevadas razones, cupiera lindamente en la ocasión. (*Con su propia voz.*) ¿Graves y elevadas y discretas pide las razones vuestra merced? Tales son, en grado sumo, y aun excelentes y dignas de encarecimiento, pues que todo en nuestro Retablo no es sino aliento que dar a la honra, a la fama y a la gloria. (*Cambia la voz.*) ¿Pues qué retablo es ese tanpreciado y fructuoso? (*Con su propia voz.*) Es, señores míos, el Retablo de Eldorado. (*Cambia la voz.*) ¿El Retablo de Eldorado? (*Otra voz.*) ¿El Retablo de Eldorado? (*Otra voz.*) ¿De Eldorado?...

CHANFALLA. (*Con su voz.*) Sí, abundantes señores: el Retablo de Eldorado, en cuya composición y aderezo hemos modestamente secundado con nuestro saber farandulero a un noble, a un valiente, a un esforzado conquistador, que ha

sembrado con su sangre y su valor la más de las tierras del Nuevo Mundo. Y es su nombre: don Rodrigo Díaz de Contreras.

CHIRINOS. *(Cambia la voz.)* ¿Don Rodrigo Díaz de Contreras? *(Otra voz.)* ¿Don Rodrigo Díaz de Contreras? *(Otra voz.)* ¿Don Rodrigo? *(Otra voz.)* ¿De Contreras?...

CHANFALLA. *(Con su voz.)* Don Rodrigo Díaz de Contreras, sí, innumerables señores... *(En voz baja.)* Ataja ya, garlona, no nos metas aquí todo el concejo...

*Rodrigo ha asomado la cabeza por entre las cortinas, pero no alcanza a verles y tampoco osa salir.*

CHIRINOS. *(Sin reparar en él, cambia la voz.)* ¿Y no podríamos ahora hacer reverencia a tan cumplido soldado?

*Rodrigo se esconde rápido tras las cortinas.*

CHANFALLA. Sí pudierais... sino que él se halla ahora dos leguas de aquí, ocupado en no sé qué menesteres que convienen al realce y propiedades del Retablo. *(Cambia la voz.)* ¿Y quién o qué cosa sea ese Dorado que en el tal retablo deseáis mostrar?

CHIRINOS. *(Con su voz.)* El Dorado llaman los españoles a un príncipe o cacique que señorea y manda en la más rica de las provincias de las Indias. Y es tanta su riqueza, que continuo anda cubierto de oro molido, y tan menudo como sal polvorizada. Cuentan que cada mañana le untan de la cabeza a los pies de una trementina muy pegajosa, y sobre ella, con unos canutos, le soplan encima el oro en polvo. Y así va él todo el día, sin otro vestido ni adorno encima, que no le da empacho o vergüenza mostrar toda su disposición natural. Y al llegar la noche, se lo quita y lava, y se pierde todo el oro por tierra. Y esto hace todos los días del mundo. Haced cuenta de cuánta será su riqueza...

CHANFALLA. *(Con su voz.)* Dicen también que en esa provincia de Eldorado hay una laguna donde hacen sus fiestas y areitos algunas veces al año. Y ellas son que desnudan al cacique en carnes vivas, y lo untan y espolvorean según queda dicho, de modo que relumbra como el sol... *(Va quedando como fascinado por su propia descripción.)* Luego lo ponen

en una gran balsa de juncos adornada todo lo más vistoso que pueden, y en medio de ella un gran montón de oro y esmeraldas para ofrecer a su dios o demonio. Llegada la balsa al medio de la laguna, entre cantos y músicas y sahumerios, hace el indio dorado su sacrificio echando al fondo todo el acopio de oro y plata y piedras preciosas que consigo lleva...

CHIRINOS. (*Extrañada, en voz baja, a Chanfalla.*) Despierta, Chanfalla, hijo, que a nadie has de encantar con tu lengua.

CHANFALLA. (*En verdad, como volviendo a la realidad.*) ¿Qué diablos de encantamiento dices?

CHIRINOS. Nada, sino que, en verte con esos ojos de mochuelo espantadizo, se me figuró que real y verdaderamente hablabas al alcalde y regidores fantasmas...

CHANFALLA. En Dios y en mi ánima te juro que así me pareció por un momento... Pero más me desazona la ilusión que me han hecho esas sombras y luces... (*Señala el lateral hacia el que miraba.*)

CHIRINOS. ¿Qué ilusión?

CHANFALLA. Propiamente se me representó el tal cacique dorado, todo resplandeciente, y la laguna y balsa y joyas y cantares que yo mismo iba diciendo...

CHIRINOS. (*Inquieta.*) ¿Por el siglo de mi abuela que no me engañas? (*Mira hacia el lateral y hacia la sala.*)

CHANFALLA. Te juro por la... (*Un ruido en la carreta le interrumpe.*)

CHIRINOS. ¡Tsssss! Sigamos con la comedia, que este silencio extraña al golondrino. (*Cambia la voz.*) Mudos nos ha dejado este prodigio, señor Chanfalla. A fe que en esa sola provincia de Eldorado debe juntarse tanto oro como crían todas las minas del Perú. (*Con su voz.*) Y aún más, osaría decir, señor alcalde. (*Cambia la voz.*) ¿Y a qué parte de las Indias decís que se encuentra? (*Con su voz.*) Ahí está la cuestión, señor regidor, que al tal Dorado aún le falta la cola por desollar. Quiero decir que, no obstante haberse hecho innumerables entradas en busca de esa riquísima provincia,

con infinita muerte y perdimiento de cristianos, éste es el día en que nadie sabría decir dónde y cómo se encuentra.

CHANFALLA. (*Ha vuelto al juego, después de otear inquieto el lateral.*) Nadie, si no es nuestro sin par don Rodrigo, que en una de sus muchas jornadas llegó a las mismas puertas de Eldorado. (*Cambia la voz*) ¿A las puertas llegó, y anda por estas trojas de miseria?

CHIRINOS. (*Con su voz.*) Pocas veces la ventura llega sin la desventura, señores. Y, en aquella tan aventurosa ocasión, andaba don Rodrigo mal herido, enfermo de unas fiebres, transido de hambre y, como remate, prisionero de unos indios caribes que lo llevaban en volandas para curarle, cebarle y comerle como a un puerco, sea dicho con perdón de vuestras mercedes. (*Cambia la voz.*) ¡Válgame Dios! ¿Y cómo se libró el hombre de trance tan apretado?

CHANFALLA. (*Con su voz.*) Esas y otras mil tan peregrinas andaduras podrán conocer vuestras mercedes de su misma boca, en dejándonos mostrar nuestro Retablo. (*Cambia la voz.*) ¿Cómo así? ¿Por dicha o por desdicha el esforzado conquistador ha trocado la espada por la carátula? ¿Hase vuelto farsante o titerero, trujumán o funámbulo?

*Se entreabre la cortina y vemos a Rodrigo acabando precipitadamente de vestirse.*

CHIRINOS. (*Con su voz.*) ¡Quite allá, señor regidor, y cómo anda descaminado vuestra merced! Muy otra es la mudanza de don Rodrigo. Sepan todos que, si ahora se emplea en menesteres de poeta y representante, es con la vista puesta en muy alta empresa que precisa de esta papanduja... (*Chanfalla descubre a Rodrigo a punto de salir y advierte por señas a Chirinos del peligro. Ésta comprende al momento y acelera su actuación. Cambia la voz.*) En fin, señores Chanfalla y Chirinos, o como sea su gracia: todo nos haréis saber más por extenso aquesta tarde, pues que ahora nos avisan de súbito para volver precipitosamente a la villa. (*Con su voz.*) Pues, ¿qué cosa puede haceros partir tan aína? (*Cambia la voz.*) Hanse fugado cuatro herejes de los que han de ser relajados en el Auto de Fe. Quedad con Dios, señores cómicos... (*Con su voz.*) ¡Vuestras mercedes vayan con él!

CHANFALLA. (*Sale por el lateral, actuando la despedida.*) ¡Beso las manos de vuestras mercedes! (*Dentro, cambia la voz.*) ¡Adiós, señor Chanfalla! ¡Adiós, señora Chirinos! (*Otra voz.*) ¡Quede en buen hora el señor conquistador!...

RODRIGO. (*Que ha terminado de componerse, sale con mucho ímpetu.*) ¡Heme aquí para servirles, señores alcalde y regidores! (*Pero se enreda en su propia ropa y cae aparatosamente al suelo.*)

CHIRINOS. (*Viendo la caída.*) ¡Jesús, don Rodrigo! (*Va junto a Rodrigo, que ha quedado inmóvil.*) ¡Pecadora de mí! ¡Si se habrá muerto? ¡Don Rodrigo, vuelva en sí! (*Hacia el lateral.*) ¡Chanfalla, por tu vida, que este hombre se nos ha finado! ¡Chanfalla!

CHANFALLA. (*Entrando.*) Calla, que los harás volver...

CHIRINOS. (*Asombrada.*) ¿A quién haré volver?

CHANFALLA. (*Reacciona.*) ¡Cuerpo del diablo! ¿Qué me digo?

CHIRINOS. Deja de dar carena y mira qué tiene este pobre viejo... (*Intenta reanimarle.*) ¡Don Rodrigo, por Dios, abra el ojo!

CHANFALLA. (*Corre a su lado.*) ¡Voto a diez! ¿Qué ha pasado?

CHIRINOS. Salió hecho un novillo y ha debido trastabillar con la premura...

CHANFALLA. (*Acercando el oído a la cara de Rodrigo.*) No es muerto, vive el cielo, que resuella como estilbón... ¿No habrá estado libando en la garita?

CHIRINOS. Todo pudiera ser, aunque verdad es que no suele darse mucho del vino.

CHANFALLA. No, él prefiere alumbrarse con esas hierbas y humos de allende...

CHIRINOS. Yo tengo para mí que el aire fresco le volviera a sus sentidos. ¿No echas de ver con qué ansia respira?

CHANFALLA. No te falta razón, mujer, porque aquí dentro el aire no me parece muy católico...

CHIRINOS. ¿Ahora eres tú quien hueles el azufre?

CHANFALLA. No digo tal, sino que este cerramiento esturdece algún poco los sentidos. Saquémosle afuera, que donde hay viento sobra el unguento.

*Le toman de los brazos y las piernas y van sacándole hacia el lateral.*

CHIRINOS. ¡Cuerpo de tal! ¿No sería mejor despojarle primero de todas estas herruzas? Con ellas pesa más que un buey ahogado...

CHANFALLA. Nos llevaría un mes descerrajarlo...

CHIRINOS. ¡Por mi vida, Chanfalla! ¿Si llevará la bolsa encima? ¿Hay mejor ocasión para saber qué guarda?

CHANFALLA. Déjate de bolsas y acarrea, Chirinos. Que también yo quiero airearme de los malos humores de esta troja.

CHIRINOS. *(Mirando la escena y la sala mientras salen.)* ¡Raro lugar, es cierto! ¡Quiera Dios no nos depare algún mal encuentro!...

*La escena queda sola. Al poco, desde la oscuridad del fondo entra una mujer de rasgos inequívocamente indios. También su atuendo, aunque españolizado en parte, revela su procedencia. Lleva en las manos un cuenco de barro, sin duda conteniendo algún líquido, y camina con precaución de no verterlo. Entra en la carreta y, durante unos momentos, se la escucha trajinar y canturrear una extraña salmodia. Sale por fin con el cuenco vacío en una mano y la bolsa de Rodrigo en la otra. Antes de desaparecer por el fondo, se detiene, como atraída por algo que procede de la sala. Se gira y avanza hacia el proscenio lentamente, como tratando de escrutar la oscuridad. Tiene un impulso de bajar a la sala, pero se contiene y va rápidamente hacia el fondo, por donde desaparece. Casi simultáneamente, entra Chirinos por el lateral, furtivamente y mirando con temor la sala. Entra en la carreta y desaparece en su interior. Se*

*escuchan ruidos. Vuelve a salir, evidentemente contrariada, y se dispone a irse por el lateral. En ese momento entra bruscamente Rodrigo, seguido por Chanfalla.*

RODRIGO. *(Furioso y aún conmocionado por la caída.)* ¡Debiste retenerles!

CHANFALLA. *(Casi sosteniéndole.)* Corrían como galgos, don Rodrigo...

RODRIGO. ¡Antes, Chanfalla, antes! Antes de que les dieran aviso de aquellas cuatro liebres escapadas del asador.

CHANFALLA. Aún no ha sido el Auto de Fe, don Rodrigo...

RODRIGO. Cuando mostraron interés en conocerme. Entonces, Chanfalla, entonces debiste concertarles conmigo, en vez de enviarme dos leguas de aquí.

CHANFALLA. Estaba vuestra merced en paños menores, don Rodrigo...

RODRIGO. ¿Y piensas que no sé vestirme solo?

CHANFALLA. Ciertamente, don Rodrigo...

RODRIGO. ¿Dónde está mi sombra?

CHIRINOS. *(Que ha ido hacia algún tenderete del fondo.)* Ahí afuera me parece que la oigo trajinar...

RODRIGO. *(Grita hacia el fondo.)* ¡Sombra! ¡Sombra mía, ven aquí!

CHIRINOS. *(Ídem.)* ¡Doña Sombra, venga acá!

RODRIGO. *(A Chirinos.)* ¿A qué le llamas tú doña Sombra? ¿Es sombra tuya, acaso? No, sino mía. Sombra mía es, y sólo yo puedo llamarla así. Para ti y para todos es Ahuaquiticlán Cuicatototl.

CHIRINOS. ¡Pecadora de mí, don Rodrigo! ¿Y cómo quiere que diga yo ese voquible, sin que se me caigan todos los dientes?

*Entra la india, Doña Sombra, con una jarra azteca.*

RODRIGO. Llámala entonces Pájaro que Canta Junto a la Fuente Seca, que eso mismo significa su nombre en lengua de cristianos. (*Dirigiéndose a Sombra en náhuatl.*) Can oticatta, quen in tlein oticchiuh? (¿Dónde estabas todo este tiempo, y qué es lo que hacías?)

SOMBRA. Onimitzchihuili ce huehyi xochitemictli. (Preparaba para ti un largo sueño florido.)

RODRIGO. ¿Tle ipampa? ¿Cuix ticnemilia ahtle huel nicchi-huaz intla ahmo nechpalehuia in chalchiuhtlicue? (¿Por qué? ¿Crees que no puedo emprender nada sin la ayuda de tu Señora de las Aguas?)

SOMBRA. Ca ahmo. Zan nicnequi yahuatzin in mitzmopalehuiliz in ihcuac motech monequiz. (No, sólo quiero que ella pueda acudir a ti cuando la necesites.)

CHANFALLA. (*Que ha seguido el diálogo mientras se ocupa en el adorno de la carreta.*) ¡Válgame el diablo, señor conquistador! ¿Esa maldita algarabía tienen que hablar entrambos? ¿Acaso no comprende ella nuestra lengua castellana?

RODRIGO. Comprende sólo lo que yo quiero que comprenda. Y tú no quieras entremeterte en lo que nada te toca.

CHIRINOS. (*A Sombra.*) ¿No es cierto, doña Sombra... o doña Pájara de no sé cuántos, que entiende el hablar de cristianos? Si no es así, yo te lo enseñaré, mochacha. Es muy fácil, ya verás... (*Ayudándose con gesticulación excesiva.*) Tú y yo; mujeres. Mu-je-res. Ellos dos: hombres. Hom-bres. (*Levanta la pierna y se coge el pie.*) Esto: zapato. Za-pa-to. Y esto... (*Hace muecas.*) se llama comer. Co-mer...

RODRIGO. (*A quien Chanfalla mostraba la ornamentación.*) Basta ya, Chirinos, que yo me basto y me sobro para enseñarle todo lo que es menester.

CHIRINOS. Eso creo yo muy bien, pero más enseñarán dos maestros que no uno, ¿no le parece a vuestra merced? (*Rápida, a Sombra, con profusa ilustración gestual.*) Esto: mano. Ma-no... Esto: ojos. O-jo, o-jos... Esto de aquí: narices.

Na-ri-ces... (*Reparando en la impaciencia de Rodrigo.*) Y luego están los días de la semana, que también son muy fáciles: lunes, martes, miércoles, jueves, viernes...

RODRIGO. (*Atajándola.*) ¡Basta he dicho! Deja de ensartar bachillerías a trochemoche y ponte a disponer en su lugar y modo las vestimentas del Retablo. (*A Sombra.*) Y tú, sigue con lo tuyo. (*A Chanfalla.*) ¿No dijeron los señores del concejo que esta tarde sería su venida?

CHANFALLA. ¿Esta tarde? (*Reacciona.*) Sí, esta tarde dijeron.

RODRIGO. Pues ya, si no me equivoco, pasa sobradamente del mediodía. Y no es poco lo que hay que aparejar.

CHANFALLA. ¿Piensa vuestra merced que nos dormimos acá en las pajas? ¿Qué cree que fueron nuestras idas y venidas de esta mañana, sino poner en orden todo lo necesario?

RODRIGO. (*Examinando las perchas y puestecillos.*) Lo necesario a vuestro mercado, a lo que veo.

CHANFALLA. Y también al Retablo, don Rodrigo.

CHIRINOS. ¿Acaso no ve con buenos ojos que aprovechemos la ocasión para vender esas mercaderías de allende?

RODRIGO. Nunca me pareció apropiado mezclar lo sublime con lo bajo.

CHIRINOS. ¿No? Pues tal es el mundo, señor indiano.

CHANFALLA. Y tal fue nuestro trato.

RODRIGO. Feria son, ciertamente, el mundo y sus tratos...

CHANFALLA. (*Que está quitando tableros de la carreta, tras los cuales aparece un teloncillo.*) ¿Hase vuelto ahora vuestra merced predicador?

RODRIGO. Temor tengo de verme crucificado entre estos dos ladrones...

CHIRINOS. (*Picada.*) ¿De qué ladrones habla vuestra merced?

CHANFALLA. (*Ídem.*) ¿Por tales toma a dos honrados farsantes?

RODRIGO. No os ofendáis tan presto, que sólo figuradamente llamo ladrones a la farsa (*Señala la carreta*) y a la feria (*Señala el mercadillo*), y no a vosotros.

CHIRINOS. Con todo y con eso, mire de no ponernos la mano en la horcajadura...

*Sale muy digna por el fondo. Durante el diálogo, Sombra ha salido de escena y ahora vuelve a entrar. Se irá acercando al proscenio tratando de aparentar que se ocupa de arreglar los tenderetes.*

RODRIGO. (*Sin reparar en ella.*) ¿Qué tiempos son estos, en que las nobles empresas han de proclamarse envueltas en trazas y artificios de teatro, y aderezadas con señuelos y pregones de mercado? No es victoria la que se logra con embelecocos y falsías, solía decir mi capitán don Diego...

CHANFALLA. ¿Hernández de Palomeque?

RODRIGO. Sí. Y añadía: si nobles fines persigues, procúrate nobles medios.

CHANFALLA. (*Siempre ocupado en la transformación de la carreta.*) ¿Y cuáles nobles medios fueron los suyos para alcanzar tan noble fin como írsele la vida por los flujos del vientre? Que así murió el tal Palomeque: desaguándose por entrambas canales, al decir de vuestra merced.

RODRIGO. Ruin y mezquina tuvo la muerte, es cierto, don Diego Hernández. Pero sólo en lo tocante a las miserias del cuerpo, que su ánimo sufrió con entereza las afrentas de la carne mortal. “¡Cargad con mi inmundicia los arcabuces!”, gritaba en su agonía. “¡Sepan esos indios malditos que tanto matan las heces castellanas cuanto sus hierbas ponzoñosas! ¡A ellos, caballeros, a ellos!”

CHANFALLA. ¡Válgame el cielo, qué arrojito y fieros palominos se gastaba el capitán Palomeque! Así pues, ¿murió en medio de una batalla?

RODRIGO. No, sino en medio de unos espesísimos manglares.

CHANFALLA. ¿Y qué cosa son manglares?

RODRIGO. Son grandes extensiones de selva donde las cepas y raíces se entretajan unas con otras. Allí los pies se hunden, y aun los hombres enteros, que marchar sobre ellos es fatiga infinita.

CHANFALLA. ¿Dónde estaban entonces los indios y su enconado ataque?

RODRIGO. No más que en su cerebro conturbado por las fiebres. Pero aún con tales parasismos mostraba claramente su entereza de ánimo. Por eso digo que... *(Se interrumpe al ver a Sombra que, ya en el proscenio, efectúa gestos rituales hacia la sala. Irritado, le grita.)* ¿Cuix ayammo timocatiz ipan in motequiuh? (¿Vas a acudir por fin a tu trabajo?)

*Sombra se sobresalta y, temerosamente, se escabulle por el fondo, no sin hacer algún furtivo gesto hacia la sala. Rodrigo la mira salir y luego se siente atraído por la oscuridad.*

CHANFALLA. *(Tratando de desviar su atención.)* Dígame una cosa vuestra merced, ahora que estamos solos... ¿Es cierto todo lo que se cuenta de esas indias?

RODRIGO. ¿Qué indias, y qué cosas se cuentan?

CHANFALLA. Las mujeres de allende, digo. Y de cómo andan por esas tierras como su madre las parió...

RODRIGO. *(A quien el tema no desagrada.)* Diversas son las tierras, y diversas las gentes, y diversísimos los usos de aquellos naturales. Pero es cierto que, en algunos lugares, ellas sólo cobijan su natura con unas mantillas de algodón, que llaman enagúas, y todo lo demás en cueros, como nacieron.

CHANFALLA. *(Ha sacado de la carreta lo que parecen ser dos pequeños mástiles con sendas velas arrolladas.)* ¿Y tienen razón los que dicen que son de fácil acceso?

RODRIGO. Comúnmente son castas y guardan su persona, pero también hay muchas que de buen grado se conceden a quien las quiere, en especial las que son princesas.

CHANFALLA. ¿Las princesas? ¿Y por qué causa? *(Se va interesando en el tema.)*

RODRIGO. Porque dicen que las mujeres nobles y principales no han de negar ninguna cosa que se les pida, y que negarse es de villanas.

CHANFALLA. ¡Cuerpo del mundo! ¡Y qué sana doctrina!

RODRIGO. Pero, asimismo, las tales tienen respeto a no mezclarse con gente común, excepto si son cristianos, porque nos conocen por muy hombres.

CHANFALLA. Gran verdad es ésa, juro a diez.

RODRIGO. Muchas de ellas, después que conocen carnalmente algún cristiano, le guardan lealtad... si no está mucho tiempo ausente, porque ellas no son muy dadas a ser viudas ni beatas que guarden castidad.

*Sombra aparece unos momentos por el fondo, ocupada en arreglar el mercadillo.*

CHANFALLA. *(Cada vez más excitado.)* ¡Por el siglo de mi madre, como esas las quisiera yo! Mía fe, que andarán todo el año con la panza hinchada... *(Ríe.)*

RODRIGO. No así, porque cuando se preñan, toman una hierba con que enseguida remueven y lanzan la preñez; porque dicen que las viejas han de parir, que ellas no quieren estar ocupadas para dejar sus placeres, ni preñarse para que al parir se les aflojen las tetas, de las cuales se precian mucho, y las tienen muy buenas.

CHANFALLA. *(Lanzando miradas a Sombra.)* Así debe de ser...

RODRIGO. Pero cuando paren, se van al río y se lavan, y la sangre y la purgación les cesa al punto. Y pocos días dejan de hacer el... ejercicio por causa de haber parido. Antes, se les cierra la cosa de manera que, según dicen los que se dan a ellas, con pena consuman los varones sus apetitos, de tan estrecha que la tienen...

CHANFALLA. (*Excitadísimo.*) ¡Ah, hideputas, esa pena quisiera yo sufrir en el purgatorio! Por mi ánima, que sodomitas han de ser allí los maridos si no andan todo el día persiguiéndolas a golpes de mondongo.

RODRIGO. Cierto que en muchas partes es muy común entre los indios el pecado nefando contra natura. Y los señores y principales que en esto pecan, tienen públicamente mozos con quienes usan este maldito pecado.

CHANFALLA. ¡Reniego de mí! ¿Y no se mueren de vergüenza los tales bujarrones?

RODRIGO. Muy al contrario. Esos mozos pacientes, que llaman camayoa, así como caen en esta culpa, al punto se ponen enagúas, como mujeres, y sartales y pulseras, y ya no se ocupan en el uso de las armas ni hacen cosa que los hombres ejerciten, sino barrer y fregar y las otras cosas habituales de las mujeres.

CHANFALLA. (*Indignado.*) ¡Malditos sodomitas! ¡Debieran matarlos a todos y ensartarlos por las agallas, como sardinas en lercha!

RODRIGO. En cierto lugar echamos a los perros hasta cincuenta de estos putos que encontramos, y luego los quemamos, informados primero de su abominable y sucio pecado. Y cuando se supo por la comarca esta victoria y justicia, nos traían muchos hombres de sodomía para que los matásemos y tenernos así contentos.

CHANFALLA. Ahí se echa de ver los grandes beneficios que trae consigo cristianar a esos bellacos.

RODRIGO. No ~~todo~~ son beneficios...

CHANFALLA. ¿Qué dice vuestra merced?

RODRIGO. No nada. Sino que, algunas veces, por la demasiada devoción con que se los quiere cristianar, quedan las almas algo dañadas...

CHANFALLA. ¡Y aun los cuerpos, a buen seguro! (*Ríe.*) Como los de esos herejes que el Santo Oficio va a relajar... (*Reparando en que Sombra ha salido, confidencial.*) Pero dígame, don Rodrigo, de vos para mí: esa india, doña Sombra...

RODRIGO. Mi sombra.

CHANFALLA. Eso: vuestra sombra.

RODRIGO. Ahuaquiticlan Cuicatototl.

CHANFALLA. Quiticacoco, eso mismo.

RODRIGO. Ahuaquiticlan Cuicatototl.

CHANFALLA. Quiticlanclonclón, sí...

RODRIGO. Ahuaquiticlan Cuicatototl.

CHANFALLA. Ahuiquitantolontón... o como diablos se llame, voto a diez. ¿Qué importa su nombre?

RODRIGO. Importa tanto como el tuyo.

CHANFALLA. No digo que no, cuerpo de tal... Mas, para lo que yo quería saber, tanto importa su nombre, como el mío, como el del obispo de Coria...

RODRIGO. ¿Y qué querías saber?

CHANFALLA. (*Vuelve a la actitud de compadreo.*) Tan sólo si ella y vuestra merced... En fin, si vuestra merced y ella... Quiero decir... ya me comprende vuestra merced...

RODRIGO. No, no te comprendo.

CHANFALLA. No es curiosidad mía, sino que Chirinos, que es un tanto remilgada en esas cosas, me pregunta a veces si esa india, sobre criada vuestra, es algo más...

RODRIGO. ¿Qué más habría de ser? ¿Mi hija, acaso?

CHANFALLA. *(Queda un momento mudo, desconcertado por la pregunta, y luego rompe a reír, confanzudo.)* ¡Ah don Rodrigo, don Rodrigo! ¡Y qué chancero solapado me va pareciendo vuestra merced, so capa de gravadoso! A fe que, con los dos meses que ha que andamos en tratos por nuestro Retablo, y ésta es la tarde del día en que aún no acabo de saber qué esconde tras el ojo de trapo...

RODRIGO. No escondo nada, sino la falta de él.

CHANFALLA. *(Ríe.)* ¡Ésta, por ejemplo! ¡La falta de él! *(Cesa bruscamente de reír.)* ¿Vuestra hija? ¿Es esa india hija de vuestra merced?

RODRIGO. ¿Qué te asombra? ¿Piensas acaso que me han faltado rejos para engendrar, no una, sino doscientas hijas?

CHANFALLA. *(Cada vez más perplejo, no sabe si reír o no.)* ¿Doscientas hijas?

RODRIGO. O hijos. *(Ríe.)*

CHANFALLA. *(Ríe también.)* O hijos, claro está... *(Deja de reír.)* Así pues, ella no es vuestra manceba...

RODRIGO. *(Súbitamente furioso, le zarandea.)* ¡Manceba, manceba! ¿Y por qué no mi esposa sacramentada? ¿Acaso por ser india no puede ser tan buena cristiana como tú y como Chirinos? *(Cambio súbito, amable y confidencial.)* Por cierto, Chanfalla, amigo: ¿es esa Chirinos tan remilgada como dices?

CHANFALLA. ¿Remilgada Chirinos? *(Bruscamente alarmado.)* ¿Qué se le está pasando por las mientes a vuestra merced?

RODRIGO. *(Ríe benévolo.)* No tengas cuidado, Chanfalla, pues para que este lacerado viejo vuelva a ser un peligro para las mujeres ha de beber y bañarse en el agua de la fuente de Bimini.

CHANFALLA. ¿Qué agua y qué fuente son esas?

RODRIGO. La fuente de la eterna juventud... (*Misterioso.*) Has de saber, hijo, que poco antes de mi llegada a las Indias, el gobernador Juan Ponce de León descubrió las islas de Bimini, que están en la parte septentrional de la isla Fernandina. Y supo de los indios de aquellas partes que hay por allí una fuente que hace rejuvenecer o tornar mozos los hombres viejos...

CHANFALLA. ¿Tiene vuestra merced nublada la mollera?

RODRIGO. (*Severo.*) Calla, necio, importuno, y mira de no faltar al respeto que mi persona merece. Y mira también, don villano, harto de ajos, de levantar tu ánimo por encima de estas tierras yermas y campos de berzas, o nunca te será dado oler siquiera las brisas de canela que circundan el reino de Eldorado... (*Aparece súbitamente Chirinos por el fondo y queda allí, ocultando algo, vigilando el exterior e intentando atraer la atención de Chanfalla sin ser vista por Rodrigo.*) Y de esta fuente que vuelve mozos a los viejos te sé decir, porque los mismos indios de Cuba y de La Española me lo certificaron, que no muchos años antes que los castellanos las descubriesen, fueron algunos naturales de ellas hacia las tierras de La Florida en su busca, y allí se quedaron y poblaron un pueblo, y hasta hoy dura aquella generación..

CHIRINOS. (*Tras sus infructuosas tentativas.*) ¡Chanfalla! (*Cuando éste se vuelve a mirarla, ella le muestra alborozada la bolsa de Rodrigo, que llevaba escondida.*) Acude un poco, Chanfalla, que he de mostrarte algo...

CHANFALLA. (*Alarmado, se excusa con Rodrigo.*) Disculpeme un momento vuestra merced, que no sé qué me quiere Chirinos... (*Va hacia ella.*) ¿Qué haces, bestia indómita? ¿Quieres desbaratarlo todo?

CHIRINOS. (*Muy excitada.*) Se la quité a doña Sombra sin que lo advirtiera... Parecen perlas finas... o pepitas de oro muy chicas...

CHANFALLA. (*Enfadado.*) Vuélvelo a su lugar antes de que...

*Rápida y sigilosamente ha aparecido por el fondo Sombra que, sin decir nada, arrebató la bolsa a Chirinos y mira a ambos airadamente. Quedan los tres inmóviles un momento,*

*hasta que Sombra hace ademán de ir hacia Rodrigo, que ha quedado como ensimismado en primer término. Entonces, con rápido impulso, Chanfalla se abalanza sobre Sombra y, cubriéndole la boca con una mano, la arrastra detrás de la carreta. Chirinos reacciona también y va hacia Rodrigo, mirando inquieta hacia atrás y fingiendo una gran despreocupación.*

CHIRINOS. En fin, don Rodrigo... ya están las vestimentas prestas... y todo el aderezo... Mía fe, que pocas veces se habrá visto en estos reinos un retablo tan lucido y de tantas figuras y tramoyas... *(Trata de evitar que oiga los sonidos procedentes de la parte posterior.)* Me van dando barruntos que vuestra merced va a salirse con la suya y a levantar tantas gentes y dineros como dice que necesita para esa gran jornada que quiere hacer en pos y busca de Eldorado... *(Rodrigo parece no escucharla: mira con aire soñador la oscuridad de la sala mientras juguetea con un pequeño frasco que lleva colgando de una correa.)* Tengo por cosa cierta y más que averiguada... ¿No me escucha vuestra merced? ¿Cuál es su oreja sana? *(Se cambia de lado.)* ¿Esta, tal vez?... Le decía que, a buen seguro, desde aquí a un mes está don Rodrigo en Sevilla, o ya en el mismo puerto de Sanlúcar, almirante de una armada de cincuenta navíos, con cartas reales en la sobaquera que le nombran por Adelantado o gobernador o virrey de la provincia de Eldorado... *(Aparece tras la carreta Sombra, medio desnuda de torso, forcejeando con Chanfalla, que vuelve a arrastrarla consigo.)* Ya me parece que le veo, algún poco de tiempo después, hecho otro don Belianís, subido en lo más alto de la nao capitana, gritando: ¡Tierra a la vista!...

RODRIGO. Ese será el vigía, Chirinos...

CHIRINOS. ¿Qué?

RODRIGO. El que se sube en lo más alto y avizora la tierra es el vigía, y no el almirante.

CHIRINOS. No se suba vuestra merced, si no quiere, que para eso podrá entonces mandar y desmandar a su antojo, y aun andarse a la flor del berro, si tal es su inclinación.

RODRIGO. *(Como ausente.)* Cuarenta años penando por aquellas tierras no me han gastado tanto como los cinco que llevo muriendo por éstas... Hollando antesalas, persiguiendo

validos, adulando ministros, comprando secretarios, suplicando porteros, escribiendo cartas, relaciones, memoriales... (*Súbitamente exaltado, se dirige a una imaginaria audiencia.*) ¡En Dios y en mi ánima os digo, señores, que esta vez me habéis de escuchar de cabo a rabo, o no seré quien soy! (*Levanta el frasquillo y asume una extraña solemnidad.*) ¡Y juro a Vuestras Excelencias, debajo del Criador de todas las cosas, que si, no obstante haber condescendido a revolver mi limpia y noble empresa con este trampantojo y trapicheo, no se consuman hoy mis esperanzas...!

CHIRINOS. (*Asustada.*) ¡Válgame Dios, don Rodrigo, y no jure tan recio!

RODRIGO. ... ¡Hoy, aquí, sin tardanza, daré fin a mis días! (*Va a salir por el lateral.*)

CHIRINOS. (*Espantanda.*) ¡Jesús, y qué prisas mortales! ¿Por qué hoy mismamente? ¡Un día tan modorro!

RODRIGO. Hoy ha de ser, sí. Que es el quinto día de la quincuagésima luna del año del Jaguar. (*Sale.*)

CHIRINOS. ¿Y qué día y qué luna y qué enjuague son esos? (*Va a salir tras él, pero aparece entonces por el fondo Sombra, semidesnuda, y con los cabellos en desorden, llevando en la mano la bolsa de Rodrigo. Echa lumbre por los ojos.*) ¡Ánimas benditas! Pero, ¿qué te han hecho, mochacha? (*Va junto a ella.*)

CHANFALLA. (*Entra también desastradísimo, medio bajados los calzones, cubriéndose la mejilla con una mano y la entrepierna con la otra, ambas zonas evidentemente doloridas.*) Nada... sino intentar arrimarla a nuestra parte para que no soplara tu birlada. Pero como no comprende el castellano...

CHIRINOS. ¡Calla, rufián, bellaco, zabolón, que bien te conozco! (*A Sombra, tratando de cubrir sus desnudeces.*) ¡Cómo te ha puesto este piarzón esclisiado! Yo te curaré, chulama, pajarillo, princesa...

CHANFALLA. ¿Princesa? ¡Así es ella princesa como yo abadesa! Y mejor sería que a mí me curaras, que unas uñas tiene como garras de cernícalo lagartijero... (*Le muestra la mejilla arañada.*)

CHIRINOS. (*Atendiendo a Sombra, que se deja hacer mientras mira intensamente la sala.*) ¡Calla te digo! Y ve con el indiano, que te explique no sé qué historia de hoy y de la luna y de un juramento que ha hecho.

CHANFALLA. ¿Un juramento?

CHIRINOS. Sí. Que, o mucho me equivoco, o toda esta maraña va a acabar en responso. Anda, que por ahí se fue... ¡Oxte, faraón!

CHANFALLA. (*Saliendo.*) ¿Qué diablo de responso y de luna y de...?

CHIRINOS. (*Llevándose a Sombra hacia el fondo.*) Ven tú también, mochacha, que yo te explicaré lo de la bolsa. No quería robarla, ¿sabes? Sólo quería... (*Sombra se desprende de ella y va hacia el proscenio.*) ¿Qué pasa? ¿Adónde vas?

SOMBRA. (*Señalando al público.*) Ompa cehualnepantla cateh in huehue ihyotl ihuan techihta, quinhuetzquitía in nammxolopihyoh. (Ahí en las sombras hay espíritus de otros tiempos que nos miran y ríen de vuestra necedad.)

CHIRINOS. ¿Qué dices? (*Sombra repite la frase.*) No te comprendo, hija. Habla como cristiana, noramala, y deja ese chuculú chuculá que nadie entiende...

*Entra entonces Rodrigo, seguido por Chanfalla, y Sombra va hacia él repitiendo por tercera vez la frase.*

RODRIGO. (*Extrañado, mirando la sala.*) Dice que ahí en las sombras hay espíritus de otros tiempos que nos miran y ríen de vuestra necedad.

CHIRINOS. (*Sobrecogida.*) ¿Espíritus?

CHANFALLA. (*Extrañado.*) ¿De otros tiempos?

*Quedan los cuatro escrutando la sala en diferentes grados de perplejidad o temor. Simultáneamente, Chanfalla y Chirinos se vuelven hacia un lateral, como escuchando.*

CHIRINOS. (*En voz baja, a Chanfalla.*) ¿Oyes esa algazara?

CHANFALLA. (*Ídem, a Chirinos.*) Sí. (*Se asoma al lateral.*) Es Macarelo y su garulla. Voy a enclavijarle los candujos, no se le vaya a alborotar la chusma en medio del ensayo. Tú mira de ahuyentar a esa pareja, y diles que se apresten.

CHIRINOS. ¿Y qué vamos a hacer con los espíritus...?

*Pero Chanfalla ya ha salido. Va a dirigirse a Rodrigo y Sombra, pero queda paralizada por su extraña conducta: al borde del escenario, frente al público, levantan los brazos y muestran la bolsa. Luego se vuelven uno hacia otro y Rodrigo entrega a Sombra el pequeño frasco, que ella se cuelga al cuello. Finalmente, se dirigen unidos hacia el fondo y salen. Chirinos les mira intimidada, y también a la sala. Va a avanzar hacia allí, pero cambia de idea y huye por donde salió Chanfalla. Queda la escena un momento vacía y se hace bruscamente el oscuro.*

TELÓN



## SEGUNDO ACTO

*La carreta, ahora engalanada y situada en el centro de la escena, se ha convertido en un pequeño teatro ferial. El lado orientado hacia el público muestra unas cortinas cerradas, a modo de telón. De la parte superior se elevan dos pequeños mástiles. Las perchas y tenderetes del mercadillo, ahora llenos de diversos productos y objetos exóticos, están dispuestos en semicírculos a ambos lados de la carreta. Un pequeño banco a cada lado del proscenio. Se escuchan golpes apagados, cuchicheos y sonidos diversos procedentes del fondo. Desde allí, furtivamente, avanza Sombra hasta el proscenio con un lienzo enrollado. Lo muestra al público, y cuando va a desplegarlo, un ruido en la carreta la sobresalta y la hace escabullirse rápidamente por un lateral. Chanfalla sale de la carreta con atuendo más vistoso y empuñando una vara pintada de purpurina. Da instrucciones inaudibles a alguien que hay tras el telón y declama hacia el público.*

CHANFALLA. Ilustre y noble senado...

*(Se interrumpe, avanza hacia el proscenio, tratando de ver en la oscuridad, y da algunas recomendaciones gestuales, sin duda a Macarelo y su "garulla", con quien establece la adecuada complicidad, tratando de no ser visto por Rodrigo, ocupante a todas luces de la carreta. Reemprende la loa, con la sorna disimulada que puede deducirse.)*

Ilustre y noble senado,  
cuna de grandezas tantas  
que para nombrarlas todas  
son menguadas mis palabras;  
auditorio tan discreto,  
digno de eterna alabanza  
que diera ocasión sin cuento

a las lenguas de la Fama;  
 señores, en fin, que rigen  
 el timón de aquesta barca  
 con tan discreta prudencia,  
 con gracia tan cortesana... (*Mueca bufa.*)  
 y cuyo honor tanto luce  
 con la luz de vuestras damas... (*Gesto soez*)  
 Atención vengo a pedir  
 mientras os beso las plantas. (*Reverencia*)  
 Que aquí os vamos a mostrar  
 con pobres medios y trazas,  
 mas con rica voluntad,  
 retablo de gran substancia.  
 Perdonad si en tosco estilo  
 sublimes hechos se cantan  
 y si con graves razones  
 se mezclan razones vanas.  
 Pero en este mundo espurio,  
 monstruo de colores varias,  
 nada guarda propiedad,  
 decoro ni consonancia.  
 Y así, señores, se ofrece  
 a vuestra bondad probada  
 la sincera relación  
 de una vida oscura y clara,  
 de un corazón recio y flaco,  
 de un destino que se labra  
 con oro y cieno mezclados,  
 con hierro y bruñida plata.

*Apartando las cortinas, aparece Rodrigo cubierto con una plateada armadura de cartón-piedra y empuñando la espada. Chanfalla controla las reacciones del "discreto auditorio", a la vez que simula alentar el dudoso talento histriónico de Rodrigo.*

**RODRIGO.** (*Compensando su inseguridad con un brío excesivo.*)

Aquí se contarán casos terribles,  
 encuentros y proezas soberanas:  
 muertes, riesgos, trabajos invencibles,  
 más que puedan llevar fuerzas humanas.  
 Años cargados de tribulaciones  
 en índicas provincias y regiones.

Veréis romper caminos no sabidos,  
 montañas bravas y nublosas cumbres.  
 Veréis cuán pocos hombres, y perdidos,  
 sujetan increíbles muchedumbres,  
 siendo solos los brazos instrumentos  
 para tan admirables vencimientos.

*Extenuado por el esfuerzo, se retira tras el telón.*

CHANFALLA. (*Tras nuevos gestos de burla y complicidad con el "público".*)

Admirables vencimientos  
 con el cuerpo y con el alma  
 son el glorioso historial  
 de este soldado de España,  
 de este valeroso hidalgo,  
 de este capitán sin tacha,  
 de este, en fin, conquistador  
 que, sin más bien que su espada,  
 a las Indias fue a buscar  
 fortuna, honores y fama.  
 Marchó de temprana edad,  
 vuelve cubierto de canas  
 y, entremedio, cuarenta años  
 de trabajos y batallas,  
 hambres, calores y fríos,  
 fiebres, fatigas y plagas  
 más crueles que las de Egipto.  
 ¿Cómo mi lengua se tarda,  
 cómo mi voz no pregona,  
 cómo mi pecho no aclama  
 el nombre de este español  
 que es de su patria alabanza  
 y de su siglo oropel?  
 Decís bien, justa demanda  
 saber el nombre de quien  
 nuestras provincias ensancha  
 y nuestras arcas aumenta.  
 Porque don Rodrigo Díaz  
 de Contreras —tal se llama,  
 señores, nuestro soldado—  
 no viene a pedir nada,  
 antes a ofrecer, a dar,  
 a poner a vuestras plantas

un descomunal tesoro,  
una riqueza sin tasa,  
un prodigio de opulencia  
como nadie lo soñara.  
Y es el reino de Eldorado  
la joya que nos regala.

*Se descorre el teloncillo y aparece una rutilante alegoría de Eldorado y sus riquezas y, ante ella, Rodrigo, ahora con brillante armadura dorada, aunque no menos falsa. Mientras Rodrigo y Chanfalla miman el ofrecimiento de los tesoros, se escucha a Chirinos cantando tras la carreta.*

### CHIRINOS.

Si Fortuna te hizo  
descamisado,  
deja chinches y penas,  
vete a Eldorado,  
donde tendrás camisa  
y jubón bordado.  
Si no tienes por casa  
ni un mal techado,  
no te quejes del frío,  
vete a Eldorado  
donde tendrás palacio  
por excusado.

Si tus amos te obligan  
a andar doblado,  
no supliques favores,  
vete a Eldorado,  
allí sólo hay señores,  
nadie es criado.

### RODRIGO. (*Señalando la pintura.*)

Tiene Eldorado copia y abundancia  
de largos dulces, campos espaciosos,  
tierras para labrar de gran substancia,  
verdes florestas, prados deleitosos,  
de cristalinas aguas dulces fuentes,  
diversidad de frutos excelentes.  
En riquezas se ven gentes pujantes,  
grandes reinos, provincias generosas,  
auríferos veneros y abundantes  
metales de virtud, piedras preciosas;

templanza tan a gusto y a medida  
que da más largos años a la vida.

*Se cierra el teloncillo y oculta a Rodrigo.*

CHANFALLA.

Largos años a la vida  
de don Rodrigo quitara  
la búsqueda de Eldorado  
tras de tantas malandanzas  
en aquel tan nuevo mundo  
que Dios ha otorgado a España.  
Y porque sepáis su cuenta  
y el sin fin de sus jornadas,  
será bien que este "Retablo  
de Eldorado" satisfaga  
la completa relación  
de sus gracias y desgracias.  
Comience pues, yo pidiendo  
perdón por sus muchas faltas,  
y vosotros recordando  
cómo, en esta vida avara,  
no siempre honrosas empresas  
nacen de causas honradas.

*Hace una burlona reverencia, al tiempo que suena, dentro de la carreta, una violenta trifulca con golpes y quejidos que imprime su violencia sobre el telón. Antes de desaparecer por el fondo, Chanfalla comenta gestualmente con su público la invisible escena.*

VOZ RODRIGO. ¡Bellaco, truhán, malnacido! (*Cintarazo y quejido de Chirinos.*) ¿Así honras a tu honrado padre y a tu santa madre, hijo de puta? (*Golpe y quejido.*) ¡Toma y toma, rufián, gomarrero, vilborro!

VOZ CHIRINOS. ¡No, padre, con la fusta no!

VOZ RODRIGO. ¿Con la fusta no? ¡Con un fustanque de encina, si lo tuviera, te daría yo en esas carnazas! ¡Toma, perdido! (*Golpe, quejido.*)

VOZ CHIRINOS. ¡No lo haré más, no lo haré más!

VOZ RODRIGO. ¿Pues más lo habías de hacer, bizmaco? ¿Crees que puede desflorarse siete veces a una doncella? *(Golpe, quejido.)*

VOZ CHIRINOS. ¡Que no, padre! ¡Que no la desfloré! ¡Que más holgado lo tenía que el camino real!

VOZ RODRIGO. ¿Esto más, infame? ¿Para excusarte tú quieres tachar de puta a tu prima? *(Golpe, quejido.)*

VOZ CHIRINOS. ¡Lo juro, padre! ¡No me pegue más, que me arrepiento de todo corazón!

VOZ RODRIGO. ¿Y de qué valdrá tu arrepentimiento, si has preñado a esa judía?

VOZ CHIRINOS. ¿Judía es nuestra prima, padre?

VOZ RODRIGO. ¡Judía sí, de la parte del podrido de su padre y toda su descendencia! ¡Mira qué nueva mancha caerá sobre nosotros, si tu pecado se hincha y te señala como autor! ¡Toma, verdugo de mi vejez, toma y toma! *(Golpes, quejidos.)* ¡Y apártate de mi vista, satanás, si no quieres que te borraje también la cara!

VOZ CHIRINOS. ¿Y cómo me he de apartar, si me tiene atado?

VOZ RODRIGO. ¡Atado del cuello en lo alto de una higuera habías de estar! ¡Vete, vete fuera, culebrón de hijo, y voyme yo también a pedir consejo al cielo!

*Vestida de muchacho campesino y como empujada, sale Chirinos de la carreta, llorosa y furiosa, con las manos atadas a un cabo de cuerda.*

CHIRINOS. ¡Mala ida tengas, que nunca más vengas...! *(Se interrumpe de golpe al dirigir la vista a la sala, mira inquieta la oscuridad, tratando de ver algo, y vuelve a su actuación.)* Sino que ese cielo tuyo no está más lejos de la taberna de Barragán... *(Nueva interrupción; ahora trata de conectar con Macarelo, pero un ruido en la carreta la obliga a proseguir su monólogo, mientras trata de desatarse.)* ¡Pecador de mí! ¿Hay peor padre que el que castiga en el hijo sus propios vicios? Pues, ¿qué? ¿No tengo yo, Rodrigo Díaz,

el pueblo lleno de hermanicos solapados? ¿Y Axarafa, la criada morisca, que ni el agua puede traernos por estar siempre preñada, y no del viento? ¡Reniego de mí y de mi mala estrella! Que no más por mirarme en el espejo de mi padre, casi me quita él la vida... Pero mala me la dé Dios si vuelve a tomar mi culo por su mulo. ¿Puede un mozarrón como yo, Rodrigo Díaz, con dieciséis añazos, dejarse fustigar así por apenas seguir el natural apetito? ¿Y qué he de hacer, si lo más del año y del mes voy encendido, y en este lugarejo la estopa anda continuo mojada y bien guardada? ¿He de andar hecho carnero en celo, como lego motilón? Y más, siendo mi prima mozuela tan repolluda y generosa de sí... (*Logra desatarse la cuerda.*) ¡Allá irás por fin, sogá del diablo! Diez veces me has tenido preso en menos de diez semanas mientras mi padre me desollaba las espaldas por diez naderías... Pues óyeme bien, maldita: estos son el día y hora en que reniego de ti y de él por siempre jamás... ¿Qué dices, madagaña? ¿Te burlas de mis reniegos? (*Azota el suelo con la cuerda.*) ¿Piensas acaso que soy algún lanudo, incapaz de valerme de mí? (*Ídem.*) ¿No tengo yo arrestos para sarlir al mundo y buscarme los gustos que aquí me niegan y castigan? ¿No? (*Ídem.*) ¿Aquí me habré de estar, hecho estropajo de todo el mundo, diciendo "sí señor", "no señor", "perdóneme señor"...? ¿Aquí y en ti se encierra toda mi ventura? ¡No, por vida de quien soy! (*La arroja fuera de escena.*) Quédate tú, penca de satanás, que no soy hombre yo, Rodrigo Díaz, para ahogarme en una zahúrda... (*Desaparece tras la carreta gritando:*) ¡Adiós, prisión de mi albedrío y jaula de mi abejaruco! ¡El mundo me llama! ¡Ancha es Castilla! (*Vuelve a aparecer por el lado opuesto con un hato al hombro y sale, radiante, por un lateral.*)

CHANFALLA. (*Canta desde la parte posterior de la carreta.*)

Si Castilla es ancha,  
larga es Sevilla  
Ella es de largueza tal,  
que ampara al pobre, al perdido,  
al humilde y afligido,  
al extraño y natural.  
Si Castilla es ancha,  
larga es Sevilla.

(*Chirinos atraviesa la escena de un lado a otro, fatigada.*)

Por su mucha calidad,  
 por su fama y su riqueza  
 es reina de la grandeza  
 y amparo de la humildad.  
 Si Castilla es ancha,  
 larga es Sevilla.

*(Extenuada, Chirinos vuelve a cruzar la escena en sentido contrario, al tiempo que se descorren las cortinas y vemos en el teatrillo una alegoría de Sevilla y, ante ella, a Chanfalla vestido de escolar apicarado, que sigue cantando.)*

Todos encuentran regalo,  
 todos encuentran favor,  
 desde el criado al señor,  
 y desde el bueno hasta el malo.  
 Si Castilla es ancha,  
 larga es Sevilla.

*Aparece en la carreta Rodrigo, de nuevo con la armadura dorada, que recita ante la alegoría.*

**RODRIGO.**

Ilustre ciudad famosa,  
 con cuya luz y gobierno  
 has hecho tu nombre eterno,  
 por liberal y graciosa.  
 Al mundo envidioso tienes,  
 y en ti sola el mundo está  
 pues quienquiera en ti tendrá  
 gloria, amor, riqueza y bienes.  
 Y por si ello no bastara,  
 la Providencia te ha abierto  
 de las Indias puerta, y puerto  
 que anuncia la mar avara.

*(Ha vuelto a entrar Chirinos, ahora francamente derrengada, y se deja caer en uno de los bancos; saca de su hatillo una enjuta faltriquera, que palpa tristemente, y un mendrugo de pan, que comienza a mordisquear con resignación. Chanfalla la ve y se dispone a interpellarla, todo ello mientras prosigue la recitación de Rodrigo.)*

De ti salen y a ti llegan

gentes mil, copiosas naves,  
 riquezas, frutos y aves  
 que de asombro al mundo ciegan.  
 Por islas de maravilla  
 navega quien de ti parte  
 para volver y entregarte  
 sus dones de amor, Sevilla.

CHANFALLA. (*Después de inspeccionar a Chirinos como posible presa, se dirige a ella con marcado acento sevillano.*) ¡Eh, muchacho! ¡Rapaz! (*Chirinos esboza un gesto de recoger su hato y huir, pero se queda.*) Te suspenden y arroban, a lo que veo, estas novedades... (*Va junto a ella, paternal y santurrón.*) Lo comprendo, hijo, y razón tienes en embelesarte. Porque, en efecto, cosa sublime y milagrosa es lo que Dios todopoderoso ha hecho a España. Has de saber que la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó, es el descubrimiento de las Indias. (*Le rodea los hombros con el brazo.*) Y así las llaman Mundo Nuevo, no tanto por ser nuevamente hallado, como por ser grandísimo y ser todas sus cosas diferentes de las del nuestro. (*Inspecciona su hatillo.*) Los animales son de otra manera, y los peces del agua y las aves del aire, los árboles, frutas, yerbas y grano de la tierra. Los hombres, empero, son como nosotros... salvo por la color, pues no son blancos ni negros ni moros, sino algo ictericiados y así como membrillos cocidos. Pero no más distintos, que de otra manera bestias y monstruos serían, y no vendrían, como vienen, de nuestro padre Adán. (*Chirinos, embobada por Chanfalla, no repara en los tientos que éste hace en su hato.*) Quiso Dios, sin duda, descubrir las Indias en nuestro tiempo y a nuestra patria para convertirlas a su santa fe; y así, comenzaron las conquistas de indios acabadas las de moros, porque siempre guerreasen españoles contra infieles. Que como aquellos naturales no conocen al verdadero Dios y Señor, están en grandísimos pecados de idolatría y perpetua conversación con el diablo. (*Ya Chanfalla ha conseguido extraer del hato la faltriquera, que oculta hábilmente.*) Pero alegremente toman los españoles el trabajo y peligro, así en descubrir y conquistar aquellas extensísimas tierras, como en predicar y convertir aquellas infinitas gentes. (*Se dispone a escabullirse.*) Que nunca nación extendió tanto como la española sus costumbres, su lenguaje y sus armas, ni caminó tan lejos por mar y por tierra con las armas, las costumbres y

el lenguaje a cuestas. (*Y se esfuma tras la carreta con una rápida bendición.*)

*Chirinos queda un momento perpleja. Instintivamente se vuelve a su hato y comprueba al punto la birlada de Chanfalla. Va a lanzar un formidable grito, pero queda inmovilizada en el gesto, con la boca abierta. Rodrigo, que ha seguido la escena desde el teatrillo, interviene al fin.*

RODRIGO. (*A Chirinos.*) No es menester que grites, Rodrigo Díaz, pues que nadie va a escuchar tu voz. Quédate así un momento, muchacho, con la boca tan abierta y vacía como tu hato, y haz memoria de los meses que llevas calzorreado por esos caminos. (*Tras una pausa, Chirinos cierra la boca.*) ¿Eso buscabas al volar de tu nido, rapaz? ¿Ese andar de ceca en meca y de zoca en colodra? ¿Esa ristra de cuitas, malandanzas, miserias y estropiezos? ¿Ese ir por lana y salir trasquilado? ¿Ese querer vivir de mogollón y morir de estrujón?

CHIRINOS. No.

RODRIGO. Esto otorga tu patria a quien quiere salirse de trillado. Considera, pues, ahora: apagado tu ardimiento, consumido tu brío, consumado el último resto de tu escasa fortuna, ¿qué has de hacer? ¿Volver a tu redil?

CHIRINOS. ¡No!

RODRIGO. Entonces, ¡vete a las Indias! ¡Toma el camino más largo y peligroso de la mar! ¡Llega a las islas nuevamente halladas y busca allí alimento y remedio para los acicates de tu alma y de tu cuerpo!

CHIRINOS. (*Incorporándose vivamente.*) ¡A las Indias, sí! ¡A las Indias iré! (*Recoge el hato y declama mientras retrocede de espaldas hacia el fondo. Rodrigo también se retira, al tiempo que las cortinas se van cerrando.*)

¡De penas y fatigas allí me libraré!  
 ¡Al puerto de Sevilla sin tardar llegaré!  
 ¡Allí, con diligencia, capitán buscaré!  
 ¡Con paga y acomodo, al fin me embarcaré!  
 ¡Al salir de Sanlúcar atrás no miraré!  
 ¡Adiós, patria mezquina, riendo gritaré!

¡Con el mar y las olas otra vez naceré!  
 ¡Camino de las Indias la dicha encontraré!  
 ¡De penas y fatigas allí me libraré!

*Al pasar junto a la carreta han hecho aparecer, a cada lado, la proa y la popa de un navío. Desaparecen por el fondo con un saludo de despedida.*

VOZ CHANFALLA. ¡Izá el trinquete! ¡No le amuréis el botaló!

VOZ RODRIGO. ¡Desencapillá la mesana! ¡Tirá de los escotines de gabia!

VOZ CHIRINOS. (*Lastimera.*)

Bendita la hora  
 en que Dios nació,  
 Santa María que le parió,  
 San Juan que le bautizó...

*(Aparece con andar tambaleante portando un farolillo colgado de un palo. Sus movimientos sugieren el vaivén marino.)*

La guardia es tomada,  
 la ampolleta muele,  
 buen viaje haremos  
 si Dios quiere...

VOZ CHANFALLA. ¡Suban dos a los penoles!

CHIRINOS. (*Dejando el farolillo.*) Si Dios quiere, si Dios quiere... ¿Cómo va Dios a querer lo que imposible es? ¿Puede haber viaje bueno por encima de tantísima agua, y tan movediza, que la nao parece rocín picado de avispas?

*(Se abren las cortinas y aparece un decorado marino con olas que se mueven. Estirando de una cuerda en un lateral de la carreta, Chirinos iza en uno de los mástiles una pequeña vela.)*

Dígalo mi estómago, que no ha dejado de revesar por la boca todo lo que en él ha entrado desde que salimos de la barraca de Sanlúcar. Hasta los piojos, que son infinitos y grandes, se

almadian con el vaivén y vomitan pedazos de carne de grumete...

VOZ RODRIGO. ¡Ayuden a las tricias, que corran por los motones!

*Alguien arroja desde detrás de la carreta un cepillo de mango largo con el que Chirinos mimará fregar la cubierta.*

CHIRINOS. Continuo andas pisando charcos de puerca pez y hediondo sebo, con que se pegan los pies al suelo, que apenas los puedes levantar. Es tanta la estrechura y el ahogamiento de personas, bultos y animales, que todo va hecho una mololoa...

VOZ CHANFALLA. ¡Así de la relinga de la vela mayor!

CHIRINOS. *(Dejando el cepillo e izando otra vela en el segundo mástil.)* Y así, pegados unos con otros, uno regüelda, otro vomita, otro suelta los vientos, otro descarga las tripas... Porque esto último, habéis de saber, es empresa peligrosa... *(Lo ilustra en el teatrillo, sobre las olas móviles.)* Hay que colgarse sobre el mar y agarrarse fuerte al palo; y en tal asiento y con el miedo de caer en la mar, lo que ha de salir se retira como cabeza de tortuga, de manera que es menester sacarlo arrastrando con mil calas y ayudas...

VOZ RODRIGO. ¡Dad vuelta al escaldrame! ¡Tirá de aquellas brazas!

CHIRINOS. Luego es también andar asándose al sol sobre cubierta o cociéndose vivo debajo... Pues pedid de beber, y os darán el agua maloliente por onzas, como en la botica, después de comer cecinas y cosas saladas, si no es que están corrompidas...

VOZ CHANFALLA. ¡Amarrá las burdas! ¡Zafá los embornales! ¡Largá la escota!

CHIRINOS. Por un día que van las velas encampanadas e hinchadas, hay tres de calma, cuatro de vientos contrarios y cinco de tormentas, que es la cosa más espantosa del mundo...

*Suenan toscos redobles que imitan el fragor de la tormenta, al tiempo que las olas se agitan violentamente.*

VOZ RODRIGO. ¡Meté aquel calzonete, que se sale una veta!

VOZ CHANFALLA. ¡Juegue el guimbalete para que la bomba achique!

CHIRINOS. (*Tambaleándose y tratando de agarrarse aquí y allá.*)

¡Oh rocas, oh cañadas, oh rastrojos!  
 ¡Oh tierra de mis fértiles barbechos!  
 ¡Dichoso quien pisara los abrojos  
 viendo pacer al buey por los repechos!  
 ¡Oh morada feliz, donde las camas  
 son hechas de tomillos y retamas!

RODRIGO. (*Apareciendo en el teatrillo, siempre con su armadura dorada.*)

¿Pensábades hallar fijos cimientos  
 en medio de las aguas turbulentas?  
 ¿Pensábades, tratando con los vientos,  
 poderos escapar de sus tormentas?  
 Con estas condiciones batallamos  
 los que las altas olas navegamos.

CHIRINOS. (*Mimando con su movimiento las sacudidas de la tormenta.*)

¡Batallen con las olas los atunes,  
 lenguados, camarones y sardinas!  
 Que yo prefiero ser de los que, inmunes,  
 imitan el andar de las gallinas.  
 Y para almarearme, no me empacho  
 si más me precio hacerlo de borracho.

Hagan los cielos una maravilla  
 y cambien de los vientos la carrera.  
 Volvednos, oh Señor, hasta Sevilla,  
 y, cuando no, a la isla de Gomera.  
 Que sólo por sentir tierra debajo,  
 prometo no pecar más del badajo.

RODRIGO. (*Saliendo de la carreta.*)

Calla, calla, insensato, bravatero,

¿cómo a los cielos juras lo imposible,  
sabiendo que el pecado zalamero  
te arrastra con su cólera invencible?  
Más vale que prometas obras pías  
y reces trece mil Avemarías.

Pero, mira, medroso, ya se aplaca  
la braveza del mar y su remonte...

*(Pero el ruido no cesa y Rodrigo grita hacia atrás.)*

¡Ya se aplaca la braveza del mar y su remonte!

*(Cesa el sonido de la tormenta y el movimiento de las olas.)*

Valor de tu flaqueza al punto saca  
y extiende tu mirada al horizonte...

*(Sobre el decorado marino, al son de una flauta, descende una pintura idílica que evoca un paraíso tropical.)*

¿Qué divisas, qué ves, qué reconoces,  
qué ofrece a tu sabor trece mil goces?

*Aparecen en el teatrillo Sombra y Chanfalla, semidesnudos y cubiertos de plumas y abalorios. Es éste quien, evidentemente muy incómodo en su atuendo, produce la música. Pero la idílica imagen no dura mucho: ante el asombro de Rodrigo y Chirinos, Chanfalla abandona la carreta y avanza hasta el proscenio, increpando furioso al público.*

CHANFALLA. ¡Por la puta que os parió a todos, que si no cesa la rechifla, bajo y os aporreo las turmas!

RODRIGO. *(Indignado.)* ¡Chanfalla!

CHIRINOS. *(Alarmada.)* ¡Chanfalla!

CHANFALLA. ¡Bonito soy yo para aguantar la befa de estos mandilandines!

RODRIGO. *(Va hacia él echando chispas.)* ¿Cómo te atreves, mentecato soez, a hablar tan bajamente a sus señorías?  
¡Enfrena la lengua!

CHIRINOS. (*Interponiéndose.*) ¡Chanfalla, por Dios: sus señorías...!

CHANFALLA. (*Comprendiendo, pero sin calmarse.*) Ciertamente, sí, sus señorías... Pero bastante corrido está un hombre de mis partes por mostrarse en estas trazas de cucarro emplumado, para que encima...

RODRIGO. ¡Basta, Chanfalla! Que a más de comportarte como importuno y chincorrero, has estorbado la muestra del Retablo. (*Avanza hacia el proscenio.*) Sepan vuestras mercedes... (*Cambia de actitud*) y quien más ahí estuviere... (*Mira a Sombra. Chirinos se percata y otea, inquieta, la sala.*) Sepan todos, digo, disculpar a este necio, más dado a emplearse en disputas de taberna que en discretos coloquios señoriles...

CHANFALLA. (*Con fingida afectación.*) Con todo y con eso, miren vuestras mercedes, y en especial el señor regidor Macarelo, de regir convenientemente su señoril proceder, para que todas las condiciones que habemos coloquiado puedan discretamente cumplirse... Y más, que lo que desde ahí se ve, no es como parece.

RODRIGO. ¿Lecciones de proceder quieres tú dar ahora a tan pulido auditorio, enfadoso?

CHANFALLA. Ya quien me tiene que entender me entiende... (*Vuelve, digno, a su puesto.*)

CHIRINOS. (*Inquieta por la sala y, a la vez, tratando de zanjar la cuestión.*) Ahora bien, don Rodrigo: aquí entra y encaja bien aligerar algún poco la largura del Retablo, siquiera por no fatigar en exceso a... sus señorías.

RODRIGO. ¿Aligerar?

CHIRINOS. Sí... ¿Que le parecería a vuestra merced excusarles de la pintura y alabanza de tantas y tan hermosas islas como vio y pisó?

CHANFALLA. A mí me parece divinamente. (*Sale del teatrillo y se va al fondo.*)

RODRIGO. ¿Excusar la pintura de las islas? ¿Privar a estos señores de su hermosura y notabilidades?

CHIRINOS. (*Saca unos papeles de la ropilla.*) Considere vuestra merced que, a doce versos por isla, y pasan de la veintena las que anduvo...

RODRIGO. (*Dubitativo.*) Cierto que fueron muchas, pero...

CHIRINOS. ¿Y qué me dice de los tres años que pasó en ellas pacificando indios alzados y llevándolos a vender como ganado?

RODRIGO. ¿Qué te he de decir?

CHIRINOS. No me parece que ganara en ellos mucha honra... Y más que, a mi entender, es en este paso donde el Retablo más descaece...

RODRIGO. ¿Descaecer?

CHIRINOS. Sí: por la mucha monotonía y tristura que causa la cuenta de tantos indios muertos como moscas. (*Va pasando hojas.*) Los unos en escaramuzas, los otros en castigos, los otros agobiados por el trabajo... Escaramuzas, castigos, trabajos...

*Sombra ha salido del teatrillo y se acerca a Rodrigo, que parece consultar con ella sin palabras.*

RODRIGO. Tal puede ser... Pero importa para mis propósitos que este singularísimo auditorio sepa cómo y por qué fueron despobladas estas islas de sus naturales de ellas.

CHIRINOS. (*Medrosa.*) Pues... ¿no bastaría con decirlo en cuatro palabras?

RODRIGO. (*Indeciso, casi dirigiéndose a Sombra.*) Tal vez bastara, sí...

SOMBRA. (*A Rodrigo.*) Zan quézqui tlahtólli intechcópa in miec mimihqueh ahmo nelli tlahtolli. In tlaixnamictilli ocachi tlanehnehuilian. (Pocas palabras para muchas muertes no son palabras verdaderas. Lo contrario sería más justa proporción.)

CHIRINOS. (*Sorprendida y molesta.*) ¡Viva mi abuela! ¡Ya volvió a cantar la lechuza!

RODRIGO. (*A Sombra.*) ¿Cuix ahmo zan miequintin mimihqueh oncateh in cemmantoc tlalpan? (¿No serán suficientes los muertos de Tierra Firme?)

CHIRINOS. (*A Sombra.*) Pero, hija, mujer, ¿aún no has deprendido las dos docenas de palabras que te enseñé?

SOMBRA. (*Sin hacerle caso, a Rodrigo, señalando al público.*) In yehvantin mochi quinequi quimatizqueh. Yehuan quinequi in timoyolchicahuaz inic mochi tictenehuaz. (Ellos quieren saberlo todo. Ellos quieren que tengas el valor de decirlo todo.)

RODRIGO. (*Impacientándose.*) ¿Cuix ahmo ye quimati? ¿Cuix ahmo ye oquihtoheh in occequi tlahcah? (¿Y no lo saben ya? ¿No lo han dicho ya otros?)

CHIRINOS. (*Asombrada.*) ¿Acaso le está ella contradiciendo? ¿Y deja que le enmiende la opinión doña Sombra?

RODRIGO. (*Irritado.*) ¡Ahuaquiticlan Quicatototl!

CHIRINOS. Esa digo.

RODRIGO. ¡Nadie me enmienda nada, y menos mujer alguna! Y así, para que ni ella ni tú os preciéis de estorbar mi soberano albedrío, ni a ella ni a ti daré oídos... ¡Chanfalla!

VOZ CHANFALLA. (*Tras la carreta.*) Aquí me tiene vuestra merced. Y si no aplaudo es por tener ocupadas las manos en vestirme el hábito.

RODRIGO. ¿Qué dices?

VOZ CHANFALLA. (*Más fuerte.*) ¡Que enteramente soy del parecer de vuestra merced! (*Sale acabando de vestirse de fraile dominico.*)

RODRIGO. ¿Cuál parecer?

CHANFALLA. (*Desconcertado.*) El que habéis dicho...

RODRIGO. ¿Y cuál es el que he dicho?

CHANFALLA. (*Ídem, pidiendo ayuda a Chirinos.*) El... aquello de... Que si...

CHIRINOS. (*Sarcástica.*) Aquí don Rodrigo y yo disputábamos sobre por qué las moscas cagan en lo blanco negro y en lo negro blanco.

RODRIGO. ¡Basta de majaderías y volvamos al Retablo! Que el tiempo pasa y sus señorías no están aquí para escuchar bernardinas. Y como ya Chanfalla anda vestido de dominico, vamos a la parte de fray Tomás Ortiz y su razonamiento para hacer esclavos.

CHANFALLA. Muy bien me parece. (*Hace salir a Sombra del teatrillo y se coloca él.*)

CHIRINOS. (*Mientras se va al fondo, "cerrando" de un golpe la popa que figuraba el navío.*) Antes que te dé otro consejo, te han de sudar los dientes...

*Chanfalla cierra el telón. Rodrigo dialoga un momento con Sombra señalando al público y ésta sale por el fondo, "cerrando" la proa.*

RODRIGO. (*Al público.*) Muchos esclavos se hicieron en las tierras descubiertas porque fray Tomás Ortiz y otros dominicos predicaban que los indios no merecían libertad.

CHANFALLA. (*Apartando las cortinas, aparece con ademanes de predicador santurrón.*) ¡Los hombres de Tierra Firme de Indias comen carne humana y son más sodomitas que ninguna generación de hombres! (*Rodrigo se retira por el fondo.*) Ninguna justicia hay en ellos, andan desnudos, no tienen amor ni vergüenza, son como asnos, abobados, alocados, insensatos. Précianse de borrachos y tienen vinos de diversas plantas, frutas, raíces y grano. Se emborrachan también con humo y con ciertas hierbas que los sacan de seso. (*Aparece Sombra y mima una síntesis de la vida primitiva sumamente bucólica.*) ¡Son bestiales en los vicios! Ninguna obediencia ni cortesía tienen mozos a viejos ni hijos a padres. No son capaces de recibir doctrina ni enseñanza. Son traidores, crueles y vengativos, que nunca perdonan. Muy enemigos de religión, haraganes, ladrones, mentirosos y de

juicios bajos y apocados. (*Va siendo evidente que la pantomima de Sombra despierta en Chanfalla deseos inconfesables.*) No guardan fe ni orden, no se tienen lealtad maridos a mujeres ni mujeres a maridos. (*Mira a uno y otro lado y, con gesto de complicidad al público, se acerca a ella cautelosamente.*) Son hechiceros, agoreros, nigrománticos, cobardes como liebres y sucios como puercos... (*La entrada de Chirinos frustra su intentona: viene con armadura y casco de teatro, "navegando" en un remedo de barco. Chanfalla vuelve al escenario del Retablo.*) Comen piojos, arañas y gusanos donde quiera que los hallen. No tienen arte ni maña de seres humanos. (*Chirinos y Sombra miman un trueque de abalorios por joyas y, finalmente, la india es capturada.*) Cuando se olvidan de las cosas de religión que aprendieron, dicen que aquellas cosas son para Castilla, y que no quieren cambiar costumbres ni dioses. Son sin barbas y, si algunas les nacen, se las arrancan. Con los enfermos no usan piedad ninguna y, aunque sean vecinos y parientes, los desamparan al tiempo de la muerte o los llevan a los montes a morir con un poco de agua y pan. (*Aparece Rodrigo en cota de malla y sombrero de ala ancha. Sobre el parche lleva otro con un ojo pintado. Mima la compra de Sombra a Chirinos.*) Cuanto más crecen, peores se hacen: hasta los diez o doce años aún parece que han de salir con alguna crianza o virtud, pero de allí en adelante se tornan como brutos animales. En fin, ¿cómo no hacer esclavos de quienes Dios crió tan cocidos en vicios y bestialidades?

*Rodrigo hace entrega de Sombra a Chanfalla, que desaparece con ella tras las cortinas, y luego va a sentarse en un banco. Chirinos se sienta en otro.*

CHIRINOS. ¿Y cómo me ha dicho que es su nombre, señor soldado?

RODRIGO. Diego Hernández de Palomeque me llamo. Tampoco yo recuerdo cuál es el de vuestra merced...

CHIRINOS. (*Disponiéndose a afeitarse con una navaja.*) Mi nombre es Rodrigo Díaz de Contreras, para servirle. ¿Y hace mucho que está vuestra merced aquí en La Habana?

*Una sonora bofetada dentro de la carreta interrumpe momentáneamente el diálogo. Chirinos, para distraer a Rodrigo, repite su pregunta.*

RODRIGO. *(Vuelve al diálogo, que acompaña con una esmerada limpieza de su espada.)* No más que el tiempo que la hemos poblado, que son unos pocos meses. Pero en esta isla de Cuba ando ya desde que el Virrey don Diego Velázquez comenzó a conquistarla y poblarla.

CHIRINOS. ¿Y es tan rica como dicen?

*Entra Sombra, ahora cubierta con una tosca túnica y, con sumiso porte, sirve de beber a Rodrigo y Chirinos.*

RODRIGO. Lo fuera, ciertamente, si no menguaran tan aína los brazos para trabajarla. Pero estos malditos indios, así que los fuerzas un poco en las minas o en las haciendas, luego al punto se mueren.

CHIRINOS. En verdad que son flacos y para poco, estos ganapanes. Cuando íbamos a las islas de los Lucayos a saltarlos y volvíamos con los navíos cargados, ¿querréis creerme si os digo que un barco podía ir aquella ruta sin aguja ni carta de marear?

RODRIGO. ¿Cómo así?

CHIRINOS. Guiándose solamente por el rastro de los indios muertos que echábamos y quedaban en la mar... *(Ríe.)*

*Sombra ha comenzado una nueva pantomima, ahora muy claramente dirigida al público: evoca los agobios del trabajo de los esclavos.*

RODRIGO. Parece que le tengan afición a la muerte...

CHIRINOS. Bien lo podéis jurar. Algunos hay que se resisten o pelean, empecinados como están en seguir holgando libres e idolátricos... Pero de poco les vale, luchando contra nuestros arcabuces y ballestas con sus barrigas como escudos... *(Ríe, pero deja de hacerlo al reparar en la conducta de Sombra.)*

RODRIGO. En verdad que poca honra nos dan tales empresas...

CHIRINOS. *(Aún desconcertada.)* ¿Poca honra? ¿Qué queréis decir?

RODRIGO. Habéis de saber, señor Díaz, que yo vine a estas Indias en busca de fortuna, sí, pero también de honra y relumbre para mis apellidos. Y en los ocho años que aquí llevo, maldita la gloria que les ha llovido a los Hernández ni a los Palomeque con este trasegar repartimientos y encomiendas de indios porros, cosa más propia de mercaderes que de hidalgos.

CHIRINOS. (*Inquieta, mira a Sombra y al público.*) No... no os falta... razón...

RODRIGO. (*Percatándose de lo que pasa, interpreta su papel con más brío.*) Pero es llegado para mí el momento de mirar hacia poniente...

CHIRINOS. ¿Hacia adónde?

RODRIGO. ¡Hacia poniente! (*Señala con la espada.*) ¿No conoce vuestra merced las nuevas que corren por Santiago, por Trinidad, por La Habana?

CHIRINOS. Nada sé de nuevas ni de viejas. Aportamos ayer con el ganado...

RODRIGO. (*Misterioso.*) Se han descubierto allí tierras de grandes poblaciones y casas de cal y canto, y sus gentes tienen labranzas de maizales y son muy denodados guerreros. Pelean con arcos, saetas, rodela, lanzas grandes y espadas de dos manos, que cortan más que las nuestras. (*Se va exaltando.*) Quienes allí fueron, han traído más de veinte mil pesos de oro en diademas y anadejos y pescadillos y otras joyas, sólo rescatando con los indios de paz.

CHIRINOS. ¡Cuerpo de tal! ¿Y qué tierras son ésas?

RODRIGO. Llámanlas de Yucatlán o Yucatán, y dicen que otras tierras en el mundo no se han descubierto mejores ni de tantos prodigios.

CHIRINOS. ¿Prodigios?

RODRIGO. Sí. Dicen que hay gentes de orejas grandes y anchas, y otras que tienen caras como perros... Y que hay una isla toda poblada de mujeres, sin varón alguno, como las antiguas Amazonas.

CHIRINOS. ¡Hola, hola! ¿Mujeres sin varón, decís? ¿Y cómo tienen generación?

RODRIGO. Parece que, en ciertos tiempos, van de la tierra firme hombres con los que se juntan, hasta que quedan preñadas.

CHIRINOS. ¡Prodigiosa cosa es ésa, valga el diablo! ¿Y queda muy lejos esa nueva Tierra Firme?

RODRIGO. No más de a sesenta leguas de La Habana. Pero es ruta que no puede hacerse sin grandes bastimientos, así materiales como espirituales.

CHIRINOS. Cierto que habrá que ir allí bien aparejado...  
*(Gesto obsceno.)*

RODRIGO. *(Señalando hacia un lateral.)* En ello entienden aquellos caballeros.

CHIRINOS. *(Mira.)* ¿Quiénes son ellos? *(Ve a Sombra, que desenrolla ante el público el lienzo que intentó mostrar al principio del acto.)*

RODRIGO. Un Pedro de Alvarado y un Bernal Díaz, que ha pocos días llegaron de la Trinidad para acopiar hombres, caballos, armas y matalotaje, en nombre de quien va a pretender esta gran jornada: el capitán don Hernando Cortés.

CHIRINOS. ¿Quién?

RODRIGO. *(Señalando el teatrillo.)* ¡Don Hernando Cortés!

*Apartando con dificultad las cortinas, aparece allí Chanfalla con armadura y casco fingidos, espada en mano y un gran estandarte en la otra.*

CHANFALLA. *(Satisfecho de interpretar tan importante personaje.)*

A dar tiento a la fortuna  
sale Cortés de su patria...

RODRIGO. (*A Chirinos, que se dirige hacia Sombra.*)  
¡Véngase con él y conmigo, señor Díaz, si es que quiere tomar  
la áspera ruta de honra! (*Va hacia el fondo.*)

CHANFALLA. (*Molesto por la interrupción.*)

A dar tiento a la fortuna  
sale Cortés de su patria...

CHIRINOS. (*A Rodrigo.*) Ahora mismo la tomo, don  
Rodrigo... quiero decir, don Palomeque... (*A Sombra, irritada  
y temerosa.*) ¿Qué haces, arriscada? ¿Con quién te andas  
chismeando?

CHANFALLA. (*Furioso.*)

¡A dar tiento a la fortuna...!

RODRIGO. ¡Señor Díaz!

*Sombra huye de Chirinos y se va por el fondo.*

CHIRINOS. ¡Voy! (*Una última mirada a la sala y sale  
también por allí.*)

CHANFALLA. (*Recompone su actitud.*)

A dar tiento a la fortuna  
sale Cortés de su patria,  
tan falto de bienes de ella  
cuanto rico de esperanzas.  
Su valor y noble sangre  
a grandes cosas le llaman,  
y el deseo de extender  
de Cristo la fe sagrada.  
Rompe el mar, vence los vientos  
con una pequeña armada,  
llegando donde no pudo  
con alas llegar la Fama.

(*Chirinos y Rodrigo, armados con espadas y rodela,  
avanzan desde ambos lados de la carreta.*)

Salta en tierra como un rayo,  
hiere, rinde y desbarata  
los espesos escuadrones  
de fuerte gente pagana.  
“¡Hermanos y compañeros!

Sigamos esta Cruz Santa,  
en cuya fe verdadera  
ganaremos mil batallas.”

RODRIGO. (*Mimando un combate.*) ¡Santiago y a ellos!  
¡Santiago y a ellos! ¡No se tarde tanto, señor Díaz, y  
acométales duro con la espada, que ésta es batalla de veras!

CHIRINOS. (*Ídem, con mucha menos pericia y arrojo.*)  
¿Acometer, señor Palomeque? ¡Cese esta lluvia de flechas,  
varas y piedras, que bastante hago con cubrirme!

RODRIGO. ¡Avance y apechugue contra ellos! ¡Deles con  
qué recuerden los tajos y estocadas castellanas!

CHIRINOS. ¡Avanzaré tan pronto salga yo de estas lamas y  
ciénagas! ¡Cuerpo de Satanás! ¿Y a esto llaman Tierra Firme?

CHANFALLA. (*Siempre en el proscenio del teatrillo.*)

“¡No desmayéis, caballeros,  
que ya es nuestra la batalla!  
Que las armas de Castilla  
prueben las gentes paganas.  
Gusten el aspro sabor  
de arcabuz, ballesta y lanza,  
antes que humildes se rindan  
a la cruz de nuestra espada.”

RODRIGO. ¡Sígame, señor Díaz! ¡Que ya don Hernando  
Cortés acomete a la indiada como un rayo!

CHIRINOS. No pase apuro, don Diego, que él no irá muy  
lejos... ¿No ve que se le ha quedado un alpargate enterrado en  
el cieno?

RODRIGO. No es hombre don Hernando para hurtar batalla  
tan cumplida por un alpargate más o menos...

CHANFALLA.

No miréis si son trescientos  
o treinta mil los que atacan,  
que el valor de un español  
en los cuerpos no repara;  
antes, por darles la fe  
de Cristo, cuenta las almas.

RODRIGO. ¡Santiago y a ellos, que ya van retrayéndose hacia el pueblo! No deje de cubrirse, que son buenos guerreros y ni en huyendo cesa la rociada de flechas.

CHIRINOS. ¿Estas son las grandes poblaciones? ¿Estas cabañas mal cubiertas de cercas y albarradas?

CHANFALLA.

Ya ceden, ya se retiran,  
de nuestra furia se apartan  
y, vencidos, nos entregan  
sus bienes y sus moradas.

RODRIGO. ¡Adentro, adentro! ¡Abajo los portillos! Mía fe, tal enemigo quiero que nunca da la espalda...

CHANFALLA.

Quiero tomar posesión  
para el cielo y para España,  
de esta tierra que promete  
glorias y riquezas tantas.  
Sobre esta ceiba daré  
por señal tres cuchilladas,  
y si alguien me contradice  
sostenerlo he con mi espada.

RODRIGO. ¡Viva nuestro capitán don Hernando Cortés!

CHIRINOS. ¡Viva! ¡Viva Su Majestad el emperador don Carlos!

RODRIGO. ¡Viva! ¡Sea por siempre esta provincia una joya más en la corona de Castilla!

CHIRINOS. ¡Sea!

RODRIGO Y CHIRINOS. ¡Vitor! ¡Vitor!...

*Saludan los tres al público y, al tiempo que Chanfalla se retira tras la cortina, Chirinos se incorpora vivamente con un alarido y llevándose la mano al trasero.*

CHIRINOS. ¡Bellacos, traidores, indios de Satanás! (Se vuelve y muestra una flecha clavada en una nalga.) ¡Malhaya la tierra donde creció el árbol que sacó la rama que

tal flecha dio! ¡Y la puta madre del indio que la lanzó! (*Y desaparece renqueando tras la carreta.*)

RODRIGO. (*Avanza hacia el proscenio quitándose el sombrero y el ojo que cubría su parche.*) Tal fue, senado ilustre, la primera herida que mi cuerpo ofrendó a Su Majestad. Allí fue, junto al río de Grijalva, que en lengua de indios se llama Tabasco, donde aquel bisoño soldado de fortuna tomó la áspera ruta de la honra. Digno mentor y guía tuve en Hernández de Palomeque, mi capitán don Diego, y a su sombra y su luz emprendí la grandiosa jornada del descubrir y conquistar y pacificar y poblar todas las provincias de la Nueva España, con la muy nombrada ciudad de Tenuztitlán...

*Se abren las cortinas y aparece, ante una pintura de Tenochtitlan México, Sombra, vestida de azteca y con la jarra sostenida en actitud ceremonial. Canta solemnemente.*

SOMBRA.

Chal-chimmala-cayo-ti-mani atl on yan tepetl

Huiya zan quetzal-to-name-yo-ti-mani Mexico nican

Huiya itlan neya-cal-hui-lo-toc in te-teuc-tin

in xochi-ayahuitl intepan moteca aya ohuaya.

Iztac huexotl Aya iztac tolin in ye imanican Mexico nican

[Huiya.

Tima-tla-lazta-totl tipatlan-ti-huiz, Aya Huitzilipochtli

tehuan ti-teotl Ohuaya.

(Rodeada por círculos de jade perdura la ciudad, irradiando reflejos verdes cual quetzal está México aquí.

Junto a ella es el reflejo de los príncipes:

niebla rosada sobre todos se tiende.

De blancos sauces, de blancas espadañas es México la nación.

Tú, Hutzilipochtli, como garza azul vienes volando,

tú eres el dios.)

*Durante la canción, Sombra ha ofrecido la jarra a Rodrigo quien, también con rara solemnidad, bebe un trago. Tiene como un estremecimiento y devuelve la jarra a Sombra, al tiempo que acaba de cantar.*

RODRIGO. (*Como iluminado.*) ¡Así te me apareces aún en el recuerdo, Tenuztitlán México! ¡Rodeada por círculos de jade, irradiando reflejos verdes y cubierta de niebla rosada! Así

te levantas, fundada en medio de una laguna, tan grande ciudad como Sevilla y Córdoba, con plazas tan dilatadas como aquella de Salamanca, con tus hermosos edificios, tus torres altas y bien obradas, tus gentiles vergeles de flores de diversas maneras... (*Entra Chanfalla, todavía vestido de Cortés, y le hace gestos de proseguir con el Retablo.*) Desde tu mismo centro, Tenuztitlán, sujeta grandes provincias el gran Montezuma, señor de tierras y gentes sin número, dueño de infinitas riquezas y de grandes ejércitos que defienden tu fortaleza y extienden tu poder por las fronteras y provincias comarcanas...

CHANFALLA. (*Interrumpiéndole, pasea de un lado a otro de la escena, interpretando.*) ¿Por qué no quiere verme a mí, don Hernando Cortés, ese gran Montezuma? ¿Por qué me solicita una y mil veces de no ir a su Tenuztitlán México? (*Rodrigo bebe un nuevo trago y deja la jarra en el suelo del teatrillo. Sombra sale de él y se va con Rodrigo hacia el fondo, cuchicheando misteriosamente. Mientras Chanfalla prosigue con su monólogo, en el escenario aparece cautelosamente Chirinos e inspecciona la jarra.*) ¿Por qué sus mensajeros me envían grandes presentes de oro y plata y joyas y mantas de algodón y de plumas, y ora me promete ser vasallo de Su Majestad el Emperador, ora me tiende trampas y celadas de guerra, y siempre me manda decir que no le procure ver, que no pugne por llegar a su ciudad? (*Chirinos ha olfateado la jarra, bebe un trago y, al poco, tiene una convulsión y sale precipitadamente por un lateral para vomitar. Chanfalla sigue sin reparar en ella.*) ¿No echa de ver que así más me espolea la ardicia de llegarle y sujetarle? Más de tres meses ha que andamos sus dominios. En ellos he fundado ya una villa española, la Villa Rica de la Vera Cruz, y he conquistado y pacificado para mis reyes anchas y ricas provincias. Sus vasallos de Cempoal, así como sus enemigos de Tlascala, me son amigos y confederados, y muchos caciques nos han dado a sus hijas doncellas para tener generación nuestra, como de bravos y esforzados guerreros que somos... (*Han regresado del fondo Rodrigo y Sombra. Ésta, portando un estandarte azteca, vuelve a instalarse en el escenario, notando que la jarra ha cambiado de posición. Rodrigo tiene de nuevo puesta la armadura de teatro.*) Por más que las hago cristianar antes de usarlas, porque no se inficione con paganas la sangre de mis soldados...

RODRIGO. (*Interrumpiéndole.*) Sólo a los capitanes. (*Chanfalla le mira, sorprendido.*) Las indias, digo, que sólo a los capitanes se daban, y a algunos caballeros. Que nosotros, los meros soldados, por muy contentos nos teníamos si podíamos haber alguna niña o vieja o, cuando no, mujer ya muy parida. (*Se va indignado.*) Y ello a las prisas, con los calzones puestos, y aun con las armaduras, a las veces al trote de una marcha o en el respiro de una escaramuza.

CHANFALLA. (*Consultando unos papeles que lleva guardados.*) Paréceme, don Rodrigo, que ese parlamento no figuraba en el Retablo...

RODRIGO. No figuraba, cierto. Pero me ha venido a las mientes en oírte, no vayan a pensar estos señores que andaba yo por entonces hecho sultán turco, como otros que yo me sé... (*Y le mira, severo, de arriba abajo. Al público.*) Y por no deslucir nombres ilustres, sepan vuestras mercedes cómo los soldados de Francisco de Garay, en ir a conquistar la provincia de Pánuco, andaban robando los pueblos y tomando mujeres por fuerza, como si estuvieran en tierra de moros...

CHANFALLA. No se quillotre por tan poco, don Rodrigo, que aquí a... sus señorías, algo se les entiende de esas flaquezas tan humanales... Y manos a labor que se hace tarde y tenemos mucho que hacer y que decir y que mostrar...

RODRIGO. ¿Mostrar dices, Chanfalla? ¿Mostrar con tan mísero aparato los hechos y lugares y portentos que pasé, que parecían las cosas de encantamiento que cuenta el libro de Amadís?

*Sin que nadie lo advierta, ha entrado Chirinos como ausente, ha bebido un trago de la jarra y, sin reaccionar, sale por el lateral opuesto.*

CHANFALLA. (*Molesto por el desprecio de Rodrigo.*) ¿Pues no? Mayores maravillas he mostrado yo con muy menor balumba...

RODRIGO. (*Cuya actitud revela una extraña exaltación.*) ¡Quita allá, mentecato! ¿Puedes tú, por ventura, encerrar en este chamaril destartalado cuantos desiertos, lagos, cordilleras, selvas, volcanes, ciénagas y ríos anduve y padecí? ¿Podemos figurar, siendo tan pocos, los cientos de soldados y muche-

dumbres incontables de indios que mis ojos contaron? Aquellos palacios de caciques poderosos, aquellos templos y adoratorios, aquella riqueza de oro y plata y pedrerías, ¿mostraremos aquí con tales calandrajos y piltracas?

CHANFALLA. (*Francamente picado.*) No es razón escupir en el caldo cuando no se tiene sopa.

RODRIGO. (*Avanza como iluminado hasta el proscenio. Al público.*) Fuera yo nigromántico, nobles señores y demás testigos, tuviera yo poderes de hechicero, de tal modo y manera que esta fábrica enjuta de apariencias, sin trabas derramase ante vuestras mercedes la suma de sucesos memorables en que me vi revuelto. Entonces temblarían vuestros pechos con las guerras tan bravosas que tuvimos en la ciudad de México. Aquí retumbarían los aires con los grandes gritos y silbos y atambores y trompetillas de los fuertes escuadrones de indios, con nuestros tiros de escopetas y arcabuces y el galope y relincho de caballos. Aquí lloverían flechas y piedras y montantes y lanzadas y cuchilladas y estocadas...

CHANFALLA. (*Que parece ver, efectivamente, en las sombras de la sala lo que Rodrigo dice.*) Por mi fe, don Rodrigo, que aún me hará ver a mí nuevo Retablo de las Maravillas...

RODRIGO. (*Cada vez más exaltado.*) Aquí levantaría el gigantesco *cú* de Huitzilipochtli, que es como decir el templo de su dios de la guerra, y veríais la feroz batalla que hubimos por derrocar y poner fuego a sus ídolos, los nuestros malheridos, todos corriendo sangre y peleando contra miles de mexicanos resueltísimos, subiendo por las gradas, y luego bajándolas, reciamente acosados, volviendo a nuestros aposentos bajo un diluvio de varas y flechas, los muros deshechos, y todos heridos, y dieciséis muertos, y los indios siempre aprestándonos, y otros escuadrones por las espaldas... que quien no nos vio, aunque aquí más claro lo diga, yo no lo sé significar...

*Mientras hablaba ha comenzado a entrar humo desde el lateral por donde salió Chirinos.*

CHANFALLA. (*Fascinado por el verbo de Rodrigo, parece participar en la escena descrita.*) ¡Y tanto que lo sabe vuestra merced! ¡Como que mismamente se me figura que lo veo, y

hasta que huelo el humo de las fogatas! ¡Y qué cuchilladas y estocadas les damos, y con qué furia los perros pelean, y qué herir y matar hacen en nosotros con sus lanzas y macanas y espadas de dos manos...!

RODRIGO. ¡Basta, por mi vida, basta! Dejemos este espanto y matacía, y también la lamentosa muerte del desdichado Montezuma, y la triste, tristísima noche de nuestra huida de México, y la feroz, ferocísima batalla de Otumba, tan reñida y nombrada, de donde salí cojo...

CHANFALLA. (*Compadecido.*) Dejémoslo, sí, y vayamos presto a la parte en que les damos la lección que merecen a esos empecinados mexicanos. Entremos ya en la laguna con los bergantines y cerquemos la ciudad de Tenuztitlán, que me saltan las carnes por verla estragada y derrocada, después de tan soberbia.

RODRIGO. (*Súbitamente irritado.*) Hablas como bestial y encarnizado, Chanfalla. ¿Así te gozas tú, que a buen seguro nunca te has visto sino en peleas de mojicones y pellizcos, así te gozas con aquella extremada mortandad, donde tantos montones de cuerpos difuntos había que no se podía poner los pies sino en ellos? Y los miles de ahogados, y los sacrificados y comidos por nuestros aliados tlascaltecas, y los muertos de pestilencia, y aquellos a quien sacamos el unto para embrear bergantines, a falta de aceite o sebo...

*Es interrumpido por un agudo lamento de Sombra, que se arrodilla y golpea con las manos el suelo del teatrillo. El lamento se transforma en salmodia mientras Rodrigo va junto a ella y cierra las cortinas, quedando los dos ocultos. Chanfalla, apenas repuesto de la sorpresa, se aproxima al Retablo, escucha y va luego hasta el proscenio, hablando al público con sigilo para que no le escuche Rodrigo.*

CHANFALLA. ¡Macarelo! ¿Dónde estás, Macarelo? (*Es evidente que no se atreve a bajar a la sala.*) ¡Malditas sombras!... ¡Eh, señores belitres... Valga el diablo, y qué amortecidos parecen, y antes tanta rechifla y bulla y chirigota... ¿Hanse quedado por ventura mudos? Tanto me da, mientras no paren sordos... Que han de oirme decir cómo es tiempo de miñarse todos paso a pasito, sin ser sentidos, antes que la floraina se descubra y aquí se desbarranque un cataclismo. ¿No habéis visto qué luces alunadas se le encienden al indiano

en la cabeza? Buena sería que en uno de esos raptos bajara y os oliera, y todo este negocio se estragase... ¿Tieneslo entendido, Macarelo? Pues a trasmontar quedico y a esperarme cabe el puente, para el cobro de los charneles, que allí acudiré yo tan pronto rematemos el ensayo del Retablo... ¡Macarelo! ¡Responde, hideputa, y no te encubras! ¿No se te habrán tragado esos espíritus que dice doña Sombra? (*Quiere reír, pero la inquietud le gana.*) ¿Quién hay ahí?... Juro a mí, que talmente siento como si unas miradas me amenguasen... (*Se toca el cuerpo y la cara.*) Ta, ta, ta... ya sé yo la causa de este silencio, que no es otra sino el verme como trapaza o monigote. ¿No es así, Macarelo? (*Ríe sin convicción.*) ¿No es cierto que parézco figura de apariencia? Pues tan de veras soy como vosotros, si no más. Sólo que unos tufos de encantamiento embeleñan algún poco este lugar, de tal suerte que, vistas desde ahí, las cosas y personas parecemos de burla, invención y sueño... (*Cada vez más inquieto.*) Y reniego de mí si no me van entrando en las carnes esos mismos barruntos... (*Es sobresaltado por la brusca entrada de Chirinos fumando los restos del cigarro de Rodrigo, y con la escalera y el gancho que usó al principio. Tiene un aire ausente.*) ¡Chirinos!... Por el siglo de tu madre, y qué susto me has dado... ¿Adónde vas con eso? (*Chirinos le pide silencio con un gesto.*) ¿Qué te pasa? ¿Qué te propones? (*Chirinos coloca la escalera apoyada en la carreta y sube con el gancho, pidiéndole de nuevo silencio.*) ¿Me mandas callar y pretendes tú desbaratarlo todo? ¡Baja de ahí, insensata! ¡Cata que está despierto, y doña Sombra con él! ¡Tente, tente...! (*Con pasmosa facilidad, Chirinos ha introducido el gancho por un agujero del techo y lo saca al momento con una presa inesperada: el casco de Rodrigo.*) ¡Virgen de las Angustias! ¡Ya todos enloquecen!

*En ese momento sale Rodrigo del teatrillo acabando de ponerse su armadura con ayuda de Sombra. No ve a Chirinos que, en lo alto de la escalera, se pone su casco.*

RODRIGO. Presto, presto, Chanfalla. No perdamos más tiempo, que el camino es largo y el plazo corto. Tomemos ya la ruta de Eldorado, y sepa este auditorio a qué provincias venturosas acudimos.

CHANFALLA. (*Extrañado al advertir que se está poniendo la armadura real.*) ¿Hacia... hacia Eldorado ya? ¿Qué quiere

decir vuestra merced? ¿Que nos saltemos la recia jornada que tuvísteis, yendo con Alvarado, en lo de Guatemala?

RODRIGO. Olvida Guatemala, pues que allí fue donde perdí este ojo. Vámonos ya a Eldorado, y dejemos a Alvarado penando en los infiernos.

CHANFALLA. (*Repasando de nuevo las páginas del retablo.*) Y de cuando os pasásteis al Darién y Panamá con la gente de Pedrarias Dávila, ¿no mostraremos nada?

RODRIGO. ¿A Pedrarias me nombras, ese Atila? Huyámonos, Chanfalla, huyamos de aquellos reinos asolados y diezmados.

CHANFALLA. ¡El Perú, don Rodrigo! ¡Hagamos, pues, la famosa hazaña del conquistar y pacificar aquel gran reino del Perú!

RODRIGO. ¿El Perú dices? ¿Para tornar a llenarme las cejas, narices, orejas y otras partes de la cara y cuerpo de bubas, tan grandes como nueces y muy sangrientas?

CHANFALLA. (*Desconcertado.*) ¿Qué se le ha de llenar, don Rodrigo? No digo sino que hagamos el paso de Cajamarca y prisión de Atabaliba, que es de lo más vistoso del Retablo. Aquélla sí que fue empresa memorable y gloriosa... Vengan trabajos, males, peligros y muertes que tanto fruto dieron, como fue rendir aquel imperio universal del Inca a don Francisco de Pizarro.

*Sale por el fondo. Rodrigo ha ido a uno de los tenderetes y examina, soñador, un vistoso collar de plumas. No parece oír a Chirinos que, en el lado opuesto, siempre en la escalera, con el casco puesto y el gancho a modo de lanza, declama.*

CHIRINOS.

Las fases de la luna  
imitan las mudanzas de fortuna,  
pero el sol de Pizarro  
brilla con tal tesón, que me achicharro.

RODRIGO. (*Evocador.*) Vistosa fue la entrada de Atahualpa en Cajamarca, sí. Cuatro horas tardó en andar una legua, tan

de reposo iba... Venía en litera de oro, aforrada de plumas de papagayo, y sentado en un tablón guarnecido de esmeraldas. Trescientos criados con librea le quitaban las pajas y piedras del camino, y muchos señores en andas y hamacas, por majestad de su corte...

*Entonces se descorre la cortina y aparece una alegoría del Perú y un muñeco que figura Atahualpa. Chanfalla, acabando de vestirse un hábito de franciscano, baja del teatrillo y se coloca ante él.*

CHANFALLA. Entonces llega ante él fray Vicente de Valverde y le lee el Requerimiento. (*Interpreta muy rápido.*) Sabe que un Dios en Trinidad ha creado el cielo y la tierra y todo cuanto hay en ello, y ha hecho a Adán, sacando a su mujer, Eva, de su costilla, de donde todos fuimos engendrados. Y por desobediencia de estos nuestros primeros padres caímos todos en pecado y no alcanzábamos gracia para ver a Dios ni para ir al cielo ni para nada. Hasta que Cristo vino a nacer de una Virgen para salvarnos, y a este efecto recibió pasión y muerte, y luego resucitó y se fue al cielo, dejando en su lugar a San Pedro y a sus sucesores, que llamamos papas y que están allá en Roma. Y éstos han repartido todas las tierras de todo el mundo entre los príncipes y reyes cristianos, y esta provincia tuya le ha tocado al Emperador don Carlos. Y Su Majestad ha enviado a don Francisco de Pizarro para hacerte saber, de parte de Dios, todo esto que te he dicho. Y si quieres creerlo y bautizarte y dejar esa religión tan mala que tienes y obedecerle y darle tributos, él te amparará. Y si haces lo contrario, don Francisco te dará cruda guerra a sangre y fuego...

CHIRINOS.

¿Tú comprender, don villano?

¿Mi razón has bien sentido?

RODRIGO. Y Atahualpa dijo que aquellas sus provincias las habían ganado su padre y sus abuelos, y que no sabía cómo San Pedro las podía dar a nadie. Y que él no tenía por qué tributar, siendo libre, y que su religión era muy buena, y que el sol era su padre y la tierra su madre, que nunca morían... Y que cómo sabía el fraile ser verdad su doctrina.

CHANFALLA. (*Tendiendo un breviario al muñeco.*) Este libro lo dice por boca de Dios.

RODRIGO. (*Toma el libro.*) Y Atahualpa tomó el libro, lo abrió, lo miró, lo escuchó... y dijo que a él aquel libro no le decía nada ni le hablaba palabra. (*Lo arroja al suelo.*)

CHANFALLA. (*Recogiéndolo, presuroso.*) ¡Los Evangelios en tierra! ¡Venganza, cristianos, que no quieren nuestra amistad ni nuestra ley! (*Saca una espada de debajo del hábito.*)

CHIRINOS.

¡Yo os reto, los zamoranos,  
por traidores fementidos!

RODRIGO. (*Abalanzándose sobre Chanfalla, le hace caer y grita hacia todos los lados.*) ¡Tente, Chanfalla! ¡Guarda la espada! ¡Alto la artillería! ¡Detened los caballos! ¡Cesad las cuchilladas y estocadas! ¡Los indios no pelean! ¡Atahualpa está preso y nadie nos da guerra! (*Ha aparecido Sombra con la jarra y, calmándole, se la ofrece. Chanfalla, en el suelo, masculla reniegos ininteligibles mientras trata de quitarse el hábito. Chirinos ríe con risa extraviada. Rodrigo bebe y murmura, alucinado.*) Ya está vencido el Inca y repartido su tesoro. Ya nos batimos cristianos contra cristianos en aquellas civiles guerras de Almagro y los Pizarro. Ya anduve miles de leguas, siempre pacificando incas alzados, llegando a tener encomienda de trescientos indios. Y ya, como no nací yo para hacendado, parto con Orellana al encuentro de don Gonzalo Pizarro, que tiene aderezada una sin par jornada en busca del reino de Eldorado y el país de la Canela...

*Sombra cierra la cortina del teatrillo.*

CHANFALLA. (*Ya liberado del hábito, furioso.*) ¡Basta, don Rodrigo! ¡Hasta aquí llega la cuerda de mi paciencia! ¡O ensayamos todo el Retablo o me ensucio en las gachas!

RODRIGO. ¿Ensayar, dices? ¿Qué habríamos de ensayar?

CHANFALLA. (*Confuso.*) No quise decir tal, sino...

RODRIGO. Ensayo infructuoso fue, sí, toda mi vida vagabunda. Pero es llegado el momento de poner en ejecución la obra que el destino escribiera para mí en las estrellas...

CHANFALLA. ¿Cuál obra es ésa?

RODRIGO. (*Adelantándose hasta el proscenio, al público.*) A pesar de la sombra que os encubre... y de las brumas que me anublan la visión, veo brillar en vuestros nobles pechos la lumbre de gallardía que ha de extirpar tantos males y remediar aquel Nuevo Mundo...

CHANFALLA. (*Inquieto.*) Considere, don Rodrigo, que a las veces la vista tiene así como ofuscaciones...

RODRIGO. ¡Ven aquí, sombra mía! (*Sombra acude a su lado; Rodrigo le levanta la blusa y muestra su espalda azotada.*) Ved esto. De tantas violencias y traiciones que en aquellas gentes y tierras se han hecho y se hacen, vuestras mercedes serán, yo mediante y esta mi gran jornada, los nuevos redentores...

CHANFALLA. (*Ídem.*) Cate, don Rodrigo, que no todo el monte es orégano...

RODRIGO. (*Exaltándose.*) No os desaliente que el Rey nuestro señor tenga por más valioso ver contar el oro de las Indias que oír contar sus miserias...

CHANFALLA. (*Francamente asustado.*) Repare, don Rodrigo, que por doquier hay oídos torcidos...

RODRIGO. No miréis que estén los religiosos más dados al fuego de la penitencia acá, que al agua del bautismo acullá...

CHANFALLA. (*Aterrado.*) ¡Por su ánima, don Rodrigo, que...!

RODRIGO. (*Radiante.*) ¡Hoy llegaremos juntos a la escondida fuente de todas las riquezas de las Indias, y allí será el origen y principio de un reino venturoso que sepa reparar tantos estragos hechos! (*Alza la jarra.*) ¡Este amargo licor me da vislumbres y potencias para hallar esa ruta, y andarla, y acabarla. (*Bebe un trago.*)

CHIRINOS. (*Aún en la escalera.*) ¡Mire de no acabarla, don Rodrigo! La jarra, digo: que su licor también a mí me da vislumbres y potumbres...

RODRIGO. Daríate transportes y sudores de muerte o desvarío, Chirinos: que es bebida sagrada, no hecha para

cualquier garguero... ¿Y qué diablos haces ahí trepada y con mi casco puesto?

CHIRINOS. Pues no sé qué le diga, don Rodrigo. Me trepé aquí, quedéme y olvidéme.

RODRIGO. ¡Bájate, pues, y aligera, que ya nos departimos! Y tú también, Chanfalla: aviva, aviva...

CHANFALLA. ¿Departimos? ¿Adónde?

RODRIGO. ¿Adónde ha de ser, sino al arduo camino de mis días errados? Que si antaño lo anduve ciego, hogaño lo andaremos derechamente. *(Y sale por el fondo, seguido de Sombra.)*

CHANFALLA. *(Totalmente perdido, trata de bajar a Chirinos de la escalera.)* ¡Por los pelos del rabo de Satanás! ¡Chirinos, vuelve en ti, que el mundo se desquicia! ¿Qué locura es la tuya? ¡Despierta! El indiano salido se ha de sí, doña Sombra parece espiritada, yo no sé ni quién soy ni quién no soy... y en cuanto a esos de ahí *(Señala al público)*, alguna tarrabustería andan urdiendo, que ni responder quieren a mis voces. Receloso estoy, no vayan a soplar al Santo Oficio los desacatos que ensartó nuestro indiano...

CHIRINOS. *(Siempre en su mundo.)*

¡Maldito seas, Rodrigo,  
del Papa descomulgado,  
porque deshonraste un rey,  
el mejor y máspreciado!

CHANFALLA. ¡Calla, loca! ¿Qué mal viento te ha tocado?

VOZ RODRIGO. *(Tras la carreta.)* ¿Yo, deshonrar al rey? ¿Quién dijo tal?

CHANFALLA. *(Haciendo salir a Chirinos.)* ¡Aún harás que nos deslome! Vete a buscar el seso que has perdido...

RODRIGO. *(Entra furioso, con lanza y rodela.)* ¡Miente quien tal afirma! ¡Antes bien, honra y servicios infinitos le he dado por la más grande parte de mi vida.

*Del techo de la carreta comienza a brotar una maraña vegetal.*

CHANFALLA. Nadie lo duda de vuestra merced... ni de nosotros...

RODRIGO. ¡Por aumentar sus reinos y vasallos, y los de su padre el Emperador y de sus católicos abuelos don Fernando y doña Isabel, lastimado estoy de mis miembros!

CHANFALLA. Eso salta a la vista, don Rodrigo...

RODRIGO. ¡Nunca murmuré de él por ser ingrato a sus vasallos y no dolerse de nuestras fatigas y trabajos!

CHANFALLA. ¡Nunca, puedo jurarlo!

RODRIGO. Y si aquí mismo estuviera presente su augusta persona...

CHANFALLA. ¡Dios no lo quiera!

RODRIGO. (*Arrodillado ante Chanfalla.*) Yo hincaría mi rodilla en tierra y le diría: (*Declama.*)

¡Cuántas tierras corrí, cuántas naciones,  
hacia el helado norte atravesando,  
y en las bajas, antárticas regiones,  
el antípoda ignoto conquistando!...

CHANFALLA. (*Tratando de incorporarle.*) ¡Bien dicho y bien rimado, sí señor!

RODRIGO. (*Le toma la mano.*)

Dejo, por no cansaros y ser míos,  
los inmensos trabajos padecidos...

CHANFALLA. Eso, sí: déjelos...

RODRIGO.

... La sed, el hambre, la calor, los fríos,  
la falta irremediable de vestidos,  
los montes que pasé, los grandes ríos...

CHANFALLA. Déjelos, don Rodrigo, no vaya a importunar a estos señores...

RODRIGO. (*Viendo el laberinto de falsas enramadas que ahora rodea la carreta.*) ¡Los grandes ríos! (*Se incorpora y empuña la rodela y la lanza.*) Estas son ya, sin duda, sus fragosas orillas... Entrémonos en ellas, Chanfalla, y emprendamos sin más tardar la gran jornada de Eldorado y del reino de las Amazonas...

*Aparece Chirinos ante las cortinas del Retablo, a medio poner sus vestidos de mujer.*

CHIRINOS. ¡No tal, señores hombres! Que aquí doña Sombra y yo nos vamos a buscar los Amazonos... (*Ríe excitada y desaparece tras las cortinas.*)

CHANFALLA. Sépala disculpar vuestra merced, que anda de un rato acá como pasmada.

RODRIGO. Todo es posible, Chanfalla, en estas espesuras infinitas... Aquí se pierde la razón y el rumbo. Pasos y pensamientos se extravían... Sígueme de cerca y no me pierdas de vista ni de oído, que yo te seré guía en este laberinto... (*Se interna en la "espesura" y desaparece tras la carreta.*)

CHANFALLA. (*Yendo tras él.*) ¡Don Rodrigo! ¿Adónde va?

*Salen del teatrillo Chirinos y Sombra, ésta con la jarra.*

CHIRINOS. (*Claramente traspuesta.*) Ven conmigo, mocha. Vámonos tú y yo por estas partes (*Señala la sala*), que a buen seguro encontraremos a esos mozarrones sin mujeres, de quien seremos muy bien recibidas... (*La lleva de la mano hacia el proscenio, pero Sombra se desprende.*) ¿Qué es ello? ¿Te da empacho? (*Ríe tontamente.*) A mí también me diera, sino que ese licor me ha transportado toda a no sé dónde, y allí anda prohibida la vergüenza... Bébelo tú también y así estarás conmigo...

SOMBRA. (*Protegiendo la jarra de las manos de Chirinos.*) Ca ahhueli tiquiz inin. Intla melahuac in oticchiuh, in teteo mitztlacaquitizqueh ica yollopoliuhcayotl. Ca in ololiuncatlailli in quitemaca xochitemictli, in tetlachialtia in tetzahuitl, in tetlaia tetzahuilizpan. (No puedes beber esto. Si es cierto que lo has hecho, los dioses te castigarán con la locura. Es la bebida sagrada del ololiuhqui, que da el Sueño Florido y permite a sus fieles ver más allá de las cosas, estar más allá de

los lugares.) *(Le muestra la codiciada bolsa, que lleva escondida en sus vestidos.)*

CHIRINOS. ¡Por vida de los huesos de mi abuela! ¡La bolsa de las perlas! ¿Qué me quieres decir?

SOMBRA. Inim ixinach in chalchiuhtlicue. Ica yehuati mochihua in teoatl. (Estas son las semillas de la Señora de las Aguas. Con ellas se hace el zumo de los dioses.)

CHIRINOS. *(Conteniendo su excitación.)* Mi alma, mi amiga, mi amor, azucena, corderita... ¿No me dejarás que las tiente y las vea? *(Va a tomar la bolsa, pero Sombra la retira)*

SOMBRA. Ca ahhueli in quimatocazqueh in ahmo chipahuaqueh. Nahuatl nimitzihtitiz. (No pueden tocarlas manos impuras. Yo te las mostraré.) *(Con reverencia suma, abre la bolsa, introduce la mano y saca un puñado de semillas, que muestra a Chirinos.)*

CHIRINOS. *(Antes de verlas.)* ¡Gracias, lucero mío! *(Al verlas.)* ¡Válgame Dios! ¡Lentejas! ¡Lentejas son, o cosa parecida!

*Desde detrás de la carreta, en donde han estado sonando extraños ruidos, entran Rodrigo y Chanfalla desastrados y cubiertos de falsa maleza. Caminan abriéndose paso con las espadas en la maraña vegetal y venciendo un gran esfuerzo.*

RODRIGO. Esto son fatigas y trabajos. Esto es andar continuo sobre manglares y anegadizos. Esto son hambres que nos hacen comer hasta los cueros, cintas y suelas de zapatos...

*Sombra se ha escabullido por un lateral al verlos.*

CHIRINOS. *(Sin salir de su asombro.)* ¡Lentejas!

RODRIGO. ¡Ca, mi buena amiga! ¡Lentejas fueran aquí manjar de príncipes y reyes *(Ha rodeado la carreta y desaparece por el otro lado.)*

CHIRINOS. *(A Chanfalla, que le sigue como hipnotizado.)* ¡Son lentejas las perlas, o alguna otra semilla cortezuda!

CHANFALLA. Déjate de lentejas y apechuga, si no quieres perderte y consumirte en esta maraña... *(Saliendo.)* ¡Aguarde, don Rodrigo, y no me deje solo...!

*Siguen escuchándose extraños ruidos tras la carreta, al tiempo que la luz adquiere tintes irreales.*

CHIRINOS. *(Viendo que no hay nadie en escena.)* ¿Pues sola he de quedar yo, y sin perlas ni nada? No así. Voy tras los Amazonas, que han de ser muy bizarra compañía... *(Baja a la sala y corre por el pasillo gritando.)*

¡No fuyáis, no, caballeros,  
no temáis de mi venida...!

*Se abren las cortinas de la carreta y aparecen Rodrigo y Chanfalla en medio de un frondoso decorado amazónico. Se balancean como si navegaran en una balsa. Se escucha el sonido de un tam-tam.*

RODRIGO. Una mar inclinada es este río, el mayor sin dudarlo de la tierra... Ojo a los remolinos, Chanfalla, no nos vayan a tragar con balsa y todo...

CHANFALLA. ¿Oye vuestra merced esos tambores? ¡Son otra vez esos malditos indios flecheros! Ya vuelven a acosarnos, sin dejarnos llegar a las riberas.

RODRIGO. No, Chanfalla: esta vez no son indios, sino Amazonas. Mira aquellas mujeres muy blancas y altas, haciendo cada una tanta guerra como diez indios. ¿No ves como tienen muy largo el cabello?

CHANFALLA. ¡Sí veo, sí! ¡Y que son muy membrudas y andan en cueros! ... Mas no veo si tienen el un pecho cortado para mejor flechar, como de ellas se dice.

RODRIGO. No lo tienen, no. Que dos tetas sustentan cada una como dos calabazas.

CHANFALLA. ¿Y no hemos de darles la reñida batalla que merecen?

RODRIGO. El río nos arrastra con demasiada fuerza. Vamos desgobernados y sin rumbo, como gente perdida, dejando

atrás muy grandes poblaciones y provincias sobremanera ricas...

CHANFALLA. ¡Aportemos en ellas, don Rodrigo! ¡Desterremos el hambre! ¡Salgamos de miseria!

RODRIGO. Esas fueran cortas miras para tan larga jornada. Mi meta es el reino de Eldorado, que dejará chiquitas todas estas riquezas, y el tesoro perdido de Montezuma, y el rescate de Atahualpa...

CHANFALLA. ¿Y qué va a hacer vuestra merced con tan riquísima riqueza?

RODRIGO. ¿Qué he de hacer, sino enmendar este Nuevo Mundo de la desolación que el Viejo le ha causado?

CHANFALLA. Largo trabajo es ése para sus largos años, don Rodrigo...

RODRIGO. Verdad dices, amigo. Pero el oro infinito del príncipe Dorado dará también para enviar cien naves en busca de Bimini.

CHANFALLA. ¿Bimini?

RODRIGO. ¡Bimini, sí! Donde brota la fuente de la eterna juventud... Allí me curaré de la más cruel de mis heridas: la mucha edad, Chanfalla. Allí quedarán mis luengos años, fatigas y pesares... Aguza, pues, la vista. Abre todos tus sentidos, no se me vaya otra vez a escapar tan descomunal tesoro, esa riqueza sin tasa, tal prodigio de opulencia como nadie lo soñara...

CHANFALLA. (*Destumbrado, señala hacia un lateral.*)  
¡Allí, allí! ¡Es él!

RODRIGO. ¿Quién?

CHANFALLA. ¡El príncipe Dorado!

RODRIGO. (*Excitadísimo, mira en la misma dirección.*)  
¿Dónde? ¿Dónde está?

CHANFALLA. ¡Allí! ¿No lo ve vuestra merced?

RODRIGO. ¡No, por mi ánima!

CHANFALLA. ¡Su cuerpo relumbra como el sol! ¡Va en medio de su balsa, rodeado de oro y esmeraldas!

RODRIGO. ¡No puedo verlo!

CHANFALLA. ¡Sí, allí! ¡Note cómo le cantan y sahúman! ¡Oye vuestra merced?

RODRIGO. ¡No oigo nada! ¿Dónde está?

CHANFALLA. ¡Allí! ¿No ve la orilla remontada de palacios de plata y pedrería?

RODRIGO. (*Exasperado.*) ¡No, maldita sea! (*Zarandea a Chanfalla.*) ¿Qué poder es el tuyo, condenado farsante, que ves lo que yo no veo, que oyes lo que yo no oigo?

CHANFALLA. ¿Poder yo, don Rodrigo? ¿Poder, este actor-zuelo desplumado? Ninguno, sino el ansia de salir de mi estrechura... Pero mire... (*Señala, radiante, hacia el lateral.*) ¡Allí está la salida!

*Irrumpe en ese momento Chirinos desde el fondo de la sala.*

CHIRINOS. (*Muy divertida.*) ¡Ahora sí que vienen! ¡Ahora sí que es verdad!

*Cesa de golpe el sonido del tambor y la luz vuelve a la normalidad. Chanfalla parece despertar, mientras Rodrigo queda como flotando entre dos aguas.*

CHANFALLA. (*Aún medio ausente.*) ¿Qué... qué... quién viene? ¿Qué es... de verdad?

CHIRINOS. ¡El alcalde y los regidores... y una docena de cuadrilleros del Santo Oficio! (*Ríe extraviada.*)

CHANFALLA. (*Aterrado.*) Por... por... por el siglo de tu madre... ¿Qué estás diciendo?

CHIRINOS. Que vienen todos de verdad, camino arriba, hacia aquí...

*Entra Sombra desde el fondo y avanza hacia el proscenio.*

CHANFALLA. *(Comprendiendo de golpe.)* ¡Macarelo! ¿Dónde está Macarelo? ¿No está ahí?

CHIRINOS. Aquí no hay nadie, como no sean los espíritus que ve doña Sombra... *(Ríe.)* Y en cuanto a Macarelo, viene también con ellos, y mucha más gente...

*Rodrigo, como despertando, examina perplejo la ficticia maraña y los decorados del teatrillo.*

CHANFALLA. *(Reaccionando, por fin, rápidamente.)* ¡Por tu vida, Chirinos! ¡Afufemos presto de aquí, si no quieres verte apiolada por la Inquisición! *(Y comienza a recoger precipitadamente ropas y enseres del Retablo.)*

CHIRINOS. ¿Afufar dices? ¿Por qué? ¿Quién nos persigue? *(Sube a escena. Sombra acude a ella, como queriendo que le explique lo que ha visto en la sala.)*

CHANFALLA. *(A Rodrigo, sin dejar de recoger.)* ¡Despierte, don Rodrigo! ¡Levantemos el campo, que el Santo Oficio viene a hacernos visita, y temo no ha de ser de cortesía! *(Rodrigo sigue ausente.)* ¡Presto, presto, Chirinos! ¡Arrambla con lo que más valga, que ello será de hoy más nuestro remedio!

CHIRINOS. ¿Nuestro remedio? Él lo será mi mercado, como otra vez te dije... *(Y sale por el fondo, para volver al poco con el saco del principio.)*

CHANFALLA. *(Yendo de un lado a otro y sin dejar de vigilar la sala.)* ¡Don Rodrigo, por Dios, salga del pasmo! ¿Que no ve el temporal que se avecina? No tome pesadumbre, por su vida: sabido es que son dificultosos todos los principios... Y que, cuando una puerta se cierra, otra se cierra...  
*(Sale por el fondo.)*

RODRIGO. *(Como despertando, pero con una extraña calma.)* ¿Dónde está mi sombra? *(Sombra acude a su lado.)* Tengo hambre. Dame de comer. *(Sombra sale, ligera.)*

CHANFALLA. *(Que entra y sale, siempre acarreando.)* ¡Aviva, aviva, Chirinos!

CHIRINOS. *(Recogiendo del mercadillo lo que va nombrando y metiéndolo en el saco, sin demasiada conciencia de la situación.)* Flor de burucuyá, para disipar los ahogos del corazón... Hierba viravira, contra el tabardillo y las sofocaciones... Piedras de Santa Marta, para hijada, riñones, leche y flujo, y también contra el pasmo... Emplastos de chancoroma, que curan las hinchazones... Colmillo de caimán, contra mordedura de culebra y otros venenos... Raíz de quintoraya, milagrosa para las bubas...

RODRIGO. Siempre hay una salida, solía decir mi capitán don Diego Hernández de Palomeque. Siempre hay una salida... *(Sombra le trae un cuenco, del que come.)*

CHANFALLA. *(Ya cargado con un gran bulto.)* Nosotros habremos de tomar la de Villadiego, que es la más segura... ¡Vamos, Chirinos, no quieras llevarlo todo!

CHIRINOS. Espera: la Hierba de la Vida...

CHANFALLA. *(Tomándola de la mano y tirando de ella.)* Esa nos va a hacer falta, a buen seguro... *(Y ya saliendo, grita.)* ¡Don Rodrigo, por Dios! ¡Ahora comiendo? ¡Apresúrese, que se le acaba el tiempo! *(Salen Chanfalla y Chirinos.)*

RODRIGO. Cierto que se me acaba... *(Recita mientras come.)*

Y pues del fin y término postrero  
no puede andar muy lejos ya mi nave,  
y el temido y dudoso paradero  
el más sabio piloto no le sabe,  
considerando el corto plazo, quiero  
acabar de vivir, antes que acabe  
el curso incierto de la incierta vida,  
tantos años errada y distraída...

*(Extiende la mano hacia Sombra.)* Dámelo... *(Ella tarda unos segundos en comprender, pero por fin, asustada, retrocede llevándose la mano al pecho.)* Dámelo, te digo, y no quieras terciar en mi albedrío... *(Ella niega, desesperada.)* Había de ser hoy, y no ha sido. Ni mi cuerpo ni mi alma pueden ya esperar ocho años, hasta otra luna propicia...

SOMBRA. *(Airada y dolorida.)* Ca ahmo nimitzmacaz. In mo miquiliz ahtle ica techompalehuiz. Monequi oc toconnectiz

itla occetic. (¡No quiero dártelo! ¡La muerte no es una salida!  
¡Tienes que encontrar otra!)

RODRIGO. No hay otra salida, Ahuaquitclan... Demasiado tiempo has cantado junto a esta fuente seca... (*Deja el cuenco y se limpia pulcramente boca y dedo.*)

SOMBRA. (*Al borde de las lágrimas.*) ¿Ihuan axcantlein nopan mochihuaz intla tiaz? ¿Tlein nicchihuaz nican, ipanin tlalli in ayc oniquihtac? (¿Y qué va a ser de mí, si tú te vas? ¿Qué haré sola en esta tierra extraña?)

RODRIGO. No lo sé, pajarillo. No sé qué puede ser de ti por estos reinos desabridos. Haz por volver a tus tierras. Tal vez esos dos tunos te prestarán ayuda.

SOMBRA. (*Señalando al público.*) In ihyotzitzintin in techmohtiliah in timiquiz. Yehuantzitzin quimonequitlia in ticahciz in motlanequiliz. (Los espíritus que nos miran no quieren tu muerte. Ellos esperan que tú logres tu propósito.)

RODRIGO. (*Después de mirar al público.*) Ca yehuantin oquiittaqueh in nofracaso. Ihuan nihuetzcaloqueh. Azo qui-matizqueh occe quizaliztli ipalnocualtemicquiuh. (Ellos han visto mi fracaso y se han reído de él. Quizá sepan de otros caminos para mi hermoso sueño.) (*Grita en castellano, súbitamente furioso, forcejeando con ella para arrancarle el pequeño frasco que lleva Sombra colgado del cuello.*) ¡Y dámelo de una vez, maldita india! ¡Tus dioses y los míos nos han abandonado! (*Logra quitárselo y la hace caer al suelo, donde queda llorando apagadamente. Él avanza hacia el proscenio con el frasco en la mano. Al público.*) Vámonos poco a poco, señores espíritus... ¿De qué tiempos? ¿De ayer o de mañana?... Tanto me da, puesto que el mío ya se acaba... (*Declama.*)

Y yo, que tan sin rienda al mundo he dado  
el tiempo de mi vida más florido,  
y siempre por camino despeñado  
mis vanas esperanzas he seguido,  
visto ya el poco fruto que he sacado  
y lo mucho que a Dios tengo ofendido,  
conociendo mi error, de aquí adelante,  
será razón que... calle y que no cante.

*Bebe de un trago el contenido del frasco y queda un momento esperando los efectos. Tiene como un espasmo, pero se repone. Camina unos pasos por la escena mirando vagamente su desorden y, con paso inseguro, desaparece tras la carreta. Se escucha, desde allí, el ruido de su cuerpo al caer. Al oírlo, Sombra interrumpe de golpe sus apagados sollozos y se incorpora. Entra en el escenario y, apartando el último decorado, arrastra desde atrás el cuerpo exánime de Rodrigo. Allí, en el teatrillo, le arregla con cuidado el pelo y las ropas mientras canturrea una salmodia en náhuatl que tanto puede ser un planto funerario como una canción de cuna. Se interrumpe de pronto, mira al público con expresión hostil, y, bruscamente, se incorpora y cierra la cortinas del teatrillo, que los oculta. Al mismo tiempo se hace el*

OSCURO

## GLOSARIO DE VOCES INFRECIENTES

- Abejaruco*: pájaro. (Figurado: miembro viril.)  
*Afufar*: escapar.  
*Ahijador*: el que adopta o apadrina.  
*Aína*: presto, rápidamente.  
*Albarrada*: cerca de tierra y piedras.  
*Algazara*: gritería, bullicio.  
*Alhóndiga*: lonja, depósito de granos y otras mercaderías.  
*Almadiarse*: marearse  
*Anadejo*: pato pequeño.  
*Andarse a la flor del berro*: darse a la ociosidad y al goce.  
*Añublada*: turbia, nublada.  
*Apalear sardinas*: remar en galeras por condena.  
*Ardicia*: deseo ardiente.  
*Areitos*: cantos y danzas rituales.  
*Arriscada*: atrevida.  
*Atamalqualiztli*: ayuno ritual de los aztecas.  
*Azoguejo*: barrio segoviano de mala fama.  
*Bahurria*: gente de baja condición.  
*Balumba*: bulto, conjunto desordenado de cosas, hatillo de farsantes.  
*Bastimientos*: provisiones.  
*Barruntos*: sospechas, presentimientos basados en indicios.  
*Belitre*: pícaro.  
*Bernardinas*: mentiras.  
*Birlada*: hurto.  
*Bizmaco*: desvergonzado.  
*Borrajar*: arañar.  
*Bozal*: cerril, torpe.  
*Buba*: tumor de origen venéreo.  
*Bujarrón*: sodomita.  
*Calandrajo*: trapo viejo.  
*Calcatrife*: hombre ruin.  
*Calzorrear*: viajar miserablemente.  
*Camayoa*: denominación indígena de los homosexuales.  
*Carcoma*: camino.  
*Carena*: burla.  
*Ceiba*: árbol americano.  
*Cervigudo*: testarudo.  
*Cisquiribaile*: ladrón.  
*Coima*: mujer de mala vida.  
*Columbre*: vista, vislumbre.

- Corrincho*: cuchitril, lugar mísero y destartalado.  
*Cotarrera*: mujer de baja condición.  
*Cú*: templo azteca.  
*Cucarro*: el que se disfraza.  
*Chamaril*: trastero, cuchitril.  
*Charneles*: monedas equivalentes a dos maravedíes.  
*Cherinola*: junta de ladrones o rufianes.  
*Chinchorrero*: fastidioso, impertinente.  
*Chiribitil*: tugurio, cuartucho.  
*Chulama*: muchacha.  
*Denodado*: esforzado.  
*Desbarrancarse*: desencadenarse.  
*Descaecer*: decaer.  
*Dormirse en las pajas*: haraganear.  
*Embelecar*: seducir o embaucar.  
*Embeleñar*: adormecer con beleño.  
*Empacho*: timidez, vergüenza.  
*Enclavijar los candujos*: apretar los candados. (Figurado: hacer callar.)  
*Esclisiado*: herido en el rostro.  
*Espeluzo*: erizamiento del pelo a causa del miedo.  
*Espiritado*: encantado, poblado de espíritus.  
*Estafermo*: esperpento, figura ridícula.  
*Estilbón*: borracho.  
*Estrujón*: apretura, estrechez.  
*Esturdecer*: aturdir.  
*Farabusteador*: ladrón experto.  
*Floraina*: engaño.  
*Fustanque*: palo.  
*Gallofero*: mendigo, vagabundo.  
*Ganapán*: hombre tosco.  
*Garfiñar*: robar.  
*Garguero*: parte superior de la tráquea.  
*Garlona*: habladora.  
*Garulla*: pandilla.  
*Golondrino*: soldado.  
*Gomarrero*: ladrón de gallinas.  
*Grofa*: mujer pública.  
*Haronear*: haraganear.  
*Horcajadura (poner la mano en la)*: faltar al respeto, ofender.  
*Hurgamandera*: mujer pública.  
*Industria*: artimaña, idea ingeniosa.

*Lacerado*: infeliz, desgraciado.

*Lanudo*: cobarde.

*Lego motilón*: religioso tonsurado que no ha recibido las órdenes clericales.

*Macana*: machete de madera dura con filo de pedernal.

*Madagaña*: fantasma, espantajo.

*Malo (el)*: el demonio.

*Mandilandines*: criados de rufianes o de prostitutas.

*Mandria*: tonto.

*Margarita*: perla.

*Matacía*: matanza.

*Miñarse*: irse.

*Modorro*: tonto.

*Mogollón (vivir de)*: vivir a costa de los demás.

*Mojicón*: golpe dado con el puño.

*Mololoa*: revoltijo, mezcla confusa.

*Montante*: espadón.

*Murciar*: robar.

*Murcio*: ladrón.

*Noramala*: en mala hora.

*Oxte*: interjección de rechazo.

*Papanduja*: bagatela, insignificancia.

*Papen duelos (que me)*: que se me traguen las penas.

*Parasismo*: paroxismo, exaltación violenta.

*Penca*: correa para azotar a los delincuentes.

*Pencurria*: mujer pública.

*Piarzón*: bebedor.

*Piltraca*: residuo, desecho.

*Pinjantes*: joyas.

*Porro*: necio, rudo.

*Quillotrarse*: excitarse.

*Rabiza*: mujer de mala vida.

*Rasgada*: ladrona.

*Rastrillar*: robar.

*Rastrillero*: ladrón.

*Ratimago*: artimaña, engaño.

*Rejos*: arrestos, potencia viril.

*Relajado*: condenado a muerte.

*Remude*: cambio, transformación.

*Repolluda*: entrada en carnes.

*Rescatar*: cambiar, canjear.

*Revesar*: vomitar.

*Rijoso*: lujurioso.

*Rodela*: escudo redondo.

*Rufián sambenitado*: ladrón condenado a llevar el "sambenito", cofia infamante.

*Runfla de tomajones*: muchedumbre de servidores de la justicia.

*Sopón*: parásito.

*Tarrabustería*: maquinación.

*Trampantojo*: artificio, ilusión.

*Trapaza*: engaño.

*Trapicheo*: trampa.

*Trastabillar*: dar traspies, tropezar.

*Traza*: proyecto, invención.

*Trochemoche (a)*: sin orden ni concierto.

*Troja*: o trocha, vereda angosta.

*Turlerín*: ladrón.

*Turmas*: testículos.

*Unto*: grasa.

*Vilborro*: el que huyendo se libra de peligros.

*Zabulón*: desvergonzado.

*Zahúrda*: pocilga, cuchitril.

*Zaragatear*: pelear, alborotar.

**LOPE DE AGUIRRE,  
TRAIADOR**

PRIMER MONÓLOGO:

RENIEGOS DE LA JUANA TORRALVA, PRIVADA  
DEL DERECHO A LA PALABRA

SEGUNDO MONÓLOGO:

DELIRIO DEL GOBERNADOR PEDRO DE URSÚA,  
AQUEJADO DE FIEBRE

TERCER MONÓLOGO:

PLANTO DE DOÑA INÉS DE ATIENZA ANTE EL  
CADÁVER DE URSÚA, SU AMANTE

CUARTO MONÓLOGO:

EMOCIONES Y FLATO DE DON FERNANDO DE  
GUZMÁN, PRÍNCIPE DEL PERÚ, TIERRA FIRME Y  
CHILE POR LA GRACIA DE DIOS

QUINTO MONÓLOGO:

EXTRAVÍOS DE UN MARAÑÓN SIN NOMBRE EN LA  
SELVA AMAZÓNICA

SEXTO MONÓLOGO:

RAZONES DEL MATARIFE ANTÓN LLAMOSO

SÉPTIMO MONÓLOGO:

PLEGARIA PÓSTUMA DE ANA DE ROJAS, VECINA  
DE LA ISLA MARGARITA

OCTAVO MONÓLOGO:

SOLILOQUIO DE ELVIRA DE AGUIRRE, POCO  
ANTES DE SER INMOLADA POR SU PADRE

NOVENO MONÓLOGO:

CONFESIÓN DEL SOLDADO PEDRARIAS DE  
ALMESTO, CRONISTA OCASIONAL DE LA JORNADA

## ACLARACIÓN

El texto fundamental de *Lope de Aguirre, traidor* está constituido por los nueve monólogos y la carta de Aguirre a Felipe II, fragmentada y reestructurada con vistas a su interpretación coral. El autor concibe, por tanto, la posibilidad de que tales materiales sean el único soporte textual de la representación.

No obstante es, asimismo, posible imaginar otra opción dramática en la cual una instancia coral preexista, enmarque y religue la intervención monologal de los nueve personajes. En una primera versión del texto, dicha matriz coral determinaba incluso una propuesta escénica concreta, de modo que la dramaturgia irrumpía claramente en el dominio de la puesta en escena.

Ahora, el autor prefiere limitarse a proponer un discurso enmarcador e intersticial no determinante, abierto a soluciones diversas y susceptible de ser tratado escénicamente desde planteamientos épicos, dramáticos y/o ceremoniales. Cabe también la posibilidad de estructurarlo y redistribuirlo con ciertos márgenes de libertad.

Dicho discurso coral está formado por enunciados pertenecientes a tres ámbitos temáticos:

- Narración y descripción de la Jornada.
- Retratos de Ursúa y de Aguirre.
- Jirones de los propios monólogos.

Pese a su carácter fragmentario y aparentemente caótico, tales enunciados se vinculan y suceden según nexos asociativos diversos (complementariedad, contraste, elusión, anticipación, retrospección...) y están agrupados y ordenados de acuerdo con una noción no obvia de la progresión dramática.

Los enunciados precedidos por un guión (—) pueden ser atribuidos a personajes de los monólogos que no tengan una intervención inmediata en la secuencia coral, o bien a otros actores, miembros exclusivos de la instancia coral.



## LA ESCENA

Discreta superficie que se ofrece, en declive, hacia la sala, con apariencia neutra, inofensiva: en realidad, está plagada de artificios, de engaños, de trampas y trampillas. Vagan por ella restos de un coro extraviado, perpleja ronda de fantasmas que trata de encarnarse, de adquirir cuerpo y voz: identidades. Pluralidad ambigua que quiere singularizarse, aun a costa de hundirse en la atroz soledad del soliloquio.

¿Queréis ser personajes, tener nombre y figura? Sea: el autor os condena al monólogo. Y el director, ejecutor de tal sentencia, os destierra sobre esta isla precaria, sobre esta balsa a la deriva en el río sin tiempo del Teatro.

Del Teatro, sí: jirones de su historia os acompañan. No estáis en el pasado. La expedición de Ursúa se prolonga en el tiempo y arrastra en su camino materiales y objetos impensables: confusa utilería de viejos escenarios será vuestro universo. La luz os acomete, la oscuridad os turba. Sonidos y silencios parece que se burlan de vosotros. La música juega, implacable, con vuestro desconcierto.

Lugar de encuentros y fricciones entre texto, gesto e imagen, el espectáculo es una entrega de materiales heteróclitos que pugnan por unirse sin fundirse, sin someterse a una ley única y niveladora. Muy al contrario, predomina el desfase, la tensión, la dispersión de signos en bandadas. Prolifera el Sentido. La locura de Aguirre no se reduce a cifra. Cada cual la descifre.



# OBERTURA

— Por este río Marañón abajo, dicen...

— Grandes cosas dicen del río y de sus tierras comarcanas...

— Dicen de las provincias de Omagua y de Eldorado...

— Y de la gran muchedumbre de naturales y abundantes riquezas, dicen, por este río abajo...

INÉS — Río abajo, tiempo abajo, sangre abajo, miedo abajo...

— Grandes cosas dicen, que mueven los ánimos y las voluntades, para verlas por vista de los ojos...

— Para verlas y alcanzarlas y tenerlas, mueven los ánimos y las...

PEDRO — Por este río infinito, por este mar moviente...

— Se está juntando, dicen, gran acopio de hombres y caballos y *armas y provisiones*...

— Pedro de Ursúa, navarro, nombrado gobernador de esta jornada, dicen, por el Virrey...

JUANA — Los decires y runrunes que corren en torno a esta jornada del río Marañón...

— Con gran anchura de orilla a orilla, dicen, y muchas leguas de tierra para conquistar y repartir y poblar...

ELVIRA — Y volveremos libres, ricos, poderosos...

INÉS — Traerme contigo a una mísera guerra de alacranes...

PEDRO — Omagua, corazón intacto de las Indias, mina caudalosa de todas las riquezas...

JUANA — Que para esta jornada se está juntando mucha gente perseguida y malcontenta...

— Buscar y hallar un sitio donde hacer los doce bajeles que son menester...

— De este gran río Marañón, que también llaman de las Amazonas y, por otro nombre, el Mar Dulce...

PEDRO — Es demasiada su espesura, su agua, su distancia, su vida acumulada, sus escondidas muertes...

INÉS — Pero a ti te acuciaba el brillo inapagable de esta oscura jornada...

— ¡Pedro de Ursúa, gobernador de Eldorado y de Omagua, Dios te perdone!

*(Silencio.)*

PEDRARIAS — Era este tirano Lope de Aguirre un hombre de casi cincuenta años, muy pequeño de cuerpo y poca persona, de mal gesto y cara pequeña y chupada.

FERNANDO — Qué temple de soldado, qué miras de caudillo, qué cuidados de padre, qué labia sentenciosa y persuasiva...

ELVIRA — ¿Me llama, padre? ¿Qué quiere de mí?

ANTÓN — Él me diga a quién debe despacharse, que yo, sin titubeos ni preguntas, le cumplo la sentencia...

— Por este río Marañón abajo, dicen...

— Río abajo con toda la armada, que serían trescientos hombres, veintitantos negros, seiscientos indios e indias de servicio, ciento veinte arcabuceros...

JUANA — Extraviar los huesos por este río del fin del mundo...

— Con treinta caballos bien aderezados y mucha pólvora y plomo y salitre y azufre...

PEDRO — Un batallón de sombras y rencorosos vivos...

— En dos bergantines y cuatro balsas y barcazas y canoas...

ANTÓN — ¿Alguien rezonga por ahí? ¿Acaso les da miedo esa palabra, libertad?

JUANA — Escuchar cantos de sirena revoltosa...

— Tiene este río, dicen, más de mil seiscientas leguas desde su nacimiento hasta la mar, y es tan grande y poderoso...

MARAÑÓN — Y siempre manda alguno, don Pedro o don Fernando o don Aguirre o don Rey o don Dios o don Mierda...

— Que dijeron haber visto por el río mejor tierra y más rica que el Perú...

INÉS — Se ha desatado un viento de locura que sacude a leales y a traidores...

— ¡Pedro de Ursúa, gobernador de Eldorado y de Omagua, Dios te perdone!

*(Silencio.)*

PEDRARIAS — Fue Lope de Aguirre vizcaíno y, según él decía, hidalgo y natural de Oñate, pero, juzgándolo por sus obras, fue tan cruel y perverso que...

ANA — ¿Será Lope de Aguirre, como él dice, la ira de Dios?

ELVIRA — A llevar la justicia a los pobres y esclavos, y a los viejos soldados como él, gastados por las guerras y maltratados por el Rey y sus ministros...

ANTÓN — ¿En qué parará quien no se avenga con la felicidad que les ofrecemos?

INÉS — Es aquel vizcaíno pequeño de cuerpo y de ruin talle de cuyos voceríos te burlabas...

PEDRO — Para llegar al umbral de esta aventura, de este sueño, de este río...

FERNANDO — Que ya no habrá más bandos, ni disensiones, ni muertes...

MARAÑÓN — En parte por ser, yo, no te lo niego, amigo de esperar a ver qué pasa, de no precipitarme, de no bañarme hasta saber hacia qué lado corre el agua...

— Levantando gente y aprestando las cosas necesarias para la jornada...

PEDRO — Quince años de sueños aplazados, de trabajos y fatigas mezquinas...

— ¡Pedro de Ursúa, gobernador de Eldorado y Omagua, Dios te perdone!

*(Silencio.)*

## PRIMER MONÓLOGO

### RENEGOS DE LA JUANA TORRALVA, PRIVADA DEL DERECHO A LA PALABRA

Bueno está, bueno está: si quieren que me calle, me callaré. Punto en boca, ni más media palabra. La Juana Torralva se ha quedado muda. Muda, pero manca no, claro es, ni tampoco coja, claro es: los brazos y las piernas que no paren, que trabajo no falta. Toda la casa encima de la Juana Torralva, pero muda. A deslomarse de sol a sol, pero muda. Ella no es quién para enmendar al amo, ni para revolverle los humos a la niña. A los pucheros sí, y a los manteles y vestidos todo lo que guste. También a las gallinas puede hablarles, si es su gusto, pero con las personas, punto en boca.

¿Quién le pide opinión a una sirvienta? Que no otra cosa soy, pese a quien pese, por más que me titulen dama de compañía. Ya ves qué compañía y qué dama y qué encajes de Holanda. Menos que yo trasiegan las indias de la casa que, en cuanto se avecina algún trabajo duro, izas!, a la plaza volando a buscar agua. Y quédate esperándolas, que te dan las diez y las once y las doce, y el amo que requiere el almuerzo, y la niña que pide sus enaguas limpias, y la Juana Torralva hecha negra de granjería, con los lomos tronzados por atender a todo. Pero luego: chitón, cierra la boca, nadie te ha dado vela en este entierro.

Y nunca mejor dicho, pese al cielo, que entierro ha de volverse esta locura. ¿Son años todos los que tiene encima ese hombre, que rondan los cincuenta, para extraviar los huesos por ese río del fin del mundo y para andar peleando con infinitos indios paganos? ¿Es ése modo de entrar como Dios manda en la vejez? Pero ve y díselo, Juana Torralva, dile sensatamente lo que le importa y te oirás decir: "A callar y a tus cosas, metementodo, que yo sé muy bien lo que conviene a mí y a los míos". Pues muy bien, sí señor, vuesa merced lo manda y es el amo, y la Juana Torralva cierra el pico y no vuelve a decir esta boca es mía.

Callada como una muerta, sí señor, aunque me salten en la boca mil razones que le digan cómo es locura ir a perderse él

en tal empresa, pero muy más locura es arrastrar consigo a esa hija suya, a mi niña Elvira que, aunque mestiza, tiene más alma dentro con sus quince años que todos los Aguirres de Araoz y de Oñate con sus siglos auestas. Pero, vamos a ver, viejo empecinado: ¿no sería obra de cordura dejarla aquí en el Cuzco, bien celada en un convento, ya que ni amigos ni parientes tienes a quien confiársela? Yo aceptaría gustosa su cuidado, siempre que no me hicieran abrazar la clausura, que aunque ya no soy moza, Dios lo sabe, aún no me pide el cuerpo ser amojado. ¿Y tú mismo, testarrón vizcaíno, no estuvieras mejor zurciendo las heridas y lavando los pecados de tus pasados alborotos en esta villa que al fin parece calma?

Ahí, ahí está el aguijón que te encocora. Pues la Juana Torralva, aunque la dejes muda, no puede quedar sorda. Y sorda habría de ser para no escuchar los decires y runrunes que corren en torno a esta jornada del río Marañón. ¿Qué? ¿No son ellos quienes te zumban los oídos y se te entran en el casco y te erizan esa sangre de rebelde y motinero que no te deja reposar?

¡Ay, Madre de los Ángeles, y qué penitencia me echaste con servir a la hija de este loco incurable! Que ni en cabeza ajena ni en cuero propio escarmienta, y Dios y yo sabemos cuántas cayeron en las pasadas alteraciones de estos reinos, y él en su piel verá, si es que se lava, cómo su Majestad escribe allí sus leyes a quien las olvida. ¿Acaso fueron pocos los doscientos azotes que te mandó encajar en Potosí el alcalde Esquivel? ¿Te supo bien la saña que tragaste aquellos años de seguirlo y perseguirlo por cientos y cientos de leguas, hasta darle la muerte? Y luego, verte huido y escondido y mezclado con rebeldes y tiranos, como aquel estragador de don Sebastián de Castilla, que levantó ejércitos contra el rey y sus ministros para... Pero, chitón: que muda me mandan ser, y es crianza obedecer.

Como antes aquel otro, don Gonzalo Pizarro, que a un canto de uña estuvo de alzarse y llamarse Rey del Perú, y hacer condes y duques y marqueses cuando las Nuevas Leyes, y mira tú adónde le fue a parar la cabeza. Pues, ¿y el otro redentor de las Indias? “Comerán los pobres y se hartarán”, llevaba escrito en su medalla aquel Hernández Girón, que andaba prometiendo libertad y justicia a boca llena. Comerán los pobres y se hartarán... Ortigas comerán y se hartarán de duelos los pobretes, si en estos señorones se confían. Gracias que me han sellado la lengua, que, si no...

Sólo que lo que yo callo, la calle lo canta ya. Y tal canción, bien lo sé, dice con media lengua que para esta jornada se está juntando mucha gente perseguida y malcontenta, y que ese don Pedro de Ursúa no pretende sino revolverse sobre el Perú y qui-

tarlo al Rey de España, como quisieron los otros que he dicho. ¿Son o no éstas, las músicas que te hacen danzar tras de tus barbas, y querer a las prisas levantar casa y bienes, y meter a tu hija y a esta dueña honrada por esos lodos?

Pero, ¿cómo te atreves, Juana Torralva, a porfiar con tu amo? ¿Eres alguna tú en esta familia para dar pareceres sobre cualquiera cosa de importancia? ¡Miren la dama de compañía de los fogones, y qué razonar con seso que se trae! Pues sí: seso me sobra, del que a ti te falta. ¿Que no ves que es necedad escuchar cantos de sirena revoltosa? ¿Adónde fueron a parar los anteriores alborotos? ¿En qué acabaron, di, sino en traiciones y castigos? Tú mismo, don penurias, ¿qué galardón hubiste por tus fatigas y maltratos? Al cabo, tanta negra fortuna recibiste cuando leal al rey, como cuando rebelde. Al cabo, todo se te volvió congoja y estrechez y desventura.

Mira, mira tu hacienda y tus caudales. Cuenta los frutos de tus malandanzas y dile a esta cuitada, que antaño te sirvió de jergón y de alivio, cuál justicia podemos esperar los que servimos de quienes nos gobiernan, estén lejos o cerca. Dios Nuestro Señor hizo este Nuevo Mundo como el Viejo, y a unos los puso arriba y a otros nos puso abajo, y no ha de consentir en que se lo revuelvan, y así querrá que sea por los siglos de los siglos, amén.

Amén y a tu bregar, Juana Torralva, que presto vendrá el amo y todo serán voces y retos y gruñidos, y “¿ya aprestaste las arcas?, ¿miraste los cestones?, ¿cuántas talegas faltan?”... Señor, Señor, Señor: no rebosa de enseres esta casa, tú y yo somos testigos, pero, ¡haber de acomodarlos en fardeles y atadidos para llevarlos a lomos de mula o de indio por aquellas espesuras! Ya ves, qué corazón de padre, el de este hombre, capaz de dar a su hija hogar de gitanos, o aún peor, a trueque de unos afanes justicieros que sólo tú sabes en qué han de parar, aunque también yo me los barrunto. Ya ves qué dote has de tener, Elvira, y qué ajuar, y qué galanes y qué rejas y qué cortejar y desposar te aguardan en la flor de la vida. Tú a todo te acomodas, alma cándida, tan hecha como estás a los antojos y trasiegos de ese padre...

Pero, bueno está, bueno está: si quieren que me calle, me callaré. Punto en boca, ni más media palabra. La Juana Torralva se ha quedado muda. Muda, pero manca no, claro es, ni tampoco coja, claro es...

— Un astillero, sí, en la barranca de aquel río que está a veinte leguas de Santa Cruz de Capocovar...

— Veinticinco oficiales de hacer navíos, con doce negros carpinteros y aserradores, y mucha herramienta y clavazón y brea...

PEDRARIAS — Era Pedro de Ursúa caballero navarro, gran servidor del Rey, de unos treinta y cinco años, gentil hombre de mediano talle y algo delicado, y de buena conversación...

— Tornóse a Lima, sí, Pedro de Ursúa, en busca, dicen, de hombres y dineros para...

— Y una tal doña Inés, dicen, moza y muy hermosa, para llevarla en su jornada...

INÉS — En el tibio sosiego de Trujillo. Allí, en el recato de mi casa y jardines, hubiésemos gozado del amor y las...

PEDRO — ¿Alguien os dio noticia, por ventura, de que Pedro de Ursúa dejara de cumplir alguna empresa por él comenzada?

INÉS — A una mísera guerra de alacranes.

— Casi año y medio anduvo, sí, y a punto estuvo de deshacerse la jornada...

— Motines, alteraciones, envidias, forzamientos, muertes... Pronósticos hubo de que no acabaría con bien empresa que empezaba con sangre...

— A veintiséis días del mes de septiembre de mil quinientos sesenta, río abajo...

JUANA — Y nunca mejor dicho, pese al cielo, que entierro ha de volverse esta locura...

— De mil quinientos sesenta, río abajo, por fin, con toda su armada, que serían...

— Y muchos descontentos por los navíos quebrados y por tener que dejar tantos caballos y enseres y ganado...

— Podrida la madera por la ruin maña de los oficiales y por la mucha lluvia...

— Con toda su armada, que serían trescientos hombres, veintitantos negros, seiscientos indios e indias...

PEDRO — De lluvia interminable y de calor, calor espeso y brumas pestilentes...

PEDRARIAS — Parecía tener gracia especial en las palabras, porque a todos atraía con ellas a su querer y voluntad...

— Y pasando otros caudales y remolinos, quedan atrás todas las sierras y cordilleras del Perú y se mete el río en la tierra llana, que dura casi hasta la mar...

— Con otros ríos caudalosos que le dan sus aguas...

— Más de trescientas leguas de despoblado, y muchos remando con muy gran trabajo, el agua hasta las rodillas, y en el día y la noche no cesar de llover...

— Y ver cómo crece el resquemor entre los hombres, y el deseo de regresar...

## SEGUNDO MONÓLOGO

### DELIRIO DEL GOBERNADOR PEDRO DE URSÚA, AQUEJADO DE FIEBRES

¡Regresar! ¡Regresar al Perú! Desandar las leguas sin número de este río de muerte. Borrar estúpidamente tantos días y noches, las semanas, los meses de barro y de fiebre, de hambre, de alimañas, de indios venenosos, de lluvia interminable y de calor, calor espeso y brumas pestilentes... Olvidar las riquezas de Omagua y Eldorado, las tierras prometidas, quince años de sueños aplazados, de trabajos y fatigas mezquinas contra rebeldes de tres razas: indios, negros y españoles... Regresar al Perú... ¿Quién me lo pide? ¿Quién se atreve a pedirme que regrese?

Mermado de hombres y de bienes, enfermo del cuerpo y del alma, vencido por este río infinito, por este mar moviente y por esta caterva de ruines que me sigue a desgana, que rezonga y conspira a mis espaldas, que no piensa sino en matar el hambre de cada día y, si es posible, arrancar a los indios la menor pieza de metal que brille más que el plomo. Regresar así, ahora, cuando tan cerca se adivina el reino portentoso del príncipe Dorado, con su abundancia de campiñas y de hombres y sus grandes tesoros... Muy mal me conocéis. Poco saben de mí los que tal cosa esperan. ¿Alguien os dio noticia, por ventura, de que Pedro de Ursúa dejara de cumplir alguna empresa por él comenzada? ¿Tuvo este beamontés algún remilgo en cualquiera de sus muchas obras? De cierto os digo que los que ahora son muchachos habrán de envejecer aquí conmigo, si antes no arrancamos de la selva su escondido paraíso... o si antes la selva no arranca de sí este infierno que urdimos día a día en su seno.

Pues, ¿y los otros? ¿Y los que me instan cada día a descubrir y poblar estas tierras en nombre de Dios y servicio del Rey nuestro señor? Poblar estas tierras... Sembrarnos aquí, en medio de esta selva de agua y barro, hincar entre los árboles la cruz de Cristo y el pendón de Castilla... para ser prontamente devorados por esta inmensidad, por este olvido... No. Es un es-

fuerzo inútil. Todo esfuerzo es inútil aquí, ocasión solamente de sudor y fatiga. Nada podemos contra tamaño poderío salvaje. Ni Dios mismo tiene ya poder sobre ésta su monstruosa criatura; es demasiada su espesura, su agua, su distancia, su vida acumulada, sus escondidas muertes.

Aquí no hay más que darse, sin más, a la corriente infinita de este río, abandonarse en ella, hundirse en su fluir aletargado, eterno, como un sueño larguísimo... y despertar un día en la ribera prodigiosa de Omagua, cegados por el brillo de sus torres y murallas y templos de oro. Omagua, corazón intacto de las Indias, mina caudalosa de todas las riquezas esparcidas de sur a norte, de mar a mar, bajo este nuevo cielo descubier-to... Mi cielo de Baztán, de la Navarra toda, queda menudo y pálido a tu lado. Lo negro de tu noche, la luz de tus estrellas, la vasta combadura de tu bóveda, se me figuran cúpula del reino de Eldorado, promesa del cercano paraíso.

Pero llueve otra vez, sin nubes ni tormenta. El cielo se hace agua y se derrama sin tregua sobre mi armada, pudriendo la madera de mis naves, las ropas, los pertrechos, la comida, la carne y la esperanza de mis hombres. Y nos llueve también desde los árboles, la tierra misma se deshace en lluvia, el río es como un cielo caído que levanta brumas, vahos que forman nubes y que llueven también sobre mis ojos, y los velan y apagan y adormecen... Es la fiebre otra vez. El sueño y la vigilia se me juntan, la fiebre me conturba los sentidos, los miembros...

No quiero ver a nadie, no; no quiero ser visto en tal postración. Tan sólo Inés acuda a mi cuidado... ¡Afuera, capitanes! ¡No quiero ver a nadie! El general Ursúa se halla ausente... ausente de las cosas de este sórdido mundo que le cerca... Tratad con don Fernando vuestras viles querellas, vuestros deseos turbios. Él es mi brazo derecho, mi embajador, mi amigo... ¿Dónde está Inés? A ella sola he de ver.

Inés, Inés, despierta. Vela conmigo esta noche interminable. Es la fiebre otra vez. Vela conmigo. No estamos acampados a la orilla del río, no nos cerca el hedor de los hombres hacina-dos y las bestias hambrientas. Navegamos tú y yo solos sobre el agua viva, invulnerables ante sus peligros, y las primeras luces del alba que nos llegue no serán las del cielo. Serán los destellos de Omagua, que amanece antes que nada por la misma fuerza luminosa del oro y de la plata de sus piedras. Y aquel ascua encendida sobre la más alta torre no es todavía el sol, sino el cuerpo desnudo de su rey, el Dorado, a quien los sacerdotes untan con polvo de oro como remedo vivo de su padre celeste.

Repara, Inés, cómo el río se inclina y nos entrega benévolo a su orilla, mira ya abierta la espesura ante nosotros, ven, sí-

gueme, pisa conmigo estas arenas blandas y doradas. Ya se ha acabado el barro. Es un sendero limpio que nos llama. Omagua nos espera, vienen a nuestro encuentro sus notables... No... ¿Qué hacéis aquí vosotros? ¿Por dónde habéis llegado? ¿Cómo recuperasteis vuestras manos cortadas, vuestras cabezas rotas?... Inés, Inés, despiértame. La fiebre me levanta malos sueños, vienen a mí los muertos de estos años con los miembros trocados: negros con caras blancas, indios con manos negras, blancos de cuerpos pintarrajeados... Rebeldes de tres razas sometidos por mí a la obediencia del Rey y a su justicia. Mis años de trabajos, la penosa escalera de méritos sangrientos para obtener la jornada de Omagua... Y ahora, al borde mismo de sus puertas, vienen a mí los muertos de estos años con los miembros trocados, me cierran el camino...

Espántamelos tú, destiéralos, Inés, échalos de mi fiebre, que los borre la lluvia, que los arrastre el río, que se los lleve lejos, lejos, a la mar, a la muerte, a su muerte otra vez, a su infierno... El paraíso es nuestro, tuyo y mío tan sólo, sin fantasmas, sin muertos, sin soldados de mirada torva y alma envenenada. Llevo conmigo un batallón de sombras y rencorosos vivos, y con ellos a rastras no puedo, no podemos alcanzar nuestro sueño. ¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¡Dejadme! ¡Dejadnos solos, limpios, sin pasado, como recién nacidos! Tan sólo así podremos alcanzar Eldorado, Inés: nuevos y puros.

Diles que se vayan, que regresen a la tierra todos, los muertos y los vivos. A la tierra en que yacen abatidos por mí, o a la tierra que quieren descubrir y poblar. Que regresen, si quieren. Que nos dejen solos en el río, en esta maraña de mares peregrinos que acunan nuestro sueño, en estas aguas vírgenes que bañan las orillas de Omagua...

¡La fiebre, Inés, me vuelve! ¡Veó las aguas rojas! Largas estrías rojas descienden tras nosotros, y también, sí, también río abajo veo manchas rojizas que acechan nuestro paso... Limpíame la mirada, Inés. Ahuyenta los recuerdos y presagios que enturbian nuestras aguas. La sangre quedó atrás, sobre la tierra. Fue necesario derramarla para llegar al umbral de esta aventura, de este sueño, de este río... Pero no más, ya no más sangre, Inés. Ya no más sangre...

# TERCER MONÓLOGO

## PLANTO DE DOÑA INÉS DE ATIENZA ANTE EL CADÁVER DE URSÚA, SU AMANTE

Ahora yo tendría que llorar por ti, Pedro de Ursúa. Ahora yo tendría que regar con lágrimas la tierra que cubre tu cuerpo ensangrentado. Rasgar mis vestiduras, arañarme la piel, manchar de barro y cenizas mis cabellos... Y en vez de eso, mira: apenas amanece, y ya acicalo mi rostro, preparo mis ropajes y atavíos de gala y ensayo toda clase de sonrisas. Breve luto me deja tu arrebatada muerte; más breve viudedad mi lamentable vida. Casi no tuve tiempo de besar tus heridas cuando ya, como cuervos, de entre tus mismos matadores me acosaron ansiosos pretendientes. El llanto y el horror hube de helarlos en su misma fuente, hube de contener el asco, el desvarío, los gritos de dolor y desespero que tu cuerpo rasgado me infundía. Allí, en medio de aquellos perros traidores sin más temor de Dios que cualesquiera bestias, me vi librada otra vez a mi destino, a mi estrella maldita de hembra codiciada por jauría de varones.

No otra cosa ha sido mi vida, desde que estos pechos brotaron de mi cuerpo de niña y un aroma frondoso me nació en lo hondo del vientre. Hembra codiciada por jauría de varones, sí, Pedro de Ursúa, varón también sediento de mi carne. Esta carne que ahora, mediada la mañana, se atilda y adereza para otro, para otros, tal vez, que me rondan y husmean como perros en celo, mientras urden y ejecutan su maraña de crímenes.

¿Tenía otra elección? ¿Me quedaba otra vía, aparte de la muerte que algunos me desean? Un torvo vizcaíno, por ejemplo, que me tacha de puta y me acusa de matarte en vida con mis hechizos. Mis hechizos... ¿De qué me valieron contigo, pues que no pude retenerte en el tibio sosiego de Trujillo? Allí, en el recato de mi casa y jardines, hubiésemos gozado del amor y las brisas marinas. Pero a ti te acuciaba el brillo inapagable de esta oscura jornada. Me arrebataste con besos y palabras de la paz y riquezas del Perú, para traerme contigo a una mísera guerra de alacranes.

Y ahora, ahora yo tendría que llorar por mí, Inés de Atienza, fruto mestizo de dos razas, injerta de español y sangre india, ni india ni española ya, sólo mujer sin amo, perra entre perros ávidos, sin más derecho a vivir que el que me da mi cuerpo deseado, disputado por hombres ruines que me acechan para el gozo o la muerte, como ese Juan Alonso, el primero en herirte con su espada, el primero en hincar su odio y su deseo en nuestra carne. Llorar por mí o por ti, Pedro de Ursúa, es una misma, inútil y mezquina empresa. No me cabe otro albur sino hacerme tratante de mí misma y sacarme a mercado, así, como res engalanada, hecha señuelo de quienes me ansían.

¿No los sientes merodear, inquietos y febriles? Todos lo están desde tu muerte, también los que la urdieron y acabaron, y los otros, los que supieron de ella en la larga madrugada. Se ha desatado un viento de locura que sacude a leales y a traidores y, huérfanos de ti, todos conspiran por llevar tu jornada a su provecho. Ya nadie piensa en Eldorado. Quizás nunca pensaron, tan sólo tú soñaste ciegamente en tal quimera, que yo dije seguir para seguirte, y que ahora yace aquí, manchada con tu sangre y desgarrada.

Y sobre los despojos de tu sueño, mira, Pedro de Ursúa, una nueva quimera se entreteje mientras transcurre el día. Han alzado por general a don Fernando, tu falso amigo, que apadrinó tu muerte, y por capitán de la guardia a mi solicitante Juan Alonso, y por maese de campo a ese Lope de Aguirre, a quien llaman el Loco, y a otros muchos capitanes, pagadores, justicias y hasta almirante de la mar. Y algunos ya no hablan de buscar y conquistar y poblar nuevas tierras, sino de alzarse contra el Rey y sus ministros, volverse hacia el Perú y allí juntarse con otros descontentos, para hacerse con todas sus provincias y riquezas, al grito de "libertad". Juzga qué desatino...

Si la noche fue larga, ya ves: más largo ha sido el día, tan largo como el siglo. Y ya otra noche llega y sigo aquí, esperando y hablándote, hablando sin cesar para que el tiempo pase, y con él este luto amordazado, secreto, que entierro en mis adentros y se pudre, y se me vuelve en odio a medida que los días transcurren, a medida que hablo contigo para que el tiempo pase y pase, para tenerte cerca, ahora que tu cuerpo se disuelve lejos de mí, río arriba, y nosotros bogamos río abajo, tiempo abajo, sangre abajo, miedo abajo... en busca, dicen, de un asentamiento donde acopiar comida y construir navíos...

Para salir a la mar, dicen unos, y encaminarse hacia el Perú, para seguir en pos de Eldorado, dicen otros, pues ya andan divididos, ya se forman facciones, desconfían los unos de los otros, crecen rencores y se incuban nuevas traiciones, nuevos crímenes, y yo, Pedro, tu Inés, ya no te pertenezco, ya tengo nuevo

dueño o, por mejor decir, mi cuerpo, que cada noche acepta los jadeos y ardores de Juan Alonso de la Bandera, sí, aquel que hundi6 primero su daga en tu costado... Pero no te inquietes, no sufras, no vomites, Pedro de Ursúa, soporta como yo tan sucia afrenta, porque ésta es mi venganza, es tu venganza ésta.

Mi carne deseada será el reclamo venenoso que hará morir a quienes tan cruelmente te arrancaron de mi carne. Yo les haré encelarse y recelarse, y aborrecerse y combatirse unos a otros. Yo sembraré en su sangre la cizaña y la muerte. Arderán en deseos: yertos sucumbirán, uno tras otro, tus doce matadores. Mi dueño, Juan Alonso, ya tiene quien le acecha para ocupar mi cuerpo. Es ese tu paisano Lorenzo de Zalduendo, y tras él me codician el mulato Miranda y su compinche Pedro Hernández, y yo, perra entre perros ávidos, no soy inocente del fuego que les quema, no; ya no soy inocente de nada, tal vez ni de tu muerte.

¿Tu muerte? Qué lejana la siento ya, qué frías aquellas tus heridas, tu sangre, qué seca en mi recuerdo, después de tantos días y noches anidando sin ti en medio de esta ciénaga de traidores. Sí, sé que es peligroso, que mi vida está en juego, pero no tengas miedo: sé bregar con los hombres. No es difícil lidiarlos, toda vez que se pierde la propiedad del cuerpo. Y ya de él, ¿qué me queda?

Sólo un temor me asalta algunas noches. De esta caterva de traidores y cobardes que llevaste contigo en tu jornada y que ahora, mira, parecen nuevamente pensar en Eldorado, alguien me desazona. Siento crecer su nombre, su sombra, su torcida figura. Semana tras semana, mientras se construyen las naves en este asentamiento, él parece abrasarse de no sé qué oscuro poderío. Era uno más, y ahora es más que uno. Cuando me mira, sus ojos atraviesan mi cuerpo, que nada le enardece, y escudriñan mi oculto pensamiento. He de procurar su muerte, si quiero vengar la tuya, Pedro de Ursúa. Es aquel vizcaíno pequeño de cuerpo y de ruin talle de cuyos voceríos te burlabas: aquel Lope de Aguirre, ¿lo recuerdas?

— De afable y compañero con sus soldados, mudó su carácter y trato...

PEDRARIAS — Buen servidor de su Majestad, sin que se hallase en él cosa en contrario, ni aun en el pensamiento...

— Culpa de doña Inés la tal mudanza, dijeron unos; otros que aquella enfermedad...

PEDRO — Vencido por este río infinito, por este mar moviente...

— Y ya iba pareciendo en alguna manera codicioso, más largo en prometer que en dar...

— Ingrato a sus amigos, de poca caridad con los enfermos, guardaba mucho tiempo los enojos y rencores...

— Haciéndose remiso y descuidado en el gobierno de su armada, soberbio y desabrido con la gente...

— Culpa de doña Inés, dijeron unos; otros, que aquella enfermedad...

FERNANDO — Que el gobernador Ursúa quería dejarnos perdidos en estas arboledas inhabitables y llenas de bichos, que de las riquezas de Omagua y Eldorado, nada de nada, que la gente...

MARAÑÓN — ¿Alguien espera algo de mí? ¿Alguna cosa más? ¿No aclamé a don Fernando como general, cuando mataron a Ursúa?

PEDRO — Largas estrías rojas...

— Porque estaba malquisto con los más de los soldados y podrían alzársele en motín...

INÉS — Ya nadie piensa en Eldorado. Quizás nunca pensaron, tan sólo tú soñaste ciegamente en tal quimera...

ANTÓN — Nuestro término es otro. ¿Podrá haber en Eldorado más oro y riquezas que los que nos vendrán a las manos en llegando al Perú?

PEDRARIAS — Fue Lope de Aguirre lujurioso y glotón, y muchas veces se hartaba de vino. No hablaba palabra sin blasfemar y renegar de Dios y de sus santos. Residió este tirano en Perú más de veinte años, siendo su principal oficio domar potros ajenos. Pero fue siempre tan amigo de revueltas y motines, que muchas veces anduvo por ello huido y escondido y sentenciado a muerte...

ELVIRA — Siempre estaba regresando, siempre estaba marchándose. Meses, años sin verle...

JUANA — Al cabo, tanta negra fortuna recibiste cuando leal al rey, como cuando rebelde. Al cabo, todo se te volvió congoja y estrechez y...

— ¡Viva don Fernando de Guzmán, Príncipe del Perú, Tierra Firme y Chile por la gracia de Dios!

ANTÓN — ...Me río, y hago mal. No es cristiano burlarse de la desgracia ajena, y menos de la muerte...

# CUARTO MONÓLOGO

## EMOCIONES Y FLATO DE DON FERNANDO DE GUZMÁN, PRÍNCIPE DEL PERÚ, TIERRA FIRME Y CHILE POR LA GRACIA DE DIOS

Hermoso, hermoso, hermoso... Ha sido muy hermoso. Sencillo y rusticano, como había de ser en estas circunstancias, pero hermoso. Y emocionante. ¿No es verdad que ha sido emocionante, Gonzalo? Yo me he emocionado, para qué te lo voy a negar. Me he emocionado y, si te digo la verdad, aún me dura la emoción. Sí, sí: aún me dura esta noche. Es una cosa que me oprime aquí, entre el pecho y la panza, como un flato alto... Por cierto: tengo hambre, un hambre desbocada. Debe de ser por la emoción. Di que me traigan algo de comer, Gonzalo... Nada, cualquier cosilla: unos buñuelos de yuca con miel y unas pocas guanábanas y guayabas... y mira si ha sobrado algún palomino de la cena...

Es la emoción, no me cabe duda. He estado todo el día tan emocionado... Y no sólo por lo que he vivido, sino también pensando en mi familia. ¿Te imaginas, qué alboroto en Sevilla, si lo supieran? Y lo sabrán, vaya si lo sabrán. Más pronto o más tarde lo sabrán, y no se hablará de otra cosa en un año. ¡Fernando de Guzmán, príncipe del Perú, Tierra Firme y Chile!... Sí, sí: Fernandillo, el hijo de Alvar Pérez, el regidor... Ese mismo: Príncipe del Perú por la gracia de Dios... ¡Qué de aspavientos y chismeras por toda Sevilla! Y mi señor padre, qué boca abrirá. Y mi buena madre, cómo llorará... Fernando, mi Fernandillo, todo un príncipe... ¡Y del Perú!

Mi madre, qué lejos está... Qué lejos y qué ignorante de la fortuna de su hijo... Príncipe del Perú... Tiene que saberlo cuanto antes. Vamos a escribirle, Gonzalo: ahora mismo, sí. Aunque me duela todo el cuerpo y me muera de sueño y de hambre... ¿Vienen ya esos buñuelos?... Y estos condenados mosquitos se me coman vivo... Toma recado de escribir y anota lo que yo te diga... Escribe, escribe, Gonzalo... Amantísima madre, dos puntos... siéntate en tu poltrona de Toledo, no vayas a caerte de espaldas con las noticias que te envío... No, no, no. Muy mal,

muy mal: así no puede empezar una epístola regia. Tiene que ser algo más grave, más solemne, más majestuoso... Por ejemplo... Madre y señora mía... o mejor... Señora y madre mía, dos puntos... Quieran los cielos que, al arribo de ésta mi carta a vuestras manos, os halléis en ánimo y cuerpo firmemente asentada en vuestra poltrona de Toledo... ¡No y no! ¡Qué manía con la poltrona de Toledo, con lo horrible que era!

Está visto que ya no puedo más, que esta cabeza mía ya no da más de sí... Es natural, es natural: han sido demasiadas mudanzas, demasiados trabajos, demasiada emoción para un solo día... ¿Esta es toda la comida que me traéis? ¿Queréis que muera de hambre antes de empezar a reinar? ¡Con todo el ajetreo que he llevado repartiendo cargos, rentas, propiedades, títulos...! Escribe tú esa carta, Gonzalo, y cuéntaselo todo... Bueno, todo no, pobrecilla. Las muertes que se han hecho, mira de recatarlas. Dile que ha habido que cumplir algunas justicias rigurosas, que el gobernador Ursúa quería dejarnos perdidos en estas arboledas inhabitables y llenas de bichos, que de las riquezas del reino de Omagua y Eldorado, nada de nada, que la gente andaba desabrida, enojada y sediciosa, que todo eran discordias y pependencias y que, en fin, para evitar mayores males, hube de consentir en ser nombrado su Capitán General.

Pasa someramente sobre esos y los demás detalles... Lo que más me importa es que le pintes a mi madre el día presente: llorará emocionada, si te esmeras. Cuéntale la ocurrencia de Lope y su discurso... y no olvides decirle que yo nada sabía, que al oírle ofrecirme la corona del Perú, y ser llamado príncipe, y quererme besar las manos, casi se me sueltan las tripas de emoción... O sin casi, que estos días las tengo algo revueltas del mucho sobresalto en que vivimos... ¡Príncipe del Perú! ¿Te imaginas, Gonzalo, a mis primos de Esquivar enterándose? Amarillos de envidia se pondrán... ¿Ese bobalicón?, dirán, ¿ese pazguato, príncipe del Perú? ¡Sí! Y muy pronto rey, rey del Perú, Tierra Firme y Chile por la gracia de Dios... Por la gracia de Dios, sí; porque, una vez coronado, Dios me dará su gracia... ¡No faltaría más! ¿Acaso no bendice Dios a todos los reyes, ganen como ganen sus coronas? ¿No les bendice y les alumbra y les ayuda a soportar su peso?

Porque es duro reinar, Gonzalo, no te vayas a creer... Muy duro y muy cansado. Mírame a mí, sin ir más lejos: mi primer día como príncipe y ya estoy agotado, agobiado. No puedo más. ¡Qué día, qué día el de hoy!... Por cierto, ¿qué día es hoy? No lo vayamos a olvidar. Es un día glorioso, que los siglos venideros recordarán... Veintitrés, ¿verdad? Veintitrés de marzo de mil y quinientos sesenta y un años... No lo vayamos a olvidar. Un día glorioso, sí, pero terrible para mí. Sudando sin parar des-

de el amanecer: entre esta ropa, el bochorno y la emoción... Y no digamos la de bichos que había... y que hay, por todas partes... Pero ha sido hermoso, Gonzalo. ¿Verdad que ha sido hermoso?... ¡Y a qué esperáis, bellacos, para quitarme el traje de la ceremonia! ¿He de hacerlo yo mismo, o pensáis que voy a dormir vestido y armado como Lope de Aguirre?

Pero, ¿qué digo? Quiero decir... que no necesito dormir vestido, como Lope de Aguirre, ya que él vela por mí y por todos, como hombre leal e infatigable que es. Eso quiero decir... ¡Qué hombre, ese Lope! ¿Verdad, Gonzalo? Qué temple de soldado, qué miras de caudillo, qué cuidados de padre, qué labia sentenciosa y persuasiva. A todos nos ha convencido con su fuego, ¿no es verdad? A todos nos ha emocionado y cautivado con sus palabras... “Dos cosas son precisas para llevar esta guerra con toda autoridad: la primera, que nos desnaturemos de España y digamos que el rey don Felipe no es nuestro señor natural, negándole el vasallaje...” ¿No te sobrecoge tanta osadía?... “Y la segunda, queelijamos a don Fernando de Guzmán por nuestro príncipe, para coronarle rey en llegando al Perú...”

Y yo que le temía y recelaba de él, y a punto estuve de consentir en su muerte... Todo por culpa de las intrigas de ese traidor de Juan Alonso, que ahora estará purgando sus pecados en el infierno. Bien merecido lo tiene, por cizañero y alevoso, ¿no es verdad, Gonzalo? Y por mujeriego también, ea. Todo el día encamado con doña Inés... ¿Es esa ocupación digna de un Teniente General? Menos mal que Lope me advirtió a tiempo de cómo se estaba ensoberbeciendo y encumbrando y conjurando con otros para matarme... Para matarme a mí, ¿te das cuentas? ¡Qué horror! ¿Te imaginas, Gonzalo, estas carnes mías... acuchilladas...? ¡Qué horror! Ya me vuelve el flato... No quiero comer más, dadme de beber, me muero de sed... ¿Es eso lo que queréis, camastrones, que se muera de sed vuestro príncipe? ¿Para esto me ha designado Lope toda una corte y casa real, con mayordomo, maestresala, gentilhombres, coperos, camareros y hasta capellán...? Por cierto, ¿dónde está el padre Henao? ¿Dónde está mi capellán? Quiero que venga esta noche a rezarme las oraciones, como hacía en Sevilla fray Cristóbal, el confesor de mi madre...

Qué dulzura de fraile, aquel santo varón... Y cómo me ahuyentaba los miedos con sólo acariciarme las manos y la frente, hasta que me dormía. Era un padre, talmente, fray Cristóbal, un padre para mí... Como Lope de Aguirre lo es ahora, ¿no es verdad? ¿No es verdad, Gonzalo, que me quiere y me guarda como un padre...? Lo pondrás en la carta, también... Un padre menos dulce, es verdad, algo vivo de genio, más dado a castigar que a las caricias... y con esa legión de vizcaínos que en to-

do le obedece... Eso no se lo digas a mi madre... ¿Viene ya el padre Henao? Me estoy durmiendo, quiero rezar un poco antes de... Dile, dile también que Aguirre dice que ya no habrá más bandos ni disensiones ni muertes, que iremos hermanados, dice... Y dile además que también dice... dile que...

PEDRARIAS — Iba el tirano Aguirre matando y quitando los cargos a todos los que eran leales al Rey y a Pedro de Ursúa...

— Es este río grande y poderoso, el mayor de la tierra, a buen seguro...

PEDRO — Las semanas, los meses de barro y de fiebre, de alimañanas, de indios venenosos, de lluvia interminable...

— Con más de mil y seiscientas leguas desde su nacimiento hasta la mar...

PEDRARIAS — Y a los caballeros y gente noble y principal...

ANA — ¿Qué esperas, Dios del cielo, para dar en la tierra señal de tu poder?

— Tiene muy fuertes aguaceros, copiosas avenidas...

— Con tanto viento que crecen altas olas, mayores que en la mar...

PEDRARIAS — Y dándolos a soldados, marineros, calafates, mestizos y demás gente baja...

MARAÑÓN — Y siempre manda alguno, don Pedro o don Fernando o don Aguirre...

— Son sus orillas a trechos despobladas y, cuando no, sus indios naturales tienen allí...

— Y de espesuras tan cerradas que...

JUANA — Cuál justicia podemos esperar los que servimos de quienes nos gobiernan...

— Hacen vasijas labradas y pintadas de mil maneras, con otros...

PEDRARIAS — También decía que le mostrase el Rey de Castilla el testamento de Adán, para ver si le había dejado por herencia esta tierra de las Indias...

ELVIRA — Adiós a la miseria, adiós a la vergüenza de estos años...

— Sementeras de yuca brava y de batata...

— Cálido en demasía es...

PEDRARIAS — Y que había de matar a todos los presidentes y oidores, obispos y arzobispos y letrados y procuradores, porque ellos y los frailes...

MARAÑÓN — Condenado a dar voces y más voces en este despoblado...

INÉS — Yertos sucumbirán, uno tras otro, tus doce matadores...

— Cálido en demasía es este río, y de temple enfermo, con que no hay en él otra cosa sino desesperar...

# QUINTO MONÓLOGO

## EXTRAVÍOS DE UN MARAÑÓN SIN NOMBRE EN LA SELVA AMAZÓNICA

Yo, de natural, nunca hablo solo. ¡Ni que estuviera loco!... Pero ahora, me figuro que debo ponerme a hablar en voz alta porque, si no, ¿qué demonios voy a hacer? ¿Dar vueltas y vueltas y más vueltas por aquí sin abrir la boca o, todo lo más, mascullando algún juramento para que se note lo perdido y jodido que estoy? La cosa no daría para mucho, además de que nadie se iba a enterar de maldita la cosa... Si por lo menos hubiera alguien por ahí, no sé, en alguna parte, no sé, digamos gente que me escucha sin yo saberlo, yo podría hacer como que no me entero, es decir, disimulando un poco, o sea, sin hablarles a las claras pero, en fin, al menos no me sentiría tan perdido hablando solo, y eso, bueno, yo ya me entiendo...

Pero no: figura que estoy solo, perdido en esta selva de mierda, sin alma viviente a mi alrededor, y que tengo que largar la lengua por un buen rato. ¿Y voy a tener que explicar quién soy yo, y lo que me pasa, y un montón de cosas más, a los pájaros y a los monos? Es un decir, claro, porque tampoco hay pájaros ni monos... Bueno, vamos a suponer que esos ruiditos son pájaros y monos. Por mí, que no quede. Yo, ya... estando las cosas como están, hago lo que sea...

Menos pasar por loco, ¿eh? Eso sí que no. La cosa esa del tipo que se ha vuelto loco en medio de la selva y se pone a delirar a gritos no, no. A mí con esas, no. Yo tengo la cabeza bien puesta en su sitio y aguanto esta situación, y cualquier otra que me echen, en mis cabales. No faltaría más. Recursos no me faltan para arreglármelas en esta maraña, y salir de ella, y juntarme con los demás, y santas pascuas.

Claro que primero tendría que encontrar a mi compadre Arrieta, que estará peor que yo, porque ése, además de no tener mis recursos, por ser un pijoverde en estas lides, es medio tartamudo, conque mira tú qué monólogo estará soltando por esas espesuras... Eso si no me está gastando una de sus bromas, que también tiene sus puntas de puñetero y retozón, y no anda escondido por ahí, para darme chacota... Con la cual cosa, mi-

ra tú por dónde, me ponía este embrollo en bandeja de plata... Mira tú por dónde...

¡Arrieta! ¡Arrieta! ¡No te me escondas más, compadre! ¡Que te conozco como si te hubiera parido mi burra! De seguro que andas por aquí cerca, entapujado en la maleza, ojeándome y riéndote de mis apuros. ¿No es verdad?... Vaya si lo es, lo digo yo, y a ver quién es el guapo que viene y me lo niega, porque entonces le agarro —al guapo, digo— y no le suelto hasta haberle endilgado todo mi monólogo. Y como nadie me lo va a negar, digo y repito que andas por aquí, compadre Arrieta, tú, que saliste conmigo esta mañana, de muy buena hora, para buscar comida, y adentrámonos juntos en la aspereza de la montaña, y no supimos dar con el camino de regreso, y luego nos perdimos el uno del otro, y yo hace ya seis horas que te busco... Y no sé por qué demonios te digo todo esto, pues que lo sabes tan bien como yo, pero alguien habrá por ahí a quien pueda aprovechar, maldita sea. Y como ya estoy más que hartito de zapatear por esta selva de pegote, voy y me siento, ea.

Ya estoy sentado, Arrieta, ¿me oyes? Me he sentado aquí, plácidamente, y aquí me quedaré hasta que te canses de hacerme la mamola... o hasta que uno de esos malditos indios que andan sueltos por ahí te quite las ganas de broma clavándote en el culo una flecha envenenada... ¡Cuánto me iba a reír, compadre Arrieta...! Aunque maldito lo poco que me iba a durar el reír, y aun el vivir, si fuera cierto que esos indios aruaquinas, o como diablos se llamen, hubieran dado con nosotros. Que bien vimos en aquellos sus sacrificaderos cómo se engolosinan con la carne humana, lo mismo cruda que cocida... Bien lo vimos, ¿verdad, Arrieta? Ya no nos faltaría, para nuestra ventura, sino el haber salido flacos y hambrones en busca de alimento, y el acabar hechos menudillos para engordar a esos salvajes merdellones. Y encima teniendo que resultar graciosos...

¿Sabes lo que te digo, compadre? Que nos ha tocado la peor parte en este desconcierto. De ti no hablemos, puesto que ni sales... Pero mírame a mí: un hombre de mis partes, hecho y derecho, vascongado además, veterano de no sé cuántas guerras y conquistas, lleno el cuerpo de heridas y de proezas la memoria, condenado a dar voces y más voces en este despoblado para significar... ¿Qué? ¿Qué leches significo? ¿Me lo puedes decir, compadre Arrieta? Considera la cosa: juntos nos metimos en esta desastrosa jornada del río Marañón, juntos pasamos hambre, calor y frío, juntos nos dio la fiebre en Machifaro, juntos nos enterábamos, los últimos, de todos los motines, muertes, conjuras, traiciones, más muertes, más conjuras, más traiciones... Los últimos, sí, que a duras penas llegábamos a tiempo de gritar ¡viva éste! o ¡muera aquél!, cuando ya todo estaba

concluido. En parte por tu culpa, porque eres un tardón, no me lo niegues; en parte por ser yo, no te lo niego, amigo de esperar a ver qué pasa, de no precipitarme, de no bañarme hasta saber hacia qué lado corre el agua...

Y ahora, ya ves, perdidos juntos, apartados juntos, y quizás para siempre, de aquella patulea encizañada... Pero, entonces, yo, aquí, ¿qué estoy haciendo? ¿Qué estoy haciendo, di, además de inventarte? ¿He de seguir hablando hasta que salgas? ¿Tengo que desdoblarme para que alguien me diga qué se espera de mí? ¿Alguien espera algo de mí? ¿Alguna cosa más? ¿No aclamé a don Fernando como general, cuando mataron a Ursúa? ¿No le juré por príncipe cuando nos desnaturamos de los reinos de España? ¿No prometí ser fiel a Lope de Aguirre cuando se alzó por general y caudillo de los marañones? ¿No he cumplido todas sus órdenes sin rezongar? ¿No soy un buen soldado, voto al cielo? ¿Qué más tengo que hacer? ¿Dejarme aquí morir, como una mula, dando vueltas y vueltas a la noria?... Ya son trece preguntas sin respuesta, no conviene abusar. Pasemos a otra cosa.

Tu chanza, por ejemplo. Me estás hartando, Arrieta. Ya tengo más que hinchadas las borlas de aguantar esta chilindrina. Como no te me muestres en seguida, remato el parloteo con dos frases galanas y hago mutis. Bien que me hayas sacado del apuro de estar hablando solo, cosa que te agradezco, pero mal que me tengas aquí amarrado por la lengua, mientras pasan las horas y se acerca la noche, y a lo peor los nuestros deciden embarcarse y proseguir viaje, y ya ves qué destino nos aguarda: un marañón y medio condenados a borrarse en este merodeo.

¿A borrarse, he dicho? ¡Bórrate tú, si quieres, don Poco Más que Nombre, que yo tengo arrestos para salir airoso de tal trance!... Es más: te borro yo. Arrieta se acabó. Ya no te necesito. No necesito a nadie. Solo, sabré encontrar la vía que me lleve al término de este laberinto, hablando o sin hablar. Al fin y al cabo, ¿qué falta me hace nadie para hacer lo que hago, para ser lo que soy? Si nadie contó nunca conmigo para nada, maldita sea, si nadie me pregunta qué quiero y qué no quiero, maldita sea, si tan sólo me ordenan, si tan sólo obedezco, mande quien mande, y siempre manda alguno, don Pedro o don Fernando o don Aguirre o don Rey o don Dios o don Mierda, y yo, maldita sea, sin don ni ton ni son y venga y dale y sigue dando vueltas y vueltas y vueltas y más vueltas...

## SEXTO MONÓLOGO

### RAZONES DEL MATARIFE

#### ANTÓN LLAMOSO

Sosiéguese vuestras mercedes y dejen de mirarme con recelo, que ningún daño va a venirles de mí, como se estén pacíficos y quedos en su sitio. Váyanse acomodando y armando de paciencia para el tramo de ruta que aún habremos de hacer, pues, aunque largo, será sin duda más resuelto y presuroso que el corrido hasta ahora. Antes andábamos todos confusos, apocados, divididos: ahora vamos seguros y alentados hacia una común meta. Tenemos buen piloto, tenemos quien nos manda con voz clara y con mano firme nos gobierna. Así pues, confianza.

No les han de inquietar estos dos hierros: me gusta darles brillo y aguzarles el filo, no más que porque son viejos amigos y han pasado conmigo muchos trances apurados. A éste le llamo "Espino", y es hijo de Granada: extremado para asuntos de noche que requieren secreto o para abrazos repentinos y estrechos. Este otro prefiere fiestas más alborotadas, pero también sabe ser discreto y cauteloso, si la ocasión lo pide. Toledano, en efecto, y de nombre "Gallardo". A doña Inés, por ejemplo, la desgarré primero con "Espino" hasta dejarla bien abierta, pero luego, ya metidos en danza, "Gallardo" quiso también hacer su parte, y allá lo viérais ir, entrándose en el cuerpo como un endemoniado, no menos de veinte veces...

Condenada mestiza, y cómo se rebullía en brazos de Carrión, a los primeros golpes. Por mi fe, que era una brava yegua. No me asombra que anduvieran tras ella tantos potros rijosos... Y a buen seguro que, entre vuestras mercedes, a más de dos docenas se le encendían los ojos al verla pasar. También a mí, por cierto... ¿Querréis creer que, en rajando sus carnes, se me ponía tiesa la candela? Cosas del bajo vientre.

Con Lorenzo de Zalduendo, el tercer amador de doña Inés, como éramos tantos a acometerle, fue "Gallardo" quien tuvo preeminencia: se le entró por un ojo como rayo y... ¿Qué cosa les sucede a vuestras mercedes? ¿Van a ponerse ahora melindrosos y timoratos? Ya todos bien conocen que estas son me-

nudencias en las guerras, y guerra es el negocio en que andamos. Pero no han de temer por sus personas, si guardan obediencia a los dictados de nuestro nuevo general. Y es el primero y principal que no se anden hablando unos a otros de oído y en secreto, sino con voces altas y a las claras, para que se conozcan los buenos y concertados pensamientos de todos. Que ya se han acabado las traiciones y conjuraciones, y estos bergantines llevan en sus lomos una junta de hermanos, de bravos marañones, hijos de este gran río Marañón, todos debajo de nuestro general Lope de Aguirre.

¿No sienten vuestras mercedes cómo hasta el río parece acarrearlos con más prisa y bondad que en el pasado? Vamos, vamos, señores: no me vuelvan los ojos hacia la orilla derecha, que bien sé qué barruntan de aquellas poblaciones que los humos y lumbres certifican. Desoigan los rumores, por su bien se lo digo, pues aunque fueran ciertos y del reino de Omagua se tratara, nuestro término es otro. ¿Podrá haber en Eldorado más oro y riquezas que los que nos vendrán a las manos en llegando al Perú? ¿No oyeron las promesas que les hizo Lope de Aguirre de repartir sus tierras y tesoros y sus pueblos de indios entre vuestras mercedes? ¿Y de cómo pretende ponernos todo el Perú en las manos para que allí cortemos a nuestra voluntad? ¡Al diablo las quimeras y los reinos fantasmas! Miren hacia adelante, que ya pronto saldremos a la mar, y dejen los engaños de esos indios brasiles, de esos guías falsarios que hasta aquí nos llenaban la cabeza de patrañas.

Por más que, no lo olviden, mandado está so pena de la vida, que ninguno platique con los tales guías ni trate con nadie de la tierra de Omagua. Ese cuento de niños se ha acabado. Bien claro dijo Aguirre cómo hasta ahora no pasaban nuestros asuntos de ser muchacherías, pues muchacho bien mozo era quien nos mandaba, pero que en adelante todo será cosa de veras... Se me viene a las mientes, y excusen sus mercedes este poco de risa, cómo chapoteaba en el río y aullaba el principillo, medio despanzurrado por los arcabuzazos, y cómo le acabaron allí mismo, cual si de una gran rana se tratase...

Me río, y hago mal. No es cristiano burlarse de la desgracia ajena, y menos de la muerte. Y muy menos aún de la muerte a arcabuzazos y a quemarropa... Pobre don Fernandillo de Guzmán, tanto que le gustaba perfumarse, y tener que marchar al otro mundo en olor de sus carnes chamuscadas a pólvora. Con la espada y la daga es otra cosa, más natural, más limpio. Pero Lope encomendó el asunto a Martín Pérez y al otro vizcaíno, Juan de Aguirre, que sólo saben de arcabuces, y así le fue a su alteza, príncipe de Perú, Tierra Firme y Chile: torrezno para peces y caimanes.

Ya ven vuestras mercedes en qué paran las pompas y vanidades de este mundo. Y también las intrigas y asechanzas con-

tra Lope de Aguirre, que no les fue mejor la noche antes a Alonso de Montoya y a Miguel Bovedo, ni la misma mañana al padre Henao y a Miguel Serrano y a Gonzalo Duarte y a Baltasar Toscano... No sé si se me escapa alguno de la cuenta... Todos ellos, y varios más que Lope tiene anotados en su memoria, andaban tramando ocasión de matarle, pero, ¿en qué pararon? ¿En qué parará quien no se avenga con la felicidad que le ofrecemos?

No seré yo agorero que venga a importunarles el reposo: antes bien me complace notarles tan conformes con la nueva intención de la jornada. Somos los marañones, como Aguirre nos llama, y de sí mismo dice ser la ira de Dios, y que no quiere otro título sino Príncipe de la Libertad, y que ha de derramarla en el Perú con nuestra ayuda y con la de otros muchos perdidos y gente pobre de las tierras que iremos recorriendo, en saliendo a la mar.

¿Alguien rezonga por ahí? ¿Acaso les da miedo esa palabra, libertad? Pongánsela en el pecho, caballeros, y verán cómo brinca y se sube a los labios: libertad. Aguirre la pronuncia reciamente cuando dice que nadie deje de hacer lo que le pida su apetito por miedo a ir al infierno; y que Dios tiene el cielo para quien le sirva, y la tierra para quien más pueda. Y mucho han de poder estos sus marañones, vive el cielo, que se repartirán no sólo los indios y la tierra del Perú, sino aun las mujeres, casas y haciendas de los vecinos de ella. Miren si, con tal premio ante los ojos, hemos de consentir que nos estorben algunos colchoneros postrosos que se ensucian encima con sólo oír nombrar al Rey nuestro señor...

Aquí no hay otro señor sino Lope de Aguirre, y aquí está Antón Llamoso, con su "Gallardo" y su "Espino", para servirle en todo, y muy especialmente para allanarle el paso. Él me diga a quién debe despacharse, que yo, sin titubeos ni preguntas, le cumplo la sentencia. Él sabe la justicia que conviene, sabe qué es lo derecho y lo torcido, quién se conduce como amigo y quién como enemigo. Yo tan sólo le cumplo la sentencia. Y no es pequeño privilegio. ¿Hubiera yo soñado alguna vez en verme alzado, de peón marinero que partí a esta jornada, en brazo armado de su general, sargento ahora y pronto capitán y hacendado en el Perú? Grandes cosas veredes... Mundo es éste de vueltas y revueltas.

Habladorcico estoy, ¿no les parece? El verles tan callados y encogidos habrá sido la causa. Sigán así vuestras mercedes, y recuerden que por nada deben pasar más allá del mástil de popa, y que nadie puede levantarse de noche si primero no grita: ¡Fulano soy y voy a hacer esto!... Pero si alguno tuviere alguna queja o resabio o descontento, no dude en declararlo, que al punto le daré satisfacción, para que todos vivamos en buena paz y amistad.

## SÉPTIMO MONÓLOGO

### PLEGARIA PÓSTUMA DE ANA DE ROJAS, VECINA DE LA ISLA MARGARITA

Por las siete llagas de que sangró tu hijo; por la hiel que le dieron a beber en la cruz; por el dolor inmenso que padeció su madre, nuestra Virgen Santísima; por las carnes heridas de aquellos santos mártires que en tu nombre murieron, escúchame, Señor. Atiende la plegaria de ésta tu humilde sierva, de esta triste pecadora que ya no pecará más. No desoigas mi ruego, Señor, no desatiendas por más tiempo mi clamor de justicia. Siempre te fui devota, bien lo sabes, nunca manché tu nombre ni te perdí la fe, ni de niña, cuando anduve de puta por Sanlúcar, ni cuando, de joven, fui lavandera de la tropa en La Habana. Y mil veces bendije tu gran misericordia cuando tocaste el pecho del capitán don Diego y él, por tu gracia inspirado, cristianamente me condujo de su cama al altar.

No permitas que ahora la duda me condene; no dejes, no, Dios mío, que reniege de ti, ahora que ya ninguna confesión podría limpiar mi alma, ahora que mi cuerpo mortal pende ahorcado de un árbol de la plaza, maltrecho y destrozado por tiros de arcabuz...

¿Dónde está tu justicia, Señor? ¿Dónde tu santa cólera? ¿Por qué consientes tales atropellos? ¿Por qué, di, no descargas tu furia vengadora sobre esa turba de herejes que se ha abatido sobre nuestra infeliz isla Margarita como plaga de Egipto?... Mírame errar, perdida, por estos tremedales de la muerte, buscarte hecha una sombra entre las sombras, sombra mi voz también, que clama y que reclama tu justicia contra ese cruel demonio encarnizado, ese Lope de Aguirre y su cuadrilla, que en poco más de treinta días han convertido un paraíso en triste purgatorio, en amarga antesala del infierno... ¿No vas a conmoverte? ¿No te queda piedad para tus hijos? ¿Me forzarás, Señor, por tu silencio, a blasfemar de ti?

Con el mayor pecado me castigas ahora por mis muchos pecados en la tierra, para mejor perderme, y sin remedio, en la condenación eterna... ¿Es esto, Señor? ¿Un terrible castigo por

mis pasadas culpas, por las culpas de todos los vecinos de la isla?... No somos, es verdad, mansas ovejas de la grey piadosa de tu hijo; la carne y la ambición nos desazonan, y no son pocos los que hacen reventar los pechos bajo el agua a los esclavos para sacar las perlas, ni los que a hierro matan indios, y aun cristianos, por quitarles haciendas y mujeres. Pero estas son maneras comunes de estas tierras. ¿Quién en ellas no lleva sobre la conciencia un buen costal de muertes y robos y traiciones? ¿Por qué sobre nosotros tan sólo descargas tu ira?... Tu ira...

¿Será Lope de Aguirre, como él dice, la ira de Dios? ¿Es Dios y no el demonio, quien le envía? ¿Es su ira quien siembra entre nosotros todo este llanto y crujir de dientes? Yo misma, tan vil y brutalmente arrancada a la vida, ¿he pagado con ello tanta infamia y placeres y falsías que amasé? Esa muerte de bestia que me han dado, ¿por sentencia me viene del divino juicio?... ¡No, no, no, no! ¡No puede ser posible! ¡No merecí tal muerte! No es castigo divino esta desgracia que nos desbarata, sino la sucia mofa del demonio, que arteramente trata de poner a prueba nuestra fe en la misericordia infinita del Padre Celestial... ¿No es verdad, Jesús mío? ¿No es verdad, Virgen Santa, que Dios cumple sus obras derechamente, y no mediante engaños, como esos desalmados?...

Mostrándose al llegar tan desvalidos, rotos, menesterosos y sin armas, tan enfermos y hambrientos, pidiendo humildemente recalar unos días para reparar fuerzas, ofreciendo oro y plata a cambio de comida... Y cuando les abrimos, solícitos los brazos, confiados y contentos del próspero negocio que la fortuna nos deparaba, ¡qué súbita mudanza! ¡Qué fiero desengaño! No son artes del cielo estas argucias. Yo reconozco en ellas la mano de Satanás, sus pasos cautelosos, sus torcidos caminos. Mil veces los anduve, Señor, tú bien lo sabes y yo bien me arrepiento. Aquel prometer fácil, aquel ofrecimiento de bienes placenteros, aquella apariencia mansa y viciosa que de pronto se muda, se trueca en aspereza, descubre uñas y dientes, te convierte en su presa, te rasga las entrañas...

Tal esos marañones, que pronto se mostraron como brutos tiranos, apareciendo lobos bajo piel de corderos... ¿No los viste, Dios mío? Tú, que todo lo sabes, aun antes de que ocurra, ¿no viste cómo encerraron al gobernador y alcaldes en la fortaleza, y cómo rompieron con hachas las arcas reales, robando cuanto en ellas hallaron? ¿No escuchaste aquel bando en que Lope de Aguirre, nombrándose tu ira, y el Príncipe de la Libertad y del Perú y Tierra Firme y Chile, mandaba a todos los vecinos traer sus armas, y recogerse en los pueblos, y no salir afuera sin licencia?... Y cómo se nos entraron sus hombres en las casas, so pretexto de hacer el inventario de mercaderías y

alimentos y animales, y se dieron a hurtar todo cuanto pudieron... Y si esto hicieron y hacen y otras mil villanías contra el Rey y sus leyes, contra tus fieles y sus propiedades, y tú lo has visto y lo ves, ¿cómo es que lo consientes? ¿Cómo que lo silencias? ¿Cómo que no haces nada?

Te estoy hablando, Señor, desde tu orilla. Del otro lado queda mi envoltura carnal, meciéndose en el aire como un fardo, pudriéndose ya al sol, devorada por moscas y gusanos... Pero ya no me importa. Soy una brasa de odio, soy una voz doliente, soy sólo esta plegaria enfurecida que te busca en la muerte para pedirte un rayo vengador. Castiga a esos demonios que trastornan tu reino. Porque no sólo están perdidas la riqueza y el bienestar de la isla Margarita, el orden y buen gobierno alterados, con sus representantes en la fosa. Mira también lo que pasa en las almas.

Allí verás el bien y el mal revueltos, sin saber quién es quién: rebeldes y vecinos se enmarañan, conspiran y delatan los unos a los otros. Sin confesión hace matar Aguirre a quien le da celos, y hasta sus mismos hombres se le huyen, temerosos de ver en él la furia del maligno. Para sujetar las voluntades, tiene el tirano presas las mujeres, al cuidado, por cierto, de una hija mestiza, muy querida por él, a lo que dicen. Pero ha de ser el suyo un querer del diablo, pobre niña, que poca ocasión basta para amenazarla de muerte o descalabrarla o cortarle el cabello, y a los gritos le acusa de tomar nuestras mañas...

¿Qué mañas son las nuestras, sino las de querer librarnos de tanta maldición? Y así, yo, Ana de Rojas, ayer moza perdida y hoy esposa honorable del capitán don Diego, he tratado de hacerlo a mi manera... Te demandé consejo, Señor, imploré tu ayuda, pues que en tu nombre quise obrar. ¿No es obrar en tu nombre luchar contra el demonio? ¿No es defender tu reino servir a nuestro Rey? Ese Lope de Aguirre va diciendo que su ánima arde ya en los infiernos, y que ha de hacer maldades para que suene su nombre por toda la tierra, y hasta el noveno cielo. Y que ha de matar a todos los presidentes y oidores y obispos y arzobispos y gobernadores...

Ves cómo, por su medio, es el mismo diablo quien te da muy cruda guerra, Señor, y a todo lo que tú bendices, y a todo lo que te honra en este mundo. Y por no consentir más tiempo su criminal soberbia, yo traté de atajarla envenenándole... Pero fue vano intento: alguno de los otros conjurados, que el infierno se lleve, me delató al tirano. Mira el fin miserable que ha cerrado mi trabajosa vida. ¿Es ésta tu justicia? ¿Así, Señor, ayudas a quienes te servimos? ¿Qué esperas, Dios del cielo, para dar en la tierra señal de tu poder? ¿Habré de maldecir, desde mi muerte, tu cobarde paciencia?

— Rey Felipe natural español hijo de Carlos invencible yo Lope de Aguirre...

— Yo Lope de Aguirre tu mínimo vasallo...

— De Carlos invencible yo Lope de Aguirre tu mínimo...

— Tu mínimo vasallo cristiano viejo de medianos padres hijodalgo natural vascongado...

— De medianos padres hijodalgo natural vascongado...

— Natural vascongado en mi mocedad pasé el mar océano a las tierras del...

— A las tierras del Perú por valer más...

— Por valer más con...

— Y por cumplir la deuda que debe todo hombre de bien y así en veinticuatro años...

— Hombre de bien y así...

— Te he hecho muchos servicios en conquistas de indios y en poblar pueblos.

— En mi mocedad pasé el mar océano...

— En el año de mil quinientos cincuenta y nueve el Marqués de Cañete dio la jornada del río de las Amazonas a Pedro de Ursúa navarro y tardó...

— Se nos quebraron los más de ellos al echarlos al agua e hicimos balsas...

— A Pedro de Ursúa navarro y tardó en hacer navíos...

— Y dejamos los caballos y haciendas y nos hicimos río abajo con harto riesgo de...

— Río abajo con harto riesgo de nuestras personas...

— Yo Lope de Aguirre tu mínimo...

— Fue este gobernador Pedro de Ursúa tan perverso ambicioso y miserable que...

- Ambicioso y...
- Que no lo pudimos sufrir y así no diré más que le...
- Tan perverso...
- No diré más que le matamos y luego alzamos por nuestro rey a un mancebo caballero de Sevilla que se llamaba don Fernando de...
- Alzamos por nuestro rey a un mancebo caballero de...
- Y lo juramos por tal y a mí me nombraron su maese de campo y porque no consentí en sus insultos y maldades me quisieron...
- Me quisieron matar y entonces yo maté al nuevo rey y al capitán de su guardia y a cuatro capitanes y a su mayordomo y a un capellán y a una mujer y a un comendador de Rodas y a un almirante y dos alféreces y otros cinco o seis aliados suyos...
- Y entonces yo maté al nuevo rey...
- Aliados suyos y todo ello con la intención de hacerte en estas tierras rey y señor...
- Rey y señor...
- Y señor la más cruda guerra que nuestras fuerzas pudieran sustentar y sufrir...
- La más cruda guerra que...
- Rey y señor...

*(Silencio.)*

- Porque yo y mis compañeros por no poder soportar más las crueldades...
- Las crueldades que usan tus oidores virreyes y gobernadores hemos salido de...
- Hemos salido de hecho de tu obediencia y nos desligamos de nuestras tierras...
- Y nos desligamos de nuestras tierras de España...
- Nos desligamos...
- Tierras de España...
- España y esto...
- Por el trato injusto que nos dan tus ministros quienes por remediar a sus hijos y criados nos han usurpado y robado...

- Usurpado y robado nuestra fama vida y honra...
- Natural vascongado en mi mocedad pasé el mar...
- Y así yo manco de mi pierna derecha por dos arcabuzazos que me dieron luchando a tu servicio...
- Soy y seré rebelde hasta la muerte...
- Rebelde...
- Muerte...
- Porque ya hemos aprendido en este reino cuán cruel eres y quebrantador de fe y palabra mira rey español si has sido ingrato a tus vasallos pues estanto tu padre y tú en los reinos de Castilla sin ninguna zozobra te hemos dado nosotros a costa de sangre y hacienda...
- Sangre y hacienda tantos reinos y señoríos como en estas partes tienes...
- Por cierto lo tengo que van pocos reyes al infierno porque sois pocos...
- Van pocos reyes al infierno porque...
- Que si fuerais muchos ninguno podría ir al cielo según tenéis hambre y ambición de hartaros...
- Hambre y ambición de hartaros de sangre humana y hago voto solemnemente a Dios yo y mis doscientos marañones de no dejar con vida...
- Ningún ministro tuyo porque ya sabemos hasta dónde alcanza tu clemencia...
- De estas y otras cosas pasadas rey tú has sido causa por no dolerte del...
- Del trabajo de estos vasallos y no mirar lo mucho que les debes aunque...
- Los que te escriben de estas tierras...
- Aunque también creo que te deben engañar los que te escriben...
- Los que te escriben de estas tierras pero si tú no miras por tus vasallos...
- Y yo como hombre que estoy lastimado de mis miembros en tu servicio y mis compañeros viejos y cansados...
- Mis compañeros viejos y...

- 
- No fíes en estos letrados tu real conciencia que en pocos años...
  - Sesenta mil pesos ahorrados y heredamientos y posesiones...
  - Y si se contentasen con...
  - Pero quieren que nos hinquemos de rodillas doquiera que los topemos...
  - Medio mal sería el nuestro pero quieren...
  - Cosa ciertamente insufrible...
  - Insufrible...

*(Silencio.)*

- Pues los frailes a ningún indio pobre quieren absolver ni predicar y...
- Aposentados en los mejores repartimientos...
- Si quieres saber la vida que por acá tienen es entender en mercaderías y adquirir bienes temporales y vender los sacramentos de la Iglesia enemigos de pobres incaritativos ambiciosos glotonos y soberbios de manera que por mínimo que sea un fraile pretende mandar y gobernar todas estas tierras y más te digo...
- Y más te digo que si la disolución de los frailes no se quita de aquí no faltarán escándalos porque cada uno de ellos tiene en sus cocinas una docena de mozas y no muy viejas...
- De mozas y no muy viejas...
- Viejas y otros tantos muchachos que les van a pescar que en fe de cristiano te juro rey y señor...
- Rey y señor...
- Que si no pones remedio en las maldades de esta tierra te ha de venir azote del cielo y esto lo digo por avisarte de la verdad aunque yo y mis compañeros no queremos ni esperamos misericordia ay qué lástima...
- Ay qué lástima tan grande que el Emperador tu padre conquistase con la fuerza de España la soberbia Alemania y gastase en ello tanta moneda de estas Indias descubiertas por nosotros y que tú...
- Por nosotros y...
- Descubiertas por nosotros y que tú no te duelas de nuestra vejez y cansancio...

— Vejez y cansancio siquiera para matarnos el hambre de un día...

— Pues no pedimos mercedes en Córdoba ni en Valladolid ni en toda España que...

— Ni en Valladolid ni...

— Patrimonio sino que permitas alimentar a los pobres cansados con los frutos...

— Pobres cansados...

— Alimentar...

— Con los frutos de esta tierra por ello resolví llevar adelante la guerra...

— Esta tierra...

— Esta tierra...

— Por ello resolví...

— Adelante la guerra contra ti y morir en...

— Contra ti...

— Contra ti y morir en ella por las muchas crueldades que tus ministros usan con nosotros y por ello maté...

— Morir en ella...

— Maté a todos los que dije y nombré nuevos capitanes y sargento mayor y me quisieron matar y yo los ahorqué a todos.

— A todos.

*(Silencio.)*

— Y siguiendo nuestro derrotero pasando todas estas muertes y malas venturas en este río Marañón también llamado de las Amazonas tardamos en llegar a la mar más de diez meses y medio recorriendo mil quinientas leguas...

— Todas estas muertes...

— Mil quinientas leguas sabe Dios cómo nos escapamos de este río grande y temeroso...

— Todas estas muertes y...

— Sabe Dios...

*(Silencio.)*

- 
- Los capitanes y oficiales que al presente llevo y que pretenden morir en esta demanda como hombres lastimados ruegan a Dios Nuestro Señor te aumente...
  - Nuestro Señor te aumente siempre el bien y la prosperidad contra el turco y los franceses y todos los que en esas tierras te quisieran hacer guerra...
  - Y en estas en que andamos Dios nos dé gracia para...
  - Y en estas en que andamos...
  - Gracia para alcanzar con nuestras armas el premio que se nos debe pues nos han negado...
  - Pues nos han negado...
  - Pues nos han negado nuestro derecho hijo de fieles vasallos en tierra vascongada y rebelde hasta la muerte...
  - Y rebelde hasta la muerte Lope de Aguirre el Peregrino.
  - Y rebelde hasta la muerte por tu ingratitud...
  - Por tu ingratitud Lope de Aguirre...
  - Por tu...
  - Ingratitud...
  - Ingratitud Lope de Aguirre el...
  - Peregrino.
  - Peregrino.

*(Silencio.)*

- Hijo de fieles vasallos en tierra vascongada...
- Rey y señor...
- Hasta la muerte...
- Todas estas muertes...
- Sabe Dios cómo...
- Yo Lope de Aguirre tu mínimo vasallo...
- Mínimo vasallo...
- Pasé el mar...
- De medianos padres...
- Río abajo...

- Nos desligamos de las tierras de...
- Mis compañeros viejos y cansados...
- Ciertamente insufrible...
- Y entonces yo maté...
- Y por ello maté a todos los...
- Yo Lope de...
- Yo...
- Yo...

*(Silencio.)*

# OCTAVO MONÓLOGO

## SOLILOQUIO DE ELVIRA DE AGUIRRE, POCO ANTES DE SER INMOLADA POR SU PADRE

Se acercan los jaguares, las serpientes, los zorros merodean, aúllan, ¿oyes?, la tierra se oscurece, el sol se marchita, ¿ves? El cóndor está herido, no puede volar, tiene las alas rotas, ya no podrá volar más. El milano se fue, huyó el milano, no volverá, no querrá ya volver. La paloma llora junto al manantial... No, no llora la paloma, mira la arena seca del manantial. El manantial, sin agua, la paloma lo mira. El sol está marchito, la tierra se oscurece, ¿ves?, aquí está la paloma, kayqaya urpi, tampi tampi, saykusqa, aturdida, cansada, kayqaya urpi, saykusqa...

No irás a tener miedo, ¿verdad? ¿Por qué ibas a tenerlo? Te lo ha dicho muy claro: No tengas miedo, no has de tener miedo; yo te defenderé de los hombres del rey... Antes tenías miedo de él, te escondías en el fondo del jardín cuando llegaba... No era un jardín, era un huerto, pero tú decías jardín... Te escondías detrás de los últimos ciruelos cuando regresaba. Siempre estaba regresando, siempre estaba marchándose. Meses, años sin verle. Tú le tenías miedo. Un día regresó, maltrecho, roto, envejecido, y te dijo: Nunca volveré a separarme de ti. Y añadió: No me tengas miedo; aunque te grite, aunque te pegue... no has de tener miedo mientras esté a tu lado. Siempre estaré a tu lado. Y te gritaba, sí, y te pegaba a veces. Otras muchas llegaba dando voces, golpes en las paredes, y te abrazaba fuerte. Luego quedaba mudo horas enteras, días enteros.

Una tarde llegó muy alterado. Nos vamos, te dijo, nos vamos de aquí tú y yo y la Juana y todos, nos vamos todos, levantamos la casa, adiós a la miseria, adiós a la vergüenza de estos años... Tú le dijiste: Padre, ¿qué es esto? ¿Adónde vamos todos? ¿De qué vergüenza me habla? Te hizo callar a gritos, te derribó de un golpe. Nos vamos, nos vamos, voceaba. Nos vamos ahora o nunca. Y volveremos ricos, libres, poderosos. Te alzaré un palacio, el más bello del Cuzco, y te daré el marido más noble del Perú.

Pero el milano se ha ido, ha levantado el vuelo, dejando a la paloma cansada y aturdida junto al manantial de arena seca, dejando herido al cóndor, con las alas rotas, cercados de jaguares, ¿los oyes?, los jaguares del rey, se acercan, merodean, quedan pocos halcones, van levantando el vuelo, mudándose en jaguares, el milano también, ya no hará nido para la paloma, Tayta Inti está marchito, ¿ves?, Pacha Mama se oscurece, ¿ves?

Y volveremos libres, ricos, poderosos... ¿Volver, adónde? Ya no volverás nunca a ningún sitio, te quedarás aquí, con él siempre a tu lado, sin miedo ya, tranquila, jugando con la luz y la sombra, el tiempo se ha parado, ya se ha parado todo lo que corre y lo que nada y lo que vuela, el río, los caminos, el mar, los vientos, y tú también, Elvira, te has parado, te quedarás aquí, todos se irán marchando, menos él, menos tú, os quedaréis aquí, pueblo desierto, caserón desierto, él y tú, parados, quietos.

No: quieta no. Jugando con la luz y la sombra, como antes en el jardín... en el huerto... ¡en el jardín! Ya no eres una niña, te dijo. Pronto serás mujer. ¿Para qué quieres llevar tus juegos? No podemos agravar con ellos el hato de las mulas, te dijo, será un viaje penoso y largo, déjalos aquí, ya eres una mujer. Luego te miró y: Eres el solo bien que la vida me ha dado, te dijo. Y dejaste tus juegos, los lienzos de tu cama, los búcaros y jarros para flores, las trenzas de tu madre, los libros y cuadernos de letras, la imagen de la Virgen, el cofrecillo blanco... Sí: también el cofrecillo quedó allí. Después, en el camino tan largo y tan penoso, todo fue un ir dejando, perdiendo, abandonando... Ahora ya no te queda nada que perder, Elvira.

Jugando con las luces y con las sombras, por aquí viene el río, ¡no!, el río se acabó, ya no está el río del hambre y de las muertes, esto es el mar, el mar, el mar, navegando días, navegando noches, ahí está la isla, la isla Margarita, esto son casas, calles, plazas, por fin un pueblo de cristianos, campos, huertos, jardines, sentarse a una mesa otra vez, dormir en una cama otra vez, sábanas blancas, limpias, una iglesia, la Virgen con el Niño, niños jugando en una fuente, esto es la fuente, por aquí viene Elvira... ¿Qué ocurre? ¿Por qué huyen los niños? ¿Por qué se esconden todos?

Ya está el miedo otra vez, demudándolo todo, miradas, bocas, pasos... No han de temer vuestras mercedes, sino acaten los mandados de mi padre, dijiste, que no pretende más que reponer aquí sus fuerzas y las de su gente para, al punto, pasar a Nombre de Dios y Panamá y, desde allí, al Perú, a llevar la justicia a los pobres y esclavos, y a los viejos soldados como él, gastados por las guerras y maltratados por el Rey y sus ministros. Sírvanle en su demanda, se lo pide su hija, y no tengan temor; no le tramen traiciones, su hija se lo ruega, que no quiere más

muertes ni más miedo ni más odio. Ella tiene un secreto. Un secreto, señoras, que le salta en el cuerpo. Dejen vuestras mercedes que lo cuente, séanle sus amigas y no sus prisioneras. Ella no es carcelera, su padre le encomienda que las mire y las atienda, no que las espíe ni apriete. Su padre no es mal hombre, su padre...

Tiene un secreto Elvira, un secreto de amores. De amores, sí: hay un soldado entre los marañones que de continuo busca su compañía, que la trata con dulzura y le dice palabras halagüeñas. Es hombre de ingenio y de letras y de buenas maneras, aunque no de alta cuna. No le falta tampoco presencia ni figura y, en fin, Elvira es ya mujer y tiene, sí, tiene corazón, un corazón que escucha y que responde, un corazón paloma que siente y que responde a los tiernos llamados del milano. Su padre lo sospecha, lo sabe quizás de esa manera como él sabe tantas cosas: mirando las miradas. Y no lo reprueba, al contrario, parece que consiente, que vela esos amores reservados, callados, como esperando el tiempo de nombrarlos, un tiempo que vendrá más pronto o más tarde, cuando todo termine, terminará, terminará este tiempo, harán su nido juntos el milano y la paloma, y el cóndor, en lo alto, volará complacido, sereno, ya no tendrá en el pecho esa gran araña negra que tanto le atormenta.

La isla Margarita se va, está llena de gritos, de miedo, de sangre, como el río, vete isla, vete, y se va, se va por allí, flotando, navegando, y se hunde en el mar, así, así se hunde la isla Margarita, la isla se acabó, y de los muertos, los huidos, las mujeres ahorcadas, Elvira no sabe nada, no tiene culpa alguna, ella no quiere más muertes ni más miedos ni más odios. Ella tiene un secreto. El secreto se va por el mar, el mar, el mar de nuevo. Y la costa por fin: la Tierra Firme. Ya parece que el Perú está más cerca, casi al alcance de la mano, el cofrecillo blanco... Pero no es verdad.

Hay selvas y pantanos y ríos y ásperas sierras entre tú y el Perú, y una guerra sin fin. No volverás nunca al Perú, ni a ningún sitio, caminarás día y noche bajo el sol y la lluvia, llegarás a villas despobladas por el miedo, no verás a los pobres y esclavos salir alborozados a recibir la justicia, muy al contrario, se irán huyendo todos, todos se irán marchando, irán alzando el vuelo los halcones, acudirán jaguares y zorros y serpientes, y llegaréis aquí, pueblo desierto, el milano se irá, como todos, menos tú, menos él, cóndor herido, corazón mordido por la araña negra, tú y él aquí, parados, quietos, caserón desierto, mundo desierto, kayqaya urpi, tampi tampi, saykusqa...

¿Me llama, padre? ¿Qué quiere de mí?

## NOVENO MONÓLOGO

### CONFESIÓN DEL SOLDADO PEDRARIAS DE ALMESTO, CRONISTA OCASIONAL DE LA JORNADA

“... y viéndose con no más de seis o siete de los que decían ser sus amigos, y entre ellos su capitán Antón Llamoso, le dijo el tirano: ‘Llamoso, hijo, ¿qué os parece de esto?’ Y el Llamoso respondió: ‘Que yo moriré con vuestra merced, y estaré hasta que nos hagan pedazos’. Y viéndose casi solo, desesperado, en lugar de arrepentirse de sus culpas, hizo otra crueldad aún mayor que las pasadas, que fue dar de puñaladas a una sola hija que tenía y a quien decía querer más que a sí mismo. La hija se le abrazaba diciendo: ‘No me matéis, padre mío, que el diablo os engañó’. Pero el tirano concluyó su mala obra diciendo a grandes voces: ‘No puede ser que acabe en colchón de bellacos cosa que yo tanto quiero’. A todos hizo gran lástima su desastrada muerte, por ser moza de poca edad y de gentil disposición y hermosa...”.

No: mejor será suprimir toda nota patética. Fuera desde “la hija se le abrazaba diciendo no me matéis padre mío”... La sobriedad inspira confianza, ¿no os parece? Termine, pues, el párrafo en la frase “dar de puñaladas a una sola hija que tenía y a quien decía querer más que a sí mismo”... Pobre Elvira: hasta su nombre dejó en el silencio, con tantas otras cosas que de ella y de mí podría contar... Pero así lo aconseja la prudencia. De esta crónica, y del efecto que produzca en los señores Oidores de Nueva Granada, depende que mi nombre quede libre de toda sospecha... y mi cabeza bien sujeta sobre mis hombros. Sí: a vosotros puedo hablaros francamente.

¿Os extraña verme interpelándoos de este modo, sin otros artificios que los propios del caso? Pues así es: puedo comunicar directamente con vosotros, aun a pesar del tiempo y la distancia; aun a pesar de esta ficción... o quizás gracias a ella. Así me lo autoriza la escritura, privilegio del habla que queda en un papel. Si podéis hoy, aquí, leer mis palabras escritas allí y entonces, en esta Relación de la Jornada de Omagua y Eldo-

rado, muy poco más supone que podáis oírme y verme: apenas un leve agregado de complicidades. ¿De acuerdo? Sea, pues: yo, Pedrarias de Alместo, diré lo que no dije por escrito. Ahora, ante vosotros, no tengo nada que perder ni que ganar. No he de limpiarme de ningún delito, como no sea el de sobrevivir.

Mi vida de soldado en estas tierras ha sido una continua vecindad con la muerte y su costumbre. Y muy especialmente, durante la jornada del río Marañón, también llamado de las Amazonas, a la sombra de Aguirre y su locura, la costumbre de la muerte se me volvió rutina, trivialidad, hastío. Incluso, cierta vez, sentí la uña de la muerte rasgando mi garganta, la sangre huyendo con mi vida por una herida de casi cuatro dedos. Pero puedo contarlo, de modo que a menudo me preguntó qué raro estigma me dejó con vida, qué cifra o signo o planeta me conservó al resguardo de la común mortaja. ¿La prudencia, tal vez, o este dudoso don de la escritura? ¿No son la misma cosa, al fin y al cabo? ¿Maneras de quedarse un poco al margen de la vida y sus fiebres y vértigos y acosos?

Pero no fui cobarde, os lo aseguro. Al menos, no cobarde al modo vulgar de quienes aguardaban inmóviles, aterrados, el zarpazo mortal de Aguirre, o imploraban al cielo su castigo. Yo eché mano a la espada, en defensa de Ursúa, la noche en que irrumpieron en su tienda los conjurados. Estaba allí, con él, velándole la fiebre y escuchando sus extravíos, y traté de salvar su vida, pero fui reducido por los otros. Con todo, por no querer sumarme a la revuelta y acatar un poder alzado sobre el crimen, aquella misma noche escapé y fui a internarme en la selva. Escondido en la negra espesura, dejé pasar las horas y las horas, oyendo en la distancia los gritos y clamores y disparos. Detrás de mí, la soledad terrible y misteriosa de aquel reino salvaje. Entonces tuve miedo, sí, no tanto a perecer por el hambre o las fieras, como a esfumarme así, sin dejar huella, tragado por un mundo sin memoria: estúpido heroísmo sin testigos.

Y regresé a mi mundo, hambriento y aterido como estaba, para morir al menos con mi nombre, con lugar y con fecha conocidos. Y si fui perdonado por los rebeldes y obsequiado con el derecho a vivir, bien que sin armas, quizás se debió ya, sin yo saberlo, a algún ruego de Elvira. Y fue el caso que don Fernando de Guzmán me tomó a su servicio, con título de secretario y escribiente, y hube de prestar mi pluma al necio protocolo de aquella corte de entremés. Mi pluma, digo, no mi ánimo ni mi albedrío, que siguieron fieles al primer móvil de la jornada: descubrir y conquistar y poblar el reino de Eldorado, en nombre de su majestad el Rey don Felipe segundo. Sí, lo confieso: durante mucho tiempo anduve con esa quimera entre los ojos, herencia fantasmal de mi señor y amigo don Pedro de Ursúa.

Pero he de confesaros algo más: también hubo un momento en que sufrí el hechizo de otra feroz quimera. Ahora puedo decirlo, no corro ningún riesgo con vosotros, inerme tribunal de estos deleitos. Durante cierto tiempo, en medio de aquel delirio de ambiciones, deseos, hambre, crímenes, lejanía, de soledad e inmensidad sin límites, la locura de Aguirre me sedujo, fui contagiado y arrastrado, sí, por su pasión desmesurada. Yo, Pedrarias de Alместo, el ponderado, el juicioso y tibio estampaletras, sentí ese viento del Apocalipsis que aquel ángel maldito levantaba a su paso: la ira de Dios.

Vi esta tierra infinita desasida del podrido poder de unos monarcas lejanos y voraces. Vi escapar, como ratas, la infame plaga de sus funcionarios, de sus virreyes, gobernadores, oidores, jueces, alcaldes, secretarios, escribanos... Vi volar en negra desbandada la turbia muchedumbre de frailes, curas, obispos, arzobispos, inquisidores... Creí posible, en fin, por algún tiempo, que iba a llegar el tiempo de los tiempos, aquél en que un ángel clamaría: Caída es, caída es Babilonia, guarida de todo espíritu inmundo y albergue de las aves sucias y aborrecibles. Salid de ella, pueblo mío, porque no participéis de sus crímenes ni recibáis por ello su castigo. Tornadle a dar como ella os ha dado, y doblad el tormento y el llanto que por ella padecisteis... Apocalipsis, dieciocho, dos, más o menos...

¡Viejo traidor! Nunca he de perdonarle el convertir su propio sueño terrible y justiciero en una absurda danza de la muerte. Era cosa de ver cómo bramaba y arrojaba centellas por los ojos cuando se le escapaban sus propios marañones, y cómo pretendía, el insensato, tenerlos atrapados por el miedo, forzar su lealtad con amenazas y castigos mortales, a la menor sospecha o fantasía de traición, de duda o desaliento. Matar para vencer... ¡qué desatino! Y hacerlo burdamente, sin tapujos, como quien trincha un gallo o degüella una res o sangra un cerdo... La justicia del Rey es más sensata: reviste sus matanzas con grave ceremonial, siempre que puede, y las limpia y sazona con gran despliegue de solemnidades.

Dos veces más traté de huirle, dos veces más fui perdonado. De nuevo Elvira, sí, fue mi leal intercesora, pero también es cierto que el viejo me necesitaba, y no sólo para dictarme sus cartas, como aquella famosa al Rey Felipe. Todo príncipe necesita su cronista, alguien que rememore sus hazañas y le absuelva de sus crímenes ante la posteridad, y él quiso serlo, no lo olvidéis, aunque fuera de un reino tan esquivo y etéreo como el suyo: Príncipe de la Libertad... Rey de la Muerte llegó a ser, más bien. Y es bien sabido que cuando le otorgas virtudes y poderes a esa dama, acabas convirtiéndote en su esclavo. Y yo, ¿por qué negarlo?, prefiero servir amos menos apasionados.

---

Un regidor de El Tocuyo, por ejemplo, me ha ofrecido plaza de escribiente en su casa, si salgo bien librado del proceso. Conviene que me esmere en redactar mi crónica... De la que ya, por cierto, tengo escrito el final. ¿Queréis oírlo?

“Muerto el tirano, en lunes, a veintisiete de octubre del año mil quinientos sesenta y uno, le fue cortada la cabeza por uno de sus marañones. Y mandaron que le hiciesen pedazos el cuerpo y lo pusieran por los caminos, y así se hizo. Y su cabeza fue llevada a El Tocuyo y puesta en una jaula de hierro, y la mano derecha a la ciudad de Mérida y la izquierda a Nueva Valencia, como si fueran reliquias de algún santo. Y cierto me parece que fuera mejor echarle a los perros que lo comieran todo, para que su mala fama pereciera y más presto se perdiera de la memoria de los hombres...”.



**NAUFRAGIOS  
DE ÁLVAR NÚÑEZ**

**0**

**La herida del otro**



## PERSONAJES

ÁLVAR NÚÑEZ

CASTILLO

DORANTES

ESTEBAN

NARVÁEZ

PADRE SUÁREZ

ALANIZ

FIGUEROA

PÉREZ

SHILA

MARIANA

CLAUDIA

MUJER 1

MUJER 2

MUJER 3

MUJER 4



## PRIMER ACTO

*Relámpago. Trueno. Fragor de viento y lluvia. La momentánea claridad ha permitido apenas entrever, entre los vagos contornos del decorado, la figura de un hombre desnudo que cruza la escena corriendo. Decece el sonido de la tormenta. Desde la oscuridad, emerge una voz de mujer.*

VOZ DE SHILA. Cuando digas... “y en este tiempo yo pasé muy mala vida, así por la mucha hambre como por el mal tratamiento que de los indios recibía”..., acuérdate de mí, y de cómo en mitad de la noche te buscaba y apretaba mi cuerpo contra el tuyo para darte calor...

*Sobre la voz, nace una tenue luz sobre el esbozo de un dormitorio actual, en un lateral del proscenio. Yacen en la cama un hombre y una mujer. El hombre se remueve, desvelado.*

VOZ DE SHILA. ... y de las veces en que te di el poco de carne de venado que había sido mi ración, guardándolo en la boca sin casi masticarlo...

*Casi sobrepuesta a la voz de mujer, se escucha una voz de hombre.*

VOZ DE ÁLVAR. Pensaba que mis obras y servicios iban a ser tan claros como fueron los de mis antepasados. Pero no me quedó lugar para hacer más servicio que éste, que es traer a vuestra Majestad la relación de lo que pude ver y saber en los diez años que por muchas y muy extrañas tierras anduve perdido y desnudo...

*Relámpago. Trueno. Fragor de viento y lluvia. En la momentánea claridad, cruza nuevamente la escena el hombre desnudo, corriendo. Decece el sonido y se escucha la voz de la mujer.*

VOZ DE SHILA. Cuando digas... “ven y oyen más y tienen más agudo sentido que cuantos hombres yo creo hay en el mun-

do” ..., acuérdate de mí, y de mi ceguera, y de cómo no fui capaz de ver que, a partir de aquel día, ya sólo pensabas en volver con los tuyos...

*El hombre de la cama se incorpora bruscamente y queda sentado, con los pies en el suelo. Viste un moderno pijama que parece negro. Parece escuchar la voz de hombre que le llega desde la oscuridad.*

VOZ DE ÁLVAR. Éramos cuatrocientos hombres y ochenta caballos en cuatro navíos y un bergantín. A diecisiete días del mes de junio de 1527 partimos del puerto de San Lúcar de Barrameda con el gobernador Pánfilo de Narváez, para conquistar las provincias que están desde el río de las Palmas hasta el cabo de la Florida...

*El hombre toma de la mesilla de noche un cigarrillo, lo enciende y fuma, pensativo. Otra voz de hombre se sobrepone casi a la anterior.*

VOZ DE NARVÁEZ. Yo y los que vienen conmigo vamos a pelear y conquistar muchas y muy extrañas tierras y gentes. Y tengo por muy cierto que, en la conquista, muchos habrán de morir. Pero aquellos que queden regresarán muy ricos, porque tengo noticia de la gran riqueza que esas tierras guardan...

*Otra voz de hombre se sobrepone a la anterior.*

VOZ DE CASTILLO. Alonso del Castillo Maldonado, natural de Salamanca...

*Ídem.*

VOZ DE DORANTES. Andrés Dorantes, natural de Béjar y vecino de Gibraleón...

*Ídem.*

VOZ DE ESTEBAN. Estebanico el Negro, natural de Azamor.

*Ídem.*

VOZ DE ÁLVAR. Y Álvar Núñez Cabeza de Vaca, hijo de Francisco de Vera y nieto de Pedro de Vera, el que ganó Canaria, natural de Jerez de la Frontera...

*El hombre apaga el cigarrillo y va a tenderse de nuevo en la cama, pero cambia de opinión y se acuesta en el suelo, sobre la alfombra, semiencogido. La mujer que parecía dormir a su lado se incorpora a su vez y le mira. Luego vuelve a acostarse, dándole la espalda. Relámpago. Trueno. Frigor de viento y lluvia. Se entrevé por el fondo la figura de una mujer india, cargada de bultos diversos, caminando como perdida. Decece el sonido de la tormenta y se escucha de nuevo la voz de la mujer.*

VOZ DE SHILA. Cuando digas... "y al cabo de cinco días llegué a la ribera de un río donde hallé a mis indios, que ya me contaban por muerto"... , acuérdate de mí, y de cómo me viste arañada y cubierta de barro por los cinco días de dolor...

*El hombre, en el suelo, se revuelve inquieto. Por fin se incorpora a medias y, con cierta brusquedad, se desprende de la parte superior del pijama, que arroja al suelo. Luego vuelve a echarse y se cubre parcialmente con la alfombra. La mujer gira la cabeza, le mira y vuelve a su posición anterior. Se reanuda la ronda de las voces.*

VOZ DE CASTILLO. Los pilotos no andan ciertos ni conformes, ni saben dónde están, y los caballos no pueden aprovecharse en caso de necesidad, de tan flacos y fatigados...

*Otra voz de hombre se sobrepone a la anterior.*

VOZ DE DORANTES. ...Y sobre todo, no tenemos a nadie que conozca la lengua de los indios, y mal podremos entenderlos con ellos ni hacerles saber lo que queremos de la tierra...

*Ídem.*

VOZ DE ESTEBAN. Desnudos como nacimos y perdido todo lo que traemos, más cerca estamos de la muerte que de la vida...

*Ídem.*

VOZ DE ÁLVAR. Creí que no tendría necesidad de hablar para ser recordado entre los que cumplen los encargos de vuestra Majestad. Pero, si no doy cuenta yo de mis obras y servicios, ¿lo dirán las nubes o los pájaros que en aquellos tiempos pasaron sobre mí?

*Bruscamente, la mujer se incorpora en la cama y enciende una luz de su mesilla de noche. Va a interpelar al hombre con hosti-*

*lidad, pero se contiene. Habla intentando reprimir su cólera.*

MARIANA. He devuelto el vestido, por fin. Sí, al vérmelo puesto en casa... no sé, lo encontraba exagerado. O demasiado juvenil, no sé... No quiero que parezca que me quito años... ¿Me estás oyendo?

*El hombre, en la sombra que produce la cama, cambia de posición y queda tendido boca arriba.*

MARIANA. Digo que he devuelto el vestido. Me compraré una blusa que combine con la falda mostaza y... Claro que, al fin y al cabo, ir un poco atrevida ya no extraña a nadie. Al contrario: una ropa discreta llama la atención. Te toman por lo que no eres, ¿no te parece?

*Se desplaza hacia el borde de la cama, inclinada sobre el hombre. Habla con irritación contenida.*

MARIANA. ¿No te parece que tengo razón? ¿O piensas que me equivoco? Sí, quizás estoy equivocada... Es fácil equivocarse, hoy en día, ¿no crees? Piensas que estoy equivocada, seguro... Pero no me lo dices, no me dices nada, puede que ni pienses nada de mí, que ni me escuches... ¿Me estás escuchando?

*El hombre se incorpora parcialmente y queda sentado en el suelo, cara al público, con la espalda apoyada en la cama.*

MARIANA. No sé si me escuchas, no sé si estás aquí, no sé quién volvió cuando volviste... Casi dos años... Casi dos años notando cada noche cómo te vas de mí, cómo te pierdo... Ponerme en tu lugar, sí, comprender, tener paciencia... ¿No es bastante paciencia, casi dos años, cada noche, notar cómo se afloja tu abrazo, se retira tu cuerpo, se aleja... y encontrarte cada mañana ahí, en el suelo, echado como un... como un...?

*El hombre se pone en pie y habla mientras se aleja hacia el lado opuesto del proscenio.*

NÚÑEZ. Has hecho muy bien devolviendo el vestido. Te quedaba... exagerado.

*Al tiempo que se extingue la luz en la zona de la cama, se escucha la voz de mujer.*

VOZ DE SHILA. ...acuérdate de mí, y de cómo en mitad de la noche te buscaba y apretaba mi cuerpo contra el tuyo para darte calor...

*La luz desvela en el lado opuesto del proscenio un fragmento de sala de estar moderna y confortable, en el que se advierte, entre otras cosas, un sillón, un mueble-bar incorporado a un equipo de reproducción musical, un espejo de cuerpo entero y una percha con ropas y aderezos del siglo XVI. Álgar se sirve de beber y se coloca ante el espejo. Esboza un leve bréndis ante su imagen y bebe.*

NÚÑEZ. *(A su reflejo.)* No te preocupes: son sólo voces... y nadie más que tú las oye. Nadie más. Cesarán con el tiempo, ya verás. Es lo bueno del tiempo. *(Pausa.)* Lo único bueno...

*Se escucha una voz de hombre.*

VOZ DE DORANTES. Dilo tal como fue, ¿de acuerdo? Importa que se sepa todo lo que ocurrió, con pelos y señales. Cuatro de cuatrocientos, ahí es nada... Y sólo tú sabes de letras. Has de contarlo paso a paso...

*La voz es borrada por otra.*

VOZ DE CASTILLO. Iré yo, si no quieres. Pero esto se acabó, ¿me oyes? Al menos para mí. Y Dorantes y Esteban están hartos también. Hijos del Sol... Mírame, míranos... ¿Hijos del Sol, nosotros? Y esta banda de salvajes hambrientos que nos sigue, ¿nuestra corte, quizás? ¿Nueve años de miserias para alcanzar tamaño imperio?

*La voz es borrada por otra.*

VOZ DE ESTEBAN. Ya en Castilla, antes de partir, una mujer de Hornachos, una mora vieja, dijo todo lo que había de ocurrir. Y así fue sucediendo, paso a paso, como si estuviera escrito en un libro...

*Álgar pone en funcionamiento el aparato de música: se escucha quedamente la Sinfonía número 3, "Escocesa", de Mendelsshon. Toma un libro que hay sobre el mueble y lo hojea.*

NÚÑEZ. Esclavo... Mercader... Brujo... No estaría el abuelo muy orgulloso de ti. No supiste estar a la altura de los tuyos...

*Se mira en el espejo, acariciando su torso desnudo.*

NÚÑEZ. ¿Los tuyos? ¿Quiénes son los tuyos? *(Pausa.)* ¿Quién eres tú? ¿Quién merodea bajo tu ropa?

*Toma de la percha una prenda de ropa del siglo XVI y se la pone.*

NÚÑEZ. ¿Le conoces? ¿Le reconocerías si le vieras desnudo? (Pausa.) ¿Y bajo tu piel? ¿Quién susurra debajo de tu piel?

*Vuelve a hojear el libro. Atraviesa el proscenio Mariana, poniéndose un salto de cama, y llega junto a Álvar.*

MARIANA. ¿Qué haces?

NÚÑEZ. Leo.

MARIANA. ¿Vas a salir?

NÚÑEZ. ¿Salir? ¿Adónde?

MARIANA. (Dejándose caer en el sillón.) Yo tampoco puedo dormir... ¿Me sirves algo?

NÚÑEZ. (Hojear el libro.) No necesito volver a salir.

MARIANA. No sé qué pasa este año con las orquídeas. Ya tenían que haber florecido, pero están como indecisas. Dice Matías que ya no puede echarles más fertilizante. En cambio, las hortensias... ¿Me sirves algo?... Las hortensias, en cambio, tanto que tardaron en crecer, ahora están espléndidas...

*Suena el timbre o llamador de una puerta.*

MARIANA. ¿Quién puede ser a estas horas?

NÚÑEZ. ¿Qué?

MARIANA. Llaman a la puerta. ¿Quién será?

NÚÑEZ. No es nadie. No han llamado.

*Vuelve a sonar.*

MARIANA. ¿Oyes? ¿Esperabas a alguien?

NÚÑEZ. No. ¿A quién iba a esperar, a estas horas?

MARIANA. Es lo que yo digo.

*Vuelve a sonar.*

NÚÑEZ. Pero no llama nadie.

MARIANA. Están llamando. Y el servicio no está. ¿Crees que debemos abrir?

NÚÑEZ. ¿A quién vamos a abrir? ¿Y para qué? Nadie llama a la puerta.

*Vuelve a sonar.*

MARIANA. Puede ser alguien de la familia. Algún imprevisto.

*Sale Mariana.*

NÚÑEZ. ¿Qué familia? (*Grita hacia Mariana.*) ¡Di! ¿Qué familia?

*Se escucha la voz de la mujer desde la oscuridad.*

VOZ DE SHILA. Cuando digas "...es la gente del mundo que más ama a sus hijos, y cuando alguno se les muere le lloran los padres y los parientes y todo el pueblo, y el llanto dura un año cumplido...", acuérdate de mí, y de su cuerpecito frío, y de ti, de cómo querías contener mis lágrimas...

*Sobre la voz entra Esteban el Negro. Es un norteafricano que viste un viejo abrigo, ahora empapado por la lluvia. Lleva una bolsa de plástico, como de supermercado. Va junto a Álvar.*

ESTEBAN. Llego tarde, ¿no?

NÚÑEZ. Supongo.

ESTEBAN. Me has negado tres veces, como al otro...

NÚÑEZ. Eres tú mismo quien te niegas... ¿Quieres algo?

ESTEBAN. Sí, claro... (*Mira a su alrededor.*) Bonita casa, bonita mujer... (*Mira a Álvar.*) ¿Cómo te va?

NÚÑEZ. Bien. Todo me va muy bien... menos la vida.

ESTEBAN. Bueno: eso es llevadero...

*Mientras Álvar toma la botella y vaso para servirle, entre Mariana, que se dirige a él sin, al parecer, reparar en la presencia de Esteban.*

MARIANA. No lo comprendo. Hubiera jurado que... Pero un bromista tampoco ha podido ser. El vigilante está para algo.

*Álvar tiende un vaso a Esteban, pero éste toma la botella.*

ESTEBAN. Prefiero esto. Ya sabes que no soy nada... remilgado.

NÚÑEZ. No eres nada, no eres nadie. Ni siquiera estás aquí.

ESTEBAN. *(Se sienta en el sillón y bebe de la botella.)* Es posible, pero, en la duda, me acabaré tu whisky.

MARIANA. *(A Álvar.)* ¿No crees que la casa es demasiado grande para nosotros?

NÚÑEZ. Sí... Y para mí, demasiado pequeña.

*Trueno. Oscuro repentino. Al fugaz resplandor de un relámpago, se adivina la figura de un hombre desnudo, ahora inmóvil en medio de la escena. Grita: "¡Shila!" Un nuevo trueno. Sobre la música de Mendelssohn, vuelve poco a poco la luz al mismo lateral del proscenio. Ahora es Mariana quien está sentada en el sillón. Esteban, de pie ante la percha, curiosear los vestidos. Álvar mira hacia la sala, inquieto.*

MARIANA. A veces me paso semanas enteras sin usar algunas de las salas, o todo un pasillo, y me olvido de que existen. Y un día, de pronto, abro una puerta y ahí están, como si acabaran de nacer. También me ocurre que estoy en una habitación y la siento crecer poco a poco... ¿A ti no te pasa? ¿Notar como si las paredes y el techo se fueran alejando, y tú ahí, en medio de un espacio cada vez más grande, volviéndote cada vez más... más...? No exactamente más pequeña, no es eso...

ESTEBAN. *(Por los vestidos.)* Parece ropa de teatro. *(Mira a Álvar.)* Te noto inquieto. ¿Esperas a alguien?

NÚÑEZ. Si te contestara, podrías llegar a creer que estás aquí realmente.

ESTEBAN. No te preocupes: no tengo tantas pretensiones.

MARIANA. No más pequeña, no... Es otra cosa...

NÚÑEZ. *(A Esteban.)* En todo caso, imagina, si quieres, que te digo que sí, que espero a alguien. Alguien que ha de venir por ese oscuro pasadizo... *(Señala la sala.)*

ESTEBAN. ¿Y sabes quién es?

NÚÑEZ. Imagina que te digo que sí, que es un mensajero del Emperador. Un mensajero con malas noticias para ti, Mariana.

MARIANA. ¿Qué?

NÚÑEZ. Malas noticias para ti.

MARIANA. ¿De qué noticias hablas?

NÚÑEZ. He solicitado una nueva misión en América.

MARIANA. *(Tras un silencio.)* Me compraré una blusa que combine con la falda mostaza. El vestido lo encuentro exagerado...

NÚÑEZ. *(Rápida y mecánicamente.)* En el Río de la Plata, concretamente. Se trata de socorrer a los supervivientes de la expedición de Pedro de Mendoza. Gastaré en esta jornada ocho mil ducados: caballos, armas, bastimentos y otras cosas. Si accede, Su Majestad me otorga el título de Gobernador y Adelantado y Capitán General de aquellas tierras y me hace merced de la doceava parte de todo cuanto allí se obtenga.

*Mariana se incorpora y atraviesa el proscenio, hacia la zona en que está la cama. Comienza a hablar cuando llega a ella.*

MARIANA. No sé qué pasa este año con las orquídeas. Ya tenían que haber florecido, pero están como indecisas. *(Acostándose.)* ¿Vas a salir?

ESTEBAN. *(A Álvar.)* No ahora. No esta noche. He venido a buscarte.

NÚÑEZ. Malas noticias para ti, Mariana.

ESTEBAN. Repito que he venido a buscarte. ¿No me oyes?

NÚÑEZ. Imagina que te digo que sí, que te oigo, que sé que has venido a buscarme, y para qué, y hasta quién te envía.

DORANTES. Es mucho imaginar para alguien que no es nada, que ni siquiera está aquí...

NÚÑEZ. Puedes volverte por donde has venido.

ESTEBAN. (*Ríe.*) ¡Por donde he venido!... ¿Me indicas tú el camino?

NÚÑEZ. Espero un mensaje del Emperador.

MARIANA. (*Desde la cama, furiosa.*) ¿Qué emperador ni qué mensaje ni qué esperar son esos? ¡Yo, yo soy quien espera en cada carta, en cada teléfono que suena o que no suena, en todas las llamadas. (*Se calma.*) Alguien llamó, estoy segura. No fue sólo cosa de mi miedo... ¿Esperabas a alguien? (*Vuelve a tenderse.*)

*Esteban se acerca a Álvar, que continúa escrutando la sala.*

ESTEBAN. Bromas aparte: olvida, de momento, esa nueva misión. Por esta noche, al menos. He venido a buscarte, sí. Me han enviado. Se trata de ese libro que escribiste. No están conformes con lo que cuentas... o con cómo lo cuentas. Dicen que no se reconocen en sus palabras, que callas muchas cosas, que te ocultas... Eso dicen. Yo no sé leer. Pero me han enviado a buscarte. "Que vaya Esteban el Negro", han dicho. "Él puede ir y venir por todas partes. No es de aquí ni de allá, no es de ningún sitio..." (*Pausa. Le muestra la bolsa de plástico.*) Te he traído esto. Me lo dio ella... para ti.

*El sonido de una larga y quejosa ráfaga de viento parece borrar la imagen y la palabra. Ya casi en el oscuro, decrece el sonido del viento y se escucha la voz de la mujer.*

VOZ SHILA. Cuando digas "... cada uno de ellos nos tomó de la mano y..." (*Nueva ráfaga de viento. Oscuro.*)... acuérdate de mí y de cómo busqué la manera de tenerte en...

*Nueva ráfaga de viento. Relámpago y trueno casi simultáneos. Una luz difusa baña el centro de la escena, al tiempo que la música de Mendelssohn irrumpe en el "Allegro maestoso" final. Desde el fondo avanza un caballo de tamaño mayor que el natural, enjaezado para la guerra. Sobre él, también belicosamente ataviado con armadura, Pánfilo de Narváez, con un ojo cubierto por un parche. Dos actores, vestidos con ropas de trabajo actuales, arrastran o empujan el imponente conjunto, levemente caricaturesco, que se detiene al llegar cerca del proscenio. Decrece el sonido de la música.*

NARVÁEZ. (*Al público.*) Llego tarde, lo sé... Cuando ya nadie espera nada. Cuando cunde la sospecha de que son inútiles estos preparativos. Pero también ustedes han llegado tarde.

Quizás llegar es siempre llegar tarde. O, simplemente, ocurre que ya es tarde. Es tarde, simplemente. Flota en el aire el gas letal de la desconfianza. Nadie cree en el juego. Todos conocen el truco, adivinan las trampas. Sólo veo miradas escépticas, gestos condescendientes, incluso alguna que otra sonrisa irónica. ¿Quién está aquí dispuesto a transigir, a poner algo de su parte, a dejarse llevar? Y llevar, ¿adónde?

*Los dos actores que hacían avanzar el caballo han salido, cada uno por un lateral. En su zona, que vuelve a iluminarse, Álvar ha cogido la bolsa de plástico que le tendía Esteban y está mirando en su interior.*

NÚÑEZ. ¿Qué es esto?

ESTEBAN. No sé. Ella me lo dio... para ti.

NÚÑEZ. *(Le mira fijamente.)* ¿De quién hablas?

ESTEBAN. Ese es el problema. Parece ser que ni la nombras. En el libro, quiero decir. Pero ella estuvo allí, contigo... ¿O no? ¿Tres años, cuatro, cinco...?

NÚÑEZ. *(Tirando la bolsa al suelo, a los pies de Esteban.)* Todo esto no está ocurriendo.

*Sobre el caballo, Pánfilo de Narváez se revuelve, irritado.*

NARVÁEZ. ¿Alguien puede ayudarme a bajar de aquí?

*Decrece la luz en la zona de Álvar y Esteban. Reaparecen en la zona central los dos actores que empujaban el caballo, llevando ahora algunos estandartes castellanos, picas y lanzas que instalan aquí y allá, con evidente desgana y aparente arbitrariedad. Hablan entre sí mientras realizan su tarea, entrando y saliendo por ambos laterales.*

CASTILLO. Unas cuantas cabañas entre el mar y la selva. *(Indica la sala.)* Ahí, la selva... *(Indica el fondo de la escena.)* Aquello, el mar.

DORANTES. Los botes en la orilla, varados. Cielos plumizos sobre un mar calmo, pero amenazador.

CASTILLO. Ahí al fondo, en medio de la bahía, los navíos y el bergantín.

DORANTES. Suprimir.

CASTILLO. Sugerir el ajetreo de unos preparativos febriles e inquietos.

DORANTES. ¿Cómo?

CASTILLO. Hombres y caballos. Las mujeres, a un lado, entre los árboles, al borde de la playa. Gritos y silencios.

NARVÁEZ. *(Siempre sobre el caballo.)* ¿Alguien puede ayudarme a bajar de aquí?

DORANTES. El gobernador Pánfilo de Narváez da órdenes inútiles que nadie escucha.

CASTILLO. Imaginar.

DORANTES. En un discreto segundo plano, sentado ante unos tableros a modo de mesa, Álvaro Núñez, tesorero y alguacil mayor, se dispone a escribir.

*En su zona, Álvaro se tapa los oídos con las manos y grita:*

NÚÑEZ. ¡No estoy ahí!

CASTILLO. *(Sin registrar el grito.)* Ahí, más a la derecha...

DORANTES. Ráfagas intermitentes hagan ondear las faldas y cabellos de las mujeres.

CASTILLO. Difícil. *(Pausa.)* Mejor sin viento.

*Sobre el caballo, Narváez ha sacado una radio-cassette y, arriándose a al oído, escucha algo que el público sólo percibe como ruiditos. Entran algunos actores y actrices, con ropas que combinan la actualidad y el siglo XVI. Desconcertados y apáticos, deambulan por escena como buscando vagamente algo que no encuentran.*

DORANTES. *(Sin abandonar su ocupación.)* ¿Esta es toda la gente?

CASTILLO. Más o menos.

DORANTES. ¿Y los indios?

CASTILLO. Ni rastro de los indios. Huyeron por la noche en sus canoas.

DORANTES. Resultará lucida, pues, la ceremonia.

CASTILLO. Basta con esbozarla.

DORANTES. Basta... y sobra.

CASTILLO. (*Se detiene.*) ¿Sobra?

DORANTES. (*Ídem.*) Considera: una tropa famélica y cansada, unos pocos caballos esparrancados de flojera, una costa de bajíos y marismas, sin puerto seguro ni ruta conocida. Por toda población, aquellas cuatro chozas, hoy vacías. No más riquezas que una sonaja de oro hallada entre las redes. Ni sombra de maíz, y no nos queda más provisión que una libra de bizcocho y otra de tocino por persona...

CASTILLO. ¿Has terminado ya?

DORANTES. ¿Terminado, qué?

CASTILLO. El cuadro descriptivo.

DORANTES. Puedo dar más detalles, si conviene.

CASTILLO. Si conviene, ¿a quién?

DORANTES. No te hagas el tonto. ¿Para qué hacemos todo esto?

CASTILLO. Es lo que me estoy preguntando. (*Pausa.*)

DORANTES. O sea... que tú estás conforme...

CASTILLO. ¿Conforme?

DORANTES. Sí: con lo que cuenta, con cómo lo cuenta, con el papel que hacemos tú y yo, y los otros...

CASTILLO. ¿Quién está haciendo un papel? ¿Y dónde?

DORANTES. Es un modo de hablar... En ese libro que escribió... No te hagas el tonto... Por eso estamos aquí: nos dijeron que salíamos de comparsas, ¿no te acuerdas?...

CASTILLO. El libro, sí... ¿Tú lo has leído?

DORANTES. No... Pero dicen que se vende mucho... Y que tú y yo parecemos enanos a su lado, unos don nadie, un par de pobres tipos... ¿Te imaginas? ¡Figurar en la historia de comparas suyos! ¿No te importa? ¿De veras no te importa?

*Castillo no contesta. Se ha aproximado al caballo, sobre el cual Narváez continúa escuchando la radio-cassette.*

CASTILLO. *(Irritado, por Narváez.)* A ése sí que no le importa nada... *(Y da una furiosa sacudida al caballo. Narváez se sobresalta, deja de escuchar la música y declama, desconcertado.)*

NARVÁEZ. ¡Llego tarde, lo sé! Cuando ya nadie espera nada. Cuando cunde la sospecha de que son inútiles estos preparativos...

*Es interrumpido por las protestas y abucheos de los actores que deambulaban por escena. Ahora se han colocado, agrupados, hacia el fondo del escenario, entre las picas y estandartes que fueron colocando Castillo y Dorantes, de modo que Narváez, para verlos, tiene que volverse dificultosamente en la montura. Va a dirigirles la palabra, pero le resulta incómodo, e indica mediante gestos autoritarios a Castillo y Dorantes que hagan girar el caballo. Como no le hacen caso, inicia su arenga con el cuerpo grotescamente vuelto hacia atrás.*

NARVÁEZ. *(Tratando de resultar solemne.)* Yo, Pánfilo de Narváez, en nombre de su Majestad el Emperador Carlos, tomo posesión de estas tierras y de sus pobladores, con todas las riquezas que en ellas sean halladas, para así acrecentar los señoríos y rentas de la corona de Castilla, que tantas excelencias... *(Se interrumpe y grita, furioso.)* ¿Habré de romperme el espinazo aquí arriba, maldita sea?

*Mientras varios actores acuden para desplazar hacia atrás el caballo y la luz decrece en la zona central, Álvar cruza rápidamente el proscenio y va junto a Mariana, que yace en la cama. La luz vuelve al dormitorio.*

NÚÑEZ. *(Sacudiendo levemente a Mariana.)* Despierta, Mariana... Estoy aquí, soy yo... No hay nadie más, nadie llamó, no espero a nadie... Sólo estamos tú y yo esta noche, en casa...

MARIANA. *(Se incorpora y acaricia con cierta crispación la cara y el torso desnudo de Álvar.)* No vas a salir, ¿verdad?... Ni es-

ta noche ni mañana ni nunca... La casa es tan grande... Tú y yo solos...

NÚÑEZ. Todo está bien... Todo funciona... Tenemos un jardín con hortensias... Puedes comprar vestidos, hay música, bebidas, libros, aire caliente o frío, luz indirecta en las habitaciones, comida succulenta en la cocina... (*Transición: por las extrañas caricias de Mariana.*) Me estás haciendo daño.

MARIANA. (*Calmándose, inspecciona el pecho de Álvar.*) ¿Dónde están?

NÚÑEZ. ¿Qué? (*Ella busca en sus brazos.*) ¿Qué?

MARIANA. Los dibujos... Los dibujos horribles... en tu piel.

NÚÑEZ. (*Separándose de ella.*) Me los hice borrar, ¿ya no te acuerdas? Hace más de un año.

*Oscuridad. Viento. Vagas claridades oscilantes manchan la zona central. Los actores, así como Narváez, han desaparecido. También las picas y estandartes. Sólo se distingue, al fondo, la silueta del caballo. El hombre desnudo atraviesa la escena corriendo, visiblemente agotado. Cae, se incorpora y prosigue su carrera gritando: "¡Shila!". Se hace el oscuro, al tiempo que se iluminan los dos extremos del proscenio. En el dormitorio, Álvar está echado en la cama, boca arriba y Mariana, en pie, cara al público, mirando vagamente frente a sí, enciende y fuma un cigarrillo. En la sala de estar, Esteban busca en la percha y va tomando algunas prendas de ropa del siglo XVI.*

MARIANA. (*Indirectamente, a Álvar.*) Al regresar, siempre tenías hambre y sólo pensabas en comer. Cualquier cosa, a cualquier hora. Sólo comer. Y te daba lo mismo que fueran platos exquisitos o comida de pobres. Cualquier cosa. (*Pausa.*) Basura incluso. Una noche... ¿o fueron varias?... en la cocina, sí, a cuatro patas, como un animal, rebuscando en la basura, devorando los restos de la cena... Como un animal. (*Pausa.*) Tuve mucha paciencia.

ESTEBAN. (*Indirectamente, al público.*) Cuando pierdes la ropa, sabes lo que has perdido. Y, además, siempre te queda la piel. Pero, cuando pierdes la piel, ¿qué te queda? (*Pausa. Mira la ropa que ha escogido.*) Buenas telas, buenos vestidos... (*Pausa.*) Parece ropa de teatro.

MARIANA. (*Indirectamente, a Álvarez.*) ¿Tienes hambre? Podría cocinar para ti... podría cocinarte una liebre con gelatina, bien sabrosa, ¿no te gustaría? Trocearía la liebre, quitaría con cuidado los huesos, los nervios, los tendones... Pondría en una cazuela los recortes de la carne, el corvejón troceado, las zanahorias en rodajas, las cebollas partidas, sal, pimienta... y especias a tu gusto. Lo coceré en caldo y vino blanco, a fuego lento, lento y... (*Pausa.*) Podría cocinar para ti, si supiera...

ESTEBAN. (*Directamente al público.*) Habría que empezar. (*Pausa.*) Al fin y al cabo, los vestidos, la piel... ¿qué más da? Lo que importa es perderlos. (*Sale con los vestidos.*)

MARIANA. (*Directamente a Álvarez.*) En todo caso, siempre le digo a Manuela que deje preparado algún plato. Debes de tener hambre. (*Sale.*)

*Al tiempo que Mariana sale por el lateral, entra en la zona opuesta —la sala de estar— una mujer joven de aspecto indígena. Viste ropas actuales, aunque con algún elemento que revela su origen. Mira confusa a su alrededor, como buscando algo y, por fin, lo halla: la bolsa de plástico que Álvarez arrojó al suelo. La recoge y mira su contenido. En ese momento, Álvarez se incorpora a medias en la cama y grita:*

NÚÑEZ. ¡Shila!

*La mujer sale rápidamente por donde entró, llevándose la bolsa. Casi simultáneamente aparecen en el dormitorio Castillo y Dorantes. Llevan la ropa que Esteban tomó de la percha. En pie junto a la cama o sentados en ella, van a ir vistiéndolo a Álvarez, que les deja hacer como aturdido, mientras le hablan.*

CASTILLO. Ahora están ahí, reunidos, míralos, decidiendo por todos...

DORANTES. Ese es el gobernador Pánfilo de Narváez, y ha llamado aparte al Padre Suárez, y al contador y al veedor, y a ti, y al escribano Alaniz y a un marinero...

CASTILLO. Y les dice que quiere meterse por la tierra adentro, y que los navíos vayan costeando hasta llegar a ese puerto que —dicen los pilotos— está muy cerca de allí.

DORANTES. Pide el parecer de todos, y tú das el tuyo, y es que de ningún modo hay que dejar los navíos sin que primero queden en puerto seguro...

CASTILLO. Y le dices que los pilotos no andan ciertos ni conformes, ni saben dónde están, y los caballos no pueden aprovecharse en caso de necesidad, de tan flacos y fatigados...

DORANTES. Y, sobre todo, no tenemos a nadie que conozca la lengua de los indios, y mal podremos entendernos con ellos ni hacerles saber lo que queremos de la tierra...

NÚÑEZ. ¿Qué queremos de la tierra?

*Hay un breve silencio, en el que todos se inmovilizan. Luego reanudan su tarea. En la zona central, bañada por débiles claridades, han entrado los actores, ahora ataviados con ropas del siglo XVI. Los hombres —Narváez entre ellos— forman un grupo vagamente deliberante. Las mujeres, por su parte, están también reunidas al fondo.*

CASTILLO. Ahora habla el Padre Suárez, y le parece todo lo contrario, que no hay que embarcar, sino andar la costa en busca de puerto.

*Uno de los actores, cuyo atuendo sugiere el de un fraile franciscano, interpela a los demás.*

SUÁREZ. Es tentar a Dios el volverse a embarcar, ya que tantos trabajos hemos padecido desde que salimos de Castilla, tantas tormentas, tantas pérdidas de navíos y caballos y gente.

*Otro actor de aspecto poco belicoso —es, en realidad, escribano— hace lo mismo.*

ALANIZ. Yo soy del parecer de Álvar Núñez: antes de hacer entrada alguna, hay que dejar los navíos en puerto conocido y seguro.

*Entre tanto, Castillo y Dorantes han terminado de vestir a Álvar y tratan de conducirlo hacia la zona central, venciendo su débil resistencia.*

DORANTES. Ahora el gobernador insiste en meterse por la tierra adentro, y entonces tú le requieres, en nombre de Su Majestad, que no deje los navíos sin que queden seguros y en puerto.

*Han llevado a Álvar hasta el grupo de actores, y todos le miran en silencio, mientras Castillo y Dorantes se escabullen hacia el fondo. Narváez interpela por fin a Álvar.*

NARVÁEZ. ¿Qué es esto de pedir testimonio? ¿Quién es vuestra merced para hacerme estos requerimientos? Yo pido testimonio al escribano cómo, por no haber en esta tierra mantenimientos para poblar ni puerto para los navíos, levanto el pueblo que aquí he fundado y voy en busca de tierra que sea mejor. Apréstese la gente que ha de venir conmigo, no nos tardemos más...

CASTILLO. *(A Dorantes, por el mutismo de Álvar.)* ¿Habrá que aguijarle?

DORANTES. Espera un poco...

NARVÁEZ. *(A Álvar.)*... Y vos, Álvar Núñez, pues que tanto estorbáis y teméis la entrada por la tierra, tomad a vuestro cargo los navíos y la gente que en ellos queda.

*Todos callan, esperando la respuesta de Álvar, que no llega. Como adivinando su intención de huir, Castillo y Dorantes acuden rápidos junto a Álvar y se colocan a sus lados.*

CASTILLO. *(Con velada violencia.)* Tú te excusas, y él entonces te pregunta por qué rehusas aceptar. *(Silencio de Álvar.)* A lo cual respondes: “Porque tengo por cierto que vos no habéis de ver más a los navíos, ni los navíos a vos, entrando tan sin aparejo por la tierra adentro”.

DORANTES. *(Tras una pausa tensa.)* “Y quiero más aventurarme al peligro y pasar por lo que todos pasen —dices—, que no encargarme de los navíos y dar ocasión que se diga cómo me quedo por temor. Prefiero aventurar la vida que la honra”. *(Zarandea levemente a Álvar.)*

NÚÑEZ. *(Titubeante.)* Prefiero aventurar... la vida... que la honra... *(Esteban ha seguido la escena desde el fondo, y ahora interpela a una de las mujeres.)*

ESTEBAN. Sepárate del grupo, tú, la que tanto rezongas. Atraviesa la playa y llega ante el gobernador...

*La actriz —Claudia— cumple las instrucciones de Esteban.*

ESTEBAN. Díselo, di lo que sabes, lo que os asusta a todas: que abandone la empresa, que salga de esta tierra, porque nadie regresará con vida...

CLAUDIA. ...Y si alguno volviere, Dios hará por él muy grandes milagros. (*Pausa.*) Pero pocos serán los que regresen, o ninguno.

NARVÁEZ. Yo, señora, y todos los que vienen conmigo, vamos a pelear y conquistar muchas y muy extrañas tierras y gentes. Y tengo por muy cierto que, en la conquista, muchos habrán de morir. Pero aquellos que queden regresarán muy ricos, porque hay noticia de la gran riqueza que esas tierras guardan.

CLAUDIA. Pero pocos serán los que regresen... o ninguno.

NARVÁEZ. ¿Y cómo lo sabéis, con tanta certidumbre?

ESTEBAN. (*A Claudia.*) Dile que ya en Castilla, antes de tu partida, una mujer de Hornachos, una mora vieja, dijo todo lo que había de ocurrir...

CLAUDIA. ... Todo lo que había de ocurrir, sí. Y así ha venido sucediendo, paso a paso, como si estuviera escrito en un libro.

NARVÁEZ. (*Saliéndose de su papel.*) ¿Conviene aderezar la historia con presagios funestos? ¿La mano del destino, y todo eso?

ALANIZ. (*Sacando un libro actual de sus ropas.*) Aquí lo dice muy claro... (*Lee.*) "Aquellas personas que allí estaban vieron y oyeron todas muy claramente cómo aquella mujer dijo a las otras que, pues sus maridos entraban por la tierra adentro y ponían sus vidas en tan gran peligro..."

CLAUDIA. (*A Alaniz.*) Bien, bien... Pero no me acortes el papel aún más... (*A las demás actrices, interpretando.*) ... Y ponen sus vidas en tan gran peligro, no hagáis cuenta de ellos y mirad enseguida con quién os habéis de casar, porque yo así lo he de hacer...

ALANIZ. (*Leyendo.*) "Y así lo hizo, que ella y las demás se casaron y amancebaron con los que quedaron en los navíos..."

CASTILLO. (*A Dorantes.*) Algún detalle no concuerda.

DORANTES. No importa: la realidad también es inexacta.

CASTILLO. Ya, pero... si no la atamos corto...

DORANTES. No te preocupes: esto está casi controlado...

*Durante la escena anterior, las dos zonas laterales del proscenio —el dormitorio y la sala de estar— han ido retirándose entre cajas. Bruscamente, Álvaro abandona el grupo deliberante y corre hacia el lugar en que estaba el dormitorio. Al no hallarlo, atraviesa corriendo el proscenio en busca de la sala de estar. Desconcertado, angustiado casi, vuelve al centro del proscenio y mira hacia el patio de butacas. Parece como si fuera a saltar del escenario pero, durante su indecisión, llegan hasta él Dorantes y Castillo y le sujetan, cada uno de un brazo.*

NÚÑEZ. *(Forcejeando con ellos.)* ¡Soltadme! ¡No quiero volver! ¡Aquello ya ocurrió! ¡Ya lo viví, lo conté, lo escribí! ¡No quiero soñarlo!

DORANTES. Cálmate, Álvaro. No te pongas así... No se trata de soñarlo...

CASTILLO. Ni siquiera de vivirlo. Es otra cosa.

DORANTES. Como un juego, más o menos...

CASTILLO. *(A Dorantes.)* ¿Un juego?

DORANTES. *(A Castillo.)* Más o menos.

CASTILLO. Es otra cosa...

DORANTES. De acuerdo, pero, ¿qué?

CASTILLO. No sabemos las reglas. Ni cómo se gana o se pierde...

DORANTES. Dices bien.

CASTILLO. Ni qué. Ni quién. Ni cuándo.

*Aprovechando la distracción de Castillo y Dorantes, Álvaro intenta zafarse, pero ellos reaccionan rápidamente, le sujetan aún con más firmeza y le hacen caer al suelo, impidiéndole cualquier movimiento.*

NÚÑEZ. ¡Estoy aquí, ahora! ¡Espero un mensaje del Emperador...!

CASTILLO. No llegará ningún mensaje. No aquí. No esta noche. Tranquilo.

DORANTES. ¿Dónde crees que estás? ¿Quién crees que eres?

NÚÑEZ. ¡Soy Álvar Núñez Cabeza de Vaca!

CASTILLO. Más o menos.

DORANTES. Más bien menos.

CASTILLO. En cualquier caso, todos preferiríamos ser algo más de lo que somos, estar en otra parte...

DORANTES. Eso mismo: a nadie le gustan estas medias tintas, este sí pero no, este quiero y no puedo...

CASTILLO. Este ser y no ser...

DORANTES. Yo, por ejemplo: se supone que soy Andrés Dorantes, natural de Béjar y vecino de Gibraleón...

CASTILLO. Y yo, Alonso del Castillo Maldonado, natural de Salamanca...

DORANTES. Pero eso no se lo cree nadie.

CASTILLO. Bueno: casi nadie.

DORANTES. Y sin embargo, aquí estamos: hinchando el pecho y apretando el culo para enmendar la Historia, con mayúscula.

CASTILLO. O por lo menos, tu historia, con minúscula.

DORANTES. (A Castillo.) Para el caso, es lo mismo, ¿no?

*Esteban se ha acercado al proscenio con una lanza india, observándola minuciosamente, y se coloca tras el trío.*

CASTILLO. Lo escrito, escrito queda, desde luego. Pero eso no significa que haya que estar conforme.

DORANTES. Ni mucho menos.

CASTILLO. ¿Y por qué tanta prisa, di? ¿Por qué tanta prisa en escribirlo?

DORANTES. Escribirlo... y enviarlo volando a la Audiencia de Santo Domingo. ¿Por qué?

*Bruscamente, Esteban levanta la lanza y la clava en la espalda de Álvar, que grita con una mezcla de dolor y placer. Luego pierde el sentido. Castillo y Dorantes continúan sujetándole.*

ESTEBAN. Por miedo a la memoria, ¿verdad? Escribirlo, digo. Por miedo a la memoria. Uno lo escribe y así ya no tiene por qué recordarlo. Lo escribe como quiere, y a olvidar... Esteban no sabe escribir, por eso no sabe olvidar. Mala cosa, no saber olvidar. Mala cosa, la memoria por ahí, desbocada, sin riendas...

DORANTES. Basta ya, Esteban... si nos ponemos todos a filosofar no arrancaremos nunca.

CASTILLO. Y parece que ya el resto de la gente se empieza a deshinchar...

*En efecto, los restantes actores han abandonado sus posiciones y se dedican a tareas y entretenimientos diversos. Alguno incluso duerme.*

ESTEBAN. *(Desclavando su lanza, a Álvar.)* ¿Te ha dolido, esta vez?

*Castillo y Dorantes dejan a Álvar tendido en el suelo y van hacia el fondo, activando a los otros.*

CASTILLO. ¡Vamos, vamos, compañeros! ¿Qué es esto? ¿Apoltronándose ahora?

DORANTES. ¡Ya es tiempo de emprender la marcha! ¡Arriba! *(A Narváez.)* Al caballo, don Pánfilo. Entremos tierra adentro, que nos aguardan riquezas sin medida. Ahora sabrá don Hernando Cortés lo que es ganar imperios...

*Todos se ponen en movimiento, sin dirección precisa. También Álvar, con la ayuda de Esteban, se incorpora y se funde en el grupo. Vagos preparativos de marcha. Narváez es encaramado sobre el caballo. Los hombres cargan armas y bultos diversos, salidos no se sabe de dónde. En primer término, un soldado interpela a la Actriz.*

FIGUEROA. No lo dirías en serio, ¿verdad, Claudia?

CLAUDIA. ¿Qué?

FIGUEROA. Lo que dijiste antes. Eso de que ibas a buscar con quien casarte, si nos metemos tierra adentro.

CLAUDIA. Y tan en serio. Como que ya lo encontré.

FIGUEROA. ¿Qué es lo que encontraste?

CLAUDIA. Con quien casarme. Aquí está. *(Tomando a otro soldado del brazo.)* Salúdale, Melchor.

PÉREZ. Hola, Figueroa. Yo...

FIGUEROA. *(A Claudia.)* Pero, ¿qué estás diciendo?

CLAUDIA. Lo que oyes.

FIGUEROA. ¿Con éste te vas a casar?

PÉREZ. Bueno, Figueroa, verás...

CLAUDIA. *(A Pérez.)* Tú calla, Melchor.

FIGUEROA. Pero, ¿cómo vas a casarte con éste?

PÉREZ. Claro, Figueroa. Lo que pasa...

FIGUEROA. Cierra el pico, Pérez. *(A Claudia.)* ¿Es que acaso no eres mi mujer?

CLAUDIA. Tu viuda, dirás. Vamos, Melchor.

FIGUEROA. ¿Qué viuda ni qué mierda? Bien vivo que estoy, y con todas mis partes. *(Se lleva la mano a la entrepierna.)* ¿O no?

PÉREZ. Seguro, Figueroa. Sólo que...

CLAUDIA. Muy pocas van a quedarte, dentro de muy poco.

FIGUEROA. ¿Serás ave de mal agüero? ¿Es que no oíste al gobernador?

CLAUDIA. También oí a la mora de Hornachos y he visto que ocurría todo lo que me dijo.

FIGUEROA. (A Pérez.) ¿Y tú también crees esas zarambaimas?

PÉREZ. Bueno, Figueroa. Yo...

FIGUEROA. (A Claudia.) ¿Pueden más en tu ánimo los flatos de una vieja pagana que el clamor de una armada cristiana? (Señalando el movimiento de los actores.) Mira, mira esos trescientos hombrazos armados hasta los dientes... Y esos cuarenta caballos tan bravos y rozagantes... ¿Llevaba consigo muchos más don Hernando Cortés para someter a la corona de España todo el poderosísimo imperio de los mexicas, también llamado de la Nueva España? Pues déjate de segundas bodas y vamos a darle gusto al bajo vientre. (A Pérez.) Y tú, Pérez, ya que te quedas con los navíos, recoge toda la boñiga que puedas para abonar el sembradico de ajos que trajimos, aquí mi esposa y yo. (Y arrastra consigo a Claudia.)

PÉREZ. Hombre, Figueroa. Tú también...

CLAUDIA. (Desprendiéndose de Figueroa.) La boñiga te la echas tú en el bajo vientre, a ver si así te crece la berengena... Que tantos imperios vas a conquistar, como hijos fuiste capaz de hacerme.

FIGUEROA. Por tu vida, Claudia, no me quieras afrentar ahora con esa canción. Que tú bien sabes cómo yo...

CLAUDIA. Lo que sé bien y rebién es la sarta de infortunios que os aguardan a todos. Semanas y semanas y meses de andar más que perdidos, sin hallar otra cosa que comer más que palmitos verdes...

*Como arrastrados por su voz, todos los hombres de la expedición inician una confusa danza o pantomina que evoca vagamente las circunstancias descritas por Claudia. Desde los laterales de la escena, las mujeres arrojan a sus pies baldes de agua que van encharcando el suelo y dificultan sus movimientos. Algunos hombres caen, se incorporan y prosiguen su incierto deambular, cada vez más penoso.*

CLAUDIA. ... Atravesando ríos muy hondos y muy anchos, de corriente muy recia, o por montes espesos, con árboles altísimos, muchos de ellos caídos de las muchas tormentas, y otros tantos hendidos por los rayos...

*Figueroa intenta resistirse a ir con los otros y se agarra a Pérez.*

FIGUEROA. ¡No, no...! ¡Esperad un momento! ¡Aclaremos primero un par de cosas! ¡Y no me sueltes, Pérez, que siempre fui tu amigo!

PÉREZ. Lo siento, Figueroa. Yo... *(Le suelta.)*

FIGUEROA. ¡Que no me sueltes, cabrón! ¡Deja que te diga...!

*Pero se pierde su figura en el grupo de expedicionarios y su voz es borrada por la voz de Claudia, que prosigue su relación, acongojándose paulatinamente.*

CLAUDIA. ... Sin ver indio ninguno, o viéndolos tan pobres que no sacaréis de ellos más que pescado seco o un poco de maíz, con que daréis infinitas gracias a Dios Nuestro Señor por socorremos en tan gran necesidad... *(A Pérez, como rechazando su emoción.)* Y vamos a lo nuestro, Melchor, que ya están esos bien encaminados...

*Sale llevando a Pérez de la mano, y al salir se cruzan con Mariana, que lleva una bandeja con una fuente de comida cubierta. Atraviesa la escena como extraviada, mientras se escucha el diálogo de los hombres.*

SUÁREZ. *(A Narváez.)* Con la venia del señor gobernador... ¿No sería cosa de ir pensando en evangelizar un poco a esos indios?

NARVÁEZ. ¿A esos queréis evangelizar, padre Suárez? ¿A esos pobres salvajes, que ni saben lo que es el oro, vais a arrojar el mensaje de Cristo? ¿No recordáis acaso la parábola del sembrador?

SUÁREZ. ¿Cómo no voy a recordarla, don Pánfilo? San Mateo, capítulo trece, versículos uno al nueve.

NARVÁEZ. Pues eso: el que tenga oídos que oiga, y el que no, que se joda... Y no hablemos de estos otros, que primero nos reciben como amigos, y su cacique me da el cuero de venado que vestía, y yo le doy cuentas y cascabeles, y nos lleva a su pueblo, y al otro día nos caen como enemigos... Sigamos, sigamos en pos de esa provincia tan rica que dicen que hay al norte, no perdamos más tiempo, que bien sé yo que vamos retrasados, maldita sea mi suerte perra...

SUÁREZ. *(Santiguándose.)* Don Pánfilo, por Dios...

ALANIZ. (*A Narváez.*) ¿Qué retraso y qué prisas son ésas, señor Gobernador? Con mis respetos, no le oigo otra machaquearía desde que arribamos a las costas de la Florida.

NARVÁEZ. ¿Qué retraso, dices? ¿No lo ves tú mismo? (*Indica el escenario y los actores.*) ¿Quién está aquí dispuesto a transigir, a poner algo de su parte, a dejarse llevar? Y llevar, ¿adónde? (*A las mujeres que arrojan agua.*) ¡Y basta de agua, rediez! ¡Que hace ya casi un mes que dejamos la costa!

*Las actrices dejan de baldear y salen de escena.*

CASTILLO. ¿Y los ríos, señor Narváez? ¿Estaban por ventura secos los ríos que hubimos de pasar?

DORANTES. Díganselo al pobre Juan Velázquez, que se entró por aquél de corriente tan recia, y se ahogó con caballo y todo...

SUÁREZ. Y su muerte nos dio mucha pena, porque hasta entonces ningún cristiano nos había faltado. (*Se santigua.*)

CASTILLO. Mucha pena, sí... No tanta la del caballo, que aquella noche dio de cenar a muchos.

*Dos actores arrancan la envoltura de una de las ancas del caballo de Narváez, dejando al descubierto su esqueleto metálico.*

NARVÁEZ. (*Protestando indignado.*) ¡Eh, eh! ¿Qué estáis haciendo? ¡No malogréis el caballo! ¿Qué no sabéis del temor que los indios le tienen? ¿Cómo vamos a conquistar grandes imperios si empezamos a comernos los caballos?

ALANIZ. Pero no es eso lo peor, sino que cada vez van saliéndonos al paso más indios de guerra...

*En efecto, han aparecido las mujeres empuñando sendos arcos, y lanzan sobre el grupo flechas imaginarias.*

ALANIZ. ... Esta es buena ocasión para mostrar el acierto que tuvo el gobernador en prepararles una trampa con que tomar tres indios prisioneros y llevarlos en adelante como guías.

CASTILLO. Dicho y hecho, Alaniz. Sigamos.

ALANIZ. ¿Qué quieres decir?

CASTILLO. Quiero decir que mejor que lo has dicho, no podría ser hecho. Así que, ¿para qué perder tiempo mostrándolo? Adelante, que ya pronto llegamos a esa tierra tan rica.

DORANTES. Demos gracias a Dios... y a ver si allí se acaban los grandes trabajos que estamos padeciendo.

ESTEBAN. Es tierra muy trabajosa de andar... y maravillosa de ver.

FIGUEROA. ¿Quién ha de ver las tales maravillas, con el cansancio, y el hambre que pasamos? Y muchos hay que, además, tenemos las espaldas hechas llagas, de llevar las armas a cuestras...

DORANTES. ¿No será la frente, Figueroa, y de llevar los cuernos?

FIGUEROA. *(Amagando un ataque.)* ¡Cuernos, los de tu padre...!

SUÁREZ. *(Conteniéndole.)* Haya paz, hijos míos. Guardad los bríos para defender la fe de Jesucristo.

NARVÁEZ. *(Señalando frente a sí.)* ¡Allí, allí! ¡Llegamos! ¡La más rica comarca de las Indias! ¡Ni Cortés ni Pizarro alcanzaron tierra tan generosa, imperio tan cuajado de oro y plata!

*Todos los hombres, colocados a ambos lados del caballo, se esfuerzan en divisar lo que describe Narváez. Las mujeres dejan de usar los arcos.*

NARVÁEZ. ... Aquí nos resarciremos de las zozobras del mar y las penurias de la tierra. Aquí cesarán el hambre y la estrechura que tanto nos han castigado... ¡Ánimo, caballeros! Desplegad los pendones de Castilla, las cruces y estandartes de la Iglesia Católica y, naturalmente, los emblemas de la casa de Narváez, nuevo administrador de toda esta riqueza...

*Tanto su voz como la expectativa de los demás han ido entibiándose. Se produce un silencio desencantado.*

ALANIZ. O sea: cuarenta casas pequeñas y bajas...

DORANTES. Todas ellas de paja y barro...

FIGUEROA. Muchos cueros de venados...

CASTILLO. Algunas mantas de hilo, no muy buenas...

SUÁREZ. Maíz seco y vasos para molerlo...

ESTEBAN. Muy espeso monte y grandes arboledas y muchos piélagos de agua...

NÚÑEZ. Y grandes tempestades que derriban los árboles y son causa de no poder andar sin trabajo y peligro...

*Nuevo silencio. Una de las mujeres toma una flecha real, la tensa en su arco y la dispara contra el pecho del caballo. Todos miran impasibles cómo Castillo, al querer arrancar la flecha, se lleva también la envoltura de una pata delantera y parte del pecho. Casi inmediatamente entre Claudia por donde salió, arreglándose el pelo y el vestido, con evidente mal humor. Tras ella, subiéndose los calzones y muy azorado, Pérez.*

PÉREZ. Claudia, por favor... Dame otra oportunidad.

CLAUDIA. ¿Otra más? Y ya serían trece...

PÉREZ. Considera que, con tantos padecimientos, no está el cuerpo muy católico...

CLAUDIA. Ni católico ni luterano, Pérez.

PÉREZ. *(Dolido.)* ¡No me llames Pérez!

CLAUDIA. Pues Melchor. Para el caso es lo mismo.

PÉREZ. ¿Qué caso?

CLAUDIA. Nada, nada... ¿Qué más da llamarte por el nombre o por el apellido, si siempre te vienes... antes de tiempo?

PÉREZ. Bueno, Claudia. Yo...

CLAUDIA. *(Viendo a Figueroa entre la tropa.)* En mala hora dejé marchar a mi Figueroa... ¿Qué será de él, pobre marido, por esas tierras desalmadas?

FIGUEROA. *(Destacándose un paso del conjunto.)* ¿"Pobre marido" me llamas ahora, mala entraña? ¿Después que me enviaste al otro mundo antes de tiempo, nombrándote mi viuda cuando aún estaba vivo y coleando?

CLAUDIA. No me recuerdes cómo coleabas, que me paso las noches añorándolo, al lado de este repollo... Pero, dime: ¿aún estás vivo?

*Pérez se escabulle por un lateral, humillado y furioso.*

FIGUEROA. ¿Vivo? Yo no diría tanto... Como mucho, pongamos que conservo casi todo el pellejo, y poco más, hurtándolo a los tirones del hambre y al susto de las flechas. Veinticinco días hace que aguantamos el tipo en este poblacho, el más rico, dicen, de toda esta provincia... y no te cuento la vida regalada que gozamos. Sobre todo, cuando los indios nos vienen a expresar sus parabienes...

CLAUDIA. ¿Por qué, sus parabienes?

FIGUEROA. Por ocupar sus casas y esquilmar sus campos de maíz... Vieras con qué gracia pasan de parte a parte con sus flechas el pescuezo de algunos... y aun el tronco de un roble...

CLAUDIA. ¿Pues cómo no salís a acometerles y a conquistar la tierra, de una vez por todas?

FIGUEROA. Verás... Salir, sí que salimos... cuando nos dejan, claro. Pero échales un galgo a esos indiazos, que andan tan a su salvo por estas maniguas... En fin, piensa tú misma lo que estamos pasando en tierra tan extraña y tan mala y tan sin remedio para ninguna cosa...

*Las mujeres vuelven a disparar sus flechas imaginarias, y ello provoca movimientos defensivos en el grupo de hombres.*

NARVÁEZ. ¡Cúbranse, caballeros, cúbranse! ¡Que nos hieren la gente y los caballos desde aquella espesura!

FIGUEROA. *(Uniéndose a la acción de la tropa.)* ¡Adiós, mujer! ¡Piénsame a ratos, que yo, ni tiempo tengo! ¡Y espérame, que he de volver cargado de riquezas! En todo caso, mira de no olvidarme.

CLAUDIA. ¡Descuida, Figueroa, que nunca encontrarás mejor viuda que yo!

*Cuando va a salir, Claudia casi tropieza con Mariana, que aún lleva la bandeja con la fuente de comida. Se miran un momento, sorprendidas.*

MARIANA. Todo se ha vuelto... no sé... todo se ha vuelto peligroso, ¿no le parece? Ni la propia casa es un lugar seguro. Abres una puerta y... Sí: estará pensando que no voy vestida de un modo... conveniente. No he tenido tiempo de arreglarme, eso es todo. No vaya a pensar que... *(Por la bandeja.)* ¿Esto? Nada, un plato frío, cualquier cosa...

CLAUDIA. *(Mientras sale corriendo.)* ¿A quién se lo dices?

MARIANA. ¡Espere! *(Y sale tras ella.)*

*La luz desciende en todo el escenario, al tiempo que se insinúan sordos fragores de tormenta, disparos de arcabuz, griteríos y, sobreponiéndose paulatinamente a todos los sonidos, golpes de tambor indio. Antes del oscuro total, una tenue claridad permite distinguir, en un lateral, a la mujer de aspecto indígena, aún con la bolsa de plástico en la mano y varios fardos de inmigrante. Intimidada, se arregla el pelo. Va apagándose el sonido del tambor.*

SHILA. *(Al público, tras alguna vacilación.)* Esta no es mi lengua. Puedes desconfiar de todo lo que diga porque yo, en verdad, nunca lo diría así. Mi lengua es otra, muy otra. Tanto, que ya no queda nadie para hablarla. Sólo quedo yo, de los míos. Sólo yo. *(Pausa.)* Puedes desconfiar también de mí, si quieres. Nadie me nombró nunca, nadie me dijo. Estoy fuera de todas las palabras. Hablo tu lengua, pero tu lengua no me habla. No habla de mí. Esta no es mi lengua, por ningún motivo. *(Pausa.)* Aquel que pudo nombrarme, no lo hizo. Me dejó allí, en el silencio. No sé por qué. Pudo ponerme en sus palabras, hospedarme en su lengua, como hice yo con él, en mi gente. Pero no lo hizo. No sé por qué. Tenía una gran herida en la espalda. Quizás por eso.

*En el lateral opuesto, también rescatado de las sombras por una débil luz, aparece Álvar, con las ropas del siglo XVI. Junto a él, una moderna maleta. Enciende un cigarrillo, fuma y consulta su reloj de pulsera.*

NÚÑEZ. *(Al público.)* Ustedes lo están viendo: me niego, me resisto a ser cómplice de esta... burda mascarada. ¿Es así como algunos pretenden enmendar mi testimonio? Que no están conformes, que no se reconocen, que callo muchas cosas... ¿Y piensan, de este modo, servir a la verdad? *(Pausa.)* Nadie la sirvió con más tesón que yo. Podría demostrarlo paso a paso... *(Mira el reloj.)* si no tuviera que irme. *(Señalando vagamente la escena.)* No así, desde luego... No a golpes de parodia, no acoplan-

do torpemente los... restos del naufragio, abultando detalles y descuidando puntos capitales... No así. (*Pausa.*) Podría demostrarlo, pero tengo que irme. He de cumplir una nueva misión en América. En el Río de la Plata, concretamente. Esta vez sé adónde voy, sé lo que quiero. Sé quién soy. (*Vacila.*) O, por lo menos... (*Como escuchando algo.*) ¿Qué? (*Silencio. Escucha.*) A veces... oigo voces. Pero otras no. (*Escucha.*) Nada. Silencio... (*Reacciona.*) Estaba diciendo que... ¿Qué decía? Hablaba de naufragios, ¿no? Eso ya se acabó, sí... No más naufragios.

*Al tiempo que un pasillo de luz une poco a poco los dos extremos del proscenio, se insinúa y crece el sonido de un aeropuerto: voces metálicas y monótonas anunciando vuelos diversos en diferentes lenguas, aviones, música ambiental... Álvar tira el cigarrillo y toma su maleta, Shila sus fardos y ambos se encaminan hacia el centro del proscenio. Al verse, se detienen. Tardan en iniciar el diálogo.*

NÚÑEZ. Tú... tú no puedes estar aquí, Shila...

SHILA. Es verdad.

NÚÑEZ. No tendrías que estar aquí.

SHILA. No. Ya lo sé.

NÚÑEZ. Me alegra verte. Me alegra mucho verte. Pero no puedes estar aquí.

SHILA. Si te alegras, puedo estar.

NÚÑEZ. Hay algún... algún malentendido. (*Pausa.*) Esto no está ocurriendo.

SHILA. Te traigo a tu hija.

NÚÑEZ. ¿Qué? (*Silencio.*) ¿Qué dices?

SHILA. Tu hija. Nuestra hija.

NÚÑEZ. Nuestra hija...

SHILA. Te traigo a nuestra hija.

NÚÑEZ. ¿Qué locura es ésa? Nuestra hija murió.

SHILA. Sí, ya sé... (*Mostrándole la bolsa de plástico.*) Aquí está. (*Pausa. Álvaro no se mueve.*) Son sólo sus huesitos, claro... Ahora están limpios, blancos. Los llevé conmigo muchos soles, muchas lunas, buscándote. Ahora están limpios. Los lavé con arena, con agua de ríos y de mar... También el viento los lavó y la lluvia. (*Pausa.*) Hablo así porque ésta no es mi lengua. (*Pausa. Mira la maleta de Álvaro.*) ¿Te vas?

NÚÑEZ. (*Sin pensarlo.*) Sí... (*Transición.*) No. No me voy. (*Deja la maleta en el suelo.*)

SHILA. ¿Es verdad que te alegras?

NÚÑEZ. (*Mira a su alrededor y luego tiende la mano a Shila.*) Vamos. No puedes estar aquí.

*Shila deja todos sus fardos en el suelo, menos la bolsa y toma la mano que Álvaro le tiende. Se miran en silencio.*

SHILA. Sólo quedo yo, de los míos.

*Álvar la lleva de la mano hacia el fondo. Quedan, en primer término, la maleta y los fardos. Al tiempo que la oscuridad les acoge, crece el sonido de un avión... hasta fundirse con el fragor de una violenta tempestad. La momentánea claridad de un relámpago permite entrever la figura de un hombre desnudo que cruza la escena corriendo.*

TELÓN

## SEGUNDO ACTO

*Desde los laterales, la luz destaca un grupo humano situado en el centro de la escena, algo retirado hacia el fondo. Lo constituyen todos los personajes masculinos, frontalmente dispuestos en torno al esqueleto metálico del caballo, que aún cabalga Narváez. La posición del conjunto es similar a la que presentaba poco antes del final del primer acto, pero ahora su aspecto es muy distinto: es una tropa famélica, sucia, barbuda, derrengada, cuyo vestuario y armamento apenas recuerdan, en su escasez y deterioro, el flamante aspecto de los conquistadores. Algunas de las lanzas y estandartes han sido sustituidos por simples ramas más o menos derechas. Toscos vendajes y parches, así como alguna que otra improvisada muleta, hablan de infortunados avatares bélicos. Algunos van descalzos, o mal cubiertos los pies con trapos deshilachados. Enfermos y macilentos, nada queda en su porte de la antigua gallardía. De la envoltura del caballo, sólo se conserva la de la cabeza, y en no muy buen estado. El cuadro general no puede ser más lastimoso. Todos permanecen más o menos inmóviles durante un minuto largo. Alguno se impacienta.*

FIGUEROA. ¿Ya?

CASTILLO. Espera un poco.

*Se mantiene un momento más la inmovilidad.*

FIGUEROA. ¿Qué hemos de esperar?

DORANTES. ¿Tienes prisa?

FIGUEROA. ¿Prisa?

DORANTES. Sí. ¿Tienes algo que hacer? ¿Algún trabajo urgente?

PÉREZ. Me extrañaría mucho...

FIGUEROA. (*Inclinándose para mirarle.*) ¿Y tú qué haces aquí?

PÉREZ. ¿Yo? Bulto.

FIGUEROA. ¿No te quedaste con los navíos? (*Silencio.*) Di: ¿no te quedaste con los navíos y con los cobardes?

DORANTES. (*Malicioso.*) Y con las mujeres...

FIGUEROA. Contesta, Pérez. ¿Qué demonios...?

PÉREZ. (*Interrumpiéndole.*) No me llames Pérez.

FIGUEROA. ¿Ah, no? (*Sarcástico.*) ¿Melchor, entonces?

PÉREZ. Tampoco. Llámame Miruelo. Ahora soy el piloto Miruelo.

FIGUEROA. ¿Cómo es eso? ¿Tú, Miruelo? (*A los demás.*) ¿Qué significa esta... este...?

CASTILLO. Problemas de personal.

FIGUEROA. ¿Qué?

CASTILLO. Falta gente, Figueroa. ¿Aún no te has dado cuenta?

ALANIZ. Ya éramos pocos al principio, y cada vez vamos quedando menos...

SUÁREZ. Y aún quedaremos menos y menos y...

ALANIZ. ¿Quiere no sernos agorero, padre?

SUÁREZ. Bien lo dijo aquella mujer: "Pero pocos serán los que regresen, o ninguno..."

ALANIZ. ¿También vuestra merced va a andar creyendo en los vaticinios de una mora?

SUÁREZ. El Señor escribe a veces recto sobre renglones torcidos.

DORANTES. ¿No es al revés?

CASTILLO. Sea como sea, el caso es que conviene no ir desperdiciando gente... Aunque sea tan encogida como Pérez.

PÉREZ. Como Miruelo.

CASTILLO. Eso: como Miruelo.

FIGUEROA. Bueno, me da lo mismo: tan gandumbas es el uno como el otro. Porque el tal Miruelo, también... ¡menudo pájaro! Tanto presumir de piloto, y de que su tío Diego le había hecho relación de la ruta... y nunca supo ni por dónde quedaba el río de las Palmas, ni en qué parte estábamos, ni...

DORANTES. Por cierto, ¿en qué parte estamos?

*Todos miran en torno, excepto Narváez, que parece adormecido sobre los restos del caballo.*

NÚÑEZ. Estamos en un lugar que los indios llaman Aute, en el sur...

CASTILLO. Ah, sí... Nos dijeron los de Apalache que a nueve jornadas yendo hacia el mar, había un pueblo con mucho maíz, y calabazas y frijoles...

DORANTES. Y aun algo de pescado, por estar cerca de la costa.

SUÁREZ. El pueblo está vacío y las casas quemadas...

NÚÑEZ. (*A Narváez.*) ¿Son estas las riquezas que ahora pretendemos, señor gobernador? Calabazas, maíz, pescado... ¿Estos son los imperios cuajados de oro y plata? Levantadnos el ánimo, señor Narváez, para seguir en pos de la fama que vinimos a buscar...

*En la semipenumbra que les envuelve, han aparecido las mujeres, ahora vestidas con leves túnicas de algodón que les dan —sin pretender representarlo— un vago aspecto indígena. Llevan cuencos humeantes, a modo de incensarios, y cañas de un metro aproximadamente. Depositán los cuencos en el suelo, a ambos lados del grupo, y soplando con las cañas impulsan el humo hacia los hombres, que recobran cierta libertad de desplazamiento.*

NÚÑEZ. ¿Me estáis oyendo? Somos aún casi trescientos hombres. Sin rumbo, sí, perdidos en esta tierra sin Dios... Pero tenemos pies y manos para andarla y tomarla... Y un corazón cristiano cada uno para sembrarlo, vivo o muerto, y hacer que aquí florezca el evangelio. Y un idioma, en fin, para dar nombres y apellidos a esta tierra muda... ¿No nos haréis oír, señor, la voz de mando para conquistarla?

CASTILLO. (*Aparte, a Dorantes.*) No está mal, ¿eh?

DORANTES. (*Ídem, a Castillo.*) Si él, cuando quiere...

NARVÁEZ. (*Como hundido en un extraño letargo.*) ¡Al mar, al mar...! ¡Los navíos...!

ALANIZ. ¿Los navíos, decís? ¡A saber ahora por dónde andarán...! Bien recomendé yo que nos esperasen en puerto seguro... Y Álvaro Núñez alcanzó incluso a requeríroslo.

DORANTES. ¡“Requeríroslo...”! Bueno, Alaniz: tampoco hay que exagerar con el lenguaje de época...

ALANIZ. En fin: o somos o no somos.

NARVÁEZ. ¡Al mar! ¡Llebadme al mar! ¡Regresemos...!

NÚÑEZ. (*Tomando una resolución.*) ¡Castillo! ¡Dorantes! Venid conmigo y otros siete caballeros y cincuenta peones. Vayamos a descubrir dónde está la costa y cuál es su disposición... ya que no en otra cosa piensa y delira el gobernador.

*Álvar, Castillo y Dorantes se separan del grupo y avanzan hacia un lateral del proscenio. Una de las mujeres acude allí rápidamente, con su cuenco y una pequeña vasija. Vierte su contenido en el cuenco y comienza a mezclarlo con las cenizas.*

CASTILLO. Ya caminamos hasta hora de vísperas y llegamos a una entrada de la mar...

DORANTES. Aquí encontramos muchos hostiones, con que la gente pudo calmar un tanto el hambre...

CASTILLO. Ya es otro día, de mañana. Envías veinte hombres a reconocer la costa...

DORANTES. Y regresan en la noche del día siguiente, diciendo que la costa está muy lejos de allí...

*Mientras tanto, el resto de los actores parece ser presa de algún malestar que les va haciendo sentarse o acostarse en el suelo. Narváez ha descendido penosamente del caballo y vaga alucinado entre la postración de sus hombres. Carraspea y emite notas diversas, como si afinara su voz.*

CASTILLO. ... y que tiene ancones y bahías muy grandes y malas de pasar, y entonces tú nos mandas esperarte y te metes tierra adentro, solo, ya caída la noche, en busca, dices, de...

NÚÑEZ. *(Interrumpiéndole.)* Basta, Castillo. ¿Es necesario revisarlo todo? ¿Paso a paso, miseria por miseria?

DORANTES. ¿También tú tienes prisa, alguna cita...?

NÚÑEZ. Sí: tengo una cita.

*Los tres se miran en silencio, mientras se escucha la voz doliente de Narváez, que intenta cantar el aria de Edgardo — “Tombe del’avi miei...” — del acto cuarto de “Lucia di Lammermoor”, de Donizetti.*

CASTILLO. Está bien: regresemos al campamento, a dar las malas nuevas.

DORANTES. Sí. Hallemos al gobernador enfermo, con otros muchos, malheridos algunos por un ataque de los indios, la noche pasada.

CASTILLO. Pasemos por alto la partida y, el trabajoso camino en busca de una costa más propicia, con los hombres enfermando de a pares, de a docenas.

DORANTES. Y echemos un discreto velo sobre el intento de los caballeros, queriéndose evadir secretamente, para salvarse solos, desamparando al gobernador y a los enfermos...

CASTILLO. Echemos un velo, sí...

*De lo alto del escenario cae un enorme velo casi transparente, sucio y desgarrado aquí y allá, que viene a cubrir a Narváez y a los hombres de su entorno. Algunos sacan la cabeza y parte del cuerpo por los desgarrones.*

NARVÁEZ. *(Deja de cantar y vocifera, delirante.)* ¡Salgámonos, señores! ¡Salgamos ya de esta maldita tierra o tumba o telaraña! ¡Regresemos a España!

DORANTES. (*A Castillo.*) La cosa está grave: le ha salido una rima...

*Acuden Castillo y Dorantes junto al grupo, metiéndose bajo el velo y asomándose luego por sendos agujeros. Álvar se demora aún un momento, mirando a la mujer del cuenco, que ahora se incorpora y, casi ritualmente, le pinta con dos dedos una raya oscura en la cara. Álvar no reacciona: sólo mete la mano en el cuenco e inspecciona el contenido en sus dedos. Narváez reanuda su declamación.*

NARVÁEZ. ¡La patria nos espera con sus arcos de triunfo! ¡Vayamos a ofrenderle los trofeos de esta gloriosa empresa! ¡El oro, la plata, el... los... las perlas, las turquesas, las... las ricas sedas, el... las... las calabazas, el tocino, los cascabeles, el barro, los mosquitos, las arañas, las flechas, las víboras, la fiebre, la mierda... la mierda... la mierda!

*La cabeza de Pérez —o Miruelo— aparece no lejos de Narváez.*

PÉREZ. Con la venia del señor gobernador, yo...

NARVÁEZ. (*Súbitamente calmado.*) ¿Quién eres tú?

PÉREZ. Yo, con la venia... el piloto Miruelo.

NARVÁEZ. ¿Miruelo? Muy cambiado te veo.

PÉREZ. Todos estamos cambiados, señor.

NARVÁEZ. Dejemos el tema. ¿Qué se te ofrece?

PÉREZ. Yo, con la venia, he estado pensando...

NARVÁEZ. Bien hecho. Pero deja la venia.

PÉREZ. ... y digo que, para regresar, no hay otro modo sino hacer navíos.

*Tras un silencio estupefacto, todos se echan a reír, excepto Pérez, naturalmente, así como Narváez y Álvar.*

NARVÁEZ. (*A todos.*) ¡Silencio! (*Cesan las risas. A Pérez.*) Como idea no es mala, no... Pero no se me alcanza cómo ponerla en práctica, considerando que, por estas tierras, parece algo atrasada la industria naval.

ALANIZ. Sin olvidar que no hay ni sombra de herramientas...

FIGUEROA. Ni hierro...

DORANTES. Ni fragua...

SUÁREZ. Ni estopa...

ESTEBAN. Ni pez...

CASTILLO. Ni jarcias...

DORANTES. Ni comida para el tiempo que tardarían en hacerse...

ALANIZ. ... si es que alguien supiera cómo hacer navíos.

PÉREZ. Bueno... yo, con la venia... o sin ella... antes de ser Mi-ruelo... quiero decir: piloto... Antes de ser piloto, trabajé algún tiempo como herrero.

FIGUEROA. ¿Herrero, tú? ¡Soplafuelles, dirás!

NARVÁEZ. ¿Soplaqué?

PÉREZ. Bien, sí... Quiere decir, aquí mi amigo Figueroa, que yo, más bien, en la herrería, manejaba el fuelle para avivar el fuego...

NARVÁEZ. Noble oficio también, al fin y al cabo...

PÉREZ. ... Y creo que podría hacer unos cuantos con cañas y cueros de venado.

NARVÁEZ. ¿Unos cuantos qué?

PÉREZ. Unos cuantos fuelles... Y de los estribos y espuelas y ballestas y otras cosas de hierro que nos quedan, haríamos los clavos y martillos y sierras y demás herramientas...

*Una musiquilla optimista se va dejando oír, a la vez que los hombres recobran actitudes animosas. Las mujeres, por su parte, sujetan largas varas a los bordes del velo y lo levantan, formando un amplio techado sobre el grupo, que inicia una febril actividad: desmontan el esqueleto del caballo en piezas y, con cajas, table-ros y otros elementos que van apareciendo, iniciarán la construc-ción de un vago remedo de barca.*

CASTILLO. *(Como continuando el discurso de Pérez.)* ... Y con todos los caballos y la gente que pudiese pelear, iríamos a requisar cuanto maíz pudiéramos, que ya está para recoger, y sería no menos de cuatrocientas hanegas en varias entradas, aunque no sin pependencias con los indios...

*En su trayecto, se cruza con Álvar, que viene del proscenio para incorporarse al quehacer colectivo. Advierte la raya oscura que atraviesa su rostro.*

CASTILLO. *(A Álvar.)* ¿Qué es eso?

NÚÑEZ. ¿Qué?

CASTILLO. Esa raya en la cara.

NÚÑEZ. Ah... No es nada... *(Se limpia con el faldón de la camisa. Va a alejarse de Castillo, pero vuelve junto a él.)* ¿Sabes una cosa?

CASTILLO. ¿Qué?

NÚÑEZ. Ayer, en ese pueblo de indios... *(Calla.)*

CASTILLO. ¿Sí?

NÚÑEZ. En una de las casas en que entramos a robar maíz...

CASTILLO. ¿A robar?

NÚÑEZ. ... encontré unas figuras hechas de paja y algodón y semillas...

CASTILLO. ¿Figuras de personas?

NÚÑEZ. Sí: figurillas humanas, muy mañosas...

CASTILLO. Serían ídolos. Toda esta gente es idólatra.

NÚÑEZ. No, no eran ídolos. Tenían un aire gracioso, parecían... *(Calla.)*

CASTILLO. ¿Qué?

NÚÑEZ. Parecían muñecas... Muñecas de las que usan los niños para jugar...

CASTILLO. ¿Muñecas, esos indios?

NÚÑEZ. Sí. ¿Verdad que es curioso?

CASTILLO. No creo que lo fueran. Pero, en todo caso, ¿qué pasó con ellas?

NÚÑEZ. ¿Pasar? No pasó nada. Estaban allí, en la casa... Nada más.

CASTILLO. ¿Nada más?

NÚÑEZ. No. Estaban allí. Y yo las vi.

CASTILLO. Ah.

*Se miran un momento en silencio. Luego, Castillo saca un pañuelo sucio de su manga y lo acerca a la cara de Álvar.*

CASTILLO. No te has limpiado bien. *(Le acaba de limpiar la raya oscura.)*

NÚÑEZ. Gracias.

*Narváez, que pasea eufórico entre los que trabajan y hasta coopera, interpela a Alaniz, mientras Castillo y Álvar se incorporan a la tarea.*

NARVÁEZ. Vea, vea, señor escribano... y tome nota para la posteridad. Cortés hizo quemar sus naves y yo, vea, hago construir las mías... ¿Qué le parece?

ALANIZ. *(Eludiendo comprometerse.)* Bueno... las comparaciones siempre son odiosas.

NARVÁEZ. Son dignos de alabanza, sí, los hechos de armas, las conquistas y exterminio de paganos... pero, ¿no merece también algún elogio esta proeza del ingenio humano? De los palmitos se hace estopa para calafatear, y también cuerdas y jarcias, trenzándolos con colas y crines de caballos. De la resina de los pinos, sale alquitrán para embrear. Nuestras camisas se convierten en velas. Aquellas sabinas nos proporcionan los remos. Desollando las patas de los caballos y curtiendo sus cueros, tenemos odres para el agua. Y, en fin, si no fuera por los cuarenta hombres que se nos han muerto de enfermedad y hambre, podríamos sentirnos muy contentos al haber construido cinco barcas en menos de dos meses..

ALANIZ. *(Dejando un momento su ocupación.)* Bien lo cantó aquel poeta trágico:

“Muchas cosas existen asombrosas,  
pero ninguna tanto como el hombre...”

NARVÁEZ. Menos poesía y a bregar, Alaniz, que se nos hace tarde. Es veinte de septiembre y el otoño se anuncia borrascoso.

*Entra Figueroa con una cesta de mimbre en las manos y varias flechas clavadas en la espalda.*

NARVÁEZ. ¿Qué llevas ahí, Figueroa?

FIGUEROA. Marisco, señor gobernador. Fuimos a recogerlo en las entradas de la mar, porque ayer nos cenamos el último caballo.

NARVÁEZ. Sí, sí... Pero me refiero a las flechas.

FIGUEROA. Esos malditos indios, que no nos dejan ni mariscar. Diez hombres han flechado en estos días, sin que les valieran las buenas corazas que llevaban.

NARVÁEZ. *(Inspeccionando las flechas.)* Ya veo, ya... Mmmm... Esta te pasó de parte a parte...

FIGUEROA. Disparan con la fuerza del diablo, señor. Y como apenas si nos quedan armas, por haberlas fundido en herramientas...

NARVÁEZ. En fin, qué le vamos a hacer... Por lo menos, cúbrete la cabeza, no vayas a agarrar una insolación...

FIGUEROA. Descuide, señor gobernador. Y gracias por el consejo. *(Se aleja y, a los pocos pasos, se desploma con estrépito.)*

*Todos se inmovilizan y miran el cuerpo caído. El silencio es roto por la voz quejumbrosa del Padre Suárez.*

SUÁREZ. Y aún quedaremos menos y menos y menos...

ALANIZ. *(Casi histérico.)* ¡Callen los cuervos!

*Pérez reacciona y acude junto al cuerpo de Figueroa. Lo toca con emocionada aprensión, rompe una de las flechas y la arroja furioso hacia un lateral. Luego comienza a recoger el contenido de la cesta, sorbiéndose los mocos.*

PÉREZ. Ya ven, señores... Nos traía de todo: hostiones, cangrejos, caracoles, quisquillas, camarones... ¡y hasta un centollo! *(Rompe a llorar.)* De todo, señores de todo...

*Por un lateral del proscenio entra Claudia poniéndose un velo negro, corre angustiada y desaparece en un abrir y cerrar de ojos por el lateral opuesto. Dos de las mujeres que sostenían el velo con sus varas —las situadas en primer término—, las abaten hasta el suelo, de modo que el grupo de los hombres queda prácticamente oculto. Baja la luz y entra poco a poco el sonido de un mar algo alterado. Tras el velo, ahora dispuesto como una pantalla inclinada y con desgarraduras, se reanuda el ajetreo de los hombres y el murmullo de sus voces, aunque no se distinguen sus palabras. Por uno de los laterales del velo, como escabulléndose, aparece Esteban, ahora cubierto con el abrigo de su primera entrada. Mira a uno y otro lado, saca un cigarrillo arrugado y una caja de cerillas. Enciende y fuma con deleite. Mira de nuevo a su alrededor, extrae del interior del abrigo la botella de whisky que le ofreciera Álvar y va a sentarse, satisfecho, en un lateral del proscenio, a la manera árabe. De otro bolsillo del abrigo saca la radio-cassette de Narváez, busca una emisora que emita música magrebí y, cuando la encuentra, deja el aparato en el suelo, abre la botella y, ahora sí, se dispone placenteramente a beber. Aparece entonces Mariana por el lateral opuesto. Viste una blusa escotada y una falda color mostaza. Su aspecto, más juvenil, es inequívocamente el de una prostituta callejera. Ve a Esteban y le llama con artificiosa profesionalidad.*

MARIANA. ¡Eh, Mohamed, cariño...!

*Esteban tiene un leve sobresalto al verla, va a esconder la botella pero, finalmente, bebe un trago y mira a Mariana sin expresión.*

MARIANA. ¿Lo vas a celebrar tú solito? ¿Y ahí sentado, en el suelo, como un...? ¿Por qué no te vienes conmigo y lo celebramos juntos? Anda, vamos, y verás qué fiesta te hago pasar... ¿Me has visto bien, eh? ¿Te has fijado en la mercancía que te ofrezco? Esto no se encuentra todos los días. No, no... Salgo muy poco, yo. Me reservo. Y no para cualquiera, puedes estar contento, no para cualquiera, me reservo... Por eso estoy tan prieta, ¿te has fijado?, como nueva, como sin estrenar... *(Ríe.)* ¿No te lo crees? Puedes tocar, si quieres, a ti te lo permito, no sé por qué, no es que me gustes, al contrario, no me gustas nada, al contrario, más bien me das un poco de asco, toda la gente como tú me da un poco de asco, y no es por el olor, el olor no me importa, y tampoco la piel, ni ese sudor tan ácido que

os sale a chorros enseguida, con las primeras sacudidas, no, no es por eso, es... *(Pausa.)* Es por los ojos, esa manera de mirar, ese recelo, esa cosa de perro, ese brillo de liebre rabiosa y desagradecida, ¿qué os hemos hecho, eh?, ¿qué os hemos hecho para que nos miréis así? ¿Acaso no te gusto, no te parezco buena mercancía? ¿No lo bastante buena para ti? Entonces, ¿a qué vienes? ¿Qué has venido a buscar? ¿Qué estás haciendo aquí, aparte de ensuciarme con tu mugre, con tu orín, con tu sudor, con tu semen? *(Pausa.)* No te lo tomes a mal, no tengo nada contra ti, al contrario, puede que ya me gustes un poco, sí, ya me vas gustando, me tienes que gustar, porque si no... ni tocar-te podría, ni tocarte, ni dejarme tocar, ni siquiera acercarme a ti, y me estoy acercando, ¿ves?... *(No se mueve.)* Me estoy acercando, sí, como se acerca el zorro al gallinero, como la flecha al corazón del ciervo, como el árbol a los pájaros, como la noche al día, como la nave al puerto que no existe. *(Pausa.)* ¿Qué? ¿Dices algo? ¿Quieres decirme algo? ¿Algo de naves y puertos que no existen? ¿De naves que se acercan? ¿Es eso? ¿Eso me estás diciendo? ¿Que se acerca una nave? ¿No me estás engañando? ¿Cómo lo sabes tú? ¿Quién te lo ha dicho? ¿Quién te envía? ¿De dónde vienes? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué esta noche? *(Pausa.)* ¿Quién eres tú?

ESTEBAN. *(Tras un silencio.)* Estebanico el Negro, natural de Azamor. *(Apaga la radio y bebe un trago de whisky.)*

MARIANA. Por un momento... *(Calla.)*

ESTEBAN. ¿Qué?

MARIANA. ... Te tomé por otro.

ESTEBAN. *(Guarda la radio en el bolsillo y se incorpora.)* No andabas muy desencaminada.

MARIANA. ¿Por qué?

ESTEBAN. No hay nadie más otro que yo... ¿Vamos?

*Sale por su lateral y, con cierta indecisión, Mariana atraviesa el proscenio y le sigue. El velo es abatido entonces por las mujeres y, en la semipenumbra que baña la escena, se distingue una tosca estructura que evoca vagamente una improvisada embarcación. Sendos rayos de luz arrancan de la sombra a siete de los hombres, instalados en distintos lugares y niveles de la estructura. Son Álvaro, Castillo, Dorantes, Narváez, Suárez, Alaniz y Pérez. Las*

*mujeres salen de escena. El mar embravecido resuena quedamente.*

ALANIZ. ¿Qué ocurre? ¿Por qué tanta oscuridad?

DORANTES. No sé... *(Llama.)* ¡Castillo! ¿Estás ahí?

CASTILLO. Estoy, sí... Pero, ¿dónde?

DORANTES. Si no lo sabes tú... *(Llama.)* ¡Álvar!

NÚÑEZ. Aquí.

DORANTES. ¿Sabes dónde estamos?

NÚÑEZ. No. Quizás seguimos costeando.

CASTILLO. ¿En las barcas? *(Silencio.)* ¿Seguimos en las barcas?

PÉREZ. Yo estoy en una barca.

SUÁREZ. También yo. Con el agua hasta la cintura, pero sí... parece una barca.

NARVÁEZ. ¿Están las cinco barcas? ¡Comisario! ¡Castillo! ¡Peñalosa! ¡Núñez! ¿Están las cinco?

NÚÑEZ. Están, señor gobernador.

NARVÁEZ. ¿Y los hombres? ¿Están todos los hombres? ¿Los doscientos cincuenta?

SUÁREZ. ¿Quién podría saberlo? Con esta oscuridad...

ALANIZ. ¿Alguien ve más allá de sus narices?

SUÁREZ. Y con la sed y el hambre... ¡Don Pánfilo!

NARVÁEZ. Diga, padre Suárez.

SUÁREZ. No sé qué iba a decirle...

DORANTES. No diga nada y rece, que buena falta nos hace.

PÉREZ. ¡Capitán Castillo!

CASTILLO. Di, Miruelo.

PÉREZ. ¿Vuestra merced sabe contar?

CASTILLO. Depende.

PÉREZ. ¿Sabe contar los días?

CASTILLO. ¿Qué días?

PÉREZ. Los días que llevamos navegando.

DORANTES. ¿A esto llamas tú navegar? Menudo marino estás hecho...

PÉREZ. Pues, con la venia, capitán Dorantes: si a esto le llama vuestra merced conquistar... *(Calla.)*

DORANTES. ¿Qué? *(Silencio.)* ¿Qué quieres decir?

PÉREZ. Nada, nada...

CASTILLO. *(Para sí.)* Mes y medio, tal vez... Día más, día menos... Y el invierno arrecia... Y si el mar es arisco y traicionero, la tierra es enemiga y nos escupe, y seguimos, seguimos, como si fuéramos a alguna parte, perdidos y anegados, ignorados... Esa es la palabra: ignorados. Todo aquí nos ignora... Nadie nos esperaba, nadie nos ha llamado: ni la tierra, ni el mar, ni esos indios salvajes que nos miran llegar y partir como si fuéramos... una horda de tiburones moribundos...

ALANIZ. *(Para sí.)* No es normal esta sombra, nadie puede explicarla, nadie quiere hablar de ella, pero es lo único cierto, toda esta oscuridad aquí, envolviéndonos, ¿por qué?, ¿para qué?, no estaba escrito, no está escrito en ninguna parte, el libro no la cita y, para noche, es demasiada noche, y como símbolo, la verdad, me resulta muy pobre, a no ser... a no ser que... a no ser que ya...

NARVÁEZ. *(Para sí.)* Ya ni siquiera es tarde. Cuando es tarde, siempre se puede, al menos, poniendo todos algo de su parte, recuperar el tiempo perdido, como suele decirse. No todo, pero al menos parte. Ahora ya, ni eso. Es más que tarde. Es... ¿cómo decirlo? Mejor ni decirlo. Hacerlo. ¿Hacer qué? ¿Qué? Acabar, sí. Acabar. Nadie podrá decir que no lo puse todo de mi parte. Incluso aguantar dignamente la pedrada en la cara que ayer me dieron los indios...

SUÁREZ. *(Para sí.)* Y de Dios, ni noticias. Debe de estar muy ocupado en otra parte. Allá en España, sin duda, donde tanto peligra la fe católica. Pero aquí, en este fin del mundo, ¿por qué iba a escuchar las plegarias de un oscuro fraile, que no ha sido capaz de bautizar ni a uno solo de esos salvajes paganos? Un sermoncico quise echarles a aquellos dos que se quedaron de rehenes, cuando el trueque del agua, pero... ¡iquiá! Ni entenderme quisieron...

DORANTES. *(Para sí.)* Por la mucha corriente de ese río, que tanto entra en la mar y nos aparta de la tierra, ya voy sabiendo dónde estamos. A punto de perderse unas barcas de otras, a punto de crecer aquel viento del Norte que se llevó dos de ellas a alta mar, y nunca más las vimos, a punto de ir desfalleciendo todos del cansancio y del hambre, a punto de... *(Pausa.)* O sea: por el capítulo diez, más o menos...

PÉREZ. *(A Álvar.)* Dígame la verdad, señor Núñez, ahora que la cosa está así como parada... Yo no salgo en su libro, ¿verdad?

NÚÑEZ. *(Risueño.)* ¿Tú, quién? ¿Pérez o Miruelo?

PÉREZ. Pérez, Pérez... Lo de Miruelo ha sido... un apaño.

NÚÑEZ. No, Pérez. En verdad, no sales en mi libro.

PÉREZ. Algo notaba yo...

NÚÑEZ. Pero aquí sí que sales. Y no poco...

PÉREZ. Ya... Pero no es lo mismo. En el libro, uno queda, mientras que aquí... Por no hablar del papelito que me han endosado... Hombre, por Dios... Eso no se le hace a un español. Embarcarle en una empresa como ésta, de tantos vuelos, para luego... ¿qué? ¿Qué fama ni qué gloria va a quedarle a uno?

NÚÑEZ. ¿También tú esperabas gloria y fama de esta aventura?

PÉREZ. Bueno, fama... No del calibre de la suya, claro. Pero, por lo menos, lo justo para que la gente de mi pueblo me saludara quitándose el sombrero... *(Súbitamente colérico.)* ¡¿Era mucho pedir?!

*El fragor del mar aumenta de volumen y la estructura náutica parece ser zarandeada. Los hombres se esfuerzan por mantener el equilibrio.*

NÚÑEZ. ¿Qué hacemos, señor gobernador? Una de las tres barcas está muy mar adentro... ¿No tendríamos que ir a recobrarla?

NARVÁEZ. Ya no hay tiempo, ya no hay tiempo... Ganemos la tierra, antes de que sea demasiado tarde... Síganme, síganme...

NÚÑEZ. Tengo a toda mi gente enferma, señor, que apenas si puede con los remos. Láncenos una cuerda para poder seguirle.

NARVÁEZ. ¿Una cuerda, señor Núñez? ¿Para arrastrar otra barca? Ya será mucho si pueden mis hombres con la mía.

NÚÑEZ. ¿Qué me manda, pues, que hagamos, ya que el seguirle no será posible?

NARVÁEZ. ¡Mandar...! (Ríe.) ¡Ya no es tiempo de mandar unos a otros! Haga cada uno lo que mejor le parezca para salvar la vida, que así pienso hacer yo.

NÚÑEZ. ¡Eh, señor gobernador! ¡Espere, espere...!

*Pero su voz es ahogada por el estruendo del mal y un fuerte crujido. El resplandor de un relámpago permite adivinar el desmoronamiento de la estructura, segundos antes de que se produzca la oscuridad. Se hace el silencio y, sobre él, se escucha grabada la voz de Alvar.*

VOZ DE ALVAR. Y entonces yo tomé el timón... Y entonces yo tomé el timón... Y entonces yo tomé el timón... Y entonces yo...

*La voz va siendo borrada por la música del Movimiento 6 — “Fecit potentiam” — del “Magnificat” de Bach. En el proscenio, bajo una débil claridad, se vislumbra la figura de Shila arrastrando dificultosamente el cuerpo de un hombre desnudo. Cuando la imagen se borra, tras una breve oscuridad, invade la escena una intensa y fría luz blanquecina. Han desaparecido todos los elementos que sugerían la embarcación, pero el suelo es ahora una superficie irregular, con desniveles y fracturas. Sentados, en pie o acostados en diferentes lugares y orientados cara a distintos puntos, los siete hombres de la secuencia anterior, más Esteban, ahora sin el abrigo, efectúan gestos y movimientos truncados, de modo repetitivo. Decrece hasta desaparecer el “Magnificat” y, super-*

*puesto, comienza a escucharse el murmullo de los personajes, en principio ininteligible por su escaso volumen y su simultaneidad. Pero pronto van destacándose como jirones de sus parlamentos.*

DORANTES. El espanto de verlos cómo estaban, y la pena de no poder darles nada, porque nada teníamos, ni más ropa que la que nos cubría...

ALANIZ. ... Invernarse, invernarse aquí, en la isla, y que vayan los que estén más fuertes en busca del río Pánuco, donde hay cristianos...

NARVÁEZ. A media noche sopló el Norte muy recio y sacó mi barca al mar... y nunca más se supo de mí.

SUÁREZ. ¿A sus casas con ellos? ¿Para que nos sacrifiquen a sus ídolos? No hay ni que pensar en ello, capitán...

CASTILLO. No así, no así, señores... Cada cosa a su tiempo, uno detrás de otro...

*Entre tanto, han entrado las mujeres, cada una desde un ángulo del escenario, y van a ir desplazándose entre los hombres, pidiéndoles con un gesto o quitándoles sin brusquedad algunas de las prendas de ropa o elementos del atuendo que aún les quedan.*

PÉREZ. Los unos a los otros, sí, como lo digo, y eran cristianos, de los nuestros, lo juro, y se comieron los unos a los otros... menos el último, claro, que no tuvo quien lo comiese...

DORANTES. ¿Por qué seis años, di? ¿Por qué aguantaste seis años entre aquella gente? ¿Por llevar contigo a Lope de Oviedo? ¿Quién puede creerlo?

NÚÑEZ. No podía escaparme solo... Y él me juraba cada año que al siguiente, que al siguiente nos iríamos...

CASTILLO. Pero eso fue después. No nos adelantemos...

ESTEBAN. Solo entre ellos, dices, y desnudo como todos andaban... ¿Solo, estás seguro? Cuando fuimos a verte, ¿te acuerdas?, por tu enfermedad...

CASTILLO. Eso fue luego. Volvamos a la barca...

NÚÑEZ. Tomé el timón y navegamos toda la noche, y ya cerca de tierra nos tumbó una ola...

*Entra ahora Figueroa vestido con un elegante traje actual, gafas negras y bastón de ciego, llevando en la mano un papel. Su presencia —vista o presentida— hace callar a todos.*

DORANTES. Hombre, Figueroa... ¿Tú por aquí?

FIGUEROA. *(Serio y frío.)* No exactamente. Di, más bien... por allá. *(Gesto vago que indica lejanía.)*

PÉREZ. ¿Por dónde? *(Silencio. A los demás, que también callan.)* ¿Qué pasa? *(A Figueroa.)* ¿Cómo te va, compadre?

FIGUEROA. *(Igual.)* Lo siento, Pérez. No vengo de visita. Cumplo órdenes. *(Se levanta las gafas negras y lee el papel.)* Alaniz...

ALANIZ. ¡Mierda! El primero...

FIGUEROA. Astudillo... Avellaneda... Benítez... Caravallo... Cerdá... Corral... Chaves... Díaz... Enríquez... Esquivel... Estrada... Fernández... Figueroa... *(Interrumpe la lectura.)* No: éste ya está. *(Sigue leyendo.)* Gutiérrez... Guzmán... Huelva... Ledesma... León... López... Méndez... Miruelo... *(Mira a Pérez.)* Miruelo... *(Pérez se hace el distraído. Figueroa masculla algo y sigue leyendo.)* Narváez... Oviedo... Palacios... Palos... Pantoja... Peñalosa... Porcallo... Ruiz... Sierra... Silveira... Solís... Sotomayor... Suárez... Tavera... Téllez... Tostado... Valdivieso... Valenzuela...

*Durante la lectura de la lista no se ha interrumpido la demanda muda de las mujeres. Tan sólo Álvaro se ha resistido discretamente a este despojamiento y, de un hueco del suelo, ha sacado una caracola marina. Se la acerca al oído y escucha. Luego se la acerca a la boca y habla.*

NÚÑEZ. ... No, no me esperes... Aún tardaré en llegar... No sabría decírtelo, pero mucho tiempo... Las naves se perdieron, va muriendo la gente y nadie sabe qué rumbo tomar... Hicimos unas barcas para seguir la costa, pensando llegar a... ¿Qué?... Muy malo, terrible... Viento, lluvia, tormentas... y el frío aumenta cada día... Pero es peor el hambre que pasamos, y la sed, y el miedo... Un momento...

*Se le ha acercado una mujer pidiéndole una prenda de ropa y él se la entrega. Los hombres, por su parte, se han ido incorporando, medio desnudos, y van dándose la mano unos a otros, como*

*si se tratara de una despedida. Las mujeres reúnen toda la ropa que han ido recogiendo y la amontonan en el suelo.*

NÚÑEZ. Un momento... Sí, el miedo, te decía... Ya no tenemos armas, ni casi ropa... Estamos a merced de los indios... Si quisieran matarnos, ni defendernos podríamos... ¿Yo? Bueno, sí: alguna herida, y también estuve enfermo... Aún lo estoy, quizás, pero resisto, resistiré... A veces, ayer, por ejemplo... ¿Me oyes?

*Narváez, Suárez, Alaniz y Pérez se colocan en fila detrás de Figueroa, que ha vuelto a bajarse las gafas negras y, tanteando con su bastón, inicia un recorrido por los bordes del escenario, seguido por los otros, que llevan de pronto gafas negras. La luz blanquecina va descendiendo poco a poco. Castillo, Dorantes y Esteban se quedan en el centro, mirando a Álvar, que continúa hablando. Las mujeres salen.*

NÚÑEZ. ¿Me oyes bien?... Yo a ti muy lejos, cada vez más lejos... Te decía que, ayer, unos indios... a cambio de cuentas y cascabeles, nos dieron pescado y unas raíces que ellos comen... Y como estábamos con algunas fuerzas, decidimos volvernos a embarcar y seguir nuestra ruta... ¿Adónde? Eso nadie lo sabe... Y para ir más ligeros nos desnudamos todos, y ya embarcados, un golpe de mar nos volcó la barca, y algunos se ahogaron, y los otros a duras penas llegamos a la costa, medio muertos de frío... Y así nos encontraron los indios de ayer...

*Castillo, Dorante y Esteban se han acercado a Álvar. Esteban le quita la caracola y habla en ella.*

ESTEBAN. Desnudos como nacimos y perdido todo lo que traíamos, más cerca estábamos de la muerte que de la vida...

*Entran corriendo desde cuatro puntos distintos las cuatro mujeres, llevando nuevamente las largas varas que emplearon para levantar el velo. Los cuatro hombres se agazapan, temerosos, al verlas. Ellas se detienen, los miran y, simultáneamente, se cubren el rostro con una mano. Hay un silencio en el que sólo se escucha el golpear tenue del bastón del Figueroa y los pasos de los otros, caminando todos por la semipenumbra del fondo.*

NÚÑEZ. *(Por las mujeres.)* Están... están llorando.

CASTILLO. ¿Llorando?

DORANTES. Sí... Lloran por nosotros.

CASTILLO. ¿Por nosotros? ¿Lloran por nosotros?

ESTEBAN. Nos tienen lástima, sí.

DORANTES. Lloran nuestra miseria... Nuestro dolor les duele.

CASTILLO. ¿El sol poniéndose y nosotros hechos propia figura de la muerte, como dice el libro?

DORANTES. Exactamente, sí: en torno de una lumbre, pidiendo a Dios misericordia y perdón por nuestros pecados.

ESTEBAN. Y ellos allí, llorando por nosotros.

CASTILLO. ¿Allí? ¿Fue allí? ¿Fue entonces?

DORANTES. Y algo más tarde, ya en la anochecida, llevándonos al pueblo casi en brazos, como a recién nacidos...

NÚÑEZ. Como a recién nacidos...

ESTEBAN. Con fuegos encendidos de trecho en trecho, a lo largo del camino, para que no muriésemos de frío...

NÚÑEZ. Como a recién nacidos...

*Las mujeres han descubierto sus rostros y, juntando sus varas por la parte alta, van a formar el soporte de un "tipi" —tienda india de forma cónica—, que posteriormente cubrirán con pieles.*

CASTILLO. No fue así, exactamente... Ni Dorantes ni yo estábamos allí, aquel día.

DORANTES. ¿Qué importa ya quién estuviera o quién no? Éramos nosotros, ¿no?

CASTILLO. Nosotros...

DORANTES. Los nuestros, en fin. Lo que importa es la imagen, el concepto, el símbolo...

CASTILLO. Bueno, si a eso vamos...

DORANTES. Vamos al grano, mejor. Y el grano es esa imagen, ese cuadro: el mundo al revés, la Historia Universal patas arriba... Unos indios salvajes apiadándose de nosotros... ¡De nosotros!

*La fila de hombres ha salido ya.*

NÚÑEZ. (*Murmura.*) Ya no la digan más... esa palabra.

DORANTES. ¿Qué palabra? ¿Nosotros?

NÚÑEZ. Esa palabra, sí... Te llenas la boca con ella, te retumba en el pecho, la agitas en el aire como una bandera, pero... ¿qué? ¿Dónde hay algo que pueda nombrarse con ella? ¿Dónde, en mil leguas a la redonda? Aquí sólo están ellos, ellos... y tú, Dorantes, y tú, Castillo, y él, Esteban... Y por ahí, en alguna parte, dicen que estoy yo... Bueno... (*Ríe.*) Ese que dice "yo" cuando yo hablo... (*Transición.*) Y basta ya de charla. No hay nada que contar, no hay nada que explicar. Se está acabando el tiempo, y yo no estoy aquí para perderlo... ¡Fuera!

CASTILLO. ¿Qué?

DORANTES. ¿Qué quieres decir?

NÚÑEZ. Quiero decir y digo: ¡Fuera! ¡Largo de aquí! ¡Marchaos!

CASTILLO. ¿Te has vuelto loco? ¿Cómo vamos a irnos? Estamos aquí por ti.

DORANTES. Estás aquí por nosotros.

NÚÑEZ. No... Estoy aquí por ella... (*Llama.*) ¡Shila!

DORANTES. ¡Espera! No es el momento aún... Aún falta mucho...

CASTILLO. No tienes tanto poder como te crees.

NÚÑEZ. Tengo el poder que puedo. Con él me basta... (*Llama.*) ¡Shila!

DORANTES. Faltan... faltan años... El invierno en la isla... La enfermedad que mató a tanta gente... y los indios echándonos la culpa, hasta querer matarnos...

*Las mujeres han terminado ya de armar el "tipi" y salen rápidamente. Sin apenas prestar atención a sus compañeros, Álvar comienza a levantar trampillas del suelo y a extraer de ellas diversos objetos, que va instalando por el escenario: conchas, caracolas y*

*pedras marinas, pieles de animales, cañas para flechas, lanzas, trenzados, esterillas, borlas, collares, pequeñas cestas, toscas vasijas de barro... El conjunto acabará configurando un microcosmos primitivo de extraña belleza.*

CASTILLO. ¿Por qué tanta prisa, de pronto? ¿Qué quieres ocultar? ¿Que fuiste esclavo de los indios?

NÚÑEZ. Lo cuento ya en el libro.

CASTILLO. ¿Y también cuentas la mala vida que te daban? ¿Los golpes y escupitajos, también los cuentas?

NÚÑEZ. También.

DORANTES. ¡Qué fuiste buhonero! ¡Eso es! *(Ríe.)* Todo un señor hidalgo, nieto de don Pedro de Vera, el que ganó Canarias, yendo y viniendo con mercaderías de salvajes... ¡Eso quiere ocultar!

NÚÑEZ. *(Mostrando alguno de los objetos.)* Como éstas, sí... Y gracias a ese oficio, dejé de ser esclavo y alcancé libertad para ir y venir a mi antojo. En el libro lo digo.

CASTILLO. ¿Libertad llamas a ese... trapicheo?

*Por un lateral del fondo han entrado las mujeres conduciendo a Shila. Sin que los hombres lo adviertan, la van despojando de sus prendas actuales, acomodan su pelo, le ponen adornos indígenas... Todo sugiere un sencillo ceremonial.*

DORANTES. *(Conciliador.)* Está bien, está bien... No discutamos. *(A Castillo.)* Al fin y al cabo, tú y yo no hemos leído ese libro... O sea que hablamos de oídas. *(A Álvar.)* Lo importante es que dejemos claro nuestro papel en todo esto. Por lo menos el nuestro... Nos salvamos los cuatro, ¿no? Cuatro de cuatrocientos: ahí es nada...

NÚÑEZ. *(Sin interrumpir su tarea.)* Podéis seguir hablando. Para mí, ya no estáis aquí.

CASTILLO. *(Furioso.)* ¡Pues estamos, estamos, maldita sea! ¡Y tan de verdad o de mentiras como tú!

*Esteban ha tomado una de las lanzas que sacó Álvar y la observa con detenimiento, igual que en el primer acto.*

DORANTES. Eso es verdad, Álvar. Tienes que reconocerlo... Estuvimos allí. Y en el libro parece, según dicen, que no somos más que... unas sombras tuyas. Cuando anduvimos de curanderos, por ejemplo...

CASTILLO. ¡Por ejemplo! ¿No aprendí yo aquel arte de los brujos tan bien como tú? ¿No soplaba y manoseaba a los enfermos con la misma maña?

NÚÑEZ. Y aun mejor...

DORANTES. Claro que lo del muerto no estuvo nada mal... (A Álvar.) ¿Cómo lo hiciste?

NÚÑEZ. No lo hice yo. Fue un milagro que Nuestro Señor obró por mis manos.

CASTILLO. ¡Esa es otra! Parece que en el libro te pintas como un segundo Jesucristo...

DORANTES. (Malicioso.) Y no pretenderás que, a esas alturas, nos quedaba algún pelo de cristianos...

NÚÑEZ. ¿Lo dices por las indias que teníais... para vuestro servicio?

CASTILLO. Un momento, un momento... Pongamos las cosas en su sitio... Y si vamos a eso, el que esté libre de pecado que tire la primera piedra.

*Esteban levanta entonces violentamente la lanza y, en el mismo momento, las mujeres lanzan un grito prolongado. Álvar experimenta una sacudida y cae al suelo. Castillo, Dorantes y Esteban se vuelven a mirar a las mujeres y ven también a Shila, ya totalmente ataviada. Los tres hombres retroceden y salen juntos de escena, como amedrentados. Por el extremo opuesto lo hacen, serenamente, las mujeres. Shila se arrodilla y se sienta sobre sus piernas, a pocos metros de Álvar, mirándole. Álvar se recupera en parte y, todavía tendido aunque algo incorporado, ve a Shila. La luz sólo los baña a ellos. En el diálogo subsiguiente, ambos se miran y se escuchan con suma atención, como tratando de entenderse.*

NÚÑEZ. Si hablaras como yo, si me entendieras, te pediría que me dejaras morir, que no hicieras nada por salvarme: ni avisar a los míos ni curarme la herida. Sólo dejarme aquí, muriendo solo.

SHILA. ¿Quién eres tú? ¿De dónde vienes? ¿Qué estás haciendo aquí, en mi tierra? Me hablas y no sé qué me dices. Tu lengua es muy lejana. Si comprendiera tus palabras, sabría qué me estás pidiendo.

NÚÑEZ. Te diría también que merezco esta muerte, que esta herida se abrió por sí misma, sin ayuda de nadie.

SHILA. Pero así, sólo por el sonido de tu voz, apenas si adivino que estás muy débil, que no vas a hacerme daño, que tu gente no puede ayudarte... y cosas así.

NÚÑEZ. Por favor, no te acerques... Comprende por lo menos que no quiero volver a tener esperanzas. Comprende por lo menos esta mirada de pez en la arena, cuando la bajamar.

SHILA. Ahora aprietas la boca para hablar, pero no sé si es por el dolor o porque yo, como una tonta, me quedo aquí, ni cerca ni lejos, sin hacer nada...

NÚÑEZ. Un solo gesto piadoso tuyo, y mi daga, con las últimas fuerzas de mi brazo, sabría encontrar tu cuello.

SHILA. Tu cuerpo es demasiado grande para mis fuerzas. No podría llevarte hasta mi gente, que está allí, en el río, recogiendo raíces para el invierno.

NÚÑEZ. Y no sería yo quien te matase, porque de mí no queda nada.

SHILA. De modo que me quedaré a tu lado. Quizás sólo esta noche, quizás para siempre. Alguien tiene que encender fuego para ti.

NÚÑEZ. Este animal herido no soy yo. Este salvaje desnudo, que durante años sólo ha pensado en salvar el pellejo, no soy yo.

SHILA. Cuando me sonrías por primera vez, sabré que ya me entiendes. Espero que tu sonrisa no sea tan lejana como tu lengua y que, por lo menos, se parezca a la mía. Sería muy triste que sonriéramos distinto.

NÚÑEZ. Saldrías huyendo si supieras todo lo que he perdido, todo lo que he negado. Saldrías huyendo si supieras todo lo que soy capaz de traicionar.

SHILA. Hoy ya me hablas de otro modo. Quizás ahora me dices que me encuentras hermosa, que te gusta mi pelo... Puedo dejarlo suelto, si lo prefieres.

NÚÑEZ. Eres casi una niña... Aunque entendieras mi lengua, no podría mostrarte ni el borde de este pozo oscuro en que he caído.

SHILA. No: creo que no me hablas de mi pelo.

NÚÑEZ. Ni un renegado soy. El que reniega es para abrazar otro credo, otra patria... Yo sólo abrazo este saco de huesos.

SHILA. Creo que ni siquiera hablas de mí. Creo que hablas de tu herida.

NÚÑEZ. ¿Qué me estás diciendo?

SHILA. Creo que me pides ayuda por tu herida.

NÚÑEZ. Ese tono de voz, esa mirada...

SHILA. Pero en eso no te puedo ayudar. En cambio, puedo enseñarte cómo curan las plantas y las piedras. Todas tienen poder, pero hay que saber pedírselo.

NÚÑEZ. ¿Cuántos días hace que mis palabras se estrellan contra ti, inútilmente?

SHILA. Mi gente está contenta de tenerte. Y yo también, de que durmamos juntos. Pero si quieres irte, si ahora que ya terminan las lunas del frío quieres volver a andar la tierra, no te preocupes. Ya todos saben que me iré contigo.

NÚÑEZ. Si pudiera saber qué ves en mí, a quién ves cuando me miras...

SHILA. ¿Quieres ponerte en pie? Déjame que te ayude... *(Se incorpora y va junto a él.)*

NÚÑEZ. ¡No te acerques! Ni se te ocurra tocarme... He perdido la piel una y mil veces. En carne viva estoy...

SHILA. ¿Me tienes miedo? ¿Crees que voy a hacerte daño? *(Se sienta a su lado.)* Mírame bien. Llevo ya mucho tiempo a tu lado. He velado tu sueño, he mantenido tu fuego casi siem-

pre encendido, el agua y la comida, yo te las procuraba... Hasta he escuchado tus palabras, una a una, y ya parece que te entiendo un poco. Cuando dices "sombra", por ejemplo, sé que quieres decir sombra. Cuando dices "lejos", sé que hablas de lejos... Y ayer, cuando dijiste "no te vayas", comprendí que estabas a punto de sonreírme.

NÚÑEZ. ¿Te das cuenta? He comido arañas y huevos de hormigas, gusanos, lagartos, culebras y víboras, y hasta tierra y madera y estiércol de venado... ¿Te das cuenta? Con mi boca... Y todo aquí, en mi vientre...

SHILA. Sí: caminamos... Así es mi gente: caminamos mucho. Es por la luna, ¿sabes? Ella nos dice cuándo llega el hambre, de dónde viene el frío... ¿La tierra, dices? No, la tierra no es nuestra. Estaba mucho antes que nosotros y estará después. Vamos, venimos... Tssss.... Que no quede señal de nuestro paso.

NÚÑEZ. Me gusta tu pelo... Ya casi te encuentro hermosa... Eres distinta, eso es... Distinta. No sé qué quiero decirte, exactamente.

SHILA. *(Mira a su alrededor.)* ¿Quién me llama? Me ha parecido que gritaban mi nombre...

NÚÑEZ. Estoy tranquilo, ¿ves? Todo está bien. Parece que mi herida se ha cerrado. Sigue dentro, es verdad... pero cerrada. Todo está bien. Y ya no hay Dios, seguro. Ya no hay Dios.

SHILA. *(Se pone en pie.)* En mitad de la noche, te busco y aprieto mi cuerpo contra el tuyo, para darte calor. Entonces tú respiras muy fuerte. Creo que, por eso, me han dado a cuidar un hijo aquí, hasta que nazca. Luego será tuyo.

NÚÑEZ. *(Se pone en pie.)* Sí, vamos a dormir. Mañana quiero que dibujes en mi piel todo eso. Todo eso.

*Entran ambos en el "tipi". La luz desciende y se escucha el gemido largo y grave de una sirena de barco. Gritos de gaviotas. En primer término, bajo una claridad brumosa, aparece Mariana, ahora cubierta con un impermeable. Fuma y mira con expresión cansada ante sí. Entre Claudia con su atuendo del siglo XVI y el velo negro. Ve a Mariana y se acerca a ella.*

CLAUDIA. Te lo dije.

MARIANA. *(Sorprendida.)* ¿Qué?

CLAUDIA. Te lo dije y te lo repetí.

MARIANA. ¿Qué fue lo que me dijo? ¿Y quién es usted?

CLAUDIA. No dirás que no estabas advertida.

MARIANA. Me parece que me confunde con otra...

CLAUDIA. ¿Esperas a tu hombre?

MARIANA. ¿Y a usted qué le importa?

CLAUDIA. ¿Qué ibas a hacer, si no, en el puerto a estas horas?

MARIANA. Está confundida.

CLAUDIA. Tú eres quien está confundida, y de pies a cabeza.

MARIANA. ¿En qué?

CLAUDIA. Nunca regresan...

MARIANA. ¿Quiénes?

CLAUDIA. Es idiota esperar, porque nunca regresan.

MARIANA. No tengo por qué seguir hablando con usted... (*Se aleja unos pasos.*)

CLAUDIA. Y si regresan, es peor. Ni la piel, reconoces.

MARIANA. (*Tras un silencio.*) Tú... ¿por quién llevas luto?

CLAUDIA. ¿Luto, yo? ¿Quién te ha dicho que llevo luto?

MARIANA. ¿También esperas a tu hombre?

CLAUDIA. Yo no espero a nadie. Esperar es malo... Como una enfermedad. Por eso fui también. No me gusta esperar, le dije. Yo voy contigo.

MARIANA. ¿Adónde?

CLAUDIA. Fui... y luego volví. Allí no hay nada. Bueno... no hay nada en ninguna parte. Son cosas de ellos, que se lo inventan todo. Y encima, no regresan.

MARIANA. Y si regresan, es peor.

CLAUDIA. Eso es. Ya te lo dije. (*Pausa.*)

*En la penumbra del fondo se ve pasar a las mujeres sosteniendo a Esteban que, borracho, canturrea una canción magrebí.*

MARIANA. Yo tengo una casa...

CLAUDIA. ¿Ah, sí?

MARIANA. Una casa grande, con jardín...

CLAUDIA. Eso sí que está bien. Te alabo el gusto.

MARIANA. Demasiado grande...

CLAUDIA. Mejor.

MARIANA. ¿Qué?

CLAUDIA. La casa, el jardín... Cuanto más grandes, mejor.

MARIANA. ¿Tú crees?

CLAUDIA. Así no necesitan salir.

MARIANA. Pero una se vuelve cada vez más... más...

CLAUDIA. ¿Más pequeña?

MARIANA. No más pequeña, no... Es otra cosa...

CLAUDIA. ¿Más vegetal?

MARIANA. ¿Qué?

*Claudia no contesta. Cruzan de nuevo las mujeres con Esteban.*

MARIANA. Está refrescando.

CLAUDIA. Sí.

MARIANA. ¿Vamos a tomar un café?

CLAUDIA. ¿Un qué?

MARIANA. Un café. Hay un bar aquí cerca.

CLAUDIA. No sé de qué me hablas, pero vamos.

MARIANA. Es un sitio peligroso, ¿sabes? Con gente de lo peor...

CLAUDIA. A mí ya no me asusta nada.

MARIANA. Gente de ningún sitio, ya te imaginas. De esa que va y que viene...

CLAUDIA. Ya no me asusta nada.

MARIANA. A veces cuentan cosas... Rumores, noticias...

CLAUDIA. *(Mientras salen.)* ¿Tú no estabas esperando a tu hombre?

MARIANA. Bueno, esperar... Puede que aún tarde bastante.

*Salen, al tiempo que se extingue una última sirena de barco. La luz aumenta en torno al "tipi". Se escucha el llanto de una criatura. Entran por el fondo Dorantes y Castillo vestidos de un modo extravagante, como indios de opereta, transportando la percha con ropas y aderezos del primer acto.*

DORANTES. ... sí, tienes razón, pero no es lo mismo, ahora estamos nosotros aquí, controlando la situación... Bueno, de acuerdo, no la controlamos completamente, pero estamos aquí, por lo menos, en cierto modo estamos, ¿no?, o casi, quiero decir que yo te llamo: "Castillo", y tú dices "¿qué?", y viceversa, ¿no?... A ver: dime "Dorantes"... Anda, dímelo...

CASTILLO. Dorantes.

DORANTES. ¿Qué?

CASTILLO. *(Por la percha.)* ¿Dónde lo ponemos?

DORANTES. ¿Cómo?

CASTILLO. Que dónde ponemos esto.

DORANTES. Ah, pues... Donde queramos, lo podemos poner donde queramos, ¿te das cuenta? Controlamos la situación, en cierto modo... ¿Te parece bien aquí?

CASTILLO. No.

DORANTES. Pues no la ponemos, y ya está, ¿te das cuenta? (*Siguen transportando la percha.*) Estamos aquí tú y yo, Castillo y Dorantes, para dejar las cosas claras...

CASTILLO. ¿Qué cosas?

DORANTES. ¿Qué cosas van a ser? Las que cuenta en ese libro...

CASTILLO. ¿Y esas dos qué hacían aquí?

DORANTES. ¿Qué dos?

CASTILLO. Esas dos. ¿No las has visto salir? Casi nos topamos con ellas.

DORANTES. Bueno, sí... Pero es normal...

CASTILLO. ¿Normal, las dos juntas... en la misma escena?

DORANTES. Normal que salgan, que entren...

CASTILLO. No controlamos nada. ¿Dónde demonios ponemos esto?

DORANTES. (*Estallando.*) ¡Aquí, maldita sea! ¡Aquí! (*Dejan la percha al fondo.*) ¡Y no me grites, que yo bastante hago!

CASTILLO. Las cosas claras... ¿Qué cosas? Todo está más oscuro que antes...

DORANTES. Por lo menos una. Una cosa, por lo menos, ha de quedar clara.

CASTILLO. Tenemos poco tiempo.

DORANTES. Con un minuto basta...

CASTILLO. Dorantes...

DORANTES. Pero hay que ser precisos, implacables...

CASTILLO. Dorantes...

DORANTES. Las palabras justas, el mínimo de gestos...

CASTILLO. ¡Dorantes!

DORANTES. ¿Qué?

CASTILLO. Nada, eso... Comprobarte.

DORANTES. Claro que soy Dorantes... Más o menos... Y esto... *(Por el vestido de indio.)* Sólo un disfraz. Esa es la cosa, ¿te das cuenta? Lo nuestro es un disfraz, era un disfraz; pero lo suyo...

CASTILLO. ¿Dónde se ha metido Esteban?

DORANTES. Déjalo estar: es Álvaro quien importa. Lo suyo era más que un disfraz...

CASTILLO. Ese moro no está nunca en ningún sitio.

DORANTES. Que quede claro por lo menos eso, ¿de acuerdo?

CASTILLO. De acuerdo... Pero a Esteban hay que atarle corto. *(Llama.)* ¡Esteban!

CASTILLO. Y, si por él hubiera sido, aún estaríamos allí, hechos unos salvajes...

CASTILLO. ¡Esteban!

DORANTES. ¿Sí o no? Aún estaríamos allí, ¿sí o no?

CASTILLO. Por él.... sí.

DORANTES. Que quede claro. Vamos a ello. *(Hacia el "tipi".)* ¡Álvar! *(Golpea las pieles.)* ¡Álvar, sal! ¡Llegamos a la última escena!

CASTILLO. Cuidado, creo que la niña está enferma...

DORANTES. ¡Álvar!

CASTILLO. ¿Es la última escena, estás seguro?

DORANTES. Más o menos...

*Cruzan rápidamente las mujeres llevando diversos bultos. Suenan disparos lejanos.*

DORANTES. (*Hacia el interior del "tipi", excitado.*) ¡Álvar, los encontramos! ¡No pueden estar lejos! ¡Siempre hacia el sol poniente etcétera etcétera! ¡Por fin los encontramos! ¡Primero fue la hebilla que aquel indio llevaba, y el clavo de herradura y lo demás! ¡Luego aquel otro hablando de barbas y caballos y lanzas y patapím y patapám! ¡Y ahora, campos quemados y pueblos desiertos y los indios huyendo para no ser esclavos! ¡No pueden estar lejos! (*A Castillo, en tono normal.*) Va, colabora...

CASTILLO. (*Grita con desgana.*) ¡No pueden estar lejos! (*Calla.*)

DORANTES. Más...

CASTILLO. (*Idem.*) ¡Hay españoles cerca!

*Mientras las mujeres vuelven a cruzar rápidamente, como huyendo, sale del "tipi" Álvar, casi irreconocible, con la cara, el pecho y los brazos tatuados al modo indígena. El sonido de disparos parece aproximarse, así como el de cabalgadas y gritos.*

NÚÑEZ. ¿Qué alboroto es éste? La pequeña no está bien. No la dejan las fiebres...

DORANTES. ¡No! ¡No fue así! ¿Qué te inventas ahora? Saliste a cuatro patas, aullando como un perro, sin querer saber nada de los nuestros, que tan cerca estaban.

CASTILLO. Y hasta dijiste: "¿Quiénes son los nuestros?"

DORANTES. Sí: ¿quiénes son los nuestros?... Eso dijiste.

NÚÑEZ. Hace tres noches que no duermo... Y no puedo curarla, mi poder no me sirve...

DORANTES. Atado tuvimos que arrastrarte, ¿no te acuerdas? Íbamos encontrando señales de su paso...

CASTILLO. Campos quemados, pueblos desiertos, indios huyendo para no ser esclavos...

DORANTES. Están muy cerca, son los nuestros, vamos, se acabó este destierro.

CASTILLO. Volveremos a casa, ¿te das cuenta?

NÚÑEZ. ¿Cómo no vuelve Esteban? Le mandé a buscar de aquellas hierbas...

DORANTES. ¡Déjate de hierbas! *(Comienza a quitarse el disfraz y aparece debajo la ropa de trabajo de su primera escena. Castillo no tarda en imitarle.)* ¡Esto se va a acabar! Caoques, doguenes, guaycones, atayos... quitoles, cutalchiches, susolas, avavares y todos los demás... ¡adiós!

CASTILLO. *(A Álvar.)* Te meabas encima de rabia, Álvar Núñez. Mordías los cueros que te sujetaban, Álvar Núñez... porque no querías volver con los tuyos, con los nuestros...

*Sale del "tipi" Shila, temerosa y angustiada, llevando en los brazos una cuna india, y se refugia en Álvar, que la acoge. Cesa de golpe el tumulto creciente y, en el silencio, se escucha murmurar a Álvar.*

NÚÑEZ. ¿Quiénes son... los nuestros?

*Irrumpe de nuevo el estruendo, la luz oscila y, a la vez que las mujeres cruzan la escena huyendo en trayectos zigzagantes, hace su entrada por el fondo un grupo de conquistadores fieramente armados. Suena una marcha religioso-militar. Jinete del gran caballo de Narváez —quizás ahora con la piel de otro color—, un guerrero con armadura. Son, sin duda, los mismos actores de antes, pero no tienen rostro. Disparan al aire sus arcabuces, llenando la escena de humo y olor a pólvora. El conjunto evoca el desfile de una fiesta española... Castillo y Dorantes arrastran a Álvar fuera de escena y las mujeres, por el lado opuesto, se llevan a Shila casi en volandas. La comitiva atraviesa la escena en sentido diagonal, derribando a su paso el "tipi" y el microcosmos indígena que Álvar había erigido. Al desaparecer la comitiva, el tumulto se va transformando en una tormenta que se acerca y la oscuridad lo invade todo. El fugaz resplandor de un relámpago permite ver a Álvar, desnudo, que cruza la escena corriendo y grita: "¡Shila...!" Decece el fragor de la tormenta y vuelve una tenue luz, que permite distinguir, a uno y otro lado del fondo, los fragmentos de hogar contemporáneo situados, durante el primer acto, en el prosenio. Mientras se escucha el "Stabat Mater" de Pergolesi, entra Esteban por un lateral de primer término. Va cubierto con su abrigo y lleva en brazos el cuerpo exánime de Shila. Sus andares no son muy seguros, pero consigue llegar al centro y depositar a la muchacha en el suelo, con sumo cuidado. Se sienta a su lado, saca la botella de whisky y, al comprobar que está vacía, la arroja hacia el desorden del escenario arrasado. Como atraídas por el rui-*

do, entran simultáneamente, por distintos lugares, las cuatro mujeres; van vestidas con pobres ropas actuales, pero no totalmente occidentales. A poco de iniciar un vago rebusque por entre los maltrechos restos, no podrán dejar de evocar la cotidiana imagen de la marginalidad urbana: ese "tercer mundo" que crece en las entrañas del primero... Esteban mira a Shila, que tiene un estremecimiento, y comienza a canturrear una melopea. Al fondo, en la sala de estar, han aparecido Castillo y Dorantes sosteniendo a Alvar, que se deja conducir como aturdido. Tomando prendas de la percha, Castillo y Dorantes van a ir vistiéndole a la europea en el transcurso de la escena.

ESTEBAN. *(A Shila, con hablar dificultoso.)* Duerme, hermanita, duerme... Ya no hay nada que hacer, nada que decir... Al menos para nosotros, al menos por ahora, esta historia se acabó... La botella está vacía... El polvo que levantaron, mira: vuelve a caer sobre la tierra... A Esteban, ya ves, le han dicho que se puede ir, que ya no hay trabajo para él... Total, como no tenía contrato... Y en cuanto a ti... ¿qué te voy a decir? No te tengo lástima... No, francamente: no te tengo lástima... Eso, para los cristianos. Yo, francamente, más bien te aplastaría la cabeza con una piedra... Con una piedra, sí... Y, la verdad, lo tendrías bien merecido... ¿Adónde vas con esa larva podrida?... ¿Tu hija, dices? Era una mestiza, ¿no? Así que, más pronto o más tarde, habría renegado de ti... Aún has tenido suerte: más pronto o más tarde, te habría aplastado la cabeza con una piedra...

*Al fondo, en el extremo opuesto de la sala de estar, en donde Castillo y Dorantes se ocupan de la transformación de Alvar, se ilumina levemente el fragmento de dormitorio. Distinguimos la figura de Mariana que, poco a poco, va a ir desvistiéndose para acostarse.*

ESTEBAN. ... De todos modos, no sufras: no la he tirado al vertedero. Ahí al lado la tienes... *(Vago gesto hacia el lateral.)* Si no es que la han guardado ya en el almacén de utilería...

*Como si no hubiera estado dormida —o como si aún lo estuviera—, Shila se pone en pie y sale por el lateral que ha indicado Esteban, que ahora la interpela, alterado.*

ESTEBAN. ¿Adónde vas? ¡Espera! ¡No... no quería decir eso! ¡Ven! ¡No me dejes aquí, tirado! ¡No quería decir nada...! Sólo estar así, contigo, velándote dormir...

*Ha intentado ponerse en pie, pero pierde el equilibrio y cae de nuevo. Golpea furioso el suelo.*

ESTEBAN. ¡La mierda consagrada! Ni levantarme puedo... Casi dos días te he llevado en brazos, ¿me oyes? ¿Y así me lo pagas?... Te encontré medio muerta, ¿sabes? Medio muerta...

*Vuelve a entrar Shila con la cuna en brazos. Se sienta junto a Esteban y procede a limpiarla meticulosamente.*

SHILA. ¿Dónde está el padre de mi hija?

ESTEBAN. El padre de tu hija se fue con los suyos.

SHILA. ¿Dónde está el padre de mi hija?

ESTEBAN. Y Castillo y Dorantes... Y yo también. Todos nos hemos ido. La historia se acabó.

SHILA. ¿Dónde está el padre de mi hija?

ESTEBAN. Desde el día en que encontramos a los otros cristianos, ya sólo pensábamos en volver con los nuestros.

SHILA. Me dijo en mi lengua: “Espérame aquí, junto al estero, cuidando a nuestra hija...”

ESTEBAN. Junto al estero, sí, te encontré medio muerta.

SHILA. “Les diré que se vayan —me dijo en mi lengua—, que dejen esta tierra, que no sigan persiguiendo y matando a la gente...”

ESTEBAN. Métete una cosa en la cabeza: sintió vergüenza, ¿me oyes? Vergüenza... Toda una noche estuvo frotándose la piel con arena. ¿Sabes para qué?

SHILA. (*Violenta, a Esteban.*) ¿Como la serpiente parda? ¿Como la serpiente parda, que entra por la boca abierta de los viejos dormidos y les roba el aliento? ¿Así eres tú conmigo? ¿Como la serpiente?

ESTEBAN. Casi dos días te he llevado en brazos. ¿Qué más quieres de mí?... Te lo diré más claro: yo no tendría que estar aquí. Ni tú tampoco. (*Señala hacia el fondo.*) Aquello es el final de la historia. Aquí tú y yo sobramos.

*Cesa el "Stabat Mater". Shila se vuelve y ve que, en la débil claridad de la sala de estar y del dormitorio, respectivamente, Álvaro está ya totalmente vestido a la europea y Mariana está cubierta con un salto de cama. Castillo y Dorantes han desaparecido. Alvar y Mariana encienden un cigarrillo y miran pensativos hacia el frente. En la zona central, casi en penumbra, las cuatro mujeres parece como si ahora estuvieran reconstruyendo el paisaje artesanal primitivo que devastó la comitiva. Shila se incorpora con la cuna en brazos y mira a Esteban que, distraídamente, ha sacado de un bolsillo la bolsa de plástico que llevaba en su primera aparición.*

ESTEBAN. *(Por la imagen del fondo.)* ¿Qué? ¿Te das cuenta?

SHILA. No sé de qué me hablas. Esas palabras... "final"... "historia"... no están en mi lengua. *(Indica el fondo de la escena.)* Allí no hay nada. *(Mira a su alrededor.)* Bueno... No hay nada en ninguna parte... *(Pausa.)* Todo esto... todo lo que ha ocurrido... lo estoy soñando yo.

*Gira sobre sí misma y se dirige resuelta hacia el fondo. Esteban, con la bolsa de plástico ya desplegada, tiene un gesto para interpellarla, que no llega a consumar. Cuando Shila se pierde en la oscuridad que separa el dormitorio de la sala, Álvaro y Mariana se miran. Puede sonar un acorde musical, que es truncado por el*

OSCURO

## TÍTULOS PUBLICADOS

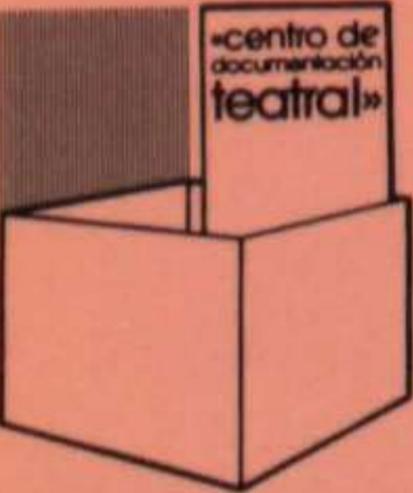
- N.º 1. ¡AY, CARMELA!, de José Sanchis Sinisterra (agotado)
- N.º 2. OCAÑA, EL FUEGO INFINITO, de Andrés Ruiz López
- N.º 3. COMBATE DE NEGRO Y DE PERROS, de Bernard-Marie Koltès
- N.º 4. EL ANGOSTO CAMINO HACIA EL PROFUNDO NORTE/MISA NEGRA/PASIÓN, de Edward Bond
- N.º 5. LOS ÚLTIMOS DÍAS DE EMMANUEL KANT CONTADOS POR ERNESTO TEODORO AMADEO HOFFMANN, de Alfonso Sastre
- N.º 6. LA NOCHE ES MADRE DEL DÍA, de Lars Norén
- N.º 7. BANTAM, de Eduardo Arroyo.
- N.º 8. YO, MALDITA INDIA..., de Jerónimo López Mozo (agotado)
- N.º 9. EDMOND, de David Mamet
- N.º 10. GRANDE Y PEQUEÑO, de Botho Strauss
- N.º 11. DESEO, de Josep Maria Benet i Jornet
- N.º 12. EL PAPA Y LA BRUJA, de Dario Fo (agotado)
- N.º 13. LAS LARGAS VACACIONES DE OLIVEIRA SALAZAR/EL NIÑO DE BELÉN, de Manuel Martínez Mediero
- N.º 14. ROBERTO ZUCCO, de Bernard-Marie Koltès
- N.º 15. INTERVIEW DE MRS. MUERTA SMITH POR SUS FANTASMAS, de Agustín Gómez-Arcos

- N.º 16. KING KONG PALACE/LA SECRETA  
OBSCENIDAD DE CADA DÍA, de Marco  
Antonio de la Parra
- N.º 17. CARICIAS/ELSA SCHNEIDER, de Sergi  
Belbel
- N.º 18. ÚLTIMA BATALLA EN EL PARDO, de  
José María Rodríguez Méndez
- N.º 19. LA NOCHE DE HERNÁN CORTÉS, de  
Vicente Leñero
- N.º 20. SANTA ISABEL DEL VÍDEO y MIRANDO  
AL TENDIDO, de Rodolfo Santana
- N.º 21. EL RETABLO DE ELDORADO/LOPE DE  
AGUIRRE, TRAIADOR/NAUFRAGIOS DE  
ÁLVAR NÚÑEZ, trilogía americana de José  
Sanchis Sinisterra

## PRÓXIMOS TÍTULOS

- N.º 22. EL CARNAVAL DE LA MUERTE  
ALEGRE, de Carlos José Reyes
- N.º 23. DIGO QUE NORTE SUR CORRE LA  
TIERRA, de Sergio Arrau
- N.º 24. AZTECAS, de Michel Azama





«centro de  
documentación  
teatral»

**MINISTERIO DE CULTURA**

Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música